

En el mundo de ellos, los que en el poder viven y por el poder matan, no cabe el ser humano, no hay espacio para la esperanza, no hay lugar para el mañana. Esclavitud o muerte es la alternativa que el mundo de ellos ofrece a todos los mundos. El mundo del dinero, el mundo de ellos, gobierna desde las bolsas de valores. La especulación es hoy la principal fuente de enriquecimiento y, al mismo tiempo, la mejor muestra de atrofia de la capacidad de trabajo del ser humano [...] Globalización de los mercados es borrar fronteras a la especulación y el crimen, y multiplicarlas para los seres humanos. Los países son obligados a borrar sus fronteras con el exterior en lo que se refiere a la circulación del dinero, pero se multiplican las fronteras internas.

Por luchar por un mundo mejor todos nosotros estamos cercados, amenazados de muerte [...] Pero los cercos se rompen [...] los rebeldes que la historia de la humanidad repite en todo su trayecto para asegurarse la esperanza, luchan y el cerco se agrieta. Los rebeldes se buscan entre sí. Se caminan unos hacia los otros. Se encuentran y, juntos, rompen otros cercos. En el campo y en la ciudad, en las provincias, en las naciones, en los continentes, los rebeldes empiezan a reconocerse, a saberse iguales y diferentes. Siguen en su fatigoso andar, caminan como hay que caminar ahora, es decir, luchando.

Subcomandante Insurgente Marcos

Y entonces nació la música. Empezó de a poquito, sonando en las cocinas de algunas casas, cucharones que golpeaban cacerolas, y salió a las ventanas y a los balcones. Y se fue multiplicando, de casa en casa, y ganó las calles de Buenos Aires. Cada sonido se juntó con otros sonidos, la gente se juntó con la gente, y en la noche estalló el concierto de la bronca colectiva. Al son de los tachos de cocina, y sin más armas que ésas, se alzó el clamor de la indignación. Convocada por nadie, la multitud invadió los barrios, la ciudad, el país. La policía respondió a balazos. Pero la gente, inesperadamente poderosa, derribó al gobierno. La gente, harta de ser espectadora de su propia humillación, invadió la cancha. No va a ser fácil desalojarla.

Eduardo Galeano

Colección Grupos de Trabajo de CLACSO

Grupo de Trabajo *Economía Internacional*

Coordinador: Emir Sader

Director de la Colección

Dr. Atilio A. Boron
Secretario Ejecutivo

Area Académica de CLACSO

Coordinador: Emilio Taddei
Asistente Coordinador: Sabrina González
Revisión de Pruebas: Daniel Kersfield

Area de Difusión

Coordinador: Jorge A. Fraga
Arte y Diagramación: Miguel A. Santángelo
Edición: Florencia Enghel
Corrector: Jerónimo Rajchenberg

Impresión

Gráficas y Servicios

Imagen de tapa: Fotografía de tapa obtenida del archivo personal de Ana Esther Ceceña

Primera edición

"La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial"
(Buenos Aires: CLACSO, febrero de 2002)



CLACSO
Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Agencia Sueca de
Desarrollo Internacional

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Callao 875, piso 3°
C1023 AAB Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina
Tel: (54-11) 4811-6588 / 4814-2301
Fax: (54-11) 4812-8459
E-mail: clacso@clacso.edu.ar
<http://www.clacso.edu.ar>
www.clacso.org

ISBN 950-9231-70-3

© *Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales*

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

**LA GUERRA INFINITA
HEGEMONÍA Y TERROR MUNDIAL**

**Ana Esther Ceceña y Emir Sader
(Coordinadores)**

**Enzo del Búfalo
Jaime Estay
Enrique Arceo
Raúl Ornelas
Julio Gambina
Emir Sader
John Holloway
Eloisa Peláez
Ana Esther Ceceña
Enrique Leff
Carlos Walter Porto Gonçalves
José María Gómez**

INDICE

INTRODUCCIÓN

Ana Esther Ceceña y Emir Sader

*Hegemonías y emancipaciones
Desafíos al pensamiento libertario*

9

EL COMPORTAMIENTO ECONÓMICO

¿DECLINACIÓN O CONSOLIDACIÓN DE LA HEGEMONÍA ESTADOUNIDENSE?

Enzo del Búfalo

La reestructuración neoliberal y la globalización

17

Jaime Estay

La economía mundial y América Latina después del 11 de septiembre

39

Enrique Arceo

*Hegemonía norteamericana, internacionalización financiera y productiva,
y nuevo pacto colonial*

63

Raúl Ornelas

Las empresas transnacionales y la hegemonía mundial

97

Julio Gambina

*Los rumbos del capitalismo, la hegemonía de Estados Unidos
y las perspectivas de la clase trabajadora*

113

LA GUERRA: RECURSO DE LA CONSTRUCCIÓN HEGEMÓNICA

Emir Sader

Hegemonia e contrahegemonia em tempos de guerra e de recessão
143

John Holloway y Eloísa Peláez

La guerra de todos los estados contra todos los pueblos
159

Ana Esther Ceceña

La batalla de Afganistán
167

LÍMITES Y DESAFÍOS DE LA DOMINACIÓN HEGEMÓNICA

Enrique Leff

*La nueva geopolítica de la globalización económico-ecológica:
la mercantilización del ambiente y la reapropiación social de la naturaleza*
191

Carlos Walter Porto Gonçalves

*Da geografia às geo-grafias:
um mundo em busca de novas territorialidades*
217

José María Gómez

*Entre dos fuegos: el terrorismo, la guerra y los
desafíos del movimiento social global contrahegemónico*
257

Introducción

Hegemonías y emancipaciones
Desafíos al pensamiento libertario

Ana Esther Ceceña y Emir Sader

La guerra del Golfo Pérsico y la de los territorios ocupados por la antigua Yugoslavia, a pesar de ser acontecimientos terriblemente violentos, degradantes y anticivilizatorios, indicadores de una profunda transformación en las relaciones sociales y en los modos y mecanismos de reordenamiento general de la geografía y la política mundiales, nunca despertaron un interés y una preocupación tan amplios como los desatados por los atentados en las torres gemelas de Nueva York y en el edificio del Pentágono, reconocidos explícitamente en ese momento, de manera generalizada, como los mayores y más evidentes símbolos del poder mundial. Por primera vez en la historia de los dos últimos siglos el núcleo central -que no corazón- de los poderes mundiales era alcanzado por las furias que su constitución fue acumulando en la Tierra y eso marca la diferencia: no es la violencia de los ataques o el número de muertos lo que sorprende -eso ha ocurrido ya tantas veces causando daños mucho mayores-, lo que cambia el significado de los hechos es que todo esto ocurra en Estados Unidos.

Y eso en el contexto de un amplio debate acerca de la declinación o fortalecimiento de la hegemonía estadounidense; de su capacidad de establecer e imponer las normas y fronteras del acontecer mundial y de las investigaciones sobre economía mundial o relaciones internacionales; y de la centralidad o no de las relaciones de poder en el mundo.

Los acontecimientos recientes parecen estar indicando las pautas de ese debate aportando elementos abrumadores acerca del liderazgo estadounidense y de sus excesos, que permiten formular la hipótesis de que la hegemonía de Estados Unidos sólo podrá resolverse en la disolución de las hegemonías, por lo menos de las capitalistas. Quienes realizaron los atentados del 11 de septiembre parecen tenerlo muy claro y Bin Laden, responsable o no pero evidentemente buen estratega, así lo asienta cuando llama a socavar las bases del poderío norteamericano como único medio para garantizar condiciones de posibilidad futuras para la nación musulmana e, implícitamente, para todas las culturas no occidentales.

En el campo del pensamiento crítico o contrahegemónico la incapacidad de la investigación teórica para aprehender las formas reales de ejercicio de la hegemonía en el mundo contemporáneo es una de las fuertes razones para la esterilización de la reflexión teórica y explicación de su impotencia para entender, interpretar y adelantarse a los acontecimientos de la realidad. De ahí su desmoralización.

Al contrario, estas formas más concretas han sido plenamente asumidas por los pensadores que se ubican del otro lado: los teóricos de esa misma práctica hegemónica como Fukuyama, Huntington y Thomas Friedman, entre los más visibles y polémicos. En este caso, la fuerza de sus planteamientos y convicciones reside justamente en el hecho de que incorporan en el corazón mismo de sus análisis la hegemonía norteamericana, de la que son intérpretes y voceros, convirtiéndola en el lugar desde donde interpretan el mundo contemporáneo. La fuerza de sus argumentos proviene del carácter determinante de la presencia económica, política y militar de Estados Unidos como potencia mundial, y del hecho que, por esto mismo, su visión del mundo tiene un peso teórico y práctico indiscutible convirtiéndolo a quien argumenta desde ella, automáticamente, en protagonista destacado del debate teórico e ideológico.

No pasa lo mismo en el campo contrahegemónico o de construcción de alternativas al sistema de dominación hegemónica prevaleciente. Este campo se sitúa generalmente en un terreno teórico abstracto que se limita a captar las determinaciones económicas del proceso de acumulación de capital, o se mueve dentro de horizontes teóricos que le son ajenos -frecuentemente provenientes del propio liberalismo en alguna de sus vertientes-, perfilando temáticas o cuerpos conceptuales incapaces de plantearse la explicación y práctica de la realidad, presente y futura, desde concepciones del mundo alternativas, propias, diversas y, principalmente, diferentes a la capitalista. Ni los horizontes, ni los cuerpos conceptuales, ni las temáticas rompen con la esencia epistemológica del pensamiento hegemónico y, en gran medida por ello, son incapaces de proponer prácticas revolucionarias que impliquen una transformación de esa realidad. Esta timidez para desarrollar un pensamiento crítico desde perspectivas epistemológicas, e incluso civilizatorias, distintas a la del pensamiento dominante, lleva a abordar temas fundamentales donde lo esencial termina estando ausente (las relaciones de poder y las formas y contenidos de la hegemonía), como ocurre con los análisis sobre democracia; estado, poder y formas de gobierno; relaciones internacionales; nación, territorio y fronteras; entre otros.

Escapan a esos análisis, o no alcanzan a ser tematizados, los procesos humanos de amplia duración que permiten historizar los diferentes tipos de organización social y marcar sus temporalidades y pertinencias. Historizar el sistema capitalista de organización y dominación social es el primer paso para trascender sus fundamentos, epistemológicos y prácticos. Es la primera exigencia de un pensamiento crítico, descolonizado e insumiso (como no puede dejar de ser el pen-

samiento creativo). Y en este contexto se torna indispensable comprender las modalidades de dominación político-militar capitalistas y las estrategias de control y uso de los territorios (como territorios físicos pero, sobre todo, como territorios culturales), que hoy día vuelven a ser explícitamente dominantes. De otro modo la historia aparece como pedazos deshilachados de una totalidad que nunca se articula en la teoría y que, así, poco o nada tiene que decir sobre una práctica de lucha emancipatoria que, por ello, se vuelve cada vez más empírica y por lo tanto más pasible de ser cooptada e integrada en los sistemas de dominación vigentes.

Cualquier teoría que pretenda dar cuenta de los grandes fenómenos históricos contemporáneos tendrá que responder a los grandes y pequeños interrogantes de nuestro tiempo. Entre otros, tendrá que saldar cuentas con la teoría del imperialismo a la luz de la lectura cuidadosa de la realidad. De acuerdo con los clásicos, el fenómeno del imperialismo atraviesa el conjunto de las relaciones económicas, sociales, políticas e ideológicas en el mundo realmente existente. Realizar un balance crítico de esta teoría, así como de las diferentes teorías del cambio social es, en este momento, una de las responsabilidades y compromisos del pensamiento liberario para evitar que la sistematización de la realidad se convierta en un juego formal de piezas intercambiables referidas a las condiciones objetivas y los instrumentos (de política económica, por ejemplo) que permiten jugar con ciertas opciones de ordenamiento, como si no fuera necesario pensarlas a partir del reconocimiento de las relaciones de fuerza constitutivas de ésta, posiblemente caracterizable como la fase imperial del capitalismo (siguiendo a Negri y Hardt). La historia, aún la historia económica, es un espacio de creación y de lucha donde el motor y la sustancia son los sujetos, las clases, los movimientos, no las cosas.

Este sistema, que habría que discutir si es pertinente designar como imperial, con formas de dominación que lo constituyen como tal, a partir de la presencia de condiciones materiales y morales que definen sus formas de funcionamiento, su dinámica y, simultáneamente, sus contradicciones, se gestó, a su vez, históricamente, como resultado de luchas de intereses y de percepciones del mundo que tienen en los conflictos sociales originarios del capitalismo su referente de inteligibilidad. Renunciar a este recorrido teórico, que capta el surgimiento y articulación de las contradicciones en sus formas concretas, deja abierto el campo a la arbitrariedad interpretativa que vacía de sentido la realidad.

El Grupo de Trabajo de CLACSO, conocido hasta ahora como *Economía Internacional*, ha tomado la decisión de renombrarse como *Hegemonías y emancipaciones*, en virtud de la resignificación epistemológica explícita del enfoque adoptado y del carácter transdisciplinario de sus análisis. Las discusiones de este grupo, de las cuales se presentan aquí algunos avances, han estado enfocadas a la realización de un análisis pormenorizado de los elementos fundamentales de definición de la economía mundial, pero entendiéndola como una de las dimensiones de constitución de una realidad multideterminada y compleja, que trasciende

cada una de sus dimensiones porque se trasciende permanentemente a sí misma. La economía mundial, de acuerdo con estos horizontes, no puede ser entendida –y mucho menos transformada– si no se ubica como parte expresiva y constitutiva de un sistema de dominación y resistencia, con múltiples entradas y salidas pero atrapado en un magma de poderes y negaciones, establecido por la competencia, que es necesario deconstruir. La teoría sobre la realidad no tiene significación si no es, a su vez, un ejercicio práctico de emancipación.

La discusión sobre las perspectivas de la economía mundial, entonces, está inscrita en una más amplia sobre el devenir de la o las sociedad(es) mundial(es), sobre el carácter y posibilidades de las diferentes culturas, lenguas, cosmovisiones y modos de hacer y de imaginar el mundo y, muy importante, sobre el o los significado(s) de la política y la intersubjetividad que, como señala Hanna Arendt, es el espacio de la libertad.

Los recuentos sobre la guerra en Afganistán, por ejemplo, sorprenden por su insensibilidad para percibir lo esencial: nos reportan los millones de dólares gastados o por invertir (equiparando obviamente la guerra con la producción en una fábrica), y cuando mucho la cantidad de muertos, que siempre es incierta. Sin embargo, nunca cuentan qué ocurre con las familias despedazadas, con los jóvenes mutilados, sordos por las bombas, ciegos, a los que se ha arrebatado impunemente la posibilidad de una vida plena o a los que, sin guerra aparente, se les arrebatan todos los días. Incluso la economía, con sus fríos indicadores, no puede ser entendida sin la gente, sin sus sujetos; y a pesar de las aseveraciones de los tecnócratas, la economía es política, es estrategia, es cultura y, a veces, puede ser esperanza.

El 11 de septiembre es una trágica llamada de atención en muchos sentidos. Uno, que a nosotros nos preocupa especialmente, concierne a la responsabilidad de superar la repetición de ideas y números para concebir la economía como el espacio de creación de la o las materialidad(es) social(es) y realmente contribuir a desentrañar las condiciones para hacer de las enormes riquezas y potencialidades construidas y acumuladas mundialmente una plataforma de libertad que abra paso a la expresión de todos los pueblos.

Hoy la economía mundial es un terreno de lucha encarnizada que, sobre todo después del 11 de septiembre, nos conduce a algunas reflexiones como las siguientes.

La hegemonía de Estados Unidos, construida sobre la base de un sistema integrado de relaciones militares, económicas, políticas y culturales (Ceceña, 2002), es de tal envergadura que no es posible concebir ni entender la dinámica mundial en este momento sin considerar esta hegemonía como punto de inicio del análisis. Sin esto, y particularmente cuando esta hegemonía adopta una tónica abiertamente político militar, cualquier intento de comprensión del mundo contemporáneo corre el grave riesgo de volverse parcial, de pasar al lado de lo esencial y, sobre todo, de tornarse un saber inócuo, (Sader, 2002).

A pesar del deterioro en los indicadores mundiales, se puede decir que la población perdió pero la hegemonía se sostiene. Aun en un clima general recesivo Estados Unidos mantiene altas tasas de ganancia (Caputo, Estay y Arceo, 2002), una gran capacidad de control de todos los organismos internacionales (Gambina, 2002) entre los que destacan la OMC y la OTAN. Estados Unidos es, en esta posición, el equivalente general en el sistema mundial contemporáneo y el referente insoslayable de cualquier iniciativa de reorganización social.

Si bien las empresas estadounidenses habían logrado reconstruir su liderazgo en las áreas de producción de tecnología y, en general, en el campo de la producción material durante la década de los noventa, a partir de la crisis asiática su presencia en la banca mundial es definitiva y actualmente controla el núcleo de las actividades bancarias del mundo (Ornelas, 2002). La década de los noventa resultó ser decisiva para reposicionar la hegemonía de Estados Unidos sobre los pilares reconstruidos durante el periodo de vigencia del neoliberalismo (del Búfalo, 2002). La supremacía tecnológica, comercial y bancaria, abiertamente se acompaña del reforzamiento del poder político militar de Estados Unidos (Ceceña, Sader, 2002) que lleva a la subordinación de los ejércitos del mundo a las directrices marcadas por el Departamento de Defensa estadounidense.

Por todo lo anterior, no es posible entender la economía mundial sin abordar temas como el poder, sus formas de constitución y sus determinantes sociales, las ideologías que permean las relaciones de poder, las formas de organización espacial y territorial de los proyectos hegemónicos y las alternativas de deconstrucción de ese poder, es decir, sin incorporar en el análisis los procesos de resistencia. Las relaciones de poder y la conflictividad social son, en nuestra perspectiva, el referente central de inteligibilidad de la economía mundial.

La dimensión territorial de la dominación ha adquirido un carácter estratégico en el actual momento tecnológico en que las nuevas posibilidades de apropiación de los recursos replantean la esencialidad de algunos, como la biodiversidad, y la incapacidad para sintetizarlos en las escalas necesarias confirma el interés vital de la posesión monopólica de otros, como el petróleo (Ceceña, 2002). Pero esta territorialidad se vuelve también central en virtud de la construcción de alternativas civilizatorias que revaloran el carácter social y cultural de los territorios como base de formulación de sus proyectos emancipatorios (Porto Goncalves y Ceceña, 2002).

La polaridad social y la ostentosa concentración del ingreso que no hacen sino profundizarse con el desarrollo de las capacidades de producción y de transformación de la naturaleza, representan una de las condiciones de insustentabilidad de este sistema, al tiempo que la manera competitiva y objetivante con que se enfrenta a la vida, a la sociedad y a la naturaleza, lo conduce a una depredación creciente e incontrolada de los recursos vitales del planeta. Estos dos procesos, signo de la insustentabilidad social y material del modo de organización so-

cial capitalista, hacen insoslayable el emprendimiento de los proyectos emancipatorios desde el replanteamiento de la concepción del territorio y la naturaleza. La emancipación social, la recuperación militante de la intersubjetividad y el reconocimiento y la conversión de las otredades en diferencias enriquecedoras no será posible sin contemplar la resignificación de la relación con la naturaleza (Leff y Porto, 2002).

El capitalismo, de manera hoy abierta y ostensible, es una guerra contra la humanidad, contra la capacidad de los pueblos para autodeterminar sus destinos, para decidir sus formas de organización y para resignificar las relaciones sociales como espacio de la libertad. La guerra de Afganistán puede ser entendida, en esta óptica, como una guerra general en contra de la insubordinación del trabajo (Holloway y Peláez, 2002).

Ante la guerra y los terrorismos, ya sean de estado o privados (fundamentalistas todos), el compromiso intransigente de la sociedad debe ser con la recuperación de la política y con su resignificación; construyendo relaciones humanas éticas en las que la diferencia sea virtud y no motivo de criminalización (Gómez, 2002).

Estamos en un tiempo de controversias y definiciones, de oportunidades de bifurcación histórica-política-civilizatoria. Es tiempo de reconquistar esperanzas y construir utopías que señalen el camino. Es momento de ser realistas y luchar por lo imposible. Es momento de volver a ser y pensar, de reconocernos entre nosotros y dar a la economía mundial y a las cifras de las bolsas de valores su verdadera dimensión.

Hoy, somos nosotros los protagonistas de la historia. El 11 de septiembre y los sucesos posteriores no hacen sino recordarnos que el poder termina donde empieza la dignidad.

Ana Esther Ceceña y Emir Sader

La reestructuración neoliberal y la globalización

Enzo Del Bufalo*

Panorama de la economía mundial

Las sociedades humanas han estado en contacto las unas con las otras desde la noche de los tiempos; existen evidencias de intercambios prehistóricos entre pueblos muy alejados entre sí y en este sentido podemos hablar de un mundo común a todos los hombres. En épocas menos remotas, los imperios agrícolas desarrollaron relaciones comerciales entre ellos y con las poblaciones nómadas de sus periferias. Pero las economías nacionales y las relaciones económicas internacionales en el sentido moderno de estos conceptos son un resultado de la constitución y expansión del sistema de estados nacionales el cual es parte de ese conjunto de prácticas sociales desarrolladas en Europa occidental que condujeron a la constitución y consolidación del capitalismo moderno. Esta es la tesis que sostenemos en este trabajo, mostrando también que una economía propiamente mundial no se creó sino a partir de la expansión del sistema de estados nacionales que culmina con el proceso de descolonización en la década de los sesenta. La economía mundial en este sentido es esencialmente una economía internacional, en el sentido de un espacio de relaciones económicas entre estados na-

* Economista. Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad Central de Venezuela. Magister en Filosofía de la Universidad Simón Bolívar. Magister Scientiarum en Planificación del Desarrollo, 1975. Universidad Central de Venezuela/CENDES. Bachelor of Arts en Economía y Matemáticas. University of Miami, Fla. Estados Unidos. 1967-1972

cionales cuya presencia es determinante tanto para constituir este espacio como para el de las economías nacionales. La existencia de un sistema planetario de economías nacionales integradas por relaciones de intercambio de bienes, servicios y capitales es pues el resultado del proceso histórico de la modernidad.

Este espacio económico no sólo se ha ido ensanchando hasta abarcar a todo el planeta, sino que se ha ido modificando a lo largo de su desarrollo y estas modificaciones guardan una estrecha relación con la constitución y consolidación de los estados nacionales. En sus inicios estaba constituido por los grandes flujos mercantiles intercontinentales que cruzaban el territorio feudal y estimulaban la consolidación de los príncipes territoriales en monarquías administrativas. La expansión mercantilista de estas monarquías creó las colonias en nuevos territorios. Posteriormente con la descolonización, la diferencia entre economía metropolitana y economía colonial dio paso a una nueva diferencia entre economía desarrollada y economía subdesarrollada. Todas estas fases revelan una desigualdad funcional en el desarrollo y expansión del sistema. Con pocas excepciones, las economías coloniales se han convertido en economías subdesarrolladas y solamente algunas zonas periféricas respecto del centro originario de la Revolución Industrial han logrado convertirse en economías industriales avanzadas. El resultado consolidado de este proceso es la existencia todavía hoy de un pequeño grupo de países desarrollados en un mundo de países subdesarrollados. A esta diferenciación, consecuencia natural de la expansión de la economía moderna, se le ha yuxtapuesto otra, causada por los conflictos sociales del período de entreguerras. El intento fallido de crear una alternativa a la economía capitalista motivó la creación de una economía centralmente planificada por el estado en la Unión Soviética que al finalizar la segunda guerra mundial fue adoptada por todos los regímenes estalinistas como expresión de la sociedad socialista. Este modelo se limitaba a convertir casi toda la propiedad privada de los medios de producción en propiedad estatal, dejando intacta la organización jerárquica capitalista y convirtiendo la mayoría de las transacciones mercantiles en transferencias interdepartamentales. Se suponía que éste era un cambio fundamental respecto de la sociedad capitalista y el primer paso para construir la sociedad comunista. Pero independientemente de las pretensiones ideológicas, el modelo se reveló una modalidad eficaz para extender rápidamente la acumulación originaria y la organización capitalista bajo la dirección del estado nacional en territorios atrasados. Especialmente en aquellos antiguos imperios despóticos, otrora rivales del Imperio cristiano de Occidente, que no pudieron ser conquistados militarmente, el despotismo estalinista se mostraba un sistema eficaz para introducir la institucionalidad y las prácticas sociales básicas indispensables para la acumulación capitalista, un método para modernizar su despotismo arcaico. Como estos viejos imperios eran atrasados y la modernización era exitosa, el modelo terminó promoviéndose como la opción adecuada para superar el atraso y el subdesarrollo¹.

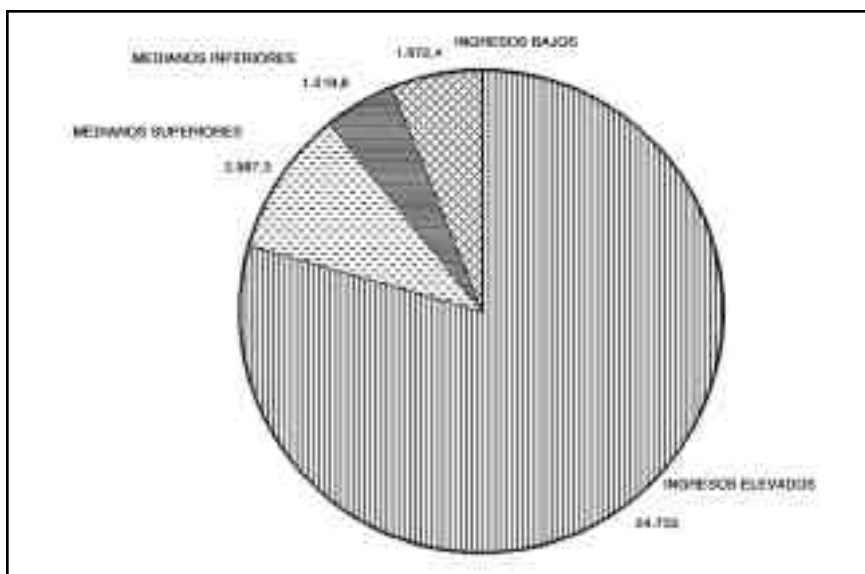
Pero en los años ochenta, a medida que el conflicto social y la Guerra Fría fueron declinando, una nueva clasificación, más de tipo tecnocrático y funcional, fue emergiendo para dar cuenta de los distintos tipos y grados de desarrollo económico de las economías nacionales. Al amparo de una igualdad formal de los estados nacionales soberanos, la economía mundial mostraba entonces un reducido grupo de países desarrollados, ubicados principalmente en Europa occidental y Norteamérica a los que hubo que agregar Japón, Australia y Nueva Zelanda, seguidos de los Nuevos Países Industrializados del Sureste Asiático, los cuales, no obstante su vigoroso desarrollo económico, muestran aún hoy fuertes rasgos de subdesarrollo. Luego estaban los países de desarrollo mediano con niveles de ingreso medio per cápita ubicado en su mayoría en Europa, América Latina, en el norte de África y el Medio Oriente, a los cuales había que agregar Sudáfrica, y algunos países petroleros de la península arábiga. El resto de las economías no centralmente planificadas eran los países más pobres de la tierra ubicados principalmente en el África subsahariana, pero también en Asia y América Latina. Finalmente estaban los países socialistas con economías centralmente planificadas, consideradas en bloque como un segundo mundo distinto, tanto al de los países ricos capitalistas, como al resto de los países. Un segundo mundo entre el primer mundo rico y un tercer mundo pobre, pero que en realidad bajo la pátina socialista escondía realidades nacionales muy diversas entre sí, que iban desde las de países de antigua y avanzada industrialización como la República de Alemania Democrática y Checoslovaquia hasta los países de escaso desarrollo y pasado colonial como Albania y Cuba pasando por las de antiguos imperios precapitalistas como la Unión Soviética y China, transformados ambos por el impacto de la expansión capitalista en estados nacionales socialistas. Pero a partir de finales de los ochenta, estos últimos empezaron un proceso de transición al mercado libre, abandonando la planificación centralizada y relajando el monopolio estatal de la organización de la producción que casi siempre se extendía sobre más del 90% de toda la economía. Desde entonces forman los países en transición con unas situaciones económicas muy desiguales.

Una mirada panorámica a esta economía mundial de los estados nacionales soberanos es suficiente para mostrar que su desarrollo ha sido muy desigual. Un resultado previsible cuando se toma en cuenta la gran heterogeneidad de prácticas sociales sobre la cual se ha ido extendiendo la economía moderna, pero que no deja de ser preocupante. Al finalizar el siglo, la economía mundial según la clasificación del Banco Mundial, consta de unos 28 países con un nivel de ingreso per capita elevado, superior a los 9.361 dólares anuales, le siguen 36 países con ingresos medianos superiores, es decir, entre los 3.031 y 9.360 dólares, luego 57 países con un ingreso mediano inferior que oscila entre los 760 y 3.030 dólares anuales y finalmente 63 con un bajo ingreso inferior a los 760 dólares por año².

El grupo de los países ricos comprende a todos los miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) con la única excepción de México y la República de Corea que fueron aceptados a principios de

la década de los noventa como símbolo de movilidad social internacional, pero que siguen siendo países de ingresos medianos superiores. También forman parte de este grupo Israel y algunos emiratos petroleros (Qatar, Brunei, Kuwait, Emiratos Arabes Unidos) y unos pocos paraísos fiscales como las islas Cayman y las Bahamas. Este grupo tuvo en 1998 un producto nacional bruto de 24.733 miles de millones de dólares, que corresponde al 79,2% del producto mundial con una población de 886 millones de personas con ingreso per capita promedio de 27.911 dólares anuales, (ver gráfico 1). El núcleo fundamental lo constituyen Estados Unidos, Canadá, la Comunidad Europea y Japón, que producen el 67,8% del producto mundial.

Gráfico 1
Producto Nacional Bruto
Precios constantes en dólares de 1995



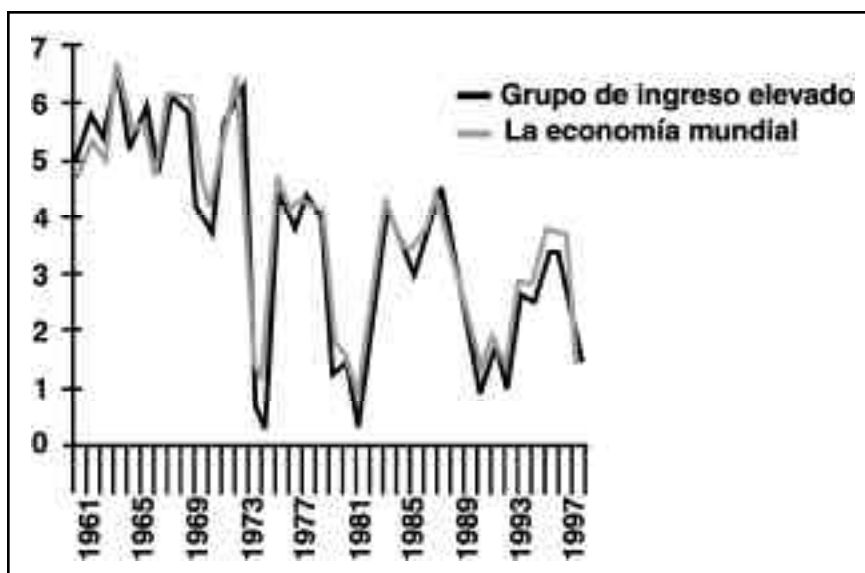
Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

Los países con ingresos medianos superiores generaron 2.987,3 miles de millones de dólares de producto bruto que es igual al 9,7% del producto mundial con una población de 588 millones y un ingreso per capita promedio de 5.080 dólares anuales. En este grupo se encuentran 7 países latinoamericanos (Argentina, Brasil, México, Venezuela, Chile, Uruguay, Panamá y Puerto Rico), algunos de los países del Sureste Asiático como Corea del Sur, Malasia, países de la Europa

extracomunitaria como Polonia, Hungría, República Checa y Croacia y algunos países exportadores de petróleo como Arabia Saudita, Omán y Libia. El desempeño de este grupo en las dos últimas décadas ha sido muy decepcionante si se excluyen varios de los países del Sureste asiático. Algunos de sus miembros, como Brasil y Argentina, figuran entre los países con serios problemas de endeudamiento externo, y otros como Venezuela y Arabia Saudita con una actuación económica pésima.

El grupo de los países de ingresos medianos inferiores aportó 1.519,8 miles de millones de dólares, es decir el 4,9% del producto mundial con una población de 886 millones y un ingreso promedio per capita de 1.708 dólares anuales. Comprende la mayoría de los países latinoamericanos, del Medio Oriente y Africa del Norte, algunos países del Sureste Asiático y ex soviéticos.

Gráfico 2
Producto Nacional Bruto
Tasa de crecimiento anual



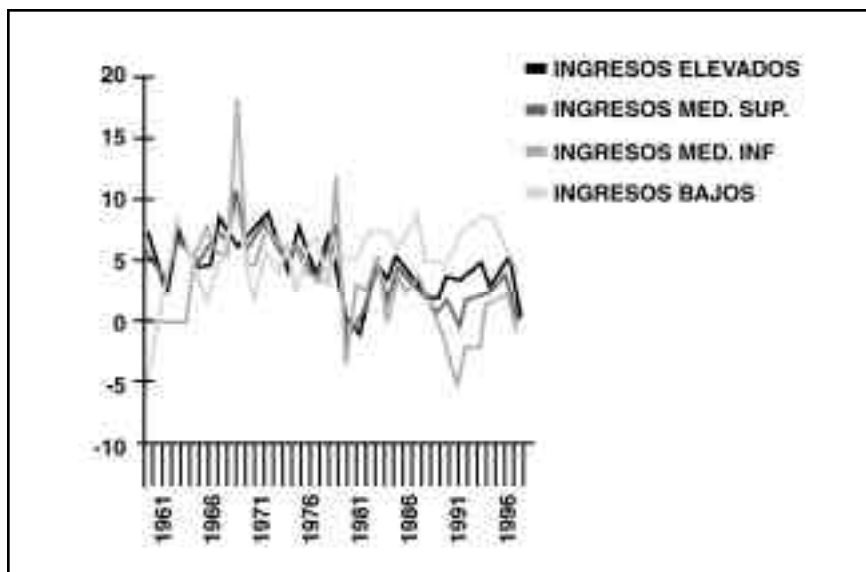
Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

El grupo de los países de bajos ingresos alcanzó un producto bruto de 1.872,4 millardos o el 6,1% del producto mundial y tiene una población total de 3.536 millones de personas y un ingreso promedio de 529 dólares anuales. Este grupo comprende las zonas más pobladas del mundo como los países de Asia del Sur (India,

Pakistán Afganistán, Bangladesh, Bhutan, Nepal y Sri Lanka) con una población total de 1.300 millones de personas y China, con igual número de habitantes, además de la zona con mayores dificultades de desarrollo como el Africa subsahariana; 47 países miembros de este grupo están en la lista de los países más pobres del mundo de las Naciones Unidas, y cuentan con una población de 619 millones de seres humanos con un nivel de ingreso promedio de 266 dólares anuales.

La economía mundial prácticamente se reduce a la economía del grupo de los países desarrollados, cuyo comportamiento es determinante para el resto del mundo, como puede verse en el Gráfico 2, que muestra claramente que la tasa de variación del producto mundial coincide casi completamente con la de los países desarrollados cuyo ciclo económico determina totalmente el comportamiento de la economía mundial. Este gráfico muestra también que el crecimiento de la economía mundial después de la recesión de 1974 ha sido considerablemente inferior al período precedente. La reestructuración neoliberal de las últimas dos décadas del siglo no ha logrado igualar el crecimiento del modelo de la posguerra.

Gráfico 3
Producto Nacional Bruto
Tasa de crecimiento por grupos de ingresos



Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

Es cierto que las economías más desarrolladas tienden a crecer a tasas más lentas debido al gran tamaño de sus economías y esto explica en parte el comportamiento insatisfactorio de la economía mundial de las últimas dos décadas. Pero lo que llama la atención es que, en los últimos veinte años del siglo, el comportamiento de los países de ingresos medianos ha sido aún peor que el de las economías desarrolladas, como puede verse en el Gráfico 3. En particular, los países de ingreso mediano inferior han tenido un crecimiento promedio negativo durante los años noventa, de -2% que redujo su ingreso promedio per cápita de 2.011 dólares anuales en 1988 a 1.708 en 1998. Su actuación ha sido la peor de todos los grupos. Posiblemente este es el grupo que, por una serie de razones, es más sensible al impacto de las economías desarrolladas, afectadas por la recesión de 1990-1992 primero y por un crecimiento lento después, con la única excepción de Estados Unidos. También incidió considerablemente en este grupo el colapso de las economías de los países socialistas después de que abandonaron la planificación centralizada para salir del estancamiento de los ochenta.

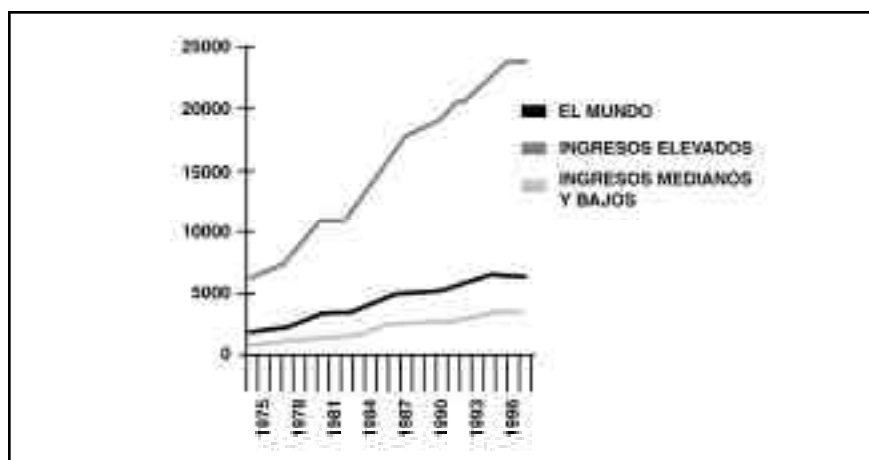
Pero los países de ingresos medianos superiores tampoco tuvieron un comportamiento satisfactorio, siendo ligeramente inferior al de los países desarrollados, es decir, algo menos que el 2,2% anual. La crisis de la deuda externa afectó a este grupo (en el cual se encontraban los mayores deudores) considerablemente entre 1981 y 1983, periodo en que su producto se redujo a un promedio anual de 2,4%, para luego volver a crecer, entre 1984 y 1989, a más de 2% anual. En 1990 la recesión mundial lo afecta reduciendo su producto en 1% y luego crece a más de 2% anual entre 1991 y 1997, cuando sufre el efecto de la crisis asiática que reduce otra vez su producto en 1% en 1998.

El único grupo que muestra un comportamiento satisfactorio e incluso mejor al que había tenido en las primeras décadas de la posguerra es el de los países más pobres, el cual a partir de finales de los años setenta crece en forma sostenida a una tasa anual promedio de 4,4% hasta finales de 1997, cuando su crecimiento es interrumpido por la crisis financiera del Sureste Asiático. Las tasas de crecimiento de los noventa son particularmente elevadas. Desde luego los resultados de este grupo están fuertemente influidos por los dos miembros gigantes que son China e India. En particular el crecimiento de China es un caso único puesto que ha crecido ininterrumpidamente desde 1987 a una tasa anual promedio de 9,3%. Sin embargo, su efecto es menos distorsionante de lo que podría pensarse a primera vista puesto que el crecimiento de India, que tiene un tamaño similar, es más cercano al promedio del grupo. No obstante, el éxito de estos países esconde el drama del Africa subsahariana que desde 1977 sólo ha crecido a un promedio anual del 1,8% lo cual significa un empeoramiento de su situación. Ésta es la única región del mundo que arroja un empobrecimiento neto en las últimas décadas, y esto es el fundamento de las frecuentes guerras, epidemias y hambrunas que la asolan y generan serias dudas acerca de la posibilidad de supervivencia de su población.

La tragedia africana es tan sólo el aspecto más dramático del crecimiento desigual de la economía mundial. La brecha entre los países ricos y el resto del mundo se ha incrementado considerablemente, sobre todo en las dos últimas décadas. Aquí son claramente visibles los efectos de la reestructuración neoliberal que sólo ha logrado sostener un crecimiento modesto de la economía a costa de una reconcentración brutal del ingreso no solamente en el ámbito nacional sino, sobre todo, en la economía mundial, como se evidencia en el Gráfico 4.

Esta brecha tiende a ampliarse y ha puesto en marcha nuevas corrientes migratorias de los países pobres, hacia los ricos. De manera que existe una internacionalización de los flujos del factor trabajo que es concomitante con la del capital, pero que se realiza en condiciones asimétricas. Si la globalización del capital implica la eliminación de las barreras nacionales a sus movimientos, la del trabajo genera una creciente conflictividad social en el seno de los distintos países, asumiendo caracteres de conflicto étnico que fomenta tendencias racistas y xenófobas constantes de un empobrecimiento en la autovaloración laboral. Si la transnacionalización del capital ha favorecido su proceso de acumulación y concentración con la consolidación de las grandes corporaciones estratégicas que dominan el mercado y establecen una nueva segmentación del espacio económico mundial, desplazando los estados nacionales para construir un nuevo orden corporativo global, la transnacionalización del trabajo, en lugar de crear una sociedad mundial heterogénea y múltiple en la cual cada individuo pueda

Gráfico 4
Producto Nacional Bruto per capita



Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

desarrollarse plenamente, reterritorializa al trabajador en un espacio nacional despótico que fragmenta la autovaloración laboral en ciclos nacionales muy desiguales en sus niveles de desarrollo. Mientras que la apertura económica, la desregulación y la homogeneización de las políticas macroeconómicas son objetivos explícitos de las grandes empresas corporativas y sus estados nacionales y organismos internacionales, las condiciones de trabajo y las migraciones siguen siendo problemas nacionales. Si el crecimiento de la economía mundial es un objetivo global del capital, la pobreza es un problema de los países. Así por ejemplo, mientras Estados Unidos promueve la libertad total de circulación de bienes y servicios y se opone a toda regulación que implique un obstáculo al libre flujo de capitales, erige una cerca alámbrica de varios miles de kilómetros para contener el flujo de migrantes hacia su territorio. Lo mismo empieza a ocurrir en la Comunidad Europea.

La internacionalización asimétrica de los factores productivos genera una percepción distorsionada de la nueva realidad global formada por un mundo rico con países pobres, un mundo con una riqueza global y una pobreza local. Un mundo en el cual el capitalismo corporativo *exitoso* genera riqueza global y los estados nacionales causan la pobreza local con sus políticas erradas. Esta ilusión tiene algo de cierto en la medida en que el actual capitalismo corporativo es heredero del proceso de expansión de las relaciones mercantiles que, al desarticular prácticas sociales arcaicas para reorganizarlas en la producción moderna, desencadena las fuerzas productivas, mientras que el estado nacional se sustenta por lo menos en parte en esas prácticas arcaicas. Pero cuando los éxitos del capitalismo se atribuyen a unos estados y sus fracasos a otros, de forma tal que la riqueza se convierte en la consecuencia de una política acertada por parte del estado para desarrollar el capitalismo y la pobreza, en cambio, en el resultado de políticas nacionales equivocadas, se dejan de lado las fallas inherentes al sistema económico para convertirlas en simples desaciertos de la política económica nacional.

La brecha de el Gráfico 4 sugiere, en cambio, que la pobreza ha sido globalizada y la riqueza nacionalizada por un sistema económico que es el fundamento del sistema de estados nacionales y no puede reducirse a un conjunto de actividades acotado y determinado en el interior de cada estado. El tema de la pobreza debe ser globalizado, es decir, puesto frente a la economía corporativa ya no como un residuo arcaico colateral, sino como su complemento funcional. En efecto, la parte más importante de la pobreza tiene su origen en la exclusión. La reorganización del territorio social que caracteriza la globalización coloca al lado de la segmentación corporativa a los espacios excluidos, auténticos depósitos de millones de seres humanos que no disponen de ningún factor productivo que los integre al mercado: ni bienes ni fuerza de trabajo disponible. Y como no pueden ser integrados al proceso de acumulación de capital, no tienen acceso a las condiciones para comenzar un proceso de autovaloración que eventualmente les permita constituirse en sujetos sociales separados. De ahí su pobreza endémica que

no debe confundirse con la pobreza causada por la escasez propia de una economía de baja productividad, sino que surge de la carencia de todo tipo de capacidad productiva porque han perdido los factores de producción de las sociedades tradicionales, sin haber adquirido los de la economía moderna.

El mundo pobre

La reestructuración neoliberal ha traído pues el afianzamiento de un nuevo orden internacional muy distinto al que buscaban los países en vías de desarrollo en los años setenta. Las desigualdades en el comercio internacional que entonces parecían insostenibles se han agravado haciendo que la diferencia entre el mundo rico y el pobre sea tan desproporcionada que este último no tenga ninguna posibilidad de autonomía. Los intentos entre los países pobres por crear instancias de coordinación de políticas como el Grupo de los 77, o el más reciente de los 15, no han ido más allá de reuniones estériles y llenas de retórica. La perspectiva misma de los gobiernos ha cambiado y ya no se buscan alianzas que puedan hacer contrapeso al poder de los países desarrollados, entre otras cosas porque la desaparición de la Unión Soviética les ha restado capacidad de maniobra política.

De manera que las tendencias tercermundistas han sido reemplazadas por una competencia entre los países pobres por atraer a los capitales internacionales y por acceder a los mercados de los países desarrollados. Salvo los grandes del mundo pobre (China, India, Indonesia, Rusia y Brasil) que por su población y tamaño del producto tienen un peso específico que les permite negociar con el mundo desarrollado, el resto de los países no están en condiciones de llevar a cabo una política autónoma, ni solos ni en grupo. Los intentos de asociaciones regionales tienen hoy mucho menos interés que la asociación en bloques liderados por algún grupo de países desarrollados. El único intento medio exitoso ha sido el Mercosur, debido fundamentalmente al papel desempeñado por Brasil que quiso contrarrestar la extensión del Tratado de Libre Comercio de América del Norte a Sudamérica. Pero aquí también los graves problemas que aquejan a estas economías hacen muy improbable su éxito. En el terreno tradicional de las relaciones económicas internacionales, la máxima esperanza que pueden tener es la de negociar con eficacia su integración al nuevo mundo de la Comunidad Internacional lo cual va a depender de la extensión y calidad de las relaciones económicas que los integran a la economía mundial. Es la intensidad de estas relaciones lo que determina su peso específico a la hora de arrancar concesiones de los gobiernos de los países desarrollados o de los organismos multilaterales. Aquellos que no tengan nada que ofrecer serán excluidos del nuevo orden y aquellos que practiquen políticas hostiles a la *Comunidad Internacional*, aunque sean políticas tradicionales de los estados, serán criminalizados y tratados con métodos policiales. Hoy día hay más de cuarenta países excluidos por no tener recursos económicos y más de tres por delincuentes.

Este nuevo orden internacional sustentado en el inmenso hiato de desarrollo entre mundo pobre y rico, es diametralmente opuesto al que imaginaba el tercermundismo de los años setenta, que era un pensamiento que culminaba el proceso de descolonización y de afianzamiento de los estados nacionales. Actualmente los actores sociales de estos países se encuentra ante la disyuntiva de una adhesión ciega e ingenua a la reestructuración neoliberal con la esperanza de que sea un mecanismo automático de integración al gran mundo de la Comunidad Internacional, o de un rechazo visceral a la globalización cuyos males intuyen, pero que no pueden comprender en toda su complejidad debido al atraso de las prácticas sociales que los mueven. El hiato entre la complejidad de la globalización y la formación subjetiva de todos estos actores es tan grande como el que separa su estado actual de la sociedad desarrollada. La economía de la miseria se vuelve miseria de la subjetividad. De ahí que una vez caída la propuesta ideológica socialista -que el propio mundo desarrollado le proporcionaba, como una extensión natural de su administración del movimiento obrero- estos actores recurren cada vez más a discursividades arcaicas y aberrantes como manera de expresar su diferencia.

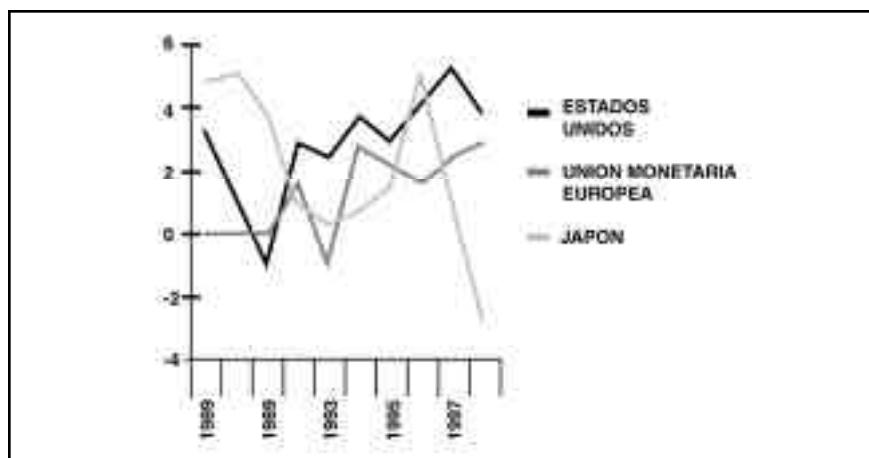
El mundo rico

En términos generales, el comportamiento económico de los países desarrollados ha sido mediocre y en algunos casos, como el de Japón, francamente malo; con una tasa promedio de crecimiento para la década inferior al uno por ciento, mientras que la de la Unión Europea ha sido inferior al 2%. Una excepción notable ha sido la economía de Estados Unidos, que ha mostrado un crecimiento sostenido después de recuperarse de la recesión de 1990-1991, que se mantuvo hasta el año 2000 (Gráfico 5). Sin duda la característica más notable de la década ha sido la reducción de la inflación en todos los países después de 1992 (Gráfico 6). En el caso de los países europeos esta reducción se debió en gran parte a los esfuerzos de los gobiernos por cumplir con los Acuerdos de Maastricht que exigían una inflación mínima y alineada para entrar a la unión monetaria a partir de 1999. En el caso de Inglaterra y Japón se nota un leve repunte poco significativo a partir de 1996, mientras que Estados Unidos se coloca en niveles mínimos y con tendencia a seguir decreciendo.

El precio de esta reducción de la inflación ha sido el incremento del desempleo por lo menos en aquellos países donde ha sido el resultado de una política restrictiva como en los países que se prepararon para entrar a la Unión Europea, que como puede observarse en el Gráfico 7, muestran una tendencia a la elevación de las tasas. El caso más notable es el de Alemania, donde a la política restrictiva del Bundesbank para ajustar la inflación previa al inicio de la circulación del euro, se agregó el efecto de la reunificación que trajo un enorme incremento del desempleo en los Landes de la antigua República Democrática. Inglaterra, en

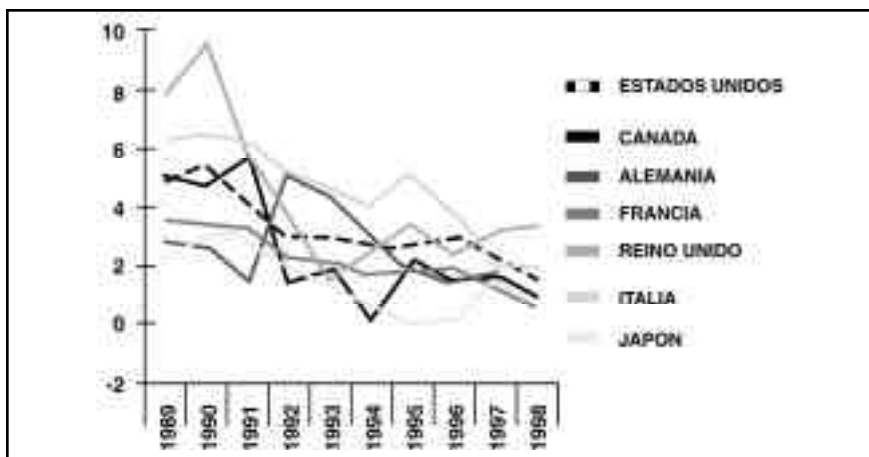
cambio, que no entró a la unión monetaria, es el único país de Europa que muestra una considerable reducción del desempleo. En Japón, donde el desempleo ha sido tradicionalmente mínimo, la tasa promedio se ha elevado como resultado del estancamiento de su economía, afectada además por la crisis asiática de 1997. Nuevamente la única excepción es la de Estados Unidos, que reduce el desempleo a niveles que se aproximan a los anteriores a la crisis de los setenta.

Gráfico 5
PIB (% de crecimiento anual)



Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

Gráfica 6
Inflación (% de crecimiento anual)



Fuente: Banco Mundial, WDI 2000.

La economía mundial y América Latina después del 11 de septiembre: notas para la discusión

Jaime Estay*

A partir de los atentados terroristas del 11 de septiembre y de la escalada bélica iniciada desde entonces por el gobierno estadounidense, se ha ido generando una situación en la cual se mezclan elementos nuevos con otros que ya estaban presentes. En este material haremos un breve recuento de esa situación, identificando algunas de las evidencias y de las previsiones que al respecto ya están disponibles, sobre todo en lo que respecta al ámbito económico. Para realizar el recuento, nos centraremos primeramente en la situación actual de la economía mundial y en las previsiones que sobre ella existen, para identificar después algunos elementos de continuidad entre esa situación y el escenario previo al 11 de septiembre y concluir con una breve referencia a América Latina y El Caribe.

Como advertencia general, queremos destacar el carácter obligadamente tentativo de las afirmaciones que se hagan sobre una realidad tan cambiante como la que hoy estamos viviendo; si bien argumentaremos que hay importantes elementos de continuidad entre antes y después del 11 de septiembre, los componentes nuevos no son precisamente menores y además están aún en pleno desenvolvimiento, lo que obliga a ser cautelosos no sólo en las predicciones sino incluso sobre la importancia relativa y la posible permanencia de las tendencias ya identificables.

*Chileno, residente en México (jeestay@siu.buap.mx). Profesor-investigador en la Facultad de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y coordinador de la Red de Estudios de la Economía Mundial (<http://www.redem.buap.mx>).

El deterioro económico mundial

Luego de un periodo inicial con informaciones fragmentadas acerca de los impactos económicos del 11 de septiembre –caída de las bolsas, disminución de ventas en aerolíneas y servicios turísticos, dificultades de las compañías de seguros, políticas públicas de incremento del gasto y de reducción de tasas de interés en Estados Unidos, etc.– han ido apareciendo, en los meses siguientes, balances y proyecciones de carácter más global, realizados en su mayoría por organismos internacionales.

Cuatro de esas estimaciones –del Banco Mundial, del Departamento de Asuntos Económicos y Sociales (DAES) de la ONU, de la UNCTAD y del banco JP Morgan– se presentan en el Cuadro 1. Todas ellas coinciden en pronosticar un bajo crecimiento de la producción para 2001 en el promedio mundial y en los distintos países y grupos, con el caso extremo de Japón, para el cual se estima una disminución absoluta. Tanto el Banco Mundial como el DAES hacen estimaciones para el comercio internacional, y ambas le asignan un crecimiento muy escaso o nulo en 2001; así también, en el cuadro se recogen las fuertes correcciones a la baja de esas dos instituciones en las proyecciones para 2001 que habían realizado previamente, a las que se agrega la corrección al alza que el Banco Mundial incorpora en sus proyecciones para el año 2003, con la cual en ese año se proyecta un crecimiento de casi 4% para la producción mundial y superior al 10% para el comercio internacional. Esto último corresponde a una opinión generalizada –aunque muy poco argumentada– de que el actual deterioro económico sólo durará hasta la segunda mitad del año 2002, de tal manera que en el 2003 se estará en plena etapa de recuperación.

Cuadro 1
*Proyecciones de distintas fuentes
(cambio porcentual respecto del año anterior)*

Fuente	Banco Mundial						DAES/ONU*		UNCTAD	JPMorgan
	Abril 2001			Noviembre 2001			01/2001	10/2001	10/2001	09/2001
Año proyectado	2001	2002	2003	2001	2002	2003	2001	2001	2001	2001
PIB Mundial	2,2	3,3	3,4	1,3	1,6	3,9	2,4	1,4	1,5	1,1
Países OCDE	1,6	2,8	2,9	0,9	1,0	3,4	---	---	---	---
Estados Unidos	1,2	3,3	3,2	1,1	1,0	3,9	1,8	1,0	1,2	1,0
Japón	0,6	1,8	2,3	-0,8	0,1	2,4	0,7	-0,5	-0,6	-0,7
Área Euro	2,5	3,1	2,9	1,5	1,3	3,6	2,7	1,8	1,8	---
Países atrasados	4,2	4,9	4,9	2,9	3,7	5,2	4,1	2,5	3,3	---
América Latina y el Caribe	3,7	4,4	4,4	0,9	2,5	4,5	3,1	0,8	1,0	---
Comercio Internacional	5,5	7,3	7,3	1,0	4,0	10,2	5,5**	0,0**	---	---
Precio petróleo	-11,4	-16	-4,8	-11,3	-16	-4,8	---	---	---	---
Precio manufacturas	5,9	3,1	2,4	-4,6	4,0	4,4	---	---	---	---

* Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de la Organización de las Naciones Unidas

** Las cifras se refieren al volumen de comercio.

Fuente: las cifras del Banco Mundial están tomadas de Banco Mundial, 2001b; las cifras de DAES/ONU están tomadas de DAES/ONU, 2001; las cifras de UNCTAD y JPMorgan, están tomadas de UNCTAD, 2001.

Un quinto grupo de proyecciones, que se presenta en el Cuadro 2, corresponde al Fondo Monetario Internacional (FMI). En dicho cuadro se entregan tanto las proyecciones publicadas a mediados de noviembre, como las diferencias entre ellas y las que se habían hecho en los días previos al 11 de septiembre¹. Según se puede observar, las correcciones a la baja son bastante fuertes, sobre todo las referidas al año 2002, a tal punto que entre septiembre y noviembre las proyecciones para ese año se redujeron a la mitad o menos en variables tales como el incremento de producción de las economías avanzadas, de los Nuevos Países Industrializados (NPIs) y del hemisferio occidental; el aumento del comercio internacional; y el incremento del precio de las exportaciones no petroleras.

Cuadro 2
Proyecciones del FMI correspondientes al 13 de noviembre de 2001
(variación porcentual anual, excepto que se indique algo distinto)

	Proyecciones actuales		Diferencias con octubre 2001*	
	2001	2002	2001	2002
Producción mundial	2,4	2,4	-0,2	-1,1
Economías avanzadas	1,0	0,8	-0,3	-1,3
G-7	0,9	0,6	-0,2	-1,3
Estados Unidos	1,1	0,7	-0,3	-1,5
Japón	-0,9	-1,3	-0,4	-1,5
Alemania	0,7	0,8	-0,1	-1,0
Francia	2,0	1,3	—	-0,8
Italia	1,8	1,2	0,1	-0,8
Reino Unido	2,3	1,8	0,2	-0,6
Canadá	1,4	0,8	-0,5	-1,4
Otras economías avanzadas	1,4	1,9	-0,4	-1,4
Memorandum				
Unión Europea	1,7	1,4	-0,1	-0,8
Euro área	1,6	1,3	-0,2	-0,9
NPIs	0,3	1,7	-0,7	-2,5
Países atrasados	4,0	4,4	-0,4	-0,9
África	3,5	3,6	-0,3	-0,8
Atrasados de Asia	5,6	5,6	-0,2	-0,5
China	7,3	6,8	-0,2	-0,3
India	4,4	5,2	-0,1	-0,5
ASEAN-4**	2,1	2,9	-0,2	-1,2
Medio Oriente, Malta y Turquía	1,7	4,0	-0,6	-0,7
Hemisferio occidental	1,1	1,7	-0,6	-1,9
Brasil	2,0	2,0	-0,2	-1,5

Cuadro 2 (continuación)

	Proyecciones actuales		Diferencias con octubre 2001*	
	2001	2002	2001	2002
Memorandum				
África al sur del Sahara	3,1	3,4	-0,4	-0,8
Países pobres altamente endeudados***	3,8	4,5	-0,5	-1,1
Países en transición	4,7	3,9	0,7	-0,2
Europa central y del este	3,0	3,3	-0,5	-0,9
CEI				
Estados y Mongolia	5,9	4,3	1,4	0,3
Rusia	5,8	4,2	1,8	0,3
Excluyendo Rusia	6,1	4,3	0,7	0,2
Comercio internacional (bienes y servicios)	1,3	2,6	-1,4	-2,6
Precios de bienes (basados en dólares)				
Petróleo****	-11,4	-16,0	-6,4	-7,4
No petroleras	-5,1	1,7	-2,5	-2,8

*Las proyecciones fueron realizadas antes del 11 de septiembre.

**Incluye Indonesia, Malasia, Filipinas y Tailandia.

***Países con datos, de los 42 países elegibles para asistencia por el programa del FMI para Países Pobres Altamente Endeudados (PPAE).

****Promedio simple de precio spot de petróleo crudo del Reino Unido Brent, Dubai, y el oeste de Texas.

Fuente: FMI, 2001c.

Un último organismo cuyas proyecciones sobre el comportamiento económico mundial nos interesa destacar es la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). Según se ve en el Cuadro 3, también en este caso las correcciones a la baja para 2001 y 2002 son profundas y generalizadas², abarcando el comportamiento esperado –para los países miembros de esa organización– tanto de la producción como de la demanda doméstica y los desequilibrios en la cuenta corriente de las balanzas de pagos; a esto se agrega el aumento en los niveles de desempleo y la marcada reducción en el dinamismo del comercio internacional. En ese cuadro, y sobre la base de que “una significativa recuperación de la actividad deberá tener lugar en la segunda mitad del próximo año” (OCDE, 2001), aparecen proyectadas para 2003 cifras de 3,2% de crecimiento para el promedio de la OCDE, 3,8% en la economía estadounidense y casi 9% en el comercio internacional.

Cuadro 3
Proyecciones de la OCDE

Fecha de la proyección	Junio 2001		Noviembre 2001		
Año proyectado	2001	2002	2001	2002	2003
PIB (%)					
Total OCDE	2,0	2,8	1,0	1,0	3,2
Estados Unidos	1,7	3,1	1,1	0,7	3,8
Japón	1,0	1,1	-0,7	-1,0	0,8
Unión Europea	2,6	2,7	1,7	1,5	2,9
Tasa de desempleo					
Total OCDE	6,3	6,3	6,5	7,2	7,0
Estados Unidos	4,6	5,0	4,8	6,2	6,0
Japón	4,9	4,8	5,0	5,5	5,4
Unión Europea	7,7	7,3	7,8	8,1	8,0
Balanza en cuenta corriente (% del PIB)					
Total OCDE	-1,3	-1,2	-1,2	-1,0	-1,0
Estados Unidos	-4,2	-4,0	-4,1	-3,9	-4,0
Japón	2,2	2,7	2,1	2,9	3,5
Unión Europea	-0,4	-0,4	-0,2	0,0	0,0
Demanda doméstica (%)					
Total OCDE	1,9	2,7	0,7	1,0	3,0
Estados Unidos	1,9	3,1	1,1	0,7	3,9
Japón	1,2	0,7	-0,2	-1,6	0,2
Unión Europea	2,6	2,7	1,4	1,6	2,8
Comercio internacional (%)	7,2	8,0	0,3	2,0	8,7

Fuente: OCDE, 2001a y 2001b.

Por consiguiente, todas las proyecciones presentadas en los cuadros anteriores, al igual que otras que pudieran mencionarse, coinciden en identificar un fuerte deterioro en el comportamiento económico mundial a partir del 11 de septiembre, el cual está presente en los distintos niveles de funcionamiento así como en las diferentes regiones y países.

El carácter generalizado del deterioro, desde luego que no obsta para que una vez más los mayores impactos se estén concentrando en los países más atrasados y sobre todo en los sectores pobres de éstos. A reserva de referirnos después a la situación de América Latina, por ahora queremos destacar un par de estimaciones que dan cuenta de ese mayor impacto.

Por una parte, distintos pronósticos coinciden en que las exportaciones primarias se verán particularmente afectadas por el deterioro del comercio internacional, lo cual implica proyecciones de importantes caídas en los precios de productos de exportación de países atrasados. Para algunos de esos productos, en el Cuadro 4 se pueden observar las caídas que se estiman en sus precios, las cuales en el año 2001 en comparación con el 2000 son de al menos 10% para casi todos los productos allí incluidos, y superiores al 30% para el café, la copra, el aceite de coco y el níquel.

Cuadro 4
Estimación de precios de algunos productos primarios

Producto	Unidad	2000	2001	2002
Petróleo crudo	dólar/barril	28,23	25,00	21,00
Café robusta	dólar/ton met	91,3	61,7	63,9
Café, otras var.	centavos dólar/kg.	192	136,7	138,9
Aceite de coco	dólar/ton met	450,3	315	365
Copra	dólar/ton met	304,8	200	350
Algodón	centavos dólar/kg.	130,2	105,8	102,1
Aluminio	dólar/ton met	1549	1440	1500
Cobre	dólar/ton met	1813	1575	1625
Níquel	dólar/ton met	8638	5900	6100
Plata	centavos dólar/onza	499,9	450	475
Estaño	centavos dólar/kg.	543,6	440	465
Zinc	centavos dólar/kg.	112,8	89	90

Fuente: Banco Mundial 2001b.

Por otra parte, ya hay algunas estimaciones iniciales acerca del incremento de la pobreza que está resultando de la situación generada desde el 11 de septiembre. En ese sentido, en un documento sobre el tema publicado a comienzos de octubre por el Banco Mundial (Banco Mundial, 2001a), se señala que a raíz de los ataques terroristas los países atrasados se verán especialmente afectados, “lo que llevará a la pobreza a otros 10 millones de personas el año próximo y obstaculizará la lucha contra la malnutrición y las enfermedades infantiles”. En ese mismo documento, luego de plantear que “podrían morir entre 20.000 y 40.000 niños menores de cinco años más ante un aumento de la pobreza como resultado de las consecuencias económicas del ataque del 11 de septiembre”, y que los países atrasados se verán enfrentados a una brusca reducción en el ingreso de inversiones extranjeras, se destaca la situación de África, en los siguientes términos:

África será la zona más afectada, pues además de la posibilidad de que entre otros dos o tres millones de personas caigan en la pobreza debido al me-

nor crecimiento y menores ingresos, dos millones de personas más podrían estar condenadas a subsistir con menos de un dólar al día debido a los efectos de la disminución en los precios de los productos básicos (Banco Mundial, 2001a).

A esas estimaciones cabría agregarles otros dos elementos, que no aparecen en los balances oficiales, pero que tienen un importante peso en la distribución de los impactos del actual deterioro económico mundial. Por una parte, en el interior de los países desarrollados las políticas económicas posteriores al 11 de septiembre se han dirigido básicamente a “rescatar” a las grandes empresas, bancos y compañías de seguros en problemas³, así como a concretar contratos millonarios hacia la industria de guerra, con lo cual ese relativo “redescubrimiento” del keynesianismo dista mucho de atender al deterioro de ingresos que la crisis está significando para la mayoría de la población, y desde luego que esa eventual prioridad tampoco está presente en las políticas aplicadas en los países atrasados, las cuales siguen manteniendo como objetivos básicos el cuidado de los equilibrios macroeconómicos y el cumplimiento de los compromisos con el exterior. Por otra parte, también en los países desarrollados y sobre todo en Estados Unidos, en los meses recientes se está asistiendo a un notorio endurecimiento hacia el ingreso y la permanencia de inmigrantes procedentes de países atrasados, lo cual tendrá efectos importantes sobre todo en aquellos países –como es el caso de México– en los cuales los flujos migratorios se han constituido en un paliativo ante la incapacidad de generar condiciones que permitan la permanencia de los nacionales en sus lugares de origen.

Las tendencias preexistentes y su acentuación

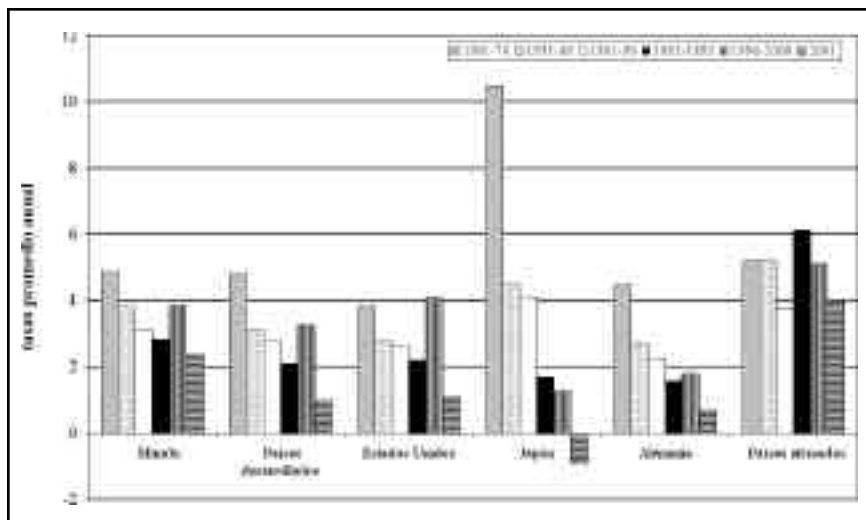
El escenario económico que hemos descrito en el anterior apartado, parece indicar que para su adecuada evaluación debe ser vinculado con un conjunto de tendencias que estaban presentes desde antes del 11 de septiembre, en una perspectiva tanto de largo como de corto plazo. En el primer sentido, y apoyándonos en el Gráfico 1, lo que interesa tener presente es el desenvolvimiento económico global de las últimas cuatro décadas, para destacar dos elementos.

Por una parte el inicio, desde fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, de una larga etapa de lento crecimiento de la actividad económica mundial, que vino a reemplazar al auge de la posguerra, la cual se acompañó de múltiples problemas y desequilibrios en el espacio internacional y en las distintas economías nacionales. Respecto de dicha etapa, que desde distintas perspectivas teóricas ha sido extensamente analizada por diversos autores⁴, en el Gráfico 1 se observa no sólo la disminución del crecimiento económico que se da a partir de los años setenta, sino también que esa disminución se fue acentuando en la siguiente década y en la primera mitad de los años noventa, de tal manera que, en com-

paración con los años sesenta, para ese último quinquenio dicho crecimiento fue inferior en un 43% a nivel mundial y en un 44% para el promedio de los países desarrollados, con el caso extremo de Japón cuya tasa promedio de crecimiento anual se desplomó de 10,5 a 1,3% entre los dos periodos. A ello cabría agregar para la misma etapa la acentuación del movimiento cíclico, con las profundas crisis del mercado mundial ocurridas a mediados de los años setenta, comienzos de los años ochenta y comienzos de los noventa.

Por otra parte, y según se ve en el Gráfico 1, la disparidad de comportamientos que se dio en los años noventa, particularmente el notorio buen desempeño logrado por la economía estadounidense en la segunda mitad de esa década, con un crecimiento promedio superior al 4% anual, al mismo tiempo que Alemania y Japón crecían a menos de la mitad de esa cifra. Ese comportamiento de Estados Unidos, y dentro de él los elevados niveles de inversión y de incremento en la productividad, la disminución del desempleo y de los desequilibrios en los precios y las finanzas públicas, y sobre todo los notorios avances en el desarrollo y aplicación de tecnologías de la información, llevaron a concluir que se estaba ante una “nueva economía”, la cual había permitido superar tanto el ciclo económico como los principales problemas que acompañaron al lento crecimiento tendencial⁵. Es obvio que éstas conclusiones deben ser confrontadas con el actual deterioro estadounidense y mundial, más aún cuando dicho deterioro tuvo su arranque desde antes de los sucesos de septiembre.

Gráfico 1
Crecimiento real del PIB: 1960-2001



Fuente: FMI 1986, 1994, 1997y 2001c.

En una perspectiva que abarque un plazo menor, precisamente lo que deseamos destacar son aquellas tendencias que ya desde el año 2000 apuntaban a una clara disminución, tanto del dinamismo económico global, como particularmente de los niveles de actividad en Estados Unidos.

Al respecto, un hecho inicial a destacar es que las “correcciones a la baja” en las proyecciones económicas, que según vimos se han multiplicado desde el 11 de septiembre, ya se venían haciendo desde antes. Según se observa en el Cuadro 5, en lo que respecta al FMI dichas correcciones ciertamente no eran menores en sus estimaciones para los años 2001 y 2002. Así, por ejemplo, en octubre de 2000 ese organismo estimaba para 2001 un crecimiento de 4,2% en la producción mundial, y en los días previos al 11 de septiembre su estimación se había reducido a un 2,6% en tanto que para el caso de los NPIs, durante ese mismo lapso, la estimación para el año 2001 se redujo de un 6,6 a un 1% y para América Latina se redujo de 4,5 a 1,7 %.

Cuadro 5
Cambio en las proyecciones del FMI para 2001 y 2002
(tasas anuales de crecimiento)

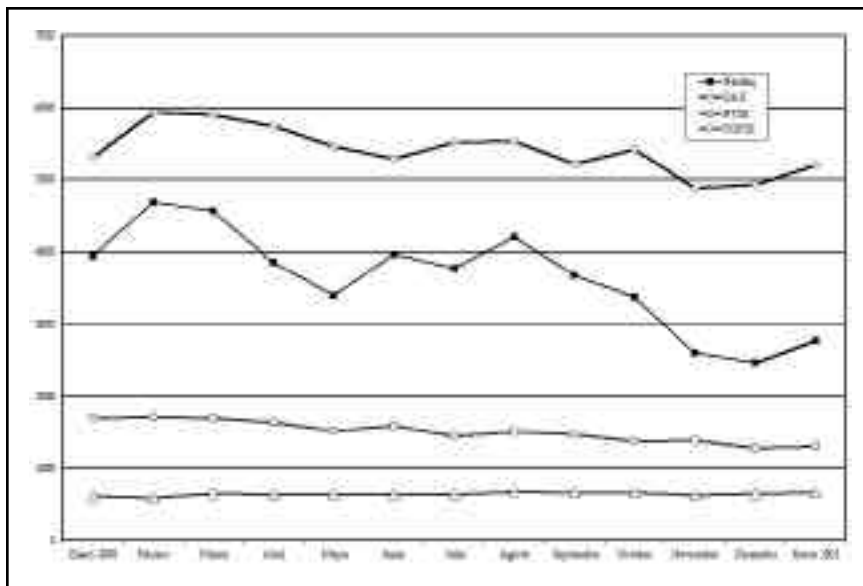
Fecha de la proyección	Mayo 2000		Octubre 2000		Mayo 2001		Octubre 2001*	
Año proyectado	2001	2001	2001	2002	2001	2002	2001	2002
Producción								
Mundial	3,9	4,2	3,2	3,9	2,6	3,5	2,4	2,4
PIB G-7	2,3	2,9	1,6	2,4	1,1	1,8	0,9	0,6
PIB Estados Unidos	3,0	3,2	1,5	2,5	1,3	2,2	1,1	0,7
PIB Japón	1,8	1,8	0,6	1,5	-0,5	0,2	-0,9	-1,3
PIB Alemania	3,3	3,3	1,9	2,6	0,8	1,8	0,7	0,8
PIB NPIs Asia	6,1	6,1	3,8	5,5	1,0	4,3	0,3	1,7
PIB América Latina	4,7	4,5	3,7	4,4	1,7	3,6	1,1	1,7
Comercio Internacional (bienes y servicios)	7,2	7,8	6,7	6,5	4,0	5,7	1,3	2,6

* Las proyecciones fueron realizadas antes del 11 de septiembre.

Fuente: FMI, 2000a, 2000b, 2001a, 2001b y 2001c.

Desde luego, por detrás de esas correcciones lo que había era un creciente deterioro en el comportamiento de distintos indicadores, referidos tanto al ámbito financiero como a la producción. En lo que respecta a las finanzas, en el Gráfico 2 se puede ver que al menos desde marzo-abril de 2000 ya estaba presente una tendencia a la caída en las principales bolsas de valores, y con particular fuerza en el índice Nasdaq, cuyo nivel pasó de 4.700 en febrero de 2000 a 1.800 en agosto de 2001, acumulando durante ese lapso una caída superior al 60%.

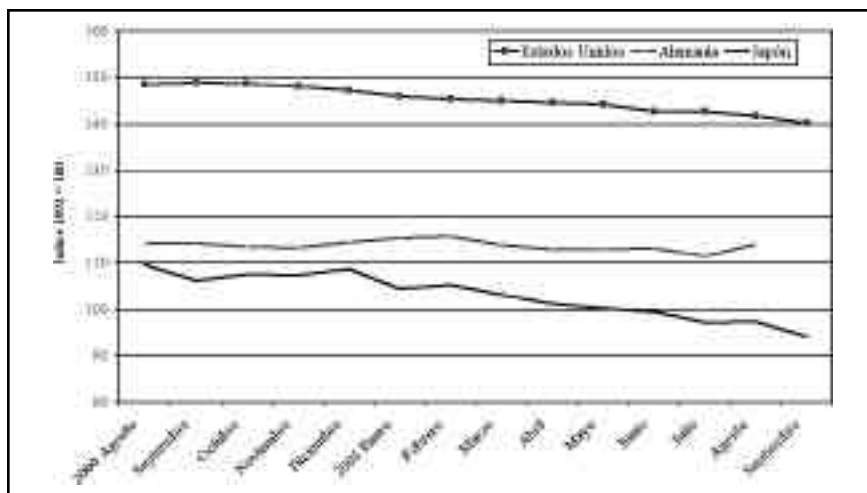
Gráfica 2
Crecimiento real del PIB: 1960-2001



Fuente: FMI 1986, 1994, 1997y 2001c.

Algo semejante, aunque menos marcado, se puede observar en el Gráfico 3 en relación con la producción industrial de los tres principales países desarrollados. Desde distintos momentos del año 2000, y continuando el siguiente año, tanto en Estados Unidos como en Alemania y Japón dicha producción tendía claramente a la baja. E incluso, si se tiene presente que las cifras del gráfico corresponden a un índice con base 1992 = 100, se concluye que en el caso de Japón el volumen de producción industrial para agosto de 2001 era inferior al de dicho año base, lo cual es expresión del deterioro extremo por el que esa economía atraviesa desde el inicio de los años noventa.

Gráfico 3
Producción industrial G-3



Fuente: CAE, 2001.

Para el caso particular de la economía estadounidense, desde mediados del año 2000 ya estaba presente una disminución de los ritmos de actividad, con lo cual bastante antes del 11 de septiembre llegó a su fin el largo periodo de crecimiento ininterrumpido que se inició en 1991. Dicho crecimiento previo, cuya duración total de 10 años fue la más larga de la historia estadounidense⁶, durante los años noventa –y principalmente en la segunda mitad de esa década– jugó un papel clave en el comportamiento del conjunto de la economía mundial, sobre todo tomando en cuenta el deterioro absoluto de la economía japonesa y los ritmos más bien mediocres de crecimiento de las economías europeas. En esas condiciones, el dinamismo económico de Estados Unidos, incluyendo por cierto sus cuantiosos y crecientes déficit en las balanzas de cuenta corriente y de capital, se constituyó en una suerte de “locomotora” para el resto de la economía mundial, y por lo mismo la disminución de ese dinamismo desde el año 2000 tuvo impactos globales que para los inicios de 2001 eran evidentes. Basta recordar los análisis y discusiones que por ese entonces se dieron respecto al carácter “suave” o “violento” que podría tener el “aterrizaje” de la economía estadounidense, así como sobre el impacto que ese “aterrizaje” tendría en las distintas regiones y países⁷.

En el Cuadro 6 se pueden observar algunos indicadores del deterioro por el que ya atravesaba la economía estadounidense. Allí se ve que desde mediados de 2000 comenzaron a caer los volúmenes de inversión, las ganancias de las corporaciones y los ritmos de incremento de la actividad económica, a la vez que el dé-

ficit en el balance de bienes y servicios se mantenía en niveles muy elevados, el ahorro en niveles muy bajos, y aumentaba la tasa de desempleo luego de haber llegado a un mínimo –que no se observaba desde fines de los años sesenta– de 3,9%. Por consiguiente, incluso sin considerar las cifras correspondientes al tercer trimestre de 2001 –dado que en ellas influye parcialmente lo ocurrido desde septiembre–, ya para el segundo trimestre de ese año la recesión estaba instalada en Estados Unidos, y es a ese escenario recesivo al que se ha sumado la situación de los meses más recientes.

Cuadro 6
Comportamiento reciente de la economía de EE.UU.
(cifras trimestrales)

	2000 II	2000 III	2000 IV	2001 I	2001 II	2001 III ^P
PIB (%)	5,7	1,3	1,9	1,3	0,3	- 1,1*
Ganancias de las corporaciones antes de impuestos (miles de millones de dólares)	862,0	858,6	816,5	755,7	738,3	680,1*
Inversión real fija privada en equipamiento y software (miles de millones de dólares)	1090	1102	1099	1088	1043	1011
Ahorro como % del ing. personal disponible	1,3	0,8	1,0	1,1	1,1	3,8
Producción industrial (%)	5,7	6,1	3,1	- 0,2	- 3,5	- 5,8
Desempleo**	4,0	3,9	4,0	4,3	4,5	5,4
Balance de bienes y servicios (miles de millones de dólares)	- 90,8	- 97,3	- 100,3	- 95,0	- 89,0	---

* Cifras dadas a conocer por el Departamento de Comercio el 30 de noviembre.

** Tasa de desempleo para el último mes del trimestre correspondiente, excepto 2001-III en que corresponde a octubre de 2001.

P Cifras preliminares

Fuente: CAE, 2001.

Esa continuidad entre la situación previa y la posterior al 11 de septiembre, está también presente en relación con una buena parte de las políticas aplicadas por el gobierno estadounidense. Más allá del hecho obvio de que ya se venía dando una política económica expansiva –a tal punto que a lo largo del año 2001 y hasta antes del 11 de septiembre la Reserva Federal había disminuido en siete

oportunidades la tasa de interés–, lo que interesa destacar es que, en una perspectiva amplia, a través de la respuesta a los atentados del 11 de septiembre el gobierno estadounidense ha iniciado una suerte de “fuga hacia adelante”, acentuando y llevando a un nuevo nivel un conjunto de objetivos estratégicos previamente definidos. En tal sentido, y sin desestimar los distintos elementos estrictamente nuevos presentes desde los atentados –en un abanico que va desde la pérdida de certeza, dentro y fuera de Estados Unidos, respecto de la invulnerabilidad territorial de ese país, hasta el cambio del discurso de “más mercado” hacia el de “más estado”–, lo cierto es que bajo el “paraguas” del antiterrorismo se han insertado propósitos de largo aliento ya existentes, en relación tanto con el funcionamiento interno como con las relaciones externas de Estados Unidos.

En lo que respecta al funcionamiento interno, una buena parte de las medidas tomadas desde el 11 de septiembre han venido a reforzar al menos dos definiciones estratégicas de la administración Bush. Por un lado, la prioridad que en los meses recientes se ha otorgado a las grandes empresas en la asignación de fondos de apoyo para enfrentar la crisis –en desmedro del resto de la población–, y que todo indica se profundizará con la puesta en marcha de un próximo “paquete de estímulo económico”, se corresponde claramente con la estrategia abiertamente “procorporativa” de la administración Bush que desde su campaña a la presidencia quedó de manifiesto, por ejemplo en los propósitos ahora redoblados de reducir impuestos a los sectores de mayores ingresos⁸, lo cual en algunos sentidos se asemeja al “ofertismo” de Reagan. Por otro lado, también desde el inicio de la actual administración se hizo evidente el propósito de trasladar hacia la industria militar una parte importante del peso del funcionamiento económico, destinando a dicha industria grandes volúmenes de gasto público –por ejemplo, para los proyectos de militarización del espacio–, por lo cual los cuantiosos contratos que se han acordado después del 11 de septiembre, así como el incremento general de fondos hacia el Pentágono y hacia el rubro de “seguridad” se ubican claramente en esa línea y, en sus contenidos y alcances, van mucho más allá de lo que sería esperable sólo como reacción ante los atentados⁹.

En lo que respecta a las relaciones externas de Estados Unidos, son muchos los sentidos en que la lucha antiterrorista se ha imbricado con objetivos y estrategias previamente existentes.

En el terreno más general, es claro que a través de la guerra contra el terrorismo, pero en busca de objetivos que rebasan con mucho la coyuntura de respuesta a los atentados, Estados Unidos está consolidando su hegemonía político-militar, redefiniendo en esa dirección el orden internacional e imponiendo bajo esa perspectiva roles diferenciados para sí mismo, para sus principales aliados, para las instancias internacionales y para el resto del mundo. De manera más específica, y como parte de lo anterior, es también evidente que a través que la campaña militar Estados Unidos está reimpulsando un posicionamiento a largo plazo en re-

lación con sus competidores presentes o potenciales –en particular Rusia y China–, dentro del cual juega un importante papel el acceso que aquel país se está asegurando hacia distintos recursos económicos estratégicos.

Si bien los objetivos recién señalados no han sido abiertamente reconocidos como tales por el gobierno estadounidense, la creación de condiciones para su cumplimiento se ha hecho a través de dos procesos, que sí han estado acompañados por declaraciones explícitas.

Por una parte el de exigir una total alineación con Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo, lo que fue enunciado por G. Bush (Bush, 2001a) de manera transparente: “Toda nación, en toda región del mundo, ahora tiene que tomar una decisión. Están de nuestro lado, o están del lado de los terroristas”.

Por otra parte, el proceso de ubicar bajo el paraguas de esa lucha los temas y acciones más disímiles, cuestión que también ha sido abiertamente planteada, por ejemplo por el secretario de Estado Colin Powell en un artículo que no por casualidad se llama “Aprovechando el momento”:

De nuestro común dolor y nuestra común resolución pueden surgir nuevas oportunidades no sólo de derrotar al terrorismo, sino también de colaborar con otras naciones en una gama de cuestiones importantes de interés mundial.

... el proceso mismo de participar en esta gran campaña mundial contra el terrorismo puede muy bien abrirnos las puertas para fortalecer y dar nueva forma a las relaciones internacionales y expandir o establecer áreas de cooperación (Powell, 2001).

Varios ejemplos de esa intención “abarcadora” se dieron en la reciente reunión de la Organización Mundial de Comercio realizada en Qatar, cuando la apertura de mercados quedó incluida bajo el “paraguas” del antiterrorismo, con afirmaciones como la siguiente, que corresponde al discurso que pronunció en dicha reunión el representante de comercio de Estados Unidos, Robert Zoellick (Zoellick, 2001b):

Los atentados terroristas de septiembre han aumentado la incertidumbre y el riesgo. [...] El mundo necesita signos de esperanza –esperanza de una oportunidad económica y esperanza de un objetivo político que comparten casi 150 naciones. Por consiguiente, es de particular importancia que el mensaje de Doha sea el compromiso de nuestros pueblos de abrir mercados y no de cerrarlos.

América Latina y el Caribe ante el escenario mundial

Para concluir con las presentes notas, nos interesa ubicar brevemente a América Latina y el Caribe en el marco de las tendencias que hemos reseñado en los anteriores apartados, bajo la idea principal de que, de dicha ubicación, resulta un balance claramente negativo.

Un primer elemento de ese balance, se refiere a los impactos que está teniendo el actual deterioro económico mundial. Al respecto, las distintas estimaciones que fueron presentadas al inicio de este texto asignan a la región un crecimiento para 2001 entre 0,8% (DAES/ONU) y 1,1% (FMI), con una leve recuperación para el año 2002. Como complemento de esas cifras, en el Cuadro 7 se entrega un conjunto de previsiones del Banco Mundial, que abarca distintas variables macroeconómicas; según esas previsiones, para el año 2001 el producto promedio por habitante tendrá una caída absoluta de 0,7%, las exportaciones de la región crecerán muy lentamente y el “coeficiente de inversión” disminuirá, mejorando parcialmente la situación en 2002. Sin embargo, muy probablemente esas estimaciones a la baja terminarán quedando cortas, si se tienen presentes los grados de deterioro que hoy caracterizan a los distintos países de la región, y en particular el crecimiento cero de la economía mexicana, la profunda crisis argentina y los impactos que ella amenaza tener para otros países.

Cuadro 7
Previsiones del Banco Mundial para América Latina y el Caribe
(tasas de crecimiento)

	1991-2000	1999	2000	2001	2002	2003
PIB real de América Latina y el Caribe	3,3	0,1	3,8	0,9	2,5	4,5
Consumo per cápita	1,5	-1,7	2,2	1,0	1,6	2,0
PIB per cápita	1,6	-1,5	2,2	-0,7	1,0	3,0
Inversión interna bruta / PIB	21,8	19,4	19,7	19,4	20,1	20,7
Volumen de exportaciones*	8,4	5,7	9,7	2,6	4,2	9,5
Cuenta corriente / PIB	-2,8	-3,1	-2,4	-2,8	-3,3	-3,2

*Bienes y servicios no factoriales.
Fuente: Banco Mundial, 2001b.

Según se ve en el Cuadro 7, en América Latina y el Caribe el actual deterioro económico ocurre cuando apenas en 1999 se produjo una situación incluso peor, con un crecimiento nulo de la producción en el promedio regional. Para ese año –y según información no incluida en el cuadro– se dieron caídas absolutas en Chile, Colombia, Ecuador, Honduras, Venezuela, Uruguay y Argentina, a lo que habría que agregar que los dos últimos países, junto con México, también sufrieron caídas absolutas de su actividad económica en 1995. Todo ello explica el pobre comportamiento económico del promedio regional durante los años noventa,

por lo que para nuestros países la actual crisis mundial se suma a un escenario que ya estaba atravesado por problemas de diversa índole, entre los cuales ciertamente ocupan un lugar importante los referidos a la desigualdad, la pobreza y la multiplicación de disparidades sectoriales y regionales.

Pese a lo anterior, probablemente los componentes del actual escenario mundial que empujan más claramente a un balance negativo para América Latina y El Caribe, se derivan del papel que la región ocupa como destinataria de las estrategias que Estados Unidos está impulsando al amparo de la lucha contra el terrorismo⁸.

En el terreno político-militar, el propio “Coordinador del antiterrorismo” del Departamento de Estado, Francis Taylor, se ha encargado de definir las intenciones hacia la región. En un discurso pronunciado el 10 de octubre ante un comité de la Cámara de Representantes, y luego de afirmar que el terrorismo está claramente presente en América Latina, a tal punto que “uno podría argumentar que el moderno terrorismo se originó en nuestro hemisferio [...] cuando desde 1968 los movimientos revolucionarios empezaron a formarse a través de las Américas”, Taylor anunció que:

Mi oficina está trabajando con las diferentes agencias del gobierno para diseñar una estrategia antiterrorista para Colombia y otros países andinos. Esta estrategia está diseñada para complementar el Plan Colombia, que se aprobó el año pasado, y la Iniciativa Regional Andina (IRA) que se discute este año.

También nos proponemos intensificar nuestras relaciones bilaterales con México así como con aquellos países de Sudamérica del área de los Andes y de la triple frontera para tratar amenazas específicas de los grupos que funcionan en estas regiones. Muchos de nuestros esfuerzos en esta área comenzaron antes de los acontecimientos del 11 de septiembre, pero ese acontecimiento ha dado aún más urgencia a estas iniciativas (Taylor, 2001a).

Pocos días después, ese mismo funcionario, en un discurso ante el Comité Interamericano Antiterrorista de la OEA, y luego de identificar como meta principal el “llevar a los Estados miembros de la OEA a multiplicar sus capacidades en la lucha contra el terrorismo vía la cooperación con otros Estados miembros”, identificó las herramientas que se aplicarán en esa lucha:

... la diplomacia, la cooperación de inteligencia, la cooperación legal reforzada, las medidas legislativas y judiciales, los controles fronterizos y financieros, los programas de entrenamiento, la aplicación de las convenciones de las Naciones Unidas, el desarrollo de mejores prácticas antiterroristas y la realización de talleres de antiterrorismo (Taylor, 2001b).

Con base en esas y otras declaraciones de funcionarios vinculados al Pentágono, distintas fuentes –véase *El Tiempo* (2001); *Periódico Desde abajo* (2001) y *Comunistes de Catalunya* (2001)– han venido denunciando la próxima creación

de un “Comando para las Américas”, el cual tendría objetivos y recursos sustancialmente mayores a los del actual “Comando Sur” y estaría destinado a constituirse como el principal instrumento del dominio militar estadounidense sobre la región, con fines de control y represión que van mucho más allá de los focos terroristas que pudiesen existir en América Latina y el Caribe.

Para concluir, en el terreno más específicamente económico todo indica que las estrategias estadounidenses hacia la región se concentrarán en el proceso de puesta en marcha del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) lo que, según la lógica prevaleciente, ha significado ubicar la superación de obstáculos y objeciones que hasta hace poco habían impedido un más rápido avance del proceso bajo el marco de la lucha antiterrorista.

Por parte de los gobiernos latinoamericanos las objeciones han sido mínimas, y en la mayor parte de los casos se han referido a contenidos secundarios, a los ritmos de la negociación y a la fecha de la puesta en marcha del ALCA, con una notoria ausencia de cuestionamientos de fondo respecto de las muy ventajosas condiciones que Estados Unidos pretende imponer para sus capitales y mercancías. Por ello, y si no ocurre un cambio sustancial en la postura de los gobiernos de la región, probablemente en el futuro inmediato serán eliminadas esas pocas objeciones, pudiendo incluso adelantarse para el año 2003 el arranque del ALCA.

Los principales problemas del ALCA han estado del lado estadounidense, en particular por la permanente oposición del Congreso para renovar al Ejecutivo la “Autoridad de Promoción Comercial” –conocida como “vía rápida”–, la cual permite que el Congreso pueda aprobar o rechazar, pero no enmendar, los acuerdos comerciales negociados por el presidente, requisito éste que reiteradamente se ha considerado como indispensable para agilizar la conformación del área hemisférica de libre comercio. Por ello, desde muy poco después del 11 de septiembre la administración de Bush Jr. empezó a presionar al Congreso con el argumento de que la firma de acuerdos comerciales, y por consiguiente la autorización de “vía rápida”, forman parte de la “lucha contra el terrorismo”. Ese tipo de argumentación puede observarse por ejemplo en la siguiente cita, que corresponde a un artículo de Robert Zoellick publicado en el periódico *The Washington Post*:

El liderazgo comercial de América puede construir una coalición de los países que acarician la libertad en todos sus aspectos.

Necesitamos fortalecer nuestro liderazgo global con un nuevo sentido de propósito y de resolución duradera. El Congreso, trabajando con la administración Bush, tiene una oportunidad de hacer historia elevando el liderazgo económico americano. Los terroristas eligieron deliberadamente las torres del comercio mundial como su blanco. Mientras que su soplo derribó las torres, no puede y no quebrantará la base del comercio mundial y de la libertad.

El Congreso necesita aprobar la Autoridad de Promoción Comercial para que Estados Unidos pueda negociar acuerdos que defiendan las causas de apertura, desarrollo y crecimiento. Debemos impulsar los valores que nos definen contra nuestro adversario (Zoellick, 2001a).

Hasta la fecha, esas presiones han tenido éxito, a tal punto que el 6 de diciembre de 2001 la autorización de vía rápida fue concedida por la Cámara de Representantes, quedando pendiente aún el trámite en el Senado. Con motivo de esa autorización, Zoellick reiteró los argumentos arriba señalados, en una declaración en que planteaba lo siguiente:

El voto de hoy en la Cámara de Representantes para renovar la Autoridad de Promoción Comercial es un voto a favor del liderazgo norteamericano, de los trabajadores y de las familias americanas. Este es un paso importante en el proceso de ayudar a estimular nuestra recuperación económica, a recobrar el impulso comercial y a devolver a Estados Unidos a su lugar correcto como líder en la liberación del comercio global (Zoellick, 2001c).

Bibliografía

- Banco Mundial 2001a “La pobreza aumentará a raíz de los ataques terroristas en los Estados Unidos”, Comunicado de prensa N°: 2002/093/S, 1° de octubre, en Internet.
- Banco Mundial 2001b, “Global Economic Prospects and the Developing Countries 2002” noviembre 2001, en Internet.
- Bush, George 2001a “Discurso ante una sesión conjunta del Congreso y el pueblo estadounidense” 20 de septiembre, en Internet.
- Bush, George 2001b “Discurso radial del 22 de septiembre”, en Internet.
- Comunistes de Catalunya 2001 “El Pentágono entrena ‘Comando para las Américas’”, en Internet.
- Consejo de Asesores Económicos (CAE) 2000 “Economic Report of the President” febrero, en Internet.
- Consejo de Asesores Económicos (CAE) 2001 *Economic Indicators* Octubre 2001, Oficina de Publicaciones del Gobierno de Estados Unidos, Washington, noviembre.
- Departamento de Asuntos Económicos y Sociales de las Naciones Unidas (DAES/ONU) 2001 “Global economic slowdown aggravated by attacks on the United States” 11 de octubre, en Internet.
- El Tiempo 2001 “E.U. prepara estrategia antiterrorista para Colombia”, en *El Tiempo* (Colombia) 7 de octubre.
- Estay, Jaime. 1996 “Treinta años de economía internacional”, en Estay, Jaime y Jaime García (coordinadores) *Treinta años de economía. Una visión desde Puebla* (México: BUAP).
- FMI 1986 *Estadísticas Financieras Internacionales. Anuario* (Washington).
- FMI 1994 *Estadísticas Financieras Internacionales. Anuario* (Washington).
- FMI 1997 *World Economic Outlook* (Washington) octubre.
- FMI 2000a *World Economic Outlook* (Washington) mayo.
- FMI 2000b *World Economic Outlook* (Washington) octubre.
- FMI 2001a *World Economic Outlook* (Washington) mayo.
- FMI 2001b *World Economic Outlook* (Washington) octubre.
- FMI 2001c “An Initial Assessment of Prospects for the Global Economy Following the Events of September 11” noviembre, en Internet.

Hartung, William 2001 “La guerra de Bush contra el terrorismo: ¿quién la va a pagar y quién se va a beneficiar?”, en *La Jornada* (México) 29 de septiembre.

Instituto de Políticas Progresivas 2000 “The New Economy Index: Understanding America’s Economic Transformation” noviembre, en Internet.

Lucier, James P. (2000) “Santa fe IV: ‘Latinoamérica hoy’”, en Internet.

OCDE 2001a *Economic Outlook* (Paris) junio, N° 69.

OCDE 2001b “OECD Economic Outlook - Preliminary Edition to No. 70” noviembre, en Internet.

Periódico Desde Abajo 2001 “Comandos de Película” Año X, N° 63, noviembre, en Internet.

Powell, Colin L. 2001 “Aprovechando el momento”, en *Agenda de la Política Exterior de los EUA*, Volumen 6, N° 3, noviembre 2001, en Internet.

Taylor, Francis 2001a “Statement Before the Committee on International Relations Subcommittee on the Western Hemisphere” 10 de octubre, en Internet.

Taylor, Francis 2001b “Remarks to the Inter-American Counterterrorism Committee Of the Organization of American States” 15 de octubre, en Internet.

The Economist 2001 “When America sneezes”, en *The Economist* 4 de enero.

UNCTAD 2001 “Global economic trends and prospects” 1 de octubre, en Internet.

Visco, Ignazio 2000 “The new economy: fact or fiction?”, en *OECD Observer* 221-222, verano, en internet.

Zoellick, Robert 2001a “Countering Terror With Trade”, en *Washington Post* (Washington) 20 de septiembre.

Zoellick, Robert 2001b “Declaración de Robert B. Zoellick, Representante de Comercio de los Estados Unidos, ante el Cuarto periodo de sesiones de la Conferencia Ministerial celebrado en Doha, Qatar” 10 de noviembre, en Internet.

Zoellick, Robert 2001c “Statement by USTR Robert B. Zoellick on Results of House Trade Promotion Authority Vote” 6 de diciembre, en Internet.

Notas

1 En el documento del cual hemos tomado el Cuadro 2, el FMI resume la situación en los siguientes términos:

Desde los ataques, la confianza del consumidor y de los negocios se han debilitado a través del globo, y ha habido un abandono generalizado de activos riesgosos en los mercados maduros y los emergentes. Los datos preliminares confirman un impacto inicial significativo en la demanda y la actividad en Estados Unidos y otros países industrializados, y el desempleo ha comenzado a elevarse (FMI, 2001c).

2 En el documento más reciente de los dos que hemos utilizado para construir el cuadro, el deterioro económico actual es ubicado en los siguientes términos:

Los ataques terroristas del 11 de septiembre y los disturbios asociados, han infligido un choque severo a la economía mundial. Así, para la producción de los países de la OCDE se estima ahora una leve contracción en la mitad segunda de este año –por primera vez en 20 años– y se proyecta que seguirá siendo muy débil en la primera mitad del año próximo (OCDE, 2001b).

3 Para el caso de Estados Unidos, además de los apoyos financieros directos otorgados por el Gobierno Federal a las empresas en problemas, cabría recordar el relajamiento de reglas por parte de la Comisión de Bolsas de Valores, para permitir transitoriamente que las empresas compren sus propias acciones, así como el apoyo de la Reserva Federal al sistema bancario.

4 Un recuento de algunos de esos análisis, así como de las principales tendencias presentes desde el inicio de los años setenta, lo hemos realizado en Estay (Estay, 1996).

5 Al respecto, tres ejemplos. Por una parte, en el Informe Económico presentado por Clinton ante el Congreso de su país a comienzos del año 2000, se planteaba:

Entre los desafíos propuestos por la economía digital en evolución está el mantener las condiciones económicas que sostendrán el ciclo virtuoso de bajas tasas de interés, inversión alta, productividad creciente, inflación baja, y el fuerte crecimiento que nosotros disfrutamos actualmente (CAE, 2000: 277).

Por otra parte, en un artículo del economista jefe de la OCDE de mediados del año 2000, y refiriéndose a los miembros de esa organización, se decía (Visco, 2000):

La era de la computadora ha surgido finalmente y con ella el crecimiento alto sostenido con inflación mínima, desempleo muy bajo, aumento de los

sueldos reales y muchas más cosas –de las opciones accionarias a la biotecnología, del capital de riesgo al Internet. Ninguna de estas cosas se confina estrictamente a Estados Unidos, aunque el progreso parece ser bastante desigual para el área de la OCDE.

En tercer lugar, en un documento del Instituto de Políticas Progresivas (IPP, 2000: 5) dedicado a estudiar la “nueva economía”, se afirmaba:

La vieja política económica, formada por la Gran Depresión, estuvo principalmente centrada en crear trabajos, controlar la inflación y administrar el ciclo de los negocios. La nueva economía trae nuevas preocupaciones. La tecnología, así como una política altamente competente de la Reserva Federal, ha aminorado la importancia y la severidad del ciclo de los negocios domésticos.

6 Según los registros del ciclo económico estadounidense que maneja la Oficina Nacional de Investigaciones Económicas de ese país, la expansión que empezó en marzo de 1991 cumplió 120 meses terminando en diciembre de 2001; de acuerdo con esa fuente, la expansión previa más prolongada de la que se tiene información, y que estuvo relacionada con la guerra de Vietnam, fue de 106 meses (febrero de 1961 a diciembre de 1969).

7 A modo de ejemplo, en un artículo de *The Economist* titulado “Cuando América estornuda”, que se publicó en enero de 2001, se resumía en los siguientes términos un documento dedicado al tema y que fue elaborado por el grupo bancario Hongkong and Shanghai Banking Corporation (HSBC):

Un estudio reciente realizado por HSBC explora en detalle los varios canales a través de los cuales la recesión en América podría exportar problemas a otras economías: principalmente a través del comercio, los precios de mercancías, la inversión extranjera, los tipos de cambio y los precios de valores. Algunos países serían más vulnerables que otros.

Reuniendo todos esos factores, HSBC alinea a los países según su exposición global a una recesión americana. México y Canadá son por mucho los más vulnerables; Japón y el área del euro, los menos (*The Economist*, 2001).

8 En palabras del propio G. Bush (Bush, 2001b):

Los cheques de reembolso de impuestos siguen llegando a los hogares de los contribuyentes. La desgravación fiscal de 40 mil millones de dólares, que representan estos cheques, aumentará casi al doble el año entrante, a más de 70 mil millones de dólares. Los impuestos seguirán bajando durante los próximos diez años con un aumento del crédito tributario por hijo y una reducción de las tasas tributarias y de la penalidad matrimonial. Tengan por seguro que habrá mejor clima empresarial en Estados Unidos en los años venideros.

9 En tal sentido W. Hartung (Hartung, 2001) plantea lo siguiente:

Un artículo publicado en *Defense News*, en la edición número 23 del pasado 17 de septiembre, indica que unos 12 mil millones de los 40 mil millones de los que consta el paquete de emergencia, está destinado al Pentágono, pero cita a un oficial de esta dependencia diciendo que los fondos de emergencia ‘no tendrán nada que ver con los esfuerzos de rescate y emergencia’. El oficial declara además que ‘esto no tendrá nada que ver con la respuesta de represalia a los ataques del 11 de septiembre. El financiamiento se destinará a satisfacer una lista de cosas que el departamento militar ha solicitado durante varios años’.

Desde luego, las cifras mencionadas en la cita ya han sido ampliamente rebasadas, por ejemplo con la aprobación del Congreso, en diciembre de 2001, de 35 mil millones de dólares tan sólo para combatir el terrorismo doméstico en Estados Unidos. En todo caso, lo que interesa destacar es el uso de la lucha antiterrorista para justificar intenciones previas de multiplicar el gasto militar. Al respecto, en el mismo material que estamos citando, Hartung agrega lo siguiente:

Un acercamiento lógico a reformar el Pentágono sería establecer algunas prioridades, y no solamente aventar dinero al problema bajo el disfraz de la lucha contra el terrorismo. Sistemas como el costoso avión de combate *F-22*, el aparatoso sistema de artillería *Crusader* y el programa de defensa antimisiles de la administración, con un costo de 8 mil 300 millones de dólares, parecen muy irrelevantes ante amenazas sin refinamiento técnico alguno como fueron los ataques del 11 de septiembre.

Pero, como dijo Joseph Cirincione, del Fondo Internacional Carnegie para la Paz: “Trágicamente, algunos están usando esta terrible desgracia para justificar sus programas ya existentes; basta pegarle una etiqueta de ‘antiterrorismo’ a la defensa misilística y el presupuesto aumenta”.

10 Como punto de comparación entre las actuales estrategias estadounidenses hacia América Latina y las que existían hasta antes del 11 de septiembre, es ilustrativo el “Documento Santa Fe IV”, titulado “Latinoamérica hoy” que fue publicado a fines de 2000, el cual expresa –y, más que eso, orienta– con singular transparencia los objetivos anexionistas presentes en una parte importante del Partido Republicano y de los altos niveles del gobierno estadounidense. En dicho documento, luego de considerar que en las políticas hacia América Latina “lo que antes fue simple negligencia se tornó un escándalo abierto bajo las políticas de la administración Clinton”, se propone “alinearse juntos al Norte y al Sur”, usando como base “la promesa y cooperación extendida en los comienzos del siglo XIX por la Doctrina Monroe”. En el mismo documento, se precisan las prioridades hacia la región agrupándolas ba-

jo “las nueve D” –“defensa”, “drogas”, “demografía”, “deuda”, “desindustrialización”, “democracia populista posterior a la guerra fría”, “desestabilización”, “deforestación”, y “declinación de Estados Unidos”– y, por ejemplo, al identificar en el apartado de “defensa” los principales elementos geoestratégicos que son importantes para la seguridad nacional de Estados Unidos, se incluye lo siguiente:

Seguridad de que los países del hemisferio no son hostiles a nuestras preocupaciones de seguridad nacional. Además, que los recursos naturales del hemisferio estén disponibles para responder a nuestras prioridades nacionales. Una «doctrina Monroe», si quieren.

Hegemonía estadounidense, internacionalización financiera y productiva, y nuevo pacto colonial

Enrique Arceo*

La iniciativa de guerra encabezada por Estados Unidos a partir del 11 de septiembre define un nuevo escenario mundial. En cierta medida la reacción norteamericana puede leerse como una utilización de los acontecimientos para consolidar algunas de las líneas de acción de su política exterior durante los años noventa: a) asegurar su primacía militar justificando una nueva elevación de los gastos de defensa mediante la identificación de un enemigo multi-forme, y cuya amenaza resulta mucho más tangible que la planteada por Rusia, China o Corea del Norte; b) mostrar su capacidad de involucrarse nuevamente en conflictos terrestres de larga duración, rompiendo definitivamente con el síndrome Vietnam; c) ratificar su derecho a la intervención en cualquier lugar del mundo en salvaguarda de los principios básicos del nuevo orden mundial y convalidar este ejercicio de poder en calidad de policía mediante el apoyo activo de “la comunidad internacional”; y, d) ligar la preservación del nuevo orden mundial, presuntamente orientado a garantizar a todos los habitantes del mundo el goce de los derechos humanos, a la profundización de las políticas neoliberales.

* Abogado, Dr. en Economía del Desarrollo por la Universidad de Paris, profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, investigador del Instituto de Estudios sobre Estado y Participación de la Central de los Trabajadores Argentinos (CTA).

La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

Las características de su respuesta indican sin embargo no sólo la gravedad de la amenaza experimentada sino también la evaluación de un nuevo escenario de largo plazo. Señal de ello es su cambio de actitud frente a Rusia, incorporada de hecho en una alianza ofensiva junto con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN); el viraje respecto a China; el intento de conformar un frente antiterrorista contra cualquier movimiento con capacidad, incluso en el ámbito nacional o regional, de desestabilizar el nuevo orden. Estados Unidos, sin excluir las líneas tradicionales de ampliación de su poder, parece considerar que la consolidación de su hegemonía requiere una ofensiva del gran capital contra la creciente resistencia que experimentan las políticas neoliberales en la periferia.

El propósito del presente trabajo es reseñar el proceso a través del cual Estados Unidos hegemoniza y moldea el nuevo orden internacional y formular algunas hipótesis sobre las contradicciones que explican la forma que ha adoptado su respuesta.

La declinación de la hegemonía de Estados Unidos y la destrucción del sistema de Bretton Woods

La estructuración de un nuevo orden mundial a partir de mediados de los años setenta no puede ser separada de los esfuerzos desplegados por Estados Unidos para restablecer una hegemonía fuertemente debilitada. En esa década su posición relativa experimenta un rápido deterioro. Su participación en las exportaciones mundiales cae del 15,8% en 1960 al 13,7% en 1970, mientras que su participación en las importaciones crece del 11 al 12,2%. En 1971 su saldo comercial y su saldo de intercambio de bienes manufactureros devienen negativos. Sus reservas de oro se reducen velozmente y comienza a discutirse la eliminación del dólar como moneda de reserva y su sustitución por los derechos especiales de giro (DEG), creados en 1967 por la asamblea del Fondo Monetario Internacional (FMI) en Río de Janeiro.

La respuesta de Estados Unidos a esta situación fue la destrucción del sistema monetario y financiero establecido en Bretton Woods.

El sistema monetario de posguerra se caracterizaba por ser un sistema de cambios esencialmente fijos en relación con el dólar¹ en el que Estados Unidos convertía dólares contra oro a una tasa de 35 dólares por onza². El 15 de agosto de 1971 el gobierno de Estados Unidos eliminó unilateralmente la convertibilidad del dólar, lo que le permitió devaluar su moneda (10%) a fin de recuperar en parte su capacidad competitiva.

Esta actitud desató un fuerte enfrentamiento con Europa y Japón y no logró detener la especulación contra el dólar. En dos reuniones internacionales se decidieron -contra las preferencias de Estados Unidos, que por razones de prestigio

Enrique Arceo

prefería la revaluación de las restantes monedas- sucesivas devaluaciones del dólar (9% en diciembre de 1971 y 10% en febrero de 1973). Estados Unidos aclaró, tras la última devaluación, que no se sentía obligado a sostener la nueva paridad ni a mantener el régimen de tasas de cambio fijas.

Para las autoridades estadounidenses resultaba evidente que mediante un acuerdo internacional sólo podrían obtener una paridad del dólar con la cual el reequilibrio de su balance en cuenta corriente debería ser alcanzado a través de un severo proceso de contracción económica y la sujeción a una disciplina fiscal incompatible con sus compromisos políticos y militares externos. Este ajuste era la receta establecida para situaciones similares y la que aplicaba el FMI al resto de los países. Su debilitada posición política y militar tras la derrota en Vietnam hacía difícil, además, evitar que el propio FMI se tornara un foro donde finalmente se impusiera la eliminación de los privilegios con que contaba el dólar como moneda de reserva. La posición sustentada por la mayoría de los países en las negociaciones que tienen lugar entre 1972 y 1974 dentro del llamado Grupo de los Veinte, encargado de elaborar una reforma al sistema monetario internacional, era otorgar un rol central a los DEG como moneda internacional. Estados Unidos decide entonces sustraerse de toda disciplina colectiva, liquidando definitivamente, en los hechos, el sistema monetario de Bretton Woods.

A su vez los gobiernos europeos, incapaces de contener la entrada de dólares generada por las expectativas de mayor devaluación, deciden en los acuerdos de Bruselas de marzo de 1973 no sostener más la cotización del dólar en los mercados de cambio mediante su compra masiva, eliminando formalmente el sistema de paridades fijas. La caída del sistema financiero internacional establecido en Bretton Woods tendrá lugar poco después. El artículo 6 del acuerdo posibilitaba el control de los movimientos internacionales de capital; este control era considerado por sus inspiradores una pieza central para evitar que los intereses del capital productivo y de cada una de las sociedades quedasen sujetos a las exigencias del capital financiero, tal como había ocurrido en el periodo previo a la Gran Crisis.

Estados Unidos no estableció controles sobre los movimientos de capital hasta los años sesenta, pero no impulsó su liberalización en Europa y Japón y apoyó en 1958 el restablecimiento por la Comunidad Europea de una convertibilidad de sus monedas, restringida a las operaciones en cuenta corriente. En consecuencia, sin un mercado privado de capitales de talla significativa, las posibilidades de financiamiento para los países con déficit se limitaban prácticamente al recurso del FMI y del Banco Mundial. Y esto tornaba difícil, salvo para Estados Unidos, el mantenimiento de desequilibrios que superasen el 1% del PIB.

Esta situación es alterada por el paulatino desarrollo del mercado de eurodólares, surgido por la preocupación soviética de obtener rédito de sus reservas sin tener que depositarlas en Estados Unidos. Se trata de un mercado autorizado en



La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

Londres en los años cincuenta y que actúa prácticamente sin controles, puesto que los bancos operan en moneda extranjera y quedan por lo tanto excluidos de las reglamentaciones del banco central, que están referidas a operaciones con moneda local. Los bancos privados actúan en este mercado sin la exigencia de constituir reservas obligatorias, lo que torna sus operaciones altamente atractivas para los depositantes y los demandantes de fondos.

La oferta de dólares en este mercado surge de instituciones y empresas estadounidenses y de las reservas en dólares de los bancos centrales. Los demandantes pueden ser tanto empresas como estados, por lo cual se constituye como una posibilidad de financiamiento privado de los desequilibrios externos, aunque es muy marginal hasta que el déficit de la balanza de capitales de Estados Unidos durante la segunda mitad de los sesenta impulsa su rápido desarrollo, sustancialmente incrementado por la multiplicación por cuatro del precio del petróleo en 1973.

El aumento de los excedentes de capital de los países productores de petróleo plantea de inmediato un intenso debate sobre las modalidades que debía adoptar su reciclaje. Japón y los países europeos, con el apoyo del staff del FMI, desean incrementar la cooperación internacional a fin de controlar los movimientos de capital financiero³ (en los países de origen y de destino y en aquellos donde opera el euromercado), considerados por el FMI como la causa individual más importante del colapso del sistema monetario de Bretton Woods (Gowan, 1999: 22; Helleiner, 1995: 323) y propugnan, junto con la mayoría, por una canalización de los excedentes de los países petroleros hacia los que tienen problemas de balanza comercial, mediante la intervención del FMI.

Estados Unidos queda virtualmente aislado en su posición: la canalización de los excedentes se realiza a través de los intermediarios financieros privados. La situación es resuelta en los hechos por una serie de decisiones unilaterales: la abolición de los controles a la entrada y salida de capitales -que posibilita la participación de todos los bancos norteamericanos en el reciclaje y no sólo de aquellos que operan en el mercado de eurodólares-, la eliminación de las limitantes en cuanto a la proporción del total de préstamos que puede otorgar un banco a un solo deudor y la garantía implícita del gobierno hacia los bancos respecto al pago por sus deudores (Gowan, 1999: 22; Solomon, 1999: 35). Estas medidas determinan que la discusión en el marco del FMI devenga ociosa. Los grandes bancos estadounidenses han asumido el liderazgo en el reciclaje de los petrodólares por los intermediarios financieros privados.

La ruptura del sistema de Bretton Woods otorgó un nuevo margen de libertad a Estados Unidos, pero ello apenas le permitió detener el deterioro de su posición. Entre 1973 y 1979, en el marco de una caída en la tasa de crecimiento y de un aumento de la inflación y el desempleo en la mayoría de los países industrializados, apenas obtiene un crecimiento de su producto real idéntico al del to-



Enrique Arceo

tal de los países industrializados y una estabilización de su participación en las exportaciones mundiales. La designación en agosto de 1979 de Paul Volcker al frente de la Reserva Federal, en medio de una crisis de confianza de los mercados internacionales respecto al dólar, anuncia un cambio radical de las políticas seguidas desde la posguerra, que será plenamente motorizado por la administración Reagan.

El dominio del dólar y de Wall Street como primer instrumento de fortalecimiento de la hegemonía de Estados Unidos

Volcker indica que la Reserva Federal dejaría elevar la tasa de interés tan alto como fuera necesario para restaurar el valor del dólar, cuya devaluación ya no sería observada por las autoridades estadounidenses con una “negligencia benigna”. Se atribuye ahora a su caída estimular la inflación, generar desconfianza de su papel como moneda de reserva y afectar la influencia económica y política de Estados Unidos al limitar la expansión de las firmas norteamericanas en el exterior.

El objetivo no es sólo controlar la inflación y restituir el valor del dólar, preservando su carácter de moneda de reserva. La nueva política “ofertista” procura un aumento de la rentabilidad del capital en su conjunto; detener la eutanasia de los rentistas; eliminar una política de bajas tasas de interés que, se sostiene, tiende a expandir excesivamente el crédito y a estimular la inflación; favorecer el ahorro y una más adecuada asignación de los recursos mediante la desregulación de los mercados; restablecer a Nueva York como centro de las finanzas internacionales e invertir los flujos financieros entre Estados Unidos y el resto del mundo⁴.

La decisión de la Reserva Federal de poner fin a la política de bajas tasas de interés fue seguida seis meses después por la eliminación progresiva de la regulación de las tasas máximas de los depósitos y los préstamos, iniciando un proceso de liberalización financiera que se iría profundizando a lo largo de la década y extendiéndose al resto del mundo. Este proceso supone, en el ámbito interno, destrabar la competencia geográfica y funcional entre distintos tipos de instituciones financieras y limitar las reglamentaciones y controles a los que son sometidas. En el plano internacional, el progresivo dismantelamiento de las trabas a los movimientos de capitales y a las operaciones en divisas.

Esta política refleja una visión que asigna al mercado, en especial al financiero, un lugar central en la eficiente asignación de los recursos y que identifica la liberalización de los mercados financieros con los intereses de Estados Unidos, es decir, de su bloque dominante. A esto coadyuva la presión ejercida por el crecimiento de los fondos de pensión y los fondos mutuos de inversión, que al estimular el retiro de los depósitos en las cuentas bancarias reglamentadas y con bajos rendimientos, pone en peligro la rentabilidad y estabilidad del sistema bancario⁵ y

La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

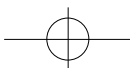
el acceso del gobierno al ahorro externo para la financiación de su déficit, a cuyo fin titulariza la deuda pública, tradicionalmente financiada a través de los bancos, posibilitando su adquisición a cualquier inversor, residente o no residente.

La elevada tasa de interés a corto plazo, el crecimiento de las cotizaciones en la bolsa y los atractivos rendimientos de los títulos del gobierno federal de Estados Unidos atraen ahora capitales japoneses y europeos (también capitales latinoamericanos que se fugan de las monedas locales en tren de rápida depreciación) y provocan una fuerte apreciación del dólar, la cual deteriora el balance comercial a medida que la distensión en la política monetaria y el crecimiento del déficit público impulsan el crecimiento del nivel de actividad. Entre 1981 y 1987 la cuenta corriente pasó así del equilibrio posibilitado por la fuerte contracción económica de 1980-1982, a un déficit del 3,5% del PIB, lo que implicó una necesidad de financiamiento externo, a lo largo de estos seis años, de más de 600 mil millones de dólares. No existiendo un excedente disponible de capitales en los mercados internacionales, la absorción de ahorro externo debía tener como contrapartida una contracción de la demanda neta de capitales en las restantes regiones.

Las medidas adoptadas por la administración Reagan tienden entonces a expandir su impacto al conjunto de los países centrales.

El incremento generalizado de la tasa de interés eleva, por sí mismo, los desequilibrios fiscales, ya que esa tasa es superior a la del crecimiento del producto y ello impulsa a los gobiernos a adoptar las medidas de liberalización de los movimientos de capital, necesarias para facilitar la financiación de sus déficit en el mercado financiero internacional⁶. En ese mismo sentido favorable a la liberalización juega el freno a la inversión productiva ejercido por la elevación de la tasa de interés y la consiguiente acumulación de excedentes financieros por las empresas, que buscan una ubicación más rentable a escala mundial; también la inestabilidad de las tasas de interés y de cambio, que las lleva a reclamar la más amplia libertad para el manejo de sus excedentes de tesorería a fin de preservar su capacidad competitiva; y las presiones que ejercen, con idéntica argumentación, las instituciones financieras. Y el impulso hacia la liberalización financiera es consolidado por el fortalecimiento ideológico del neoliberalismo, la política de Margaret Thatcher en el Reino Unido, las dificultades encontradas por Mitterand para efectivizar su programa de gobierno y las continuas presiones del gobierno de Estados Unidos, el FMI y el Banco Mundial para la remoción de los obstáculos a los movimientos internacionales de capital y de las regulaciones internas a los mercados financieros⁷.

Se completa así un primer aspecto de la respuesta de Estados Unidos a la constante reducción de su peso relativo en la producción y el comercio mundial. Esa respuesta es la sustitución de las instituciones consensuadas en Bretton Woods -en cuyo marco las tensiones macroeconómicas se resuelven básicamente en el ámbito nacional, pues cada estado puede emplear sus instrumentos mo-



Enrique Arceo

netarios y fiscales para perseguir el pleno empleo, pero debe asegurar niveles de crecimiento de la demanda y de los precios compatibles con el equilibrio externo- por un nuevo sistema basado en la desregulación de los mercados financieros internacionales y los tipos de cambio flexibles.

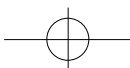
En este sistema la disciplina impuesta por el sistema de cambios fijos es reemplazada por la que impone el mercado privado de capitales a través de la amenaza de un retiro masivo de fondos y los desequilibrios internos se transmiten directamente -a través de las variaciones en la tasa de cambio- a la economía mundial. Por su parte los estados, a fin de asegurar las condiciones de estabilidad y rentabilidad exigidas por el capital financiero, deben aplicar, incluso cuando ello afecte las variables reales de la economía (empleo, nivel de actividad), una estricta política monetaria y fiscal para controlar la inflación y asegurar el equilibrio de las cuentas públicas con niveles impositivos no más elevados que en otros estados.

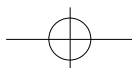
Se trata de la sustitución de un sistema basado en acuerdos entre los estados que otorgaba a Estados Unidos un lugar hegemónico, pero lo sujetaba al cumplimiento de una disciplina (sistema orientado a posibilitar, en cada país, el control del capital financiero y la asunción al rol central del capital productivo con el apoyo, en virtud del compromiso de garantizar el pleno empleo, de la clase obrera), por otro sistema, en que las paridades están decisivamente condicionadas por la política monetaria y fiscal de la potencia hegemónica y el gran capital financiero recupera un lugar central dentro del bloque de clases dominante.

Este sistema surge de la evaluación por el gran capital y la dirigencia política de Estados Unidos de las ventajas que podrían derivarse, en el marco de una radical liberalización de los mercados monetarios y financieros mundiales, del papel del dólar en las transacciones internacionales y de la magnitud del sistema financiero norteamericano (Gowan, 1999: 19-37).

La posición estructural que ocupa la economía norteamericana determina que las operaciones monetarias y financieras internacionales sean, en gran medida, en dólares y pasen, de alguna manera, por su mercado financiero. La primera respuesta de Estados Unidos -de su nuevo bloque dominante- a su debilitamiento relativo, es apoyarse en las ventajas que le otorga su posición dominante en el plano monetario y financiero para hacerlas jugar plenamente en un mercado internacional crecientemente "desregulado", es decir, sustraído del control de los restantes estados⁸.

La adopción de esta estrategia se traduce rápidamente en un incremento sustancial de la importancia relativa de Nueva York como plaza financiera. El volumen de las transacciones sobre títulos no locales realizadas en Estados Unidos representaban, en 1980, apenas el 20% de las efectuadas en el Reino Unido. Esta proporción se había elevado, en 1992, al 62%. Estados Unidos ha devenido un





La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

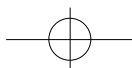
centro de atracción del ahorro mundial, lo cual le permite absorber recursos del resto del mundo, tanto para el consumo como para la inversión, sin que ello debilite su moneda. Desde 1982 el saldo de su balance de cuenta corriente ha sido continuamente negativo, pese a que entre 1985 y 1995 el dólar tuvo un valor bajo como resultado de una política deliberada destinada a frenar las fuertes presiones proteccionistas desencadenadas por el aumento del déficit comercial. A fines de la década del noventa se produce un fenómeno de sobrevaluación del dólar similar al de comienzos de la década de los ochenta, alcanzando el déficit, en el 2000, casi el 5% de su PIB, sin que ello produzca signos de una especulación contra el dólar.

Ello posibilita que el excedente de sus competidores, contrapartida del déficit de Estados Unidos, tienda, en vez de estimular el crecimiento de éstos, a ser absorbido por la economía estadounidense, que presenta un dinamismo acentuadamente mayor.

La internacionalización de los procesos productivos

El éxito de la estrategia de Estados Unidos, tendiente a otorgar un lugar central al capital financiero, tanto en su territorio como en el conjunto de los países industrializados, no habría podido desplegarse con la misma facilidad sin dos factores: por una parte, el deterioro del consenso en torno a las políticas keynesianas como consecuencia del reiterado fracaso de las medidas destinadas a aumentar el nivel de actividad y eliminar el desempleo mediante la elevación de la demanda, en un contexto de caída de las tasas de ganancia y de acumulación fundamentalmente imputable a un descenso de la productividad del capital (Webber y Rigby, 1996; Duménil y Lévy, 2000). Y por la otra, las transformaciones que experimenta el gran capital productivo.

A partir de los años setenta tiene lugar un cambio particularmente relevante en las modalidades de inversión y en la estructura de un número creciente de grandes empresas industriales. La inversión externa de estas empresas estuvo destinada en lo fundamental, hasta entonces, a cubrir la demanda del mercado receptor y, eventualmente, la de países vecinos. Suponía la creación de filiales, denominadas por Michalet (Michalet, 1976) de relevo, que se inscriben en una lógica comercial de sustitución de exportaciones donde los determinantes de la inversión están básicamente relacionados con las características del mercado (tamaño, grado de protección aduanera, ubicación geográfica respecto a la sociedad madre, posicionamiento de las empresas competidoras, etc.). La búsqueda para elevar los beneficios, en un contexto de caída de la tasa de ganancia en los países industrializados y de una competencia incrementada, lleva ahora a la creación de filiales-taller, posibles por los avances en las comunicaciones y en el procesamiento de datos.



Enrique Arceo

Se trata de filiales que asumen el desarrollo de una parte del proceso productivo, siendo ensamblado el producto final de manera centralizada. La lógica que preside en este caso la organización de la producción a escala mundial no es comercial, sino industrial. Cada uno de los fragmentos del proceso productivo tiende a localizarse donde su costo absoluto es menor, habida cuenta de la tecnología utilizada por la empresa, la ubicación geográfica de sus mercados y de sus demás filiales, sus fuentes de aprovisionamiento de materias primas, etc. La producción de cada una de las filiales no reviste, estrictamente, el carácter de mercancías -sus productos no son el resultado de “trabajos útiles realizados independientemente los unos de los otros como actividades privativas de otros tantos productores independientes” (Marx, 1946: T 1, 10)-, se trata de meros elementos circulantes de su capital productivo, resultantes de la división técnica del trabajo en el proceso de producción de la empresa. Buena parte del “comercio internacional” pasa a ser una circulación de productos en el interior de las empresas.

La filial-taller es un caso extremo, y crecientemente importante en la forma que adopta la nueva internacionalización del proceso productivo, pero no el único. Simultáneamente se desarrollan redes de filiales especializadas, pero con medios de producción flexibles⁹, que efectúan su producción para el mercado mundial o para un mercado regional conforme a los pedidos que realiza, a veces diariamente, la casa central en función de sus ventas. También se detectan “nuevas formas de inversión” que descansan en la articulación, en el ámbito mundial o regional, de una red de contratistas y subcontratistas ligados por diversos tipos de lazos (participación accionaria minoritaria, licencias o patentes, franchising, etcétera).

Las implicaciones del desarrollo de un proceso productivo que se despliega en el nivel mundial son múltiples, pero interesa destacar, en primer lugar, que el proceso de producción pasa a desarrollarse en diversos espacios nacionales y que la mercancía es producida para su realización (su venta) en el mercado mundial. Esto significa la ruptura del vínculo entre el gran capital productivo y el mercado interno de su país de origen. El mercado es ahora el mundo y los ingresos de los asalariados solamente un costo, y no ya un componente relevante de la demanda, como en economías mucho más cerradas, donde el proceso de acumulación tiene como eje el mercado interno.

Esto facilita la rearticulación del bloque dominante a partir de la alianza del gran capital financiero y el gran capital productivo internacionalizado. La estrategia estadounidense está ligada no sólo a una transferencia de excedente del capital productivo hacia el capital financiero, lo cual habría determinado una fuerte oposición del capital productivo en alianza con la clase obrera, sino también a una ofensiva generalizada del capital contra el trabajo y a un aumento del excedente apropiado que facilita el presuroso abandono por el conjunto del gran capital de las instituciones ligadas al mundo de Bretton Woods.

La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

La rearticulación entre el gran capital financiero y el gran capital productivo tiene lugar a partir de una transformación en la posición estructural de este último en las economías nacionales que no se agota con la ruptura del vínculo entre el capital productivo y el mercado interno de su país de origen. El hecho fundamental es que esta ruptura no es consecuencia de la creciente importancia de las exportaciones, sino de la internacionalización de su proceso productivo, lo cual genera efectos totalmente distintos.

La circulación internacional de mercancías debe superar las trabas generadas por las barreras aduaneras que erigen los estados para defender la reproducción ampliada de los capitales que operan dentro de su ámbito. Esto lleva a las fracciones del capital industrial que venden una proporción importante de su producción en el exterior, a incitar a sus gobiernos a que impulsen una política de apertura económica en los restantes estados. Sin embargo la mayoría de las veces una parte significativa de su producción tiene como destino el mercado interno y defienden la existencia de altas barreras aduaneras en su país para obtener beneficios extraordinarios que les posibilitan una política externa de ventas más agresiva. Su carácter de grandes exportadores no rompe sus estrechas ligas con el ámbito geográfico donde desarrollan su proceso productivo y no muestran interés, salvo en lo que concierne al nivel arancelario, en la política económica aplicada por los países en que residen sus clientes.

La situación es distinta en el caso de la inversión externa destinada a explotar los recursos naturales del país receptor, crear en el mismo la infraestructura económica o establecer filiales-relevo. El desarrollo del proceso productivo en el país receptor plantea al inversor problemas referentes a las garantías contra el riesgo de expropiación, la libertad de remesas de utilidades, la supresión de condicionamientos a su actividad por el estado receptor, el nivel de la imposición, etc. Pero si bien la inserción de la sociedad madre, a través de su filial, en la economía receptora determina que sus preocupaciones respecto a las políticas aplicadas en ésta sean marcadamente más amplias que las de un simple exportador, la lógica a que se encuentra sometida su expansión global no es radicalmente distinta a la de éste.

La actividad de su filial representa una extensión geográfica de sus actividades para acceder a la explotación de recursos naturales situados fuera de las fronteras de su país de origen, prestar determinados servicios que no pueden ser objeto de comercio internacional o superar los límites que enfrenta la ampliación de sus ventas externas por problemas de costo de transporte, barreras aduaneras o presiones competitivas. No existe, por consiguiente, una ruptura radical en las políticas externas que impulsan, en su país de origen, las fracciones del capital industrial que tienen como eje las exportaciones y las que recurren a las inversiones directas. Ambas fracciones permanecen sólidamente ligadas a su país de origen y su preocupación fundamental sobre los mercados externos es asegurar -por

Enrique Arceo

medios que pueden ser divergentes- su acceso, sin que esto implique dejar de apoyar e impulsar políticas destinadas a preservar su control sobre su propio mercado de origen.

En el caso de la internacionalización del proceso productivo se requiere en cambio, por parte de los estados, incluido el de origen, el establecimiento de un régimen de comercio lo más abierto posible y, preferentemente, la abstención de cualquier exigencia estatal en cuanto al grado de integración local de la producción o las características de la misma, ya que éstas pueden incidir sobre los costos que no pueden ser compensados, como cuando la producción se orientaba hacia el mercado interno, mediante el aumento de los precios. Pero además, cada fracción del capital internacionalizado procura asegurar su derecho a implantarse en aquel territorio que le resulte más conveniente y quebrar las relaciones privilegiadas establecidas por otra fracción o fracciones con un estado determinado, pues éstas incrementan la capacidad competitiva de sus oponentes.

Ello no las lleva, por supuesto, a renunciar a sus propias relaciones privilegiadas con uno o varios estados. Pero las exigencias recíprocas de las distintas fracciones del capital internacionalizado terminan configurando una política tendiente a la estructuración de un mercado mundial capitalista unificado en torno a la libertad de acción de estas fracciones y con mínimas interferencias de los estados, que son incitados a abandonar cualquier medida destinada al capital local o a una determinada fracción del capital internacionalizado por medio del acceso privilegiado a ciertos mercados, subsidios a la exportación o incentivos a la inversión.

Esto indica la constitución de un actor que reclama un nuevo tipo de mercado mundial capitalista en que los estados no tienen ya como rol proteger e impulsar la reproducción ampliada del capital que opera en su territorio, sino gestionar la reproducción de la mano de obra de la manera más adecuada para atraer la mayor cantidad posible de capital transnacional, sometiéndose para tal fin a una nueva disciplina. Su interés es que el gran capital tenga acceso a todas las actividades en cualquier lugar del mundo y que todas las esferas de la vida social queden integradas al mercado. El resultado de su accionar es -dado que el capital tiene total libertad de movimiento y no así la mano de obra y que el poder de la mayoría de los estados queda restringido a la creación de las condiciones más adecuadas para atraer al capital- una caída en el promedio de los salarios, un incremento en la concentración del ingreso y en las desigualdades regionales y nacionales, y el vaciamiento de las instituciones democráticas. Una porción cada vez mayor de los resortes de decisión queda en manos de los “mercados”, deviniendo en buena medida la democracia un mero juego convalidatorio.

El núcleo del nuevo actor está constituido por un número reducido de empresas, quizá no más de algunas centenas¹⁰, pero articula, en el desarrollo de su propio ciclo, una gran cantidad de fracciones de capital productivo más o menos internacionalizadas y “atraviesa” la reproducción de prácticamente el conjunto de



La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

los capitales. La mano de obra que explota está ubicada en las más diversas latitudes, sus ventas y sus fuentes de financiamiento están fuertemente diversificadas en el mercado mundial y su ciclo reproductivo tiende a asentarse directamente sobre la economía mundial¹¹.

Su surgimiento produce efectos distintos a los relacionados con la expansión del capital financiero internacional. Éste tiene un claro interés en la política global de los estados. El nivel de su retribución (la tasa de interés) depende del mantenimiento de políticas restrictivas en materia monetaria y el cobro de su crédito del adecuado equilibrio de las cuentas externas, por lo cual apoya sistemáticamente los sistemas tendientes a imponer a los gobiernos una disciplina automática. Pero la acción del propio mercado, si existe libertad completa de movimientos internacionales en el ámbito mundial, tiende a otorgarle por sí misma al capital financiero un elevado poder disciplinario. Su retirada masiva ante una política que no aprueba genera, en países abiertos a sus movimientos, sanciones altamente temidas en términos de crisis cambiaria y financiera y de contracción de la economía real.

En cambio, la fracción internacionalizada del capital productivo requiere no sólo, como el capital financiero, un contexto internacional que posibilite su libre desplazamiento entre espacios estatales, sino también reducir a los estados al rol de gestionarios de la reproducción de la mano de obra y del desarrollo de las condiciones generales de operación del capital (infraestructura, regulaciones legales destinadas a asegurar la preservación de la propiedad, estructura impositiva que no haga recaer sobre el capital los costos ligados a posibilitar la más adecuada operatoria de éste, etcétera).

La transnacionalización de las grandes empresas no puede ser entendida, sin embargo, como la pérdida de toda nacionalidad. Desde el punto de vista de la nacionalidad de sus accionistas, esta transnacionalización es muy disímil en los distintos países centrales. Parecería que es marcadamente más significativa en las empresas estadounidenses, donde gran proporción de las acciones está diseminada entre el público y los operadores extranjeros tienen una gran importancia en las transacciones bursátiles, que en las empresas de Europa o Japón; allí buena parte de las acciones de las empresas se encuentra en manos de otras firmas industriales o de grandes bancos. Desde el punto de vista de la importancia relativa de sus operaciones en el exterior, este proceso parece en cambio estar más avanzado en las grandes empresas japonesas y, sobre todo, europeas¹². Pero lo relevante es, más que la proporción exacta de internacionalización de su propiedad y producción, el hecho de que el gran capital productivo transnacionalizado propugna una política de liberalización de la economía mundial y una limitación del poder de los estados tendiente a cristalizar su posición dominante en relación con las fracciones locales del capital y la clase obrera y que, al mismo tiempo, esto no impide a sus diversos componentes mantener relaciones marcadamente estrechas con su estado



Enrique Arceo

de origen, tanto por la relevancia que aún mantiene para ellos la economía local, como por el hecho de que obtiene con esto importantes beneficios.

La reestructuración del mercado mundial en el sentido requerido por el capital transnacionalizado sólo puede ser resultado del accionar de los estados. Pero éstos (el bloque dominante que detenta el poder en cada uno de ellos) dependen en gran medida de “su” capital internacionalizado para lograr sus metas internas y externas y esto posibilita que, al impulsar el gran capital transnacional una política común, ésta sea asumida por el conjunto de los grandes estados capitalistas.

Los estados tienen también, sin embargo, intereses divergentes: los del conjunto de “su” capital. Y el capital transnacional se alinea, la mayoría de las veces, con las políticas de “su” estado. Su carácter transnacional queda en estos casos desplazado por la defensa de sus intereses específicos frente a las otras fracciones del capital transnacionalizado y por el vínculo con su estado de origen en tanto fracción hegemónica del bloque de clases dominante.

El problema del carácter transnacional o no del gran capital plantea pues, en la fase actual, una inevitable ambigüedad. En algunos casos opera como capital nacional, en otros -frente a las restantes fracciones del capital local y la clase obrera- como capital auténticamente transnacional.

La construcción de un nuevo mercado mundial capitalista como segundo instrumento de fortalecimiento de la hegemonía norteamericana

Estas transformaciones constituyen el sustento de la segunda respuesta de Estados Unidos al deterioro de su posición relativa. La recepción como propio del programa del gran capital crecientemente transnacionalizado -de origen fundamentalmente, pero no sólo, norteamericano- para lo cual se apoya, nuevamente, en las ventajas estructurales que le otorga su peso económico y su avance tecnológico.

Estados Unidos ofrece un amplio mercado y niveles de gasto público en defensa y desarrollo tecnológico que no pueden ser alcanzados por otros países, por lo cual sus empresas, que además se encuentran ampliamente diversificadas desde el punto de vista geográfico, no requieren, para incrementar su peso en la economía mundial dentro de los sectores más dinámicos, de subsidios a las exportaciones o de protecciones especiales. A su vez, el incremento de este peso no puede sino reforzar su influencia y aumentar la masa de beneficios y la demanda de trabajo más sofisticado, ya que la dirección del proceso productivo y los desarrollos tecnológicos quedan radicados en el lugar donde se encuentra el mercado financiero más importante y la mayor demanda de los productos más avanzados y complejos.



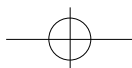
La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

Esta estrategia requiere, en lo interno, de la aceptación de una creciente apertura de la economía a los productos fabricados en el exterior a un menor costo¹³ y la especialización en aquellas actividades basadas en la ciencia o en los desarrollos tecnológicos más complejos, en los que Estados Unidos conserva y procura ahondar sus ventajas (el 32% de las exportaciones de Estados Unidos está constituido por productos de alta tecnología)¹⁴. También supone, a fin de controlar las tensiones internas generadas por el proceso de apertura comercial, un mercado laboral flexible que posibilite el descenso de los salarios del personal menos calificado¹⁵ y una cierta capacidad de regular discrecionalmente los efectos de la apertura. La ley antidumping, el manejo de las cuotas de importación y la ley 381 son una clara expresión del ejercicio de esta política.

En lo externo, esta estrategia exige una activa política de liberalización comercial y de regulación de las actividades que puede desarrollar cada estado para apoyar al capital radicado en él y atraer otros capitales. El activismo desarrollado por Estados Unidos al respecto ha sido descollante y no ha sido ajena a su éxito la presión ejercida por el capital transnacional en los diversos estados, ya que esta estrategia refleja también, en gran medida, las necesidades del conjunto del gran capital en cuanto a la creación de un nuevo ámbito unificado de acumulación.

Este activismo cristalizó en la Ronda Uruguay (1994). En ésta las tarifas aduaneras de los países industrializados que se habían reducido a un promedio de 6,3% en la Ronda de Tokio (1979) disminuyen a un promedio de 3,8%, mientras que el valor de los productos industriales libre de aranceles se eleva, en los países en desarrollo, del 20 al 44%. Simultáneamente se crea la Organización Mundial del Comercio (OMC), que empieza a operar el 1 de enero de 1995, donde se suscribe una serie de acuerdos relacionados con la inversión, el acceso a los mercados de servicios, las compras del estado, los derechos de propiedad intelectual, etc. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), firmado con anterioridad, y las propuestas norteamericanas para el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), constituyen sin embargo, aunque en un ámbito regional, el mejor exponente de los fines perseguidos con esta política: consideración de los capitales, cualquiera que sea su origen, en absoluto pie de igualdad; garantía total a la inversión, con derecho para el inversor de considerar expropiación cualquier medida que afecte su rentabilidad; libre acceso a todos los mercados incluidas las compras del estado y los servicios de cualquier índole, aunque sean prestados a distancia por no residentes; prohibición de trabar las transferencias de capital; prohibición de sujetar las inversiones a cualquier condición de desempeño, de establecer reintegros a las exportaciones destinados a incentivar el valor agregado local, de otorgar subsidios que puedan afectar de alguna manera a otros capitales o a la sociedad madre de éstos; prohibición de que los estados brinden servicios no sujetos a una estricta lógica económica, excepto cuando sean gratuitos y no compitan con los prestados por el sector privado; sometimiento de los estados a un juicio arbitral en caso de que algún inversor alegue haber experimentado un perjuicio; etcétera.





Enrique Arceo

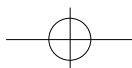
Estados Unidos persigue a través de este proceso conformar un mercado mundial capitalista acorde con los intereses del capital transnacionalizado en su conjunto y reforzar su hegemonía económica, política e ideológica mediante su alianza con éste y el impulso a la transformación, en las restantes formaciones económico-sociales, de la relación de fuerzas existente en el seno del bloque dominante y entre éste y los sectores subordinados. Preside esta estrategia su convencimiento de que el peso estructural de su economía y su capital reforzarán, en este contexto, su posición central en la economía mundial. Pero la forma bajo la cual impulsa el establecimiento de normas internacionales destinadas a asegurar la liberalización del comercio y las inversiones, está además estrictamente sujeta a una agenda que refleja las prioridades e intereses de “su” capital (libre acceso a los mercados en la agricultura y los servicios, protección de la propiedad intelectual¹⁶, conformación en América Latina de un área exclusiva de influencia, etcétera).

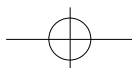
La ofensiva de Estados Unidos para consolidar su posición hegemónica determina, por consiguiente, que su dominación tienda a manifestarse de dos formas distintas: en un régimen monetario y financiero internacional directamente sujeto a sus intereses nacionales y en su liderazgo en la creación, conforme a sus prioridades, de los aparatos institucionales y las normas internacionales que tienden a limitar el accionar de los estados (en rigor, de los restantes estados, dado el poder de veto sobre los organismos multinacionales que le otorga su posición hegemónica) en relación con el capital transnacional.

Se trata de dos ámbitos donde las contradicciones intercapitalistas se expresan de manera diferente: a) en el terreno monetario y financiero la creación de una nueva moneda de la Unión Europea, y el fortalecimiento de sus mercados financieros, o el frustrado intento de Japón de crear una asociación de países asiáticos destinada a manejar la crisis de 1997, remiten a estrategias nacionales destinadas a desafiar la preeminencia del dólar y de Wall Street; b) en el ámbito de la reregulación de las relaciones entre los estados y el capital transnacionalizado la competencia intercapitalista se manifiesta en las distintas prioridades a que se pretende sujetar el proceso y su delimitación, a fin de ampliar su participación en el mercado global en áreas donde sus capitales cuentan con una situación privilegiada (Europa oriental o sus ex colonias en el caso de la Unión Europea, América Latina en el de Estados Unidos).

La periferia y el nuevo colonialismo

La extensión del nuevo orden a la periferia ha sido uno de los ejes fundamentales del proceso de transnacionalización del capital. En definitiva es la capacidad de éste para organizar un proceso productivo a escala mundial radicando cada una de sus fases allí donde su costo es menor, lo que ha facilitado la paulatina recuperación de la tasa de ganancia a través de una ofensiva contra el trabajo sus-





La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

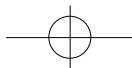
tentada en la competencia de trabajadores con niveles de salarios marcadamente diferentes y la ampliación del ejército industrial de reserva en las áreas de mayor resistencia al deterioro de las condiciones de vida y de trabajo.

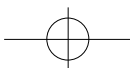
La condición de posibilidad de esta extensión fue el quiebre del modo de acumulación imperante en gran parte de la periferia, centrado en la ampliación del mercado interno y la diversificación de la estructura productiva, y su sustitución por un modelo de “desarrollo” basado en las exportaciones, que no es nuevo. Ha sido el imperante hasta los años treinta (y para muchos de los países de menores dimensiones hasta el presente) y sus resultados fueron una radical simplificación de la estructura económica de las regiones de cada país que lograron insertarse en el mercado mundial, una fuerte diferenciación regional, una elevada concentración del ingreso, miserables condiciones de vida y de trabajo para la inmensa mayoría de la población y una extrema dependencia de la demanda externa.

En este modelo la suerte de las regiones estuvo determinada por su dotación de recursos naturales, las condiciones competitivas imperantes en el mercado mundial para los productos exportados, el tipo de relaciones productivas anudadas en el sector exportador, la mayor o menor intensidad de los efectos multiplicadores de éste sobre el conjunto de la actividad económica y la nacionalidad de las empresas exportadoras, factor relevante en cuanto a la porción del excedente invertido o gastado localmente. Pero incluso los países que tuvieron una región con las condiciones más favorables en todos estos aspectos y donde ésta ocupaba una porción importante de su territorio, como fue el caso de Uruguay y Argentina, el tipo de desarrollo experimentado bajo el libre comercio fue marcadamente distinto al de países con condiciones similares que, como Canadá o Australia, adoptaron una decidida política de diversificación de su estructura productiva.

El modelo, por otra parte, no fue abandonado, simplemente se derrumbó. En algunas regiones por el agotamiento de los recursos naturales, en otras por la caída de los precios internacionales. En el resto de los casos por la brutal contracción de los flujos comerciales como consecuencia de la crisis de los años treinta. Los esfuerzos de los países periféricos más avanzados por mantener el nivel de actividad y cubrir la demanda insatisfecha, durante la crisis y la guerra, impulsaron una diversificación de la actividad productiva, que tuvo luego que ser preservada para conservar el nivel de empleo, mediante la protección aduanera y la transformación del modo de acumulación.

A partir de los años ochenta una serie de factores confluyen para determinar un cambio en el modo de acumulación dominante: el creciente mercado que abre a las manufacturas el descenso de las barreras aduaneras en los países centrales, el ejemplo de las muy altas tasas de crecimiento alcanzadas por los países del Sudeste Asiático, el auge ideológico neoliberal, el atractivo, sobre todo en los años noventa, de poder acceder nuevamente al mercado internacional de capitales, y en muchos países la violencia militar orientada a poner fin a procesos de creci-





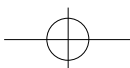
Enrique Arceo

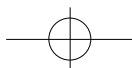
miento donde el rol decisivo del aparato estatal en la orientación del desarrollo estimulaba la creciente activación de los sectores populares. Pero el proceso de cambio tiene un punto de apoyo fundamental: la crisis de la deuda cuya asunción había sido estimulada por Estados Unidos y que es precipitada por el abrupto cambio de su política monetaria. La acción del FMI y el Banco Mundial deviene entonces decisiva al condicionar la ayuda para hacer frente a la elevación de los intereses de la deuda y la total paralización de los flujos financieros voluntarios a la liberalización comercial, la desregulación económica y la privatización del sector estatal. El resultado de esta liberalización fue la desarticulación de su estructura industrial, una tendencia a la reprimarización de sus economías y el abandono de los intentos de aumentar el grado de integración de su estructura productiva como medio de incrementar su eficiencia y de lograr paulatinamente una mayor penetración en los mercados mundiales de productos industriales.

El sistema industrial (el conjunto interrelacionado de industrias que contiene, en cada país industrializado, las actividades que conforman el eje del proceso de acumulación dominante en el ámbito mundial) es el soporte material que permite al capital productivo controlar el desarrollo de las fuerzas productivas y orientarlo en función de sus exigencias de acumulación. La base material resultante de la articulación de los diversos procesos productivos en el seno del sistema industrial le permite impulsar, ante un incremento de los salarios reales, el desarrollo de innovaciones tendientes a reducir el empleo de mano de obra en el conjunto de las actividades. Adoptar, frente a un avance de la productividad en una determinada rama de actividad, tecnologías destinadas a incrementar el empleo de sus productos. Aprovechar un aumento de la capacidad de consumo para crear bienes destinados a generar nuevas necesidades o nuevas formas de satisfacción de las existentes. Incorporar nuevos productos o nuevas formas de producción surgidas en otras naciones, adecuándolas, a fin de preservar su competitividad en el mercado mundial, a las relaciones locales de valor.

Esta capacidad se traduce en una estrecha correspondencia, en los países centrales, entre los diversos elementos que definen la estructura del sistema industrial, tales como el monto de capital por obrero y el nivel de los salarios reales, el tipo y grado de complejidad de las mercancías consumidas tanto individual como productivamente y la estructura de la producción, las características de las mercancías fabricadas en el sistema industrial y de las exportadas, etc. Se trata de correspondencias que denotan la adecuación de las fuerzas productivas al grado de desarrollo y las características de las relaciones materiales y sociales de la producción en el seno del mercado nacional.

Su existencia es independiente del nivel de ingreso, remite a la naturaleza de la articulación entre fuerzas productivas y relaciones capitalistas de producción en el ámbito nacional y, lo que no es sino su contracara, al tipo de relaciones internacionales de producción en que se encuentra inserto el país. Japón era en 1920, des-





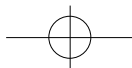
La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

de este punto de vista, una economía central atrasada y no una formación periférica, pese a tener un ingreso per cápita que es sólo un tercio del inglés. Argentina, no obstante tener el 75% del ingreso inglés, era un país periférico. La subsiguiente evolución de estos dos países muestra las consecuencias de esta diferencia.

La liberalización del comercio entre países industrializados tiende a generar una especialización interindustrial que incrementa las economías de escala y la eficiencia del conjunto de las industrias sin desaparición de los respectivos sistemas industriales, es decir, sin pérdida de las interrelaciones industriales que posibilitan el desarrollo y la orientación, en cada uno de los países, del cambio tecnológico. Su efecto sobre la periferia es, en cambio, la destrucción de las relaciones interindustriales, es decir, la desintegración de los subsistemas industriales existentes y la eliminación de la posibilidad de constituir un sistema industrial.

Esto significa que, tras más de cincuenta años de esfuerzos para liberarse al menos parcialmente de ella, los países periféricos quedan sujetos a la lógica de crecimiento que les impone el mercado mundial. Las relaciones de precios imperantes en la economía mundial determinan, de acuerdo con las condiciones en que actúa el capital en cada uno de ellos, las actividades que resulta redituable desarrollar empleando las tecnologías disponibles, y esto determina su especialización en una estrecha gama de productos que, cuando sube su precio, el sistema industrial del país dominante tiende a reemplazar generando sustitutos más baratos o nuevas formas industriales de producción radicadas en el centro.

Los resultados de la reinstauración de este modelo son claros si se toma el ejemplo de las transformaciones experimentadas por América Latina durante las dos últimas décadas. El peso relativo de las exportaciones dependientes de los recursos naturales (bienes primarios, alimentos, bebidas y tabaco, productos con elevadas economías de escala y alta intensidad de recursos naturales) ha descendido del 93% en 1970 al 74% en 1999. Pese a las transformaciones sobrevenidas en la economía mundial y al peso abrumador de las exportaciones de manufacturas dentro del comercio internacional, las exportaciones dependientes de los recursos naturales conservan en la región un peso aplastante y su relevancia en la estructura de las exportaciones y de la producción tiende a incrementarse en un conjunto importante de países de la región -entre ellos Argentina, Brasil y Chile, si bien ha aumentado la participación de sus exportaciones de productos primarios con algún grado de elaboración y, sobre todo en los dos primeros, de commodities industriales. Se trata, en este último caso, de un resultado del paulatino desplazamiento del centro de actividades maduras en las cuales no es posible ya obtener rentas tecnológicas significativas. Pero estos productos, al igual que muchas de las exportaciones tradicionales con muy escaso grado de elaboración, siguen igual suerte, en cuanto a la evolución de sus precios relativos, que los productos primarios, lo cual obviamente no es resultado de la naturaleza intrínseca de éstos, sino expresión de las relaciones asimétricas que ligan al centro y la periferia.



Enrique Arceo

En países tales como México, Costa Rica o República Dominicana, además de las exportaciones tradicionales, han crecido las de bienes duraderos (que incluyen las exportaciones de partes) y, fundamentalmente, las de bienes difusores de progreso técnico (maquinarias, instrumentos, química fina). El incremento de estas exportaciones se encuentra relacionado con el desarrollo de la maquila, basada en el ensamble, manufactura, procesamiento o reparación de bienes importados temporalmente para su reenvío al país de origen.

Este tipo de crecimiento está relacionado, en los países de mayor industrialización relativa, con un quiebre del proceso de constitución del sistema industrial, la ruptura de los eslabonamientos industriales, la concentración de las actividades manufactureras en relativamente pocas ramas con empresas de origen transnacional y nacional (grandes monopolios u oligopolios) y una notoria caída en el valor agregado y en su potencial de generación de tecnología (Dussel, 1997: 293). Esto implica a su vez un notorio debilitamiento de la relación entre la expansión de las exportaciones y la del PIB. Se trata de una nueva forma de economía de enclave a través del desarrollo de una versión actualizada del modelo exportador periférico, donde la explotación de los recursos naturales es sustituida, con similares resultados, por la de mano de obra barata. El segmento exportador industrial está constituido por filiales-taller insertas en la estrategia global de las empresas transnacionales –en la red productiva de éstas a escala mundial– que mantienen con la economía local muy escasos vínculos, pues no constituyen una amplia red de proveedores locales. Sus proveedores son las otras filiales-taller ubicadas allí donde los costos absolutos son más reducidos para cada operación y, al igual que en el caso de las filiales-relevo, las operaciones más complejas y que requieren trabajo más altamente calificado quedan ubicadas en los países centrales.

Todo esto se ve agravado por las limitaciones a los instrumentos de política económica estatales y por la competencia entre los estados por atraer inversiones, que los lleva a reducir cada vez más los impuestos sobre las ganancias del capital. Su efecto no es entonces el incremento de la competitividad de la economía local, sino un aumento en la competitividad de las empresas transnacionales.

A esto se agrega (en realidad es su contracara) la extranjerización de la estructura industrial y la extrema volatilidad de las inversiones externas. Las empresas transnacionales cambian rápidamente la implantación de sus instalaciones en función del acceso a nuevas localizaciones que les permitan reducir aún más sus costos. Ello se traduce en una fuerte tendencia a la reducción en el precio de los productos generados en las plataformas de exportación; en el surgimiento de desequilibrios externos que propician devaluaciones cuyo efecto es deprimir los salarios; y en la adopción por los estados competidores de una política similar que lleva a una espiral descendente en las condiciones sociales del conjunto de los países.

Puede argüirse, por supuesto, que el caso más espectacular de crecimiento en las cuatro últimas décadas ha sido el de los países del Sudeste Asiático, y que el mismo estuvo basado en la exportación de productos manufacturados. Pero este crecimiento

La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

se apoyó en el caso coreano, sin duda el más exitoso en la erección de barreras aduaneras destinadas a posibilitar el desarrollo de industrias más complejas para la exportación y avanzar en el grado de integración del sistema industrial, para lo cual se ejerció un trato claramente discriminatorio contra el capital extranjero en muchas de las áreas consideradas estratégicas, y se empleó todo el arsenal de políticas económicas que tienden a ser prohibidas por la OMC y por tratados como el TLCAN o el ALCA.

El resultado de las políticas neoliberales en la periferia es la restauración de un patrón colonial de crecimiento, tanto por el contenido de las relaciones internacionales de producción en que se apoya, como por la simultánea limitación de la capacidad de acción de los estados, el creciente distanciamiento del centro y la diferenciación de los niveles de ingresos entre los países, entre las regiones de cada país, así como entre las distintas clases y fracciones de clase en su seno.

Cuadro 1
**PIB regional per cápita como porcentaje del correspondiente
a la Nación Dominante* - 1870/2000**

	1870	1900	1913	1950	1973	2000
Europa occidental	64,7	67,3	69,8	53,5	74,0	74,1
Áreas de poblamiento reciente (Australia, Canadá, Nueva Zelanda y Estados Unidos)	74,8	87,6	98,7	96,7	96,8	96,5
Europa del sur (incluida Turquía)	34	34,2	33,0	21,1	36,2	36,1
Europa del este	33,3	29,9	31,9	27,5	36,2	15,5
América Latina	23,3	23,4	27,1	26,0	24,4	20,1
Asia	17,8	14,8	14	8,0	10,8	15,9
Asia (excluidos Japón y China)	19,0	14,4	13,7	7,8	8,6	8,3
Japón	22,7	24,7	25,1	19,6	66,3	75,6
China	16,0	14,2	13,0	6,4	7,1	23
África	14,7	10,9	10,8	8,7	7,9	4,8
Mundo	27,4	27,5	29,0	22,3	24,8	21,9
PIB per capita (en dólares de 1990 a paridad de poder de compra)						
Reino Unido	3.263	4.593				
Estados Unidos			5.307	9.573	16.607	27.272

* Gran Bretaña en 1870 y 1900, Estados Unidos a partir de 1913.

Fuente: FMI, World Economic Outlook, 2000, en base a Angus Maddison 1995 Monitoring the World Economy 1820-1992 (Paris: Organization for Economic Cooperation and Development) y estimaciones del FMI. Los datos para el año 2000 fueron calculados aplicando las tasas de crecimiento del PIB real per cápita a paridades de poder de compra a los datos de Maddison para 1990 (también medidos en paridades de poder de compra).

Cuadro 2
Tasas anuales acumulativas de variación del PIB regional per cápita
respecto al de la nación dominante, 1870-2000

	1870-1900	1900-1913	1913-1950	1950-1973	1973-2000
Europa occidental	0,13	0,28	-0,7	1,0	0,00
Áreas de poblamiento reciente (Australia, Canadá, Nueva Zelanda y Estados Unidos)	0,53	0,92	-0,1	0,00	-0,01
Europa del sur (incluida Turquía)	0,02	-0,27	-1,2	2,37	-0,01
Europa del este	-0,36	0,50	-0,4	1,20	-3,09
América Latina	0,01	1,14	-0,1	-0,28	-0,72
Asia	-0,61	-0,43	-1,5	1,31	1,44
Asia (excluidos Japón y China)	-0,92	-0,38	-1,5	0,43	-0,13
Japón	0,28	0,12	-0,7	5,44	0,49
China	-0,40	-0,68	-1,9	0,45	4,45
África	-0,99	-0,07	-0,6	-0,42	-1,83
Mundo	0,01	0,41	-0,7	0,46	-0,46

Fuente: cuadro anterior.

La expansión del mercado mundial capitalista ha estado ligada, como surge del Cuadro 1, a un incremento de las desigualdades entre los países desarrollados y los menos desarrollados. Además las naciones que, en cada fase, han devenido desarrolladas o han alcanzado tasas de crecimiento sustancialmente más elevadas que las de los países más avanzados, lo han hecho a través de políticas activas (lo cual no implica políticas reñidas con el impulso a las exportaciones) y no mediante la acción espontánea del mercado. Es el caso de los países de nuevo poblamiento, que implementaron antes de 1913 –a diferencia de Argentina, país de similar inserción en la división internacional del trabajo en esa época– políticas fuertemente proteccionistas de su crecimiento industrial. Es también el caso de Japón (al igual que Alemania) desde 1870, pero en particular a partir de la última posguerra. También el de China, o el de Corea a partir de 1960.

El ritmo de diferenciación en los niveles de ingresos ha oscilado en diversos periodos. Entre 1870 y 1913 sólo se aproximaban al ingreso del país líder Europa occidental, las áreas de nuevo poblamiento y América Latina, donde se encuentran países como Argentina y Brasil que son, junto con Estados Unidos, Canadá, Australia y África del sur, los receptores de las grandes migraciones ligadas a la nueva división internacional del trabajo que se instauró en ese periodo.



La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

Entre 1913 y 1950 la brecha respecto al país líder se amplía en todas las regiones periféricas, mientras que entre 1950 y 1973 se produce, salvo en el caso de América Latina y sobre todo, de África, una cierta aproximación. La reestructuración de la economía mundial por las políticas neoliberales a partir de fines de la década de los setenta ha estado ligada, en cambio, a un incremento de la brecha en Asia (excluidos Japón y China), África (con un porcentaje de distanciamiento anual cuatro veces superior al experimentado entre 1950-1973) y América Latina (con un ritmo de distanciamiento que duplica al del periodo anterior); al derrumbe de Europa oriental; al mantenimiento, pese al impulso generado en la región por el Mercado Común Europeo, de la brecha entre Europa del sur y el país líder y a un incremento de la distancia entre el PIB per cápita del mundo en su conjunto y el de Estados Unidos.

El crecimiento de la periferia ha sido además muy diferencial, lo cual se explica en la medida que ésta pasa a depender, básicamente, de la dotación de recursos naturales o de la disponibilidad de mano de obra barata adecuadamente adiestrada, de la infraestructura y de la distancia a los mercados consumidores. Regiones y países enteros quedan excluidos, y dentro de cada país tiende a acentuarse la diferenciación de los ingresos en un contexto en el cual las decisiones fundamentales sobre el modelo de desarrollo, el tipo de crecimiento y los instrumentos para impulsarlo tienden a quedar fuera de las atribuciones estatales.

La nueva ofensiva de Estados Unidos

El modelo neoliberal se ha caracterizado hasta el presente por tasas de crecimiento menores que en el periodo 1950-1973, tanto en los países centrales como en los periféricos, más reducidas tasas de incremento de la inversión y de la productividad, un gigantesco desarrollo de la internacionalización de las finanzas, y por la especulación y el persistente estallido de crisis en el ámbito financiero.

Se trata, sin duda, de rasgos estrechamente interrelacionados, aún cuando existe un intenso debate acerca de las causas determinantes de la caída de la tasa de ganancia en los años sesenta, las razones que explican su lenta recuperación, el rol que juega en ello la nueva posición hegemónica del capital financiero y la existencia o no de signos indicadores del comienzo de una nueva fase de altas tasas de ganancia e inversión.

Robert Brenner (Brenner, 1999), como es sabido, sostiene que a fines de los años sesenta la mayor competitividad de la industria japonesa y alemana respecto a la estadounidense determinó una caída de la tasa de ganancia en la industria manufacturera y, luego, del conjunto de la economía, en condiciones en que las empresas estadounidenses menos productivas aceptaron disminuir su rentabilidad en vez de desaparecer o invertir en otros sectores. Se creó así una situación de so-



Enrique Arceo

breproducción y sobreacumulación en la que el nivel de producción e inversión era incompatible con la subsistencia de la anterior tasa de rentabilidad. La posterior devaluación del dólar y una actitud similar de las empresas alemanas y japonesas habría luego extendido la caída de la tasa de ganancia a esos países, sin que lograra recuperarse la tasa de ganancia estadounidense. Esta situación se extendería, en principio, hasta nuestros días. La inversión ha experimentado un fuerte crecimiento en Estados Unidos y también se ha elevado la productividad del trabajo y la tasa de ganancia, pero ello ha ocurrido al final de un boom impulsado por el alza especulativa del mercado de valores, con un fuerte endeudamiento de los hogares y las empresas y sin recuperación significativa de la economía alemana y, menos, de la japonesa (Brenner, 2000).

Duménil y Lévy (Duménil y Lévy, 1999a, 1999b) y Anwar Shaikh (Shaikh, 1999) entre otros autores, han señalado, criticando la tesis de Brenner, que la competencia sólo pudo haber derrumbado la tasa de ganancia si simultáneamente aumentaron los salarios reales, cuya elevación, sostienen, coincidiendo con Brenner, no ha sido la causa determinante del descenso de la tasa de ganancia. El fenómeno fundamental, para ellos, es la caída en la productividad del capital, ligada a un proceso de rendimientos decrecientes de la tecnología predominante, el cual estaría siendo crecientemente contrarrestado por la revolución tecnológica en curso, aunque la recuperación de la tasa de ganancia del capital productivo se ve afectada por la porción creciente de la plusvalía apropiada en concepto de intereses y de cobro de dividendos (Duménil y Lévy, 2000).

Las dos explicaciones plantean numerosas interrogantes. Es difícil atribuir la caída de la relación producto-capital sólo al incremento de la competencia y a la persistencia de sobreproducción y sobreacumulación en un contexto en que ha habido, sobre todo en Estados Unidos, un muy notorio proceso de reestructuración empresarial. Es también difícil aceptar que la caída de esta relación sea exclusivamente imputable a factores tecnológicos; el descenso se produce con un desfase de unos pocos años entre Estados Unidos y Europa, cuando aún existían entre ellos diferencias de productividad en la industria manufacturera del orden del 50%. Tuvieron que haber jugado, en alguna medida, mecanismos de propagación internacional de la crisis como los indicados por Brenner. Parecería además que los rendimientos decrecientes del capital durante los años sesenta y setenta no pueden ser independizados de la situación de la lucha de clases en esta etapa y de las expectativas de los capitalistas sobre la evolución de los salarios reales y la resistencia obrera frente a los intentos de incrementar la intensidad del trabajo, que seguramente influyeron poderosamente sobre las modalidades de inversión y la evolución de la composición orgánica del capital.

Parecería igualmente que el análisis de la situación actual y de sus perspectivas no puede prescindir de las formas concretas que adopta la acumulación en el nivel mundial. El país hegemónico mantiene una ventaja sustantiva en su tasa de

La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

crecimiento respecto a Europa y Japón y absorbe para ello recursos de las restantes economías; la relación de fuerzas es notoriamente desfavorable a los asalariados, cuyas remuneraciones permanecen estancadas o caen; y una porción importante de la periferia es afectada por un proceso de desindustrialización y desarticulación productiva que se traduce en una inédita expansión de la desocupación y la marginalidad. En estas condiciones el ritmo de expansión de la producción disminuye; el crecimiento del comercio se acelera notoriamente respecto al de la producción, no sólo como resultado del proceso de apertura, sino también de la búsqueda de nuevos mercados, por el conjunto de los capitales (Cuadro 3); el capital financiero se dirige a los países que ofrecen oportunidades de negocios lucrativos, impulsando burbujas especulativas que estallan por el sobreendeudamiento o la desaceleración de las exportaciones como consecuencia de la saturación de los mercados de exportación, como ocurrió en el Sudeste Asiático en 1997; y los desequilibrios externos se profundizan. En 1990 los déficit regionales en el comercio de mercancías alcanzaban el 3% de las exportaciones mundiales, en el 2000 llegaban al 5,6% y se concentraban enteramente en América del Norte; la deuda de los países subdesarrollados pasó del 30,9% de su PIB en 1990 al 37,4% en el 2000 y los pagos por reembolsos e intereses rondan ya el 20% de sus exportaciones.

Cuadro 3
***Tasa de crecimiento anual en volumen de las exportaciones,
la producción y el PIB mundial, 1950-2000***

	1950-1963	1963-1973	1973-1980	1980-1990	1990-2000
Exportaciones totales	7,1	9,2	3,6	3,9	7,0
Producción total	5,5	5,9	2,9	2,5	2,4
Diferencia porcentual entre crecimiento de las exportaciones y de la producción total	30,0	55,2	26,4	56,3	187,8
PIB Mundial	4,8	5,5	2,8	3,2	2,3
Diferencia porcentual entre crecimiento de las exportaciones y del PIB mundial	47,9	66,0	27,6	23,0	208,5
Exportaciones de manufacturas	8,2	11,1	5,5	5,6	7,7
Producción de manufacturas	6,4	7,5	3,2	2,9	2,7

Fuente: World Trade Organization, International Trade Statistics 2001.

Enrique Arceo

Uno de los rasgos salientes del nuevo modo de acumulación en el ámbito mundial, en la fase actual, es que a los problemas de generación de excedente, que parecen haber sido los predominantes en la crisis final del fordismo y que no han sido enteramente superados pese a la paulatina recuperación de la tasa de ganancia desde mediados de los años ochenta, se agregan problemas de sobreproducción relacionados con una lógica de acumulación, donde el aumento de la inversión se ve trabado por el insuficiente crecimiento de la demanda a nivel mundial. El fin del boom en Estados Unidos ha estado ligado, más que a la aparición de tensiones inflacionarias, a la terminación de un ciclo de inversión que ha desembocado en una notoria sobreinversión y sobreproducción en los sectores líderes del crecimiento -con el consecuente derrumbe de las cotizaciones bursátiles- y al debilitamiento del excepcional crecimiento del consumo sustentado en la burbuja financiera y el muy elevado endeudamiento de los hogares.

Este ciclo expansivo ha sido paralelo a un notorio empeoramiento de su déficit comercial. Pero ello no ha sido resultado de una pérdida de posiciones relativas de la economía estadounidense en el mercado de exportaciones de bienes y servicios, donde ha incrementado fuertemente su participación, sino de un crecimiento mayor de sus importaciones de bienes, en parte explicable por una elevada tasa de crecimiento y un dólar sobrevaluado.

Cuadro 4
Crecimiento de las exportaciones e importaciones de bienes y servicios de Estados Unidos y el mundo, 1990-2000, tasas anuales acumulativas

	Mundo	Estados Unidos		Mundo	Estados Unidos
Tasa de crecimiento de las exportaciones de mercancías	6,3	7,1	Tasa de crecimiento de las importaciones de mercancías	6,5	9,3
Tasa de crecimiento de las exportaciones de servicios comerciales	6,3	7,5	Tasa de crecimiento de las importaciones de servicios comerciales	5,8	7,3

Fuente: World Trade Organization, International Trade Statistics 2001.

El dólar fuerte es considerado de interés nacional, aunque Estados Unidos no se priva de impulsar su descenso, cuando considera que se ha transformado en un freno para el nivel de actividad. Pero, a igualdad de las demás circunstancias, la caída requerida del dólar y la elevación de la demanda interna necesaria para alcanzar una determinada tasa de crecimiento, serán obviamente menores cuanto mayor sea la expansión de sus exportaciones. La protección de la agricultura constituye, al respecto, una de las cuestiones pendientes tanto con Europa como

La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

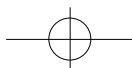
con Japón. Pero el rasgo distintivo de los años noventa ha sido la creciente articulación de Estados Unidos con las restantes economías y su estrategia se orienta, fundamentalmente, a profundizar la apertura de las mismas.

Cuadro 5
*Participación de Europa occidental y Japón en las exportaciones
e importaciones de Estados Unidos
1975, 1980, 1989 y 2000*

Exportaciones			
	Europa occidental	Japón	Total
1975	27,1	8,9	36,0
1980	30,4	10,5	40,9
1989	26,5	12,2	38,7
2000	23,2	8,3	31,5
Importaciones			
	Europa occidental	Japón	Total
1975	21,2	11,8	33,0
1980	19,0	13,1	32,1
1989	21,0	19,8	40,8
2000	19,8	12,0	31,8

Fuente: UNCTAD, Manuel de statistiques du Commerce International et du Développement y World Trade Organization, International Trade Statistics 2001.

Se trata de una estrategia no sólo determinada por el creciente peso de estas economías en el destino de sus exportaciones, sino también por las condiciones en que se desarrolla la competencia intercapitalista. Las inversiones directas de Estados Unidos en el exterior representaban en 1998 sólo el 16% del stock total, según estimaciones del World Investment Report de la UNCTAD y la participación de Estados Unidos en el flujo de salidas de capitales por inversiones directas ha experimentado desde los años setenta una fuerte caída (de más del 50%, a alrededor del 20%). Podría pensarse que esto es resultado del excepcional desempeño de la economía en la década de los noventa, que ha llevado a que las empresas estadounidenses inviertan menos en el exterior y que, en cambio, las empresas extranjeras inviertan más en Estados Unidos. Pero si bien las inversiones en Estados Unidos han experimentado un sostenido repunte desde 1992, están lejos de representar el elevado nivel alcanzado entre 1984 y 1989. El hecho fundamental es, desde 1980, una muy fuerte expansión de la inversión externa no estadounidense en el marco de la búsqueda por adquirir la dimensión total necesaria para librar batalla con el capital de Estados Unidos.



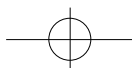
Enrique Arceo

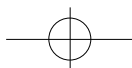
La supremacía de las firmas de origen estadounidense en la cúpula de las empresas transnacionales es sin embargo aplastante. Entre las diez empresas con más activos en el extranjero el 50% de las mismas son norteamericanas (UNCTAD, 1999). El panorama tiene más matices si se consideran las 500 firmas más importantes por su cotización en la bolsa hasta abril de 2000: las empresas de Estados Unidos representan el 44% del total (*Alternatives Économiques*, 2000). Pero estas empresas concentran la propiedad del 70% de las 20 marcas más valiosas (*Alternatives Économiques*, 2000). Este hecho remite a la importancia y dimensiones de la economía estadounidense, a la inserción de sus empresas en los sectores de mayor crecimiento de la economía mundial y en el caso de las marcas, a la amplia difusión de sus pautas culturales y el rol desempeñado por sus firmas en el desarrollo a escala mundial de la producción de bienes diferenciados de consumo masivo.

La apuesta es jugar plenamente estas ventajas en el marco de un crecimiento extensivo de sus mercados, posibilitado por un proceso de apertura de la economía mundial que no es incompatible con la creación simultánea de áreas, como el ALCA, reservadas al acceso privilegiado de sus capitales y que coadyuvarían a incrementar la internacionalización de las fracciones aún escasamente transnacionalizadas de su capital. Esta es una de las explicaciones de que distintos voceros del gobierno de Estados Unidos hayan ligado de inmediato la reacción contra el terrorismo a una profundización del libre cambio y de la extraordinaria presión ejercida sobre los países periféricos a fin de asegurar el éxito de su agenda en Doha.

En términos globales esto implica que Estados Unidos, persiguiendo intereses específicamente nacionales, pasa a liderar una nueva ofensiva del capital transnacionalizado destinada a abrir aún más los mercados de la periferia y acelerar la transformación de sus estructuras económico-sociales en un intento de ampliación extensiva del mercado mundial capitalista.

La dinámica capitalista experimentó periodos similares. La expansión inglesa de comienzos del siglo XIX fue un intento en igual sentido donde el crecimiento de su comercio, logrado en buena parte mediante la expansión del crédito y las inversiones externas, chocó finalmente con la imposibilidad de la periferia de generar, a través de su comercio exterior, los ingresos necesarios para sostener su capacidad de compra. La expansión de fines del siglo XIX y comienzos del XX tuvo en cambio resultados exitosos para la economía dominante. Pero estuvo acompañada no sólo de la remodelación de las estructuras socioeconómicas existentes en gran parte de la periferia y su reorientación para la inserción de una parte de su población en una nueva división internacional del trabajo, sino también y fundamentalmente, de gigantescas migraciones del centro hacia los países de clima templado. Éstas permitieron crear sociedades con elevados niveles de ingreso y de demanda y sus exportaciones de alimentos posibilitaron una significativa elevación en las remuneraciones reales de los asalariados en el centro. Ello no obstante, el periodo se cerró con la Primera Guerra Mundial y la Gran Crisis.



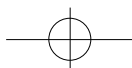


La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

Las condiciones actuales son marcadamente diferentes. Un hecho no menor es que se han acentuado las diferencias de ingresos entre el centro y la periferia y que los nuevos productos ligados a las actividades más dinámicas del centro exigen niveles de ingresos particularmente elevados. Otro es que la especialización no tiene lugar sólo a partir de la dotación de recursos naturales de los países periféricos. Las aceleradas transformaciones en la agricultura desplazan las poblaciones rurales hacia las ciudades y una gran porción de la población mundial puede potencialmente ser inserta en una producción para el mercado mundial no ya asentada en la explotación de los recursos naturales, sino en la actividad industrial. Esto intensifica notoriamente la competencia de los países periféricos entre sí, pero también entre la mano de obra radicada en éstos y buena parte de la residente en los países centrales, lo cual tiende a deteriorar la capacidad negociadora del conjunto de los asalariados frente al capital que organiza su producción en el nivel mundial. El rasgo dominante parece ser un crecimiento empobrecedor para una gran proporción de la población mundial, lo cual limita la expansión extensiva del mercado mundial a una situación donde un crecimiento intensivo altamente concentrado, tanto en lo social como en lo espacial, genera obstáculos a la plena recuperación de las tasas de ganancia y de acumulación en los países centrales.

Es probable, entonces, que el modelo no pueda expandirse sin crecientes tensiones económicas, sociales y políticas, tanto en el centro como en la periferia. En lo inmediato, sin embargo, la profundización de la penetración en los mercados periféricos -no sólo en los de bienes, sino sobre todo en los de servicios donde Estados Unidos tiene una importante ventaja, y las transformaciones en las pautas de consumo y en la distribución del ingreso al que está ligada en la mayoría de los casos esta penetración-, puede significar -al menos es lo esperado por sus dirigentes- un impulso importante para su comercio y sus capitales, lo cual no es menor frente al anuncio de una seria recesión mundial.

La entrada de China en la OMC, el avance, con igual fin, de las negociaciones con Rusia, el lanzamiento de una nueva ronda de negociaciones en ese organismo, el casi seguro otorgamiento del fast-track al presidente Bush, el intento de avanzar en la integración comercial con diversos países de América Latina aún antes de la concreción del ALCA, son pasos fundamentales en este sentido; pero aún más importante para Estados Unidos es adquirir el derecho de decidir cuál gobierno periférico es compatible con "los principios de la comunidad internacional", tal como éstos son definidos por su gobierno. Y a ello apunta, indudablemente, la intimación a un apoyo explícito a su acción bajo pena de ser considerado cómplice del terrorismo.



Bibliografía

Alternatives Économiques 2000 “Le retour des Etats Unis”, en *Alternatives Économiques* (Paris) Hors Serie, 4 trimestre 2000 N° 46.

Bisignano, J. 1993 *The Internationalization of Financial Markets: Measurement, Benefits, and Unexpected Interdependencies* (Paris: Banque de France-Université Paris).

Brenner, Robert 2000 “The Boom and the Bubble”, en *New Left Review* (Oxford) No 6.

Brenner, Robert 1999 *Turbulencias en la Economía Mundial* (Chile: Encuentro XXI).

Chesnais, Francois (coord.) 1996 *La Mondialisation financière, Gènese, coût et enjeux* (Paris: Syros).

Du Boff, Richard B. y Edward S. Herman 2001 “Mergers, Concentration, and the Erosion of democracy” en *Monthly Review* Vol. 53, No 1.

Duménil, Gérard y Dominique Lévy 1999b “Manufacturing and Global Turbulence. Brenner’s Misinterpretation of profit rate differentials” en Internet, www.cebremap.cnrs.fr noviembre de 2001.

Duménil, Gérard y Dominique Lévy 2000 *Crise et Sortie de crise. Ordre et Desordres néolibéraux* (Paris: Presses Universitaires de France).

Duménil, Gérard y Dominique Lévy 1999a “Brenner on Distribution” en *Historical Materialism* Vol. 4.

Dussel Peters, Enrique 1997 *La Economía de la Polarización, Teoría y evolución del Cambio estructural de las Manufacturas mexicanas (1988-1996)* (México: Universidad Nacional Autónoma de México-Editorial Jus S.A.).

Gowan, Peter 1999 *The Global Gamble* (Londres-Nueva York: Verso).

Helleiner, Eric 1995 “Explaining the Globalization of financial markets: bringing states back” en *Review of International Political Economy* verano 1995.

Marx, Carlos 1946 (1867) *El Capital* (México: Fondo de Cultura Económica).

Michalet, Charles-Albert 1976 *Le Capitalisme mondial* (Paris: Quatridge-Presses Universitaires de France).

Shaikh, Anwar 1999 “On the global economic crisis: A critique of Brenner” en www.homepage.newschool.edu noviembre de 2001.

Solomon, Robert 1999 *Money on the move. The revolution in International Finance since 1980* (Nueva Jersey: Princeton University Press).



La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

UNCTAD 1999 *Informe sobre las inversiones en el mundo* (Ginebra-Nueva York: Naciones Unidas).

UNCTAD 2000 *Informe sobre las inversiones en el mundo 2000* (Ginebra-Nueva York: Naciones Unidas).

Webber, Michael J. y David L. Rigby 1996 *The Golden Age Illusion. Rethinking Postwar Capitalism* (Nueva York: The Guilford Press).

Notas

1 Sin embargo se acepta que una moneda podía ser devaluada hasta en un 10% mediante una simple notificación al Fondo Monetario Internacional, a fin de evitar que, como en el patrón oro, las variables reales de la economía queden subordinadas a las exigencias del equilibrio externo. Las modificaciones superiores para evitar devaluaciones competitivas, exigían el acuerdo del FMI, es decir de los otros países bajo la conducción del Fondo. Se trataba de una renuncia a parte de la soberanía –la facultad de fijar libremente la tasa de cambios- en contrapartida a la posibilidad de acceder al financiamiento de este organismo en caso de desequilibrios temporarios en la balanza de pagos.

2 Este sistema experimenta sucesivas modificaciones a medida que se deteriora la posición de Estados Unidos, que poseía al fin de la guerra el 75% de las reservas de oro. En 1960 la masa de dólares en el exterior supera las reservas en oro de Estados Unidos y se crea el pool del oro, que asegura la colaboración de los países industrializados en el mantenimiento de la relación dólar-oro, con lo cual se produce un cambio sustancial en la naturaleza del sistema. La equivalencia entre el dólar y el oro deja de basarse en la posición que ocupa la economía estadounidense en el mercado mundial y pasa a descansar en una alianza política sustentada en su poderío militar. En 1968 el deterioro de la posición comercial de Estados Unidos ocasiona una especulación contra el dólar que obliga a suspender la venta de oro al público.

3 Los gobiernos europeos y el japonés proponen, para alcanzar este objetivo, un sustancial reforzamiento del control de los movimientos de capitales a fin de evitar los desplazamientos especulativos que se desarrollan desde fines de los años sesenta como consecuencia del crecimiento del euromercado, la creciente importancia de los fondos controlados por las empresas multinacionales y los avances en las telecomunicaciones, que reducen radicalmente los costos y las dificultades de las transferencias internacionales.

4 Muchos de estos objetivos se revelarán poco compatibles entre sí y, en lo inmediato, la nueva política se traduce en una muy fuerte expansión de déficit fiscal resultante, por una parte, de un mayor gasto, fundamentalmente en



Enrique Arceo

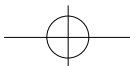
defensa y en el pago de intereses de la deuda pública y, por otra parte, del impacto sobre los ingresos fiscales de las reducciones impositivas impulsadas por Reagan (*Economic Recovery and Tax Act*, 1981). Éstas dispusieron un corte en la tasa marginal para individuos y familias del 5% en 1981, del 10% en 1982 y otro 10% en 1983, lo que implicó una disminución acumulada del 23%; la máxima tasa marginal se redujo del 70 al 50% y las corporaciones se vieron beneficiadas por una liberalización del régimen de reservas para depreciación y una ampliación del crédito impositivo por inversiones. La combinación de una política monetaria restrictiva y de un fuerte incremento del déficit fiscal determina que la tasa preferencial de crédito bancario a las empresas ascienda al 20% en el verano de 1981 y que la tasa de interés real de las obligaciones en dólares a largo plazo, que había sido del 0,5% entre 1972 y 1980, suba, con la desaceleración de la inflación, al 9% en 1983.

5 Los fondos de pensión, las empresas de seguro y los fondos mutuos –cuya expansión a partir de 1974 es estimulada por una ley de protección al ahorro para la jubilación que aumentó la regulación de los fondos de pensión– han experimentado un crecimiento constante durante la posguerra. Representaban ya en 1980 el 60% del PIB de Estados Unidos, pero apenas diez años después son el 100%, lo cual implica un cambio sustancial en la relación entre los activos bancarios y los de estas instituciones, que no realizan préstamos a las empresas o al gobierno sino compras de títulos, lo que les permite adquirir la propiedad de un activo sin ligarse a la suerte del deudor y conservar, a la vez, una elevada liquidez. Esto ofrece a las empresas la posibilidad de financiarse mediante la emisión de obligaciones o de acciones (lo que es favorecido por la alta dispersión de la propiedad de las mismas en las grandes empresas estadounidenses) a un menor costo que el bancario y permite obtener al mismo tiempo a los inversores en los fondos mutuos retribuciones más elevadas que las ofrecidas por los bancos, lo cual explica que sean el factor desencadenante de la desregulación de los depósitos y los créditos.

6 El porcentaje de la cotización de la deuda pública en posesión de inversores extranjeros pasa, entre 1979 y 1992, del 5% al 26% en Alemania y del 0% al 32% en Francia, según estimaciones del FMI (Bisignano, 1993).

7 El proceso de liberalización financiera es profundizado, a mediados de los ochenta, con la desregulación de las bolsas (comenzando por la londinense) y completado con la supresión de las regulaciones financieras en la mayoría de los países periféricos a comienzos de los noventa (Chesnais, 1996: 22.).

8 Este hecho otorga a Estados Unidos una extraordinaria libertad y la posibilidad no sólo de manejar el sistema monetario y financiero mundial conforme a sus intereses, sino también de utilizar, para imponer su estrategia global, los desajustes que generan los efectos de su política monetaria y financiera sobre las restantes economías. Un claro ejemplo de ello son: la crisis de la deuda a



La guerra infinita. Hegemonía y terror mundial

comienzos de los ochenta en América Latina, resultado de la abrupta elevación de la tasa de interés impulsada por Estados Unidos y los planes de ajuste estructural que fueron su consecuencia; o la devaluación del dólar respecto al yen impulsada por Estados Unidos a partir de 1995 y la subsiguiente crisis asiática e intervención del FMI, procurando desarticular, en Corea, las ligas entre bancos y empresas que hacían a estas últimas poco accesibles a los intentos de adquisición por parte de las empresas estadounidenses.

9 Un rasgo destacable del cambio tecnológico en estos años es la introducción de una nueva generación de medios de producción menos especializados, a través del control numérico, la incorporación de microprocesadores en el comando de las máquinas herramienta y el consiguiente rediseño de las mismas. La máquina concebida para realizar una tarea dada, en la producción en cadena de un producto específico es sustituida, gracias a las posibilidades abiertas por los microprocesadores, por una herramienta que puede ser configurada rápidamente para la realización de distintas tareas, con lo cual es posible pasar de la producción de un modelo o producto a otro y obtener altas productividades con montos más limitados de cada producto.

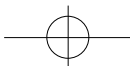
10 Existen 63.000 empresas matrices con 690.000 filiales extranjeras, pero en 1998 los activos de las filiales en el extranjero del 0,16% de las empresas transnacionales (las 100 mayores no financieras) representaban el 12,5% de los activos totales, lo cual indica un altísimo índice de concentración (UNCTAD, 2000).

11 El promedio simple del índice de transnacionalización de las 25 principales empresas transnacionales del mundo, conformado como el promedio de tres relaciones: activos en el extranjero y activos totales, ventas en el extranjero y ventas totales y empleo en el extranjero y empleo total, es 58,4 (UNCTAD, 2000).

12 El índice de transnacionalización de las 25 principales ETN es de 46,8% para las estadounidenses, 49% para las japonesas y 68,3% para las europeas (UNCTAD, 2000).

13 El 25% de todas las importaciones estadounidenses de mercancías provienen de filiales en el exterior de sus empresas o de contratistas extranjeros que trabajan para éstas, quienes venden los productos terminados bajo su marca (Nike, K-Mart, Compac Computer); y otro 23% de las importaciones provienen de las sociedades madres de las filiales de empresas extranjeras en Estados Unidos (Toyota, Michelin Tire, Unilever) (Du Boff y Herman, 2001: 22).

14 Dato referido a 1999, base de datos del Banco Mundial.

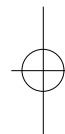
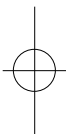


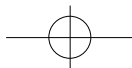
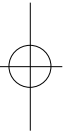
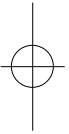
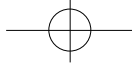


Enrique Arceo

15 El poder de compra de los salarios netos en Estados Unidos para los empleos de tiempo completo cayó para el primer decil el 1,6% entre 1960-1970 y 1992-2000, el 1% para el primer cuartil, y permaneció prácticamente constante para la mediana de los salarios (-0,2%), lo cual, dados los aumentos en la productividad del trabajo (algo más del 1% anual acumulativo hasta 1995, más del 2% anual acumulativo entre 1996 y 1999), indica una fuerte tendencia a la concentración del ingreso.

16 Pese a su balance altamente deficitario en el comercio de bienes, Estados Unidos tiene un fuerte superávit en el comercio de productos agrícolas, y un balance en el intercambio de servicios cuyo resultado positivo supera al derivado de los productos agrícolas. Los rubros más dinámicos en las exportaciones de servicios entre 1986 y 1998 son “los servicios personales, los culturales y los relacionados con la recreación” (tasa de crecimiento anual acumulativa de 17%) y “construcción y trabajos públicos” (tasa de crecimiento anual acumulativa de 15%).





*Las empresas transnacionales y el
liderazgo económico mundial
Balance y perspectivas*

Raúl Ornelas*

*A Nacxtli,
por lo que pudo ser*

En este trabajo presentamos las tendencias generales de la competencia entre empresas en las principales actividades industriales y en la banca comercial durante el periodo 1985 - 2000. Este análisis nos ofrece un panorama de la correlación de fuerzas en el terreno de la disputa por el liderazgo económico mundial. Las tendencias del liderazgo en las actividades estudiadas señalan, casi todas, la transformación y la progresiva consolidación de las posiciones ocupadas por las empresas que tienen su origen en Estados Unidos. Esta renovación del liderazgo económico estadounidense constituye una sólida base para la (re)construcción de la hegemonía de Estados Unidos, una vez superadas las pruebas de la reconstrucción capitalista en Occidente y del desafío que, formalmente, representaba la constitución de un circuito económico alternativo en la Unión Soviética y en Europa del este. Finalmente, esta lectura de la competencia capitalista ofrece también líneas de explicación acerca de las razones de la ofensiva del estado estadounidense en Asia Central y acerca de lo que está en juego en la mal llamada “guerra contra el terrorismo”.

* Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, México. Con la colaboración de Jesús Córdova, quien prepara una tesis sobre empresas transnacionales en la Licenciatura de Geografía.

Hegemonía y liderazgo económico

Durante los años noventa, hemos estudiado la competencia capitalista con una metodología que busca superar un límite fundamental de la economía convencional: su negativa a considerar las relaciones de poder como factor esencial del proceso económico, en particular en el dominio del mercado mundial. En otros trabajos hemos explicado la disputa por la hegemonía mundial a partir de los conceptos de hegemonía, liderazgo económico y producción estratégica. En ese marco, nuestros trabajos sobre el comportamiento de las empresas transnacionales han dado cuenta de uno de los fenómenos más importantes del mundo contemporáneo: la constitución de un mercado mundial cada vez más denso y diverso (Ceceña y Barreda, 1995; Ceceña, 1998; Ornelas, 1991, 1995 y 2001).

Nuestro trabajo argumenta dos ideas centrales.

En primer lugar, la renovación del liderazgo económico mundial de Estados Unidos. A través del estudio del comportamiento de las empresas transnacionales más importantes, constatamos que las firmas estadounidenses han alcanzado:

- La recuperación de cuotas de mercado en las actividades más dinámicas y más rentables: informática, electrónica, telecomunicaciones, industria petrolera, banca comercial.

- El control mayoritario de las ganancias empresariales.

En segundo lugar, planteamos que la posición líder de las empresas estadounidenses apunta a la hipótesis de que la mal llamada “guerra contra el terrorismo” constituye un posicionamiento estratégico (contener, debilitar y aventajar) en contra de China, principal potencia económica y militar que puede desafiar la hegemonía de Estados Unidos, y no una “respuesta” frente a la recesión o frente al declive estadounidense, como sugieren las interpretaciones más socorridas acerca de la ofensiva estadounidense en Asia Central.

Ante las interpretaciones acerca de los atentados del 11 de septiembre y de la respuesta de Estados Unidos, una primera tarea que se impone es clarificar los términos de la discusión.

El concepto de hegemonía es central para explicar el momento actual. El enfoque de la producción estratégica plantea que la hegemonía es una construcción social que, retomando los términos planteados por los clásicos de la ciencia política, tiene en la coerción y en el consenso sus medios generales de acción. Por hegemonía mundial entendemos la capacidad de los agentes sociales para convertir su proyecto de organización de la sociedad en el proyecto generalmente (en este caso, planetariamente) aceptado. La hegemonía está constituida por 4 dimensiones principales: la político-militar, la geográfica, la cultural y la económica.

En el contexto de fin de la guerra fría, la dimensión económica de la hegemonía cobró una importancia crucial. En términos gruesos, durante los años noventa, la primacía de Estados Unidos en fuerza militar, en la política y en la cultura mundiales, aparece sin rivales a la vista. La disputa por la hegemonía mundial ha sido, desde los años setenta, esencialmente económica. Por ello, la competencia por el liderazgo económico mundial constituye el principal espacio de la construcción de la hegemonía.

En nuestro análisis, los conjuntos de empresas y estados son los agentes que se disputan la hegemonía.

Tomando como punto de partida la relación de fuerzas a escala planetaria que resultó de la Segunda Guerra Mundial, podemos observar dos periodos en la competencia por el liderazgo económico mundial.

En primer lugar, el periodo de reconstrucción y de expansión económica, vivido en Europa, Japón y ciertas economías de Asia y de América Latina durante los años sesenta, setenta y parte de los ochenta. Este proceso provoca la agudización de la competencia mundial entre empresas, y da origen a las tesis del declive de la hegemonía de Estados Unidos.

En segundo lugar, durante los años noventa asistimos a la transformación exitosa del liderazgo de las empresas estadounidenses en casi todas las actividades dinámicas y rentables.

La perspectiva que ofrecemos tiene como característica principal la de superar las visiones convencionales, que siguen analizando el capitalismo contemporáneo en términos exclusivamente nacionales. En la discusión sobre la coyuntura actual, la idea de una recesión en marcha en Estados Unidos es fácilmente demostrable: pérdida de dinamismo del PIB y de la “nueva economía”, caída de las ganancias corporativas y despidos masivos. Ello explicaría el lanzamiento de una operación militar de gran envergadura, con la finalidad de dinamizar la economía y de “distraer a la opinión pública” sobre las causas y consecuencias de la recesión. Nosotros proponemos ir más allá de esta visión, para mostrar que las grandes empresas tienen un crecimiento vigoroso y que, al igual que el estado, aprovecharán la coyuntura abierta por el 11 de septiembre, para reestructurar sus bases de obtención de ganancias¹.

La segunda parte del trabajo busca demostrar el proceso de renovación del liderazgo económico de las empresas estadounidenses.

Empresas transnacionales y liderazgo económico

Actualmente, el liderazgo mundial de las empresas transnacionales estadounidenses es, en buena medida, aceptado por los economistas. No obstante, las ciencias sociales no han valorado, pensamos, suficientemente este proceso.

En general, el pensamiento crítico es tributario de la economía convencional en dos sentidos cruciales para el análisis de las realidades contemporáneas. Teórica y metodológicamente, las propuestas de la economía convencional respecto de la posición competitiva de las empresas de Estados Unidos son retomadas sin cuestionamiento alguno, de tal suerte que el pensamiento crítico reproduce las interpretaciones sesgadas acerca de la internacionalización del capital y de la constitución progresiva del mercado mundial capitalista. Ello se refleja, particularmente, en la utilización de “argumentos” y de “evidencias empíricas” de la economía convencional, que no han sido elaboradas de manera rigurosa. Así, se toman las tasas de crecimiento de Japón y de los países asiáticos como indicador del declive estadounidense, sin hacer referencia a los límites absolutos (dotación de recursos) de esas economías. O bien, se toman muestras de empresas (las 100 o las 500 más importantes) y se advierte el crecimiento de las empresas no estadounidenses, sin hacer distinciones a partir de las actividades que cada empresa realiza.

De forma por demás sintomática, podemos constatar que en el seno del pensamiento crítico dominan las explicaciones que ven a Estados Unidos como una potencia hegemónica en decadencia. De ello se sigue que la ofensiva militar en Asia Central y el estado de excepción instaurado en Estados Unidos son otros tantos signos de “declive” que refuerzan la tendencia instaurada por la competencia, donde las empresas japonesas y europeas han desplazado a las estadounidenses en la mayoría de las actividades.

Nuestro trabajo en los años recientes ha consistido en la elaboración de una amplia base de información acerca de la competencia entre firmas transnacionales. En esta labor, partimos de dos consideraciones metodológicas generales, que buscan superar los límites de los análisis convencionales.

a) La importancia del contenido concreto de las actividades económicas². Nuestro análisis es principalmente en el nivel de ramas y segmentos de rama, donde las jerarquías entre las empresas reflejan los diversos aspectos de la competencia: recursos movilizados, desarrollo tecnológico, intervención del estado, etc. Asimismo, el establecimiento del liderazgo económico mundial exige una distinción entre las actividades financieras e industriales. Nosotros hemos concentrado nuestro estudio en la actividad industrial, en tanto aporta los paradigmas de producción que organizan al conjunto de la economía.

b) El rigor de los indicadores elaborados, centralmente en lo que toca a los periodos de tiempo y a la amplitud de los universos analizados. Hemos elaborado series de datos suficientemente extensas para poder trazar las tendencias de la

competencia a mediano y largo plazo. Trabajamos el periodo 1980, 1985-1997, 2000, contando con información de más de 1.700 empresas. En promedio, la muestra utilizada comprende, cada año, 615 empresas que realizan ventas por 5,5 billones de dólares y ganancias del orden de 217 mil millones de dólares.

Nuestro análisis concierne, por tanto, lo esencial de la actividad económica mundial. En nuestras evaluaciones están consideradas las empresas más importantes de 25 actividades fundamentales en la dinámica de la economía mundial³. El control de esos mercados constituye una base crucial para la construcción de la hegemonía.

El Cuadro 1 muestra que la industria petrolera, la informática, la electrónica y la química concentran partes sustanciales de las ventas y de las ganancias de las empresas industriales más importantes⁴, superando a la industria automotriz y a la de alimentos, que se contaban entre las actividades más dinámicas en la posguerra.

La repartición por países (Cuadro 2) indica que, pese a la agudización de la competencia, las empresas estadounidenses conservan la supremacía mundial, realizando en el periodo estudiado, 38,6% de las ventas y 48,4% de las ganancias totales de la muestra (valores medios ponderados). Las empresas de Japón aparecen como las principales competidoras de Estados Unidos, con participaciones de 20,5% de las ventas y 9,3% de las ganancias. Las empresas de Inglaterra destacan por controlar más de 13% de las ganancias totales.

Es particularmente notable el liderazgo estadounidense en el control de las ganancias. Los valores anuales de las ganancias muestran la gran ventaja que posee este grupo de empresas sobre sus competidores a lo largo de todo el periodo de estudio (Gráficos 1 y 2). Se advierte una tendencia ascendente de las ganancias de las empresas de Estados Unidos a partir de 1992, frente a un lento crecimiento de las ganancias de los otros grupos. En el año 2000, 192 empresas estadounidenses realizan casi 250 mil millones de dólares de ganancias, casi siete veces más que su más cercano competidor, las empresas de Japón.

Al comparar la repartición al inicio y al final del periodo, se constata la reducción de la cuota de las empresas de Estados Unidos, que concentran 47% del total de ventas en 1980 y 39% en 2000 (Gráfico 3); no obstante, conservan una ventaja fundamental frente al resto. El grupo de empresas de Japón es quien avanza, pasando de 11 a 23% de las ventas totales en esos mismos años. La repartición de las ganancias es similar, sólo que las empresas de Estados Unidos realizan, al final del periodo, 50,6% de las ganancias totales (Gráfico 4). En este terreno, las empresas de Japón y Francia no presentan cambios significativos, en tanto que las empresas alemanas duplican su participación en las ganancias.

Estos datos generales sustentan nuestro argumento acerca de la renovación del liderazgo económico de Estados Unidos: las empresas industriales de ese país controlan porciones esenciales de la actividad económica mundial, dando una base material a la expansión estadounidense en las otras dimensiones de la hegemonía (militar, política y cultural).

Hasta este punto, nuestro análisis podría ser rebatido por las visiones convencionales de la hegemonía, que podrían argumentar que sólo es cuestión de tiempo para que europeos y asiáticos den alcance a las empresas estadounidenses, en tanto las tendencias a mediano plazo apuntan en ese sentido. Por ello, es necesario introducir el proceso de especialización internacional⁵, tomando en cuenta ya no todas las actividades, sino tan sólo las más dinámicas y rentables.

En este trabajo y frente a la coyuntura de Asia Central, presentamos un panorama de tres actividades esenciales para la competencia por el liderazgo económico mundial: la industria petrolera, que está en el centro del conflicto bélico actual, el conjunto informática-electrónica, que provee los nuevos medios de aumentar la productividad social, y la banca comercial, que durante largo tiempo fue señalada como una de las grandes debilidades de Estados Unidos, y por tanto, como uno de los signos de su declive como potencia hegemónica.

El conjunto informática y electrónica se caracteriza por una aguda competencia. Ello se refleja en la posición de las empresas japonesas, que siendo 27,7% del número de empresas, aportan 34,8% de las ventas de estas actividades. Estados Unidos, con casi 45% de las empresas, realiza 36,7% de las ventas. No obstante, en el rubro de las ganancias, la ventaja de las empresas estadounidenses es abrumadora: 61% del total en el periodo de estudio. La evolución anual de las ganancias señala que esta posición se conforma a partir de 1993, año en que inicia un ascenso sostenido de las ganancias de las empresas de Estados Unidos, alcanzando 67,7 mil millones de dólares en 2000 (Gráfico 5). Destaquemos finalmente, las bajas cuotas de participación de las empresas europeas.

La situación de la industria petrolera es sensiblemente distinta. La presencia estadounidense es aún importante (40% de las ventas y 39% de las ganancias), pero no cuenta con el predominio que observamos para el conjunto de las actividades industriales o en la informática-electrónica. Las empresas inglesas tienen una participación muy importante, realizando 18% de las ventas y casi 22% de las ganancias totales (Cuadro 4 y Gráfico 6). El principal competidor de Estados Unidos está fuera de las economías dominantes, agrupado aquí en el rubro "otros", que representa en promedio 43,5% de las empresas, 27% de las ventas y 33,5% de las ganancias. Hacia el final del periodo, las empresas petroleras de Venezuela, Brasil y México aportaron 8% de las ventas y casi 10% de las ganancias, en tanto que las empresas de China muestran un rápido crecimiento en esta actividad. Esta diversidad de los principales agentes de la actividad petrolera debe ser considerada como una de las razones profundas que llevan al estado estadouni-

dense a buscar nuevas fuentes de aprovisionamiento. En medio de una exitosa transformación de su liderazgo económico, los agentes hegemónicos constatan que la industria petrolera es una fuente potencial de inestabilidad.

Finalmente, la competencia en el seno de la banca comercial ofrece una visión matizada del liderazgo estadounidense. En 1990, los bancos japoneses controlaban 44% de los activos y 36% de las ganancias, contra apenas 5 y 7,5% por parte de los bancos estadounidenses (Cuadros 5 y 6). Sin embargo, durante los años noventa, la banca japonesa se desploma (10% de los ingresos totales en 2000), en tanto que los bancos de Estados Unidos y de Alemania emergen como los actores más importantes. La banca comercial se concentra fuertemente, particularmente en Japón, quien contaba, en 1990, con 21 bancos entre los más importantes, cifra que sólo es de 6 bancos en 2000. Se advierte, durante los años noventa, la consolidación de la banca estadounidense, que estaba considerada como una de las debilidades del sistema productivo de Estados Unidos. Actualmente controla la parte sustancial de las actividades bancarias a escala mundial⁶.

Las relaciones de fuerza que emergen de la competencia entre las empresas transnacionales señalan claramente la renovación del liderazgo económico mundial. En los terrenos fundamentales o estratégicos de la competencia (nuevas tecnologías, telecomunicaciones, banca, industria petrolera), la disputa entre empresas se ha saldado en favor de las que tienen a Estados Unidos como su territorio de origen. Planteamos que esta posición de fuerza es crucial para la construcción de la hegemonía estadounidense. Una vez saldada la lucha en el campo económico, es posible (y cada vez más urgente), atacar los restantes “frentes” de la disputa por la hegemonía, particularmente el de la expansión asiática en torno a China.

La guerra en Asia y la construcción de la hegemonía

En la perspectiva de renovación del liderazgo económico de Estados Unidos, consideramos que la nueva guerra emprendida por Estados Unidos en Asia Central marca un cambio en los equilibrios y en los papeles que juegan los actores hegemónicos.

Hasta el 11 de septiembre, la recomposición del liderazgo estadounidense apareció como el triunfo de su sistema productivo, diseñado y conducido por las empresas transnacionales. Las políticas estatales y la “gestión social”, así como el proyecto de sociedad en su conjunto, se orientaron hacia la satisfacción de los requerimientos que esas empresas consideraban esenciales para mejorar su posición en el mercado mundial.

El largo periodo de expansión económica de los años noventa, el auge de la llamada “nueva economía” y la expansión de las políticas neoliberales hacia un gran número de países, simbolizaron el “éxito” del proyecto de organización so-

cial propuesto-impuesto por las empresas transnacionales. En ello, el estado aparecía más como un acompañante que como un protagonista, adaptándose en permanencia a los imperativos de las grandes firmas.

Tras los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001, e independientemente de la explicación que adoptemos (donde las posibilidades van desde el autogolpe al aprovechamiento de la coyuntura), el estado norteamericano ha adoptado un papel de primer orden en la construcción de la hegemonía mundial, mientras que las cuestiones económicas pasan, al menos en el discurso de los líderes estadounidenses, a un segundo plano.

Las “reglas del libre mercado”, piedra angular de las teorías de la globalización, han sido sistemáticamente negadas por las acciones recientes de Estados Unidos, cediendo su lugar en el discurso del poder a la “lucha por la civilización occidental” y a la “justicia infinita”.

Los ataques del 11 de septiembre crearon una coyuntura favorable a una reorientación de la estrategia hegemónica estadounidense, al menos en su vertiente estatal. Esta reorientación expresa la voluntad del grupo gobernante por priorizar ciertos aspectos que el largo periodo de expansión económica había vuelto inviables. Es decir, dentro de la estrategia de construcción de la hegemonía, las iniciativas y las visiones de las grandes corporaciones han predominado, colocando a la burocracia en un plan secundario, de suerte que los atentados abren una coyuntura favorable para las visiones militaristas y de expansión territorial encarnadas por el estado estadounidense.

La larga expansión económica de Estados Unidos durante los años noventa planteó un cambio importante en las percepciones sobre la hegemonía. La idea del “declive” de la hegemonía estadounidense cedió el paso a la constatación de un renovado vigor de la economía y de las grandes corporaciones de Estados Unidos, factor reforzado y alimentado por el liderazgo militar y político del estado de ese país en la escena mundial.

Durante los años noventa, las estrategias de las empresas estadounidenses constituyeron la vertiente dominante en la construcción de la hegemonía mundial. *Liberalización de los mercados* fue la divisa que, progresivamente, adquirió ciudadanía en el imaginario de la sociedad mundial -existente, es cierto, sólo de manera virtual.

En términos espaciales, se asistió a la “triadización” de las relaciones mundiales. A la sombra de un discurso de “igualación progresiva” de las grandes potencias económicas, se mediatizó la encarnizada lucha mundial por la hegemonía. Estados Unidos vivió una profunda transformación económica y social bajo la presidencia Clinton, quien legitimó e impulsó el proyecto hegemónico de las empresas transnacionales. Citemos sólo a título de ejemplo, que la Iniciativa Estratégica de Defensa (o guerra de las estrellas) de Reagan, fue sustituida por la construcción de las autopistas de la información y por el desmantelamiento de los sis-

temas de educación y de seguridad social. El ascenso de los gigantes de la “nueva economía” como Intel, Microsoft, Cisco y más recientemente AOL, así como el exitoso reposicionamiento de otros gigantes como IBM y AT&T, constituyen el mejor símbolo de la larga expansión estadounidense de los años noventa.

A fines de esa década, el vigor alcanzado por las grandes corporaciones estadounidenses, particularmente en torno a la industria informática y las telecomunicaciones, en combinación con el estancamiento relativo de Europa y de Japón, obligaron a un replanteamiento de los escenarios geopolíticos. Actualmente, son China, India y los países de alta densidad de población quienes constituyen los retadores potenciales y ya no los países desarrollados de Occidente.

Más allá del discurso del poder, nuestro análisis sustenta una interpretación de la coyuntura actual donde la ofensiva estadounidense en Asia Central responde:

a) Al fortalecimiento del liderazgo económico de Estados Unidos, en tanto sus empresas han consolidado posiciones dominantes frente a sus competidores europeos y japoneses.

b) Actualmente, los actores dominantes cuentan con las bases para enfrentar a la nueva potencia militar, económica y demográfica que emerge: China, único agente que podría, en el mediano plazo, desafiar la hegemonía de Estados Unidos.

Es importante establecer el papel jugado por China en la transformación de la economía mundial durante los últimos veinte años. Parafraseando a los clásicos, podemos decir que las “ventajas competitivas” de China fueron la artillería que contribuyó grandemente a derribar las barreras económicas nacionales. En ese sentido, la incorporación de China a la economía mundial formó parte de las estrategias de Estados Unidos para renovar su hegemonía.

En esta perspectiva, la guerra en Asia Central tiene como principal objetivo contener y debilitar la expansión de China en la región, ocupando territorios y apropiándose de recursos esenciales para la consolidación económica y geoestratégica de China.

Entramos pues, a una nueva etapa de construcción y disputa por la hegemonía mundial, en la cual sólo el “poder concentrado del capital” puede diseñar y ejecutar las acciones requeridas para sostener una lucha en los niveles que exige el capitalismo contemporáneo. La guerra en Asia Central ha hecho ya miles de víctimas, pero ha regresado a la vida a uno de los fantasmas del pensamiento dominante: el estado.

Proponemos en suma, una lectura del conflicto que tome como eje las relaciones entre empresas y estados. Y desde ese mirador, hemos mostrado que la posición de Estados Unidos es de extrema fortaleza...

Anexo: Gráficos y Cuadros

Cuadro 1
*Distribución por actividades de las empresas industriales
más importantes del mundo
(medias ponderadas del periodo 1980, 1985-1997, 2000)*

	Número de empresas	Ventas	Ganancias
Petróleo	11.4	17.8	20.3
Química - farmacéutica *	16.3	12.1	18.5
Informática - electrónica	13.0	17.0	16.3
Telecomunicaciones	3.0	5.5	8.5
Las cuatro	43.7	52.4	63.6
Alimentos - bebidas - tabaco	13.2	10.2	12.7
Automotriz	8.6	16.2	7.7
Otras **	34.5	21	16
Total ***	615.7	5,519	217

* Incluye productos de hule, jabones y cosméticos.

** Aeroespacial, editoriales, equipo industrial y científico, joyería, materiales para construcción, metalurgia, productos metálicos, muebles, textiles, productos forestales.

*** Número de empresas promedio de la muestra y valores promedio de las ventas y ganancias en miles de millones de dólares.

Fuente: Base de datos de las empresas transnacionales más importantes. Elaboración propia con información de Fortune, Business Week, Les Echos y Asia Week.

Cuadro 2
*Distribución por países de las empresas industriales
más importantes del mundo
(medias ponderadas del periodo 1980, 1985-1997, 2000)*

	Número de empresas	Ventas	Ganancias
Estados Unidos	37.5	38.6	48.4
Japón	21.5	20.5	9.3
Alemania	5.9	8.3	4.5
Inglaterra	8.9	8.7	13.1
Francia	5.1	5.7	4.1
Los cinco	78.9	81.8	79.4
Otros	21.1	18.2	20.6
Total *	615.7	5,519	217

* Número de empresas promedio de la muestra y valores promedio de las ventas y ganancias en miles de millones de dólares.

Fuente: Base de datos de las empresas transnacionales más importantes. Elaboración propia con información de Fortune, Business Week, Les Echos y Asia Week.

Cuadro 3
***Distribución por países de las empresas de la informática y de la electrónica
 medias ponderadas del periodo 1980, 1985-1997, 2000***

	Número de empresas	Ventas	Ganancias
Estados Unidos	44.9	36.7	61.0
Japón	27.7	34.8	16.5
Alemania	3.5	5.1	4.4
Inglaterra	4.3	2.0	3.7
Francia	5.3	5.1	3.3
Los cinco	85.7	81.6	88.5
Otros	14.3	18.4	11.5
Total *	81.1	948,580	36,320

* Número de empresas promedio de la muestra y valores promedio de las ventas y ganancias en millones de dólares.

Fuente: Base de datos de las empresas transnacionales más importantes. Elaboración propia con información de Fortune, Business Week, Les Echos y Asia Week.

Cuadro 4
***Distribución por países de las empresas de la industria petrolera
 (medias ponderadas del periodo 1980, 1985-1997, 2000)***

	Número de empresas	Ventas	Ganancias
Estados Unidos	31.0	39.8	39.0
Japón	10.6	6.5	1.1
Alemania	3.9	3.0	0.7
Inglaterra	7.9	17.9	21.7
Francia	3.1	6.0	4.0
Los cinco	56.5	73.1	66.5
Otros	43.5	26.9	33.5
Total *	70.2	980,718	44,064

* Número de empresas promedio de la muestra y valores promedio de las ventas y ganancias en millones de dólares.

Fuente: Base de datos de las empresas transnacionales más importantes. Elaboración propia con información de Fortune, Business Week, Les Echos y Asia Week.

Cuadro 5
Distribución de los ingresos de los principales bancos comerciales
(% del total)

	1990*	1995	1997	1999	2000
Alemania	11.49	13.33	13.89	16.61	15.68
Estados Unidos	5.23	11.82	15.86	14.93	16.24
Francia	13.44	8.06	13.47	9.35	9.57
Inglaterra	7.48	7.85	10.38	10.62	11.29
Italia	4.90	5.77	4.83	2.56	2.60
Japón	44.01	34.31	17.50	15.35	10.56
Países Bajos	3.94	3.41	3.59	9.83	9.77
Suiza	3.91	4.92	6.77	5.56	7.42
Canadá	1.78	1.77	3.64	4.28	4.89
España	0.76	2.98	2.21	2.89	3.76
Otros	3.04	5.78	7.87	8.01	8.22
Total (mmd)	11,540	1,173	1,243	1,384	1,436

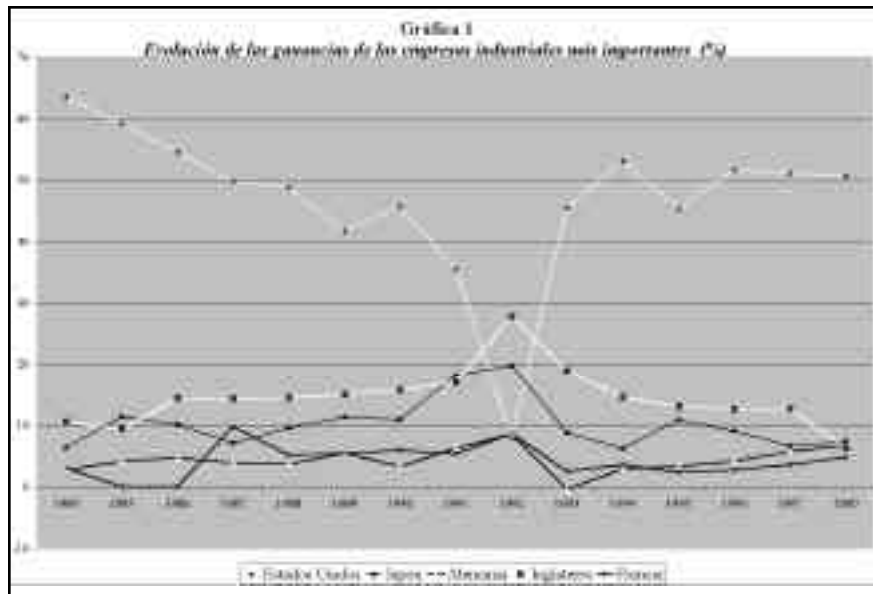
* Sobre el total de activos y no de ingresos.

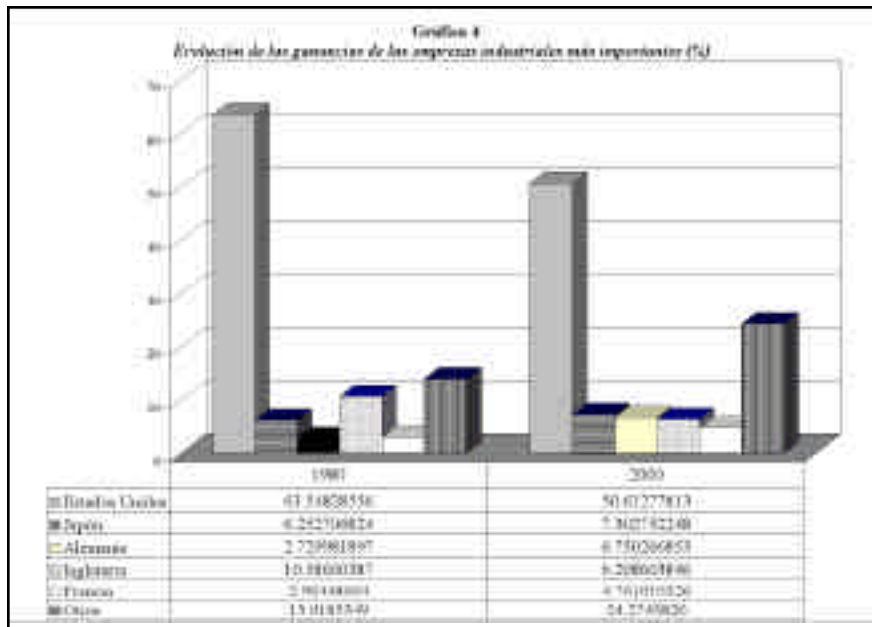
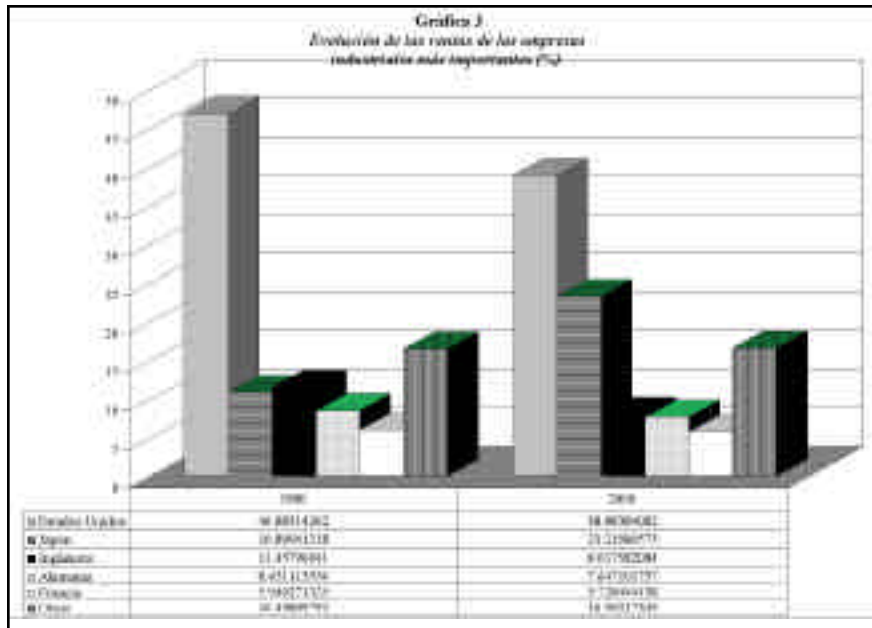
Fuente: Base de datos de las empresas transnacionales más importantes. Elaboración propia con información de Fortune, Business Week, Les Echos y Asia Week.

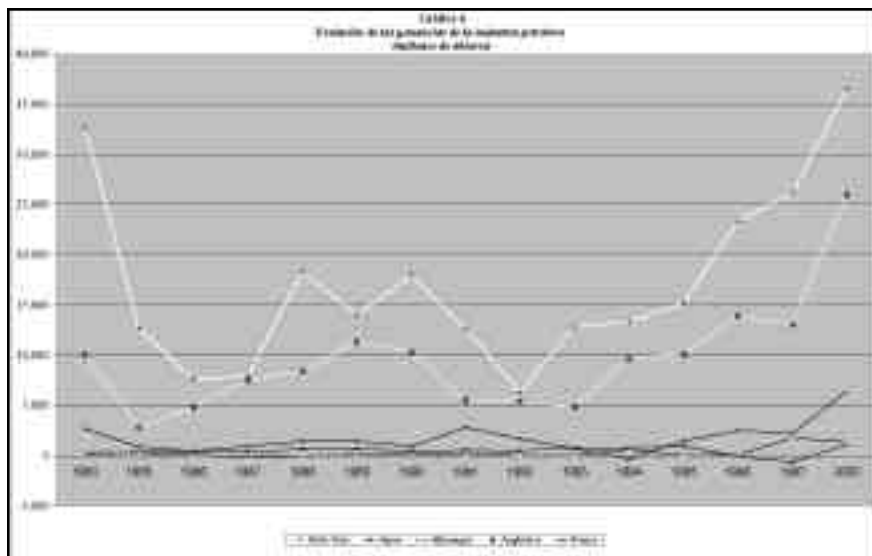
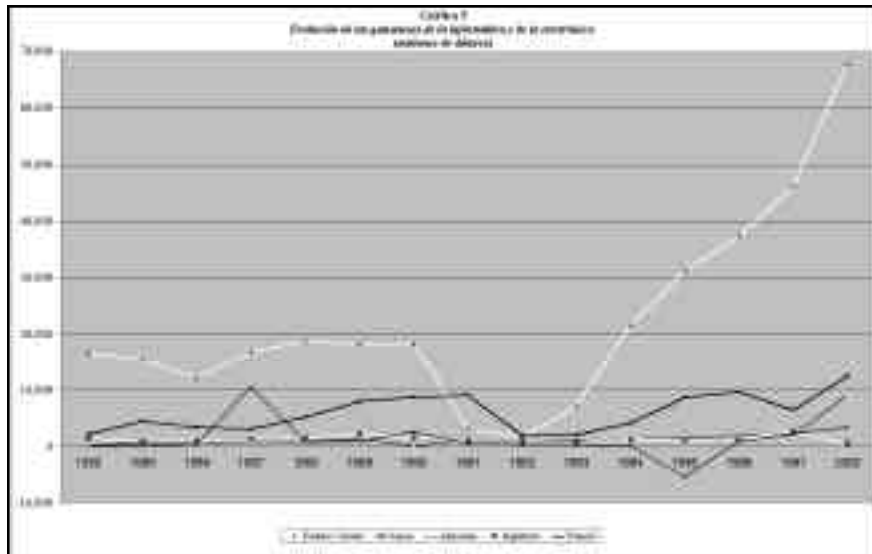
Cuadro 6
Distribución de las ganancias de los principales bancos comerciales
(% del total)

	1990	1995	1997	1999	2000
Alemania	7.11	16.22	8.71	7.01	10.24
Estados Unidos	7.55	58.20	46.91	29.01	22.29
Francia	10.88	3.11	11.06	7.62	11.09
Inglaterra	7.91	34.02	31.51	19.72	14.31
Italia	6.51	2.80	-1.86	3.32	3.07
Japón	36.21	-41.95	-26.43	6.33	1.84
Países Bajos	5.05	9.04	5.98	6.63	8.24
Suiza	5.10	12.54	0.03	7.49	9.39
Canadá	4.76	5.95	8.93	5.66	7.18
España	3.12	4.95	3.34	2.92	4.84
Otros	5.79	-4.88	11.83	4.29	7.50
Total (mmd)	31.8	27.8	49.4	102.3	85.7

Fuente: Base de datos de las empresas transnacionales más importantes. Elaboración propia con información de Fortune, Business Week, Les Echos y Asia Week.







Bibliografía

- Bush, G. 2001 “Discurso ante el Congreso de Estados Unidos”, en Internet (<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2001/09/20010920-8.es.html>).
- Ceceña Martorella, Ana Esther (coordinadora) 1998 *La tecnología como instrumento del poder* (México: Ediciones El Caballito-DGAPA UNAM).
- Ceceña Martorella, Ana Esther y Andrés Barreda Marín (coordinadores) 1995 *Producción estratégica y hegemonía mundial* (México: Siglo XXI Editores).
- Ornelas Bernal, Raúl 1991 *Inversión extranjera y reestructuración industrial. México 1983-1988* (México: IIEc UNAM).
- Ornelas Bernal, Raúl 1995 “Las empresas transnacionales como agentes de la dominación capitalista”, en Ceceña y Barreda (coordinadores) *Producción estratégica y hegemonía mundial* (México: Siglo XXI Editores).
- Ornelas Bernal, Raúl 2001 *Dynamique concurrentielle et effets d'hierarchie. Les stratégies des entreprises transnationales dans les activités du numérique* (Tesis doctoral, Universidad de París X - Nanterre).

Notas

- 1 Véase por ejemplo los despidos masivos en las aerolíneas y en corporaciones de la informática (Microsoft, AOL).
- 2 Las visiones convencionales tienden a abstraer ese contenido hasta el punto donde lo único que cuenta son las medidas cuantitativas; así, se llega al extremo de hablar del declive de la hegemonía estadounidense en función del simple número de empresas de ese país que actúan en una rama dada.
- 3 Entre las actividades importantes para esta dinámica que no analizamos, debemos mencionar el comercio, los servicios de transporte y los servicios financieros, excepto la banca comercial, las cuales esperamos abordar en investigaciones futuras.
- 4 La banca comercial es analizada más adelante.
- 5 De acuerdo con ese criterio, el líder no domina todas las actividades, sino aquellas que son esenciales para la obtención de las ganancias. E incluso, se observa que el líder abandona ciertas actividades poco rentables y/o conflictivas, que son, no obstante, necesarias para la reproducción del sistema, estimulando por ello la presencia de otros agentes.
- 6 Otro indicador que apunta en el mismo sentido es la preeminencia de los fondos de pensión anglosajones, que constituyen los actores principales en los circuitos de la especulación financiera mundial.
- 7 “(...) lo que está en juego no es solamente la libertad de Estados Unidos. Esta es una lucha del mundo. Esta es la lucha de la civilización. Y esta es la lucha de todos aquellos que creen en el progreso y el pluralismo, la tolerancia y la libertad” Discurso de Bush el pequeño ante el Congreso (Bush, 2001).

*Los rumbos del capitalismo,
la hegemonía de Estados Unidos
y las perspectivas de la clase trabajadora*

Julio C. Gambina*

Introducción

La crisis capitalista de los setenta y la desarticulación del campo del “socialismo real” en los noventa constituyen dos momentos importantes para explicar la correlación de fuerzas actual entre el capital y el trabajo a escala mundial, y al mismo tiempo, para señalar la instalación de la hegemonía estadounidense en el desarrollo capitalista contemporáneo.

Es definitorio en la crisis capitalista procesada entre fines de los sesenta y comienzos de los setenta la constante caída de la tasa de ganancia. El problema trascendía la esfera de la economía e impactaba en el orden social vigente a través de las dificultades que encontraba el capital para asegurar las condiciones de la reproducción de las relaciones sociales, tal como hasta entonces se desarrollaban, tanto en el ámbito de las empresas como desde las funciones del estado. Todo ello en un momento en que el dominio del capital era fuertemente cuestionado por el incremento del poder de los trabajadores que aceleraban su ofensiva, acompañado por las luchas de liberación nacional y social en el denominado “Tercer Mundo” (Hardt y Negri, 2000).

* Presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas. Profesor Titular de Economía Política en la Universidad Nacional de Rosario. Director del Instituto de la Cooperación. Miembro del Consejo Académico y del Comité de Coordinación de ATTAC en Argentina. Miembro del Consejo de Dirección del Instituto de Estudios y Formación de la CTA. Director del Centro de Estudios de la Federación Judicial Argentina.

El derrumbe del “socialismo real” impactó culturalmente, más allá del fenómeno en sí mismo y de sus protagonistas directos, pudiendo visualizarse como una derrota en la correlación de fuerzas entre los trabajadores y el capital. Incluso en la esfera simbólica se afectó ideológicamente la potencialidad socialista. La contraofensiva capitalista a la crisis de los setenta culminó en el doble proceso de eliminación de la bipolaridad y el encumbramiento de Estados Unidos en el sistema de poder mundial.

Ofensiva del capital

El actual periodo, iniciado en la última década del siglo XX, está marcado por una fuerte ofensiva del capitalismo en el ámbito mundial. En la subjetividad de los distintos actores sociales aparece instalada la imagen de que todos los obstáculos sociohistóricos al desarrollo capitalista han desaparecido, y que éste podrá seguir avanzando impetuosamente. Terminada la bipolaridad y las expresiones de la Guerra Fría, se abrió una etapa de disputa por la hegemonía global en las principales áreas del desarrollo capitalista: entre Estados Unidos, la Unión Europea y Japón, donde el primero acumula capacidad militar, económica y política, pero especialmente ideológica y cultural, en tal magnitud y con tanta iniciativa, que se coloca en la pirámide de la dominación del sistema mundial. La disputa es un proceso que viene de arrastre, por lo menos desde el periodo de entreguerras mundiales, pero que concentra la materialización de la hegemonía norteamericana en la última década del siglo.

Algunos datos de la realidad hicieron suponer una declinación del poderío estadounidense, ya que a comienzos del último decenio del siglo XX Estados Unidos aparecía a la defensiva y perdiendo terreno con relación a sus competidores. El cambio de siglo devuelve una mirada distinta, con Estados Unidos habiendo mantenido una década de expansión económica y afirmando su poderío militar y cultural. Eso más allá de la actual crisis recesiva de Estados Unidos (ver Gráfica 1). Europa consolidó sus intentos de articulación transnacional con moneda única, pero está lejos aún de estabilizar el lugar del euro en la disputa con el dólar y de consolidar un mercado en crecimiento. En el Gráfico 2 se aprecian algunos picos en las variaciones de los valores relativos y la tendencia general a la devaluación del euro respecto al dólar. Japón vive ya una década de crisis y dificultades para mantener una posición expectante en la disputa trilateral por el poder capitalista mundial.

No debemos equivocarnos en torno al poderío norteamericano. El actual estancamiento de la economía de Estados Unidos no desdice su fortalecimiento luego de una década de guerras, desde Irak a Kosovo y ahora en Afganistán, que afirman el carácter hegemónico de Estados Unidos en el ámbito mundial. Es más, de alguna manera ese fortalecimiento está ligado al rol de la aplicación de novísimas

tecnologías en su aparato militar. Por un lado le evita el alto riesgo de involucrar importantes tropas terrestres como en Vietnam, lección que no olvida, y por el otro, le permite dar un nuevo salto adelante impulsando su industria de guerra, que de nuevo funciona como motor y vanguardia para asegurar su desarrollo capitalista y hegemónico en la disputa con la Unión Europea y Japón. Reaparece la generación de la demanda efectiva desde el estado, intentando alejar los elementos más visibles de la crisis hacia el interior de la sociedad norteamericana y creando mejores condiciones para la disputa hegemónica.

Esa intencionalidad también se expresa, y de un modo extraordinario, en América Latina y adquiere también las formas de la agresión y la subordinación económica, política y cultural con distintas variantes. Desde el sistemático bloqueo a Cuba hasta el Plan Colombia y el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), buscando desarrollar y consolidar su poderío regional tradicional sobre su patio trasero: América Latina y el Caribe. Tanto el Plan Colombia como el ALCA son aspectos complementarios de una estrategia de articulación y subordinación de los Estados americanos a la política de Washington en su disputa con Europa y Japón. No debe olvidarse que Europa canalizó importantes inversiones en América Latina en los años noventa como consecuencia del proceso de privatizaciones de las empresas públicas y la venta de empresas privadas locales a capitales del viejo continente.

Los atentados a las torres gemelas y al Pentágono tienen víctimas inocentes claramente identificables, pero los supuestos culpables actuales, Osama Bin Laden o el gobierno talibán en Afganistán, o los culpados en un futuro inmediato, radicados en las fuerzas insurgentes en Colombia, en el gobierno de Venezuela o en el pueblo y gobierno de Cuba, o los culpabilizados en tiempo más lejano, es decir, cualquiera que pretenda desconocer el papel hegemónico de Estados Unidos, están siendo contruidos a imagen y semejanza de las necesidades de expansión de la hegemonía norteamericana. Más allá de los responsables directos del acto terrorista en Estados Unidos, el efecto cultural de construcción de culpabilidades y de justicieros favorece las necesidades de política internacional de los capitales y del estado norteamericano. La primera efectividad devino en la legitimación interna del presidente de Estados Unidos enarbolando la bandera del “bien” contra el “mal”. Son productos ideológicos culturales con los que se construye la hegemonía y la dominación global.

Naturalizar el plusvalor

El eje central de la ofensiva capitalista de los últimos tiempos apunta a resolver la crisis de rentabilidad del capital que remite a fines de los sesenta y comienzos de los setenta, y por lo tanto coloca en el centro de su estrategia asegurar el crecimiento de las ganancias y la acumulación. Es obvio que se trata de un proceso de expansión de la explotación, que es la norma y esencia del capitalismo. Pe-

ro no alcanza. Se requiere la naturalización de la misma. El explotado debe considerar normal la situación. Debe reconocer en la situación el único camino posible y si es posible, el deseable. El capital necesita escamotear culturalmente el proceso explotador. La naturalización de las “cosas”, entre ellas el desempleo, la pobreza, la informalidad, hacen a la sustancia del desarrollo capitalista actual, a la hegemonía del capital, a la dominación y a la reproducción del capitalismo en nuestro tiempo. El capital necesita que todo ello sea considerado el estado natural de las cosas. El estado de bienestar y sus formas menores de estados “desarrollistas” o “populistas” vigentes durante una parte importante del siglo XX contribuían a compensar el efecto social de la explotación y hacían emerger una sociedad de compensaciones, que además, restaba capacidad de apropiación de plusvalor al capital. Esa compensación era producto de una correlación de fuerzas que expresaba la lucha de clases en la complejidad articulada de fenómenos tan diversos como la externalidad relativa del socialismo real al mercado capitalista, la lucha del movimiento sindical, aún desde la hegemonía economicista, y la demanda de liberación nacional encarnada por movimientos y países del llamado Tercer Mundo.

Eliminados los fenómenos que contrarrestaban el poder capitalista, particularmente la existencia de un bloque socialista, el capital se lanzó a una fuerte ofensiva para disminuir los salarios y los gastos sociales de los estados nacionales, incluyendo las reformas estatales, que expresan el cambio de función de los estados capitalistas. El carácter innecesario del “estado de bienestar” o sus émulos y los cambios en la esfera de la producción llevaron a una extraordinaria extensión de la pobreza y un acrecentamiento de la brecha de ingreso entre unos pocos que acumulan inmensas cantidades de riqueza y una mayoría que apenas sobrevive con magros ingresos (ver Gráfico 3 sobre evolución de los ingresos en distintos países). Ignacio Ramonet decía que:

En nuestro planeta, el quinto más rico de la población dispone del 80% de los recursos, mientras el quinto más pobre dispone de menos del 0,5%. Estimaciones recientes de Naciones Unidas señalan que en 1999 la fortuna acumulada por las 200 personas más ricas del mundo representa más de un millón de millones de dólares. A título comparativo digamos que los 582 millones de habitantes de los 43 países menos desarrollados totalizaron un ingreso de 146.000 millones de dólares. Existen individuos más ricos que los estados: el patrimonio de las 15 personas más ricas supera el Producto Interno Bruto (PIB) del conjunto del África subsahariana. La riqueza de las tres personas más ricas del mundo es superior a la suma del Producto Nacional Bruto de todos los países menos desarrollados, o sea 600 millones de personas (Ramonet, 2000).

Se trata de incontrastables datos que involucran a personas y a países en la inequidad en materia de distribución del ingreso, destacándose como un dato de época la expansión de la pobreza y la miseria en valores absolutos y relativos.

Sin políticas keynesianas (hegemónicas) a la vista, o al menos con la clara intención de tratar de desarticular las que aún subsisten por la resistencia, el sistema capitalista recurre a la manipulación del consenso social y a la represión abierta para afirmar su política como la única posible. Para eso dispone de la monopolización de los medios de comunicación, que acentúan la combinación entre sobreinformación y desinformación. Es claro que los medios de comunicación son empresas capitalistas que contribuyen al proceso de producción del sentido común necesario para la naturalización del sistema de explotación.

Insistimos con la conceptualización de la producción de plusvalor en tanto categoría económica y la afirmación cultural de naturalización e incluso deseabilidad. Pero al hablar de las relaciones de dominación en el ámbito mundial no debemos olvidar la existencia de China que concentra el 22% de la población mundial y se reivindica socialista. Desde la hegemonía norteamericana no deja de ser una preocupación su difundido “socialismo de mercado” expresado en la definición china de “dos sistemas, un solo país”. China es objeto de una política combinada y si por un lado se intenta acercarla al rumbo general del desarrollo capitalista mediante un importante flujo de inversiones, por el otro se promueve la confrontación política y aún militar. La primera de las estrategias es funcional a las definiciones del gobierno en Beijing y la segunda expresa la intencionalidad de Estados Unidos por subordinar un área que mantiene externalidad relativa de los acontecimientos globales que definen su hegemonía¹.

El comando de la dominación

Lo que queremos señalar es que más allá de los matices en cada país o región, se intentó sentar las bases de un “camino único” en política económica (de los gobiernos) y en el estudio de la realidad (universidades e institutos educativos y de investigación), identificando a la disciplina económica (ya sin su identificación tradicional e histórica, como “economía política”) con la “corriente principal”, reducida a mera econometría, a relaciones de variables numéricas sin referencia a sujetos u actores sociales concretos. Se trata de una iniciativa política e ideológica de carácter global destinada a colonizar los puestos de comando y de organización del orden mundial. Es notable la identificación de objetivos e instrumentos que presentan los distintos gobiernos de los países de todo el mundo, no importando sus dimensiones geográficas, económicas, de desarrollo histórico y tradición cultural. Esto se ve expresado en América Latina y el Caribe con el Consenso de Washington (Sader, 2001). La tendencia es a la apertura, la desregulación, las privatizaciones y la afirmación de un nuevo orden mundial con mayores seguridades jurídicas para las inversiones internacionales de los capitales más concentrados. Son políticas que pretenden socializarse desde organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y más recientemente la Organización Mundial de Comercio (OMC).

De este modo, el capital más concentrado comanda un rumbo de construcción del capitalismo en el ámbito mundial, utilizando su poder en los organismos internacionales y en los gobiernos de los estados, quienes son a la vez expresión de los capitales más concentrados a escala nacional y responden por el interés global de las clases dominantes en cada país. Por lo tanto, el rumbo hegemónico del capitalismo actual se define en la articulación de un poder que en la cúspide encuentra a las transnacionales de origen estadounidense, y a ellas asociados, los organismos internacionales y los diferentes gobiernos locales. Ejemplo de ello es la reciente III Cumbre de Presidentes de las Américas, realizada en Quebec, que salvo algunas restricciones formuladas por Venezuela, todos los gobiernos de los países de la región, participantes en la reunión (sin Cuba) suscribieron, a sabiendas de que el ALCA constituye un claro beneficio para la economía norteamericana (Arceo, 2001).

La coyuntura internacional luego de los atentados y la guerra de agresión

Para abonar la tesis que sostenemos, resulta de interés analizar brevemente la coyuntura mundial luego del 11 de septiembre de 2001. Dos secuencias lógicas definen el curso de la reestructuración global y la agenda de discusión actual en todo el mundo. Una remite a los atentados en Nueva York y Washington, y la otra a la consiguiente agresión bélica comandada por Bush, y por ahora concentrada en Afganistán. Dos secuencias que tienen historia previa y hermanadas en las acciones terroristas organizadas por oficinas del gobierno estadounidense en diversas latitudes (Boron, 2001; Brieger, 2001; Campione, 2001; Chomsky, 2001; Gambina, 2001; Grass, 2001) y que ahora apuntan a deteriorar la capacidad de resistencia del movimiento mundial contra la globalización neoliberal.

Estados Unidos consideró útil estimular formas primitivas del fundamentalismo religioso utilizables en sus disputas de Asia Central. para formar “combatientes” contra el “peligro rojo” en esa área. Estos “combatientes”, armados y entrenados principalmente en territorio paquistaní por la CIA, actuaron durante largos años sobre territorio afgano, enfrentando al “peligro rojo” (las fuerzas del “mal” de aquel momento) en nombre de la “libertad” (las fuerzas del “bien”). Recientemente esas formaciones decidieron autonomizarse de su creador para actuar por sí mismas. Aquí interesa menos la historia de encuentros y desencuentros entre los antes mandantes y mandados y hoy grandes enemigos. Lo importante es que hoy, igual que ayer, los siguen aprovechando para imponer el reconocimiento total y definitivo de su hegemonía sobre el mundo; ayer usando a los talibán contra el “peligro rojo”, hoy para justificar decisiones políticas, económicas y militares para resolver sus problemas recesivos, reordenar la economía, impulsar la industria de guerra, atar al resto del mundo a sus planes agresivos y además asegurar que la financiación y el costo sean soportados por sus aliados.

El ciclo recesivo de la economía de Estados Unidos había alcanzado una importante caída antes de los atentados (ver Gráficos 1, 4 y 5), a pesar de los infructuosos esfuerzos para detenerla con intervenciones estatales (que en teoría niegan para el resto del mundo) mediante inversiones, subvenciones y reducciones en las tasas de interés (en diez oportunidades durante el 2001 hasta noviembre). Es importante destacar los diversos “saltos hacia adelante” representados por la política agresiva de Estados Unidos para recomponer el capitalismo mediante su reestructuración acelerada. Son ejemplos de esto la “Guerra de las Galaxias”, la Guerra del Golfo y los hasta ayer inviolables espacios del “Escudo” y la actual agresión a Afganistán, cuyas razones tienen mucho que ver, además del uso de los contratos de guerra para salir del ciclo recesivo, con sostener la imagen de inviolabilidad de que pretenden hacer gala; en todo caso, si alguien encuentra un resquicio para hacer creer lo contrario, deberá ser ejemplarmente castigado. Como es fácil de entender, si no interesan los costos humanos por desecho de trabajadores y consumidores que resultan de la extensión del capital a escala mundial, menos aún los que son “necesarios” para que se entienda “quién es el que manda”.

Es un hecho que la situación verifica la existencia de presupuestos estatales para financiar el terror en territorios lejanos y que terminan, con otros presupuestos obtenidos en los mercados globalizados del dinero, generando el terror en nuevos espacios vulnerables. Así, la trama del capital global enlaza a los estados capitalistas con fracciones privadas que no subordinan su estrategia de acumulación a ningún mandato civilizatorio. En la era de las privatizaciones y el dominio del mercado, reaparece visible la figura del estado para evidenciar su cambio de función, en este caso en el financiamiento y organización de la insurgencia sistémica y la guerra de exterminio sobre los pueblos. Todo un accionar para desminar los espacios (mercados) y favorecer la circulación del capital.

El ataque sobre Afganistán es uno más de los encabezados por Estados Unidos en una era que venía signada por el “fin de la historia” y la “ausencia de acontecimientos”, según anunciaban los filósofos de moda. De Irak a Afganistán, pasando por Kosovo y otros espacios del acontecer bélico, transcurre una década donde la guerra, la militarización y el exterminio de población lo tiñen todo. Ni fin de la historia, ni ausencia de acontecimientos. El ciclo de la vida fluye y la lucha entre proyectos sigue definiendo el curso de los sucesos. La lucha de clases no se retiró huyendo de la historia.

Claro que ahora las clases se confrontan desde experiencias históricas diferenciadas, donde la manipulación del consenso y el uso del potencial militar ocupan un lugar central en la instalación de un nuevo orden mundial que sustituya al del antiguo mundo bipolar. Los trabajadores, a su vez, en tanto categoría sintetizadora de una de las partes antagónicas, sufren mutaciones (De la Garza, 1999), que a la vez que se extienden cuantitativamente entre la población global, ven deteriorada su capacidad de organización y estructuración sociopolítica para el desarrollo de una alternativa civilizatoria, superadora del capitalismo.

Imágenes para afirmar el rumbo

La existencia de víctimas conmueve y afecta la sensibilidad social, tema despreciado por los responsables de la materialización del terror, que hay que decir, va más allá de los sucesos del 11 de septiembre y de la respuesta bélica que involucra a una coalición internacional de países subordinados a la estrategia norteamericana, lo que hace cómplices a sus gobiernos y representantes parlamentarios de la agresión bélica. Las imágenes reproducidas incesantemente operan sobre el imaginario social, modulando como nunca el consenso a los valores hegemónicos del capitalismo en su etapa actual de desarrollo transnacional. Acción bélica e ideológico-propagandística que retoma el impulso de una iniciativa económica en tiempos recesivos, pero también política, suturando grietas para favorecer la hegemonía norteamericana en todo el mundo. Lo simbólico es puesto al servicio de la producción del sistema de explotación y dominación. La producción de plusvalor se extiende desde su lugar esencial, la fábrica o el ámbito de la producción material, a la generación de símbolos para naturalizar y eternizar un régimen de vida. No en vano la reproducción de imágenes se detiene en las torres y escamotea al Pentágono, sede de la concentración de voluntades agresivas y complot en cualquier parte que sea funcional a los intereses del estado hegemónico del capitalismo.

La reestructuración capitalista

¿Por qué sugerimos que estos acontecimientos operan sobre la reestructuración, más allá de quien haya estado detrás de su perpetración, aún no dilucidada? La crisis japonesa era un dato de la realidad durante los noventa, la lenta evolución de la economía europea en los últimos años, y la actual desaceleración de Estados Unidos, a punto de considerársele, técnicamente, como una recesión. Parece que se detuvo la locomotora que lubricó dos periodos económicamente exitosos de la administración demócrata. La tendencia recesiva de las economías capitalistas más desarrolladas es previa a los acontecimientos y éstos permitieron ponerla en evidencia y justificar las cesantías masivas resueltas en los sectores directamente involucrados por el accionar del terrorismo, tales como las empresas aéreas, las de seguros, el turismo y las finanzas, según detallamos en el cuadro:

Cuadro 1
Cesantías masivas en Estados Unidos

Defensa y aeroespacio	39.650
Mercado financiero	10.250
Salud	12.100
Industria*	37.993
Medios de comunicación	675
Venta minorista *	2.480
Tecnología *	71.621
Turismo	2.844
Total de despidos	300.753

Nota: * Se anunciaron recortes adicionales sin dar cifras específicas.

Fuente: *The Washington Post* 23/10/2001.

En el Gráfico 1 podemos observar la evolución del PIB en Estados Unidos para el periodo 1998-2001, donde destaca para el tercer trimestre de 2001 (julio, agosto y septiembre), la primera contracción desde 1993 (una tasa negativa de 0,4%), continuando la tendencia iniciada desde comienzos del año. Es cierto que por razones estacionales el cuarto trimestre es de expansión y sin embargo, todas las evaluaciones confirman que esos datos reflejados a fines de octubre significan una tendencia difícil de levantar a corto plazo. Durante el año 2001 la producción industrial ya había caído 5% hasta septiembre.

Como puede observarse en el Gráfico 4, la tasa de desempleo en Estados Unidos empieza a crecer desde septiembre de 2000 cada vez más acentuadamente, especialmente desde mayo de 2001. En cuanto a la evolución de las compras, el Gráfico 5 muestra una caída casi permanente desde que se inicia el 2000, con algunas pequeñas y momentáneas alzas hasta mediados de 2001. Pero lo dicho antes no modifica un contenido central del actual capitalismo: la tasa de ganancia en Estados Unidos se mantiene en alza constante desde 1984-1986 sobre el conjunto de los países capitalistas desarrollados (Gráfico 6). Caputo ha señalado recientemente (Caputo, 2001a) que tendencias a la baja procesadas entre 1998 y la actualidad no modifican la relación hegemónica de los capitales norteamericanos sobre otros capitales concentrados y particularmente de aquellos que operan en América Latina. La reducción del empleo, particularmente en Estados Unidos, es una política previa a los atentados y se vincu-

la a la necesidad de contrarrestar la tendencia estructural (de largo aliento) a la disminución de la tasa de ganancia, máxime en la actual coyuntura donde los negocios se dificultan a través de las múltiples obstaculizaciones al proceso de producción y circulación antes y después del 11 de septiembre. La decisión por las cesantías había sido adoptada con anterioridad, y los ataques dieron la oportunidad para efectivizarla y aún profundizarla con mínimo riesgo de resistencia. No constituía una referencia menor la existencia de masivas movilizaciones callejeras en territorio norteamericano, en Seattle, Washington o Nueva York, desde noviembre de 1999 e impulsadas por el movimiento sindical y diversos movimientos anticapitalistas, muchos de los cuales articulan sus iniciativas con otros similares de todo el mundo. La iniciativa patronal en cesantías favorece el ciclo de valorización del capital en el marco de una profunda crisis y materializa el fenómeno en condiciones político culturales que limitan la capacidad de resistencia de los afectados directamente.

Al mismo tiempo, se legitiman los argumentos para sostener presupuestos de “defensa” y alentar al lobby económico vinculado al complejo militar industrial y tal como en muchas otras ocasiones, al sector petrolero donde, casualmente, define su fortuna el presidente norteamericano. El volumen de las compras militares aprobadas por Bush recientemente, en el marco recesivo mencionado arriba, demuestra el interés por determinadas ramas, el desinterés por el empleo y el bienestar de los propios trabajadores de Estados Unidos; el capital más concentrado sigue haciendo un amplio uso de la crisis para impulsar cambios de fondo en las estructuras productivas y en los modelos de acumulación. La dinámica guerrerista estimula la circulación mercantil de armamentos, incluido el contrabando y los negocios financieros a ellos vinculados, tal como el lavado de dinero y el delito económico global en toda su magnitud. Pero también al sector de tecnología avanzada, que en el último año venía en baja y se expresaba en la caída del índice Nasdaq. Es sabido que la invasión terrestre se postergó para después de las acciones bélicas teledirigidas y aún, el accionar de la guerra convencional incluye tecnología de avanzada.

Son varios los frentes de actividad en la reestructuración global y entre ellos vale destacar el objetivo continental. Inmediatamente después de los atentados, la Organización de Estados Americanos (OEA) avanzó en su mandato por acelerar los acuerdos que hagan cumplir el calendario del ALCA. Es sabido que la cumbre presidencial de Quebec en abril pasado había encontrado el obstáculo de Venezuela para suscribir un acuerdo legitimador de las llamadas “democracias representativas” existentes en América Latina. Tras varios intentos frustrados desde entonces, el organismo que excluye a Cuba obtuvo las condiciones necesarias para la suscripción de una de las cláusulas para avanzar en el acuerdo comercial demandado por Estados Unidos y al que se asocian la mayoría de los gobiernos de la región y los capitales más concentrados. En el Parlamento norteamericano también se favorece la ocasión política para aprobar la capacidad negociadora del ejecutivo de Estados Unidos con los países del continente. Tema necesario para materializar en el 2005 los inicios del acuerdo arancelario que define el ALCA.

En todo caso, la cruda realidad puede alentar un debate sobre el presente y el futuro de la situación mundial a partir de la realidad de los atentados y la agresión bélica, e incluso de cómo incide en las transformaciones globales que habían empezado a insinuarse en el movimiento de resistencia a la globalización neoliberal, con fuerte masividad resistente en Génova (Monereo, s/f) y un intento que próximamente se renovará en Porto Alegre con el Foro Social Mundial entre el 31 de enero y el 5 de febrero de 2002 (Ferrari, 2001). A propósito de esto se nos genera otra interrogante: ¿cómo afectaron los actuales acontecimientos al movimiento de resistencia global? En su seno, luego del asesinato de Carlo Giuliani se abrió una discusión en torno a la violencia. Hoy se reabre en la discusión sobre el terrorismo. El miedo, tema del que la sociedad argentina está presa desde hace años, puede habilitarnos a una reflexión de superación. Lo peor que puede ocurrir es que el asesinato o la represión, o que el terrorismo, provenga de donde provenga, frenen la constitución de sujetos que construyan la sociedad de la libertad contra la explotación.

Asociación de las burguesías locales de América Latina

Esa política hegemónica tiene su especificidad en nuestra región. En América Latina se ha extendido una tendencia que afirma el carácter transnacional de las burguesías que inicialmente se desarrollaron a escala nacional. Es creciente la interacción entre las burguesías de los países del Cono Sur, particularmente Brasil y Argentina. Es cierto que la crónica devuelve la existencia de conflictos ínter empresarios, por espacios del mercado en disputa, pero eso no mella la potencialidad de negocios conjuntos y la aspiración de hacer converger las políticas gubernamentales en la región en beneficio de la tasa de ganancia. Claro que ello implica a su vez, una disputa por la cuota de plusvalor entre distintas ramas de la actividad económica y entre distintas regiones, incluso entre los estados.

Entre las nuevas funciones del estado (Hirsch, 1997) se encuentra la de administrador de las mejores condiciones para la radicación de inversiones, y en ese sentido, la relación de amistad y los acuerdos entre los estados tienen su contraparte en una fuerte competencia por ofrecer las mejores condiciones para disputar las inversiones de riesgo y las de carácter especulativo. Un ejemplo de ello es, en el plano de la producción, las disputas entre Argentina y Brasil por la instalación de las plantas automotrices. En todos los casos se trata de una competencia para ofrecer mayores desgravaciones, menores impuestos, peores condiciones de trabajo y salarios, etc. Jorge Schvarzer señaló en un Seminario de Clacso en el 2000 que:

El Mercosur va a enfrentar numerosos desafíos en los próximos años que pondrán a prueba su estabilidad. La actual crisis del bloque, descerrajada por la crisis brasileña pero multiplicada por los problemas de la economía

argentina, ofrece uno de ellos, pero puede ser que sus efectos resulten más efímeros que otros problemas con contenido estructural. Algunos de esos peligros tienen orígenes externos, como la demanda de los centros de que la región abra su economía hasta un grado incompatible con la integración efectiva (Schvarzer, 2001).

Este proceso específico de transnacionalización en la región genera tensiones de carácter nacional, regional e internacional, e incluso al interior de los propios países, como fue el caso de la disputa en Argentina entre las provincias de Santa Fe y Córdoba por lograr la instalación de la planta de Toyota, o en el caso de Brasil, también para la radicación de terminales automotrices entre distintos estados. Es que subsisten capitales cuya esfera de actividad se concentra a escala nacional, sin perjuicio de su inserción internacional. Algunos desarrollan su actividad en el ámbito de la Comunidad Andina de Naciones o del Mercosur, por sólo mencionar las dos mayores experiencias de mercados regionales en América Latina. Existen, sin embargo algunos capitales que trascienden las regiones para instalarse en el mercado mundial o en partes de él, ya sea en Estados Unidos, en Europa o en Asia. Ello determina una complejidad en el entramado de la clase dominante en cada país. Complejidad que incluye contradicciones que a veces se manifiestan en su política interna o en las relaciones entre éstos. En esas contradicciones por la hegemonía de las políticas a escala local, existen fracciones de la clase dominante que buscan alianzas con las clases subordinadas para lograr las mayorías sociales que consensúen sus intereses.

Argentina como ejemplo

Si miramos algunos de los procesos políticos en la región podremos verificar dichas conductas. El caso argentino puede servir de ejemplo. Luego de una década de aplicación de políticas liberales y conservadoras reaccionarias y ante el descontento social extendido, la clase social en el poder desarrolló variantes políticas para relanzar un modelo de acumulación que estaba deteriorado en el consenso social mayoritario. Ese es el sentido principal del cambio en la administración del gobierno nacional en 1999: la asunción de la Alianza entre la UCR y el Frepaso, presidida por Fernando de la Rúa. Esa variante sigue mutando, al punto que en Argentina se habla de una nueva alianza política en el poder desde el ingreso de Domingo Cavallo al gabinete de ministros, en marzo de 2001. Se trata del ex funcionario del menemismo y de varias dictaduras militares previas.

El nuevo bloque gubernamental en Argentina intentó distintos caminos desde 1999 para relanzar su estrategia. Primero acudió a la heterodoxia que combinaba un discurso de políticas activas y para el crecimiento con la clásica ortodoxia del ajuste y la reestructuración regresiva en materia previsional, educativa, sanitaria y por cierto, laboral. La crisis expresa de ese camino devino en la renun-

cia del primer ministro de economía argentino del actual gobierno, José Luis Machinea (diciembre de 1999 a Febrero de 2001), y su reemplazo por un ortodoxo del ajuste y las políticas de reforma estructural: Ricardo López Murphy (Marzo de 2001). Un ministro que creyó que podía disciplinar a la sociedad, particularmente a los sectores populares, y que anunció un plan de ajuste centrado en la afectación de derechos sociales, tal como la educación. La resistencia popular impidió la realización del plan y la continuidad del funcionario. Esa situación de crisis devolvió al ministerio de economía a Domingo Cavallo (desde marzo 2001), impensable al comienzo del turno presidencial que sucedió al gobierno de Carlos Menem (1989-1999).

El ministro se cuidó en la primera etapa de su gestión de no hablar de ajuste, aunque lo promovió, y su accionar apuntó a ganar el consenso de la sociedad en torno a una política que se presentó heterodoxa y neokeynesiana, pero que estratégicamente apuntaba a resolver el problema de las clases dominantes: su capacidad para extraer plusvalor con consenso social, donde el endeudamiento externo actúa como el condicionante principal. Las elecciones de renovación legislativa del 14 de octubre de 2001 testimoniaron un importante cambio en la capacidad de obtener consenso en la política aplicada, marcando una nueva realidad: del consenso pasivo y las esperanzas concitadas en 1999 al gobierno de la Alianza, se había pasado a una situación de disenso, que aún no superaba el carácter de pasividad. Reflejo de ello es la suma de votantes en blanco o nulos, que alcanzó la cifra récord (más del 21%), sin considerar el ausentismo. La alianza de gobierno, sobre 257 diputados nacionales, redujo su participación de 126 a sólo 90 legisladores. Otro dato a destacar es el avance electoral de la izquierda que incorporó legisladores por diferentes listas. La lucha por el consenso de la sociedad se resuelve, a fines de 2001, en la capacidad de iniciativa política para sostener el rumbo principal o definir un curso alternativo.

La crudeza de la crisis económica local y las condiciones internacionales a comienzos de octubre de 2001 desenmascaran una política identificada claramente con el ajuste fiscal, que al tiempo que profundiza la recesión induce la produndización de la reestructuración regresiva. Por ello la política argentina se asocia estratégicamente a la de Estados Unidos y realiza lobby hacia otros gobiernos de la región para que se asocien a la misma política. Es la actitud asumida en el voto contra Cuba en materia de derechos humanos en las Naciones Unidas y es el rumbo asumido en la presidencia del Comité de Negociaciones Comerciales por el ALCA entre 1999 y la reunión de ministros de Buenos Aires en abril de 2001. La burguesía argentina y los funcionarios de estado tratan de afirmar su poder local e incidir en la disputa regional y global. Lo mismo hacen sus vecinos; por ello, en la discusión del rumbo del capitalismo en la región, deben considerarse los intereses compartidos y los enfrentados que existen en las burguesías dominantes en cada uno de nuestros países.

Mercosur y ALCA

Tomemos como ejemplo al Mercosur. En cuanto aparecieron los primeros problemas entre Argentina y Brasil en torno de la política arancelaria y las respectivas políticas cambiarias desde enero de 1999, desde Chile y Uruguay saltaron voces expresando la voluntad de negociar directamente con Estados Unidos formas bilaterales que anticipen el ALCA, abandonando una política de articulación regional de negocios. Más allá de la posibilidad que tengan aquellos países de realizar sus expresiones (el Presidente de Estados Unidos aún no tiene aprobada por el Parlamento la vía rápida de negociación comercial), ellos y su accionar explicitan las contradicciones multilaterales existentes. En ningún caso se planteó una política alternativa por los gobiernos en la región. Las posibilidades siguen siendo dos: o la continuidad de una integración comercial regional subordinada a los gobiernos del ajuste en la zona (Mercosur), o la subordinación directa a los intereses de Estados Unidos (ALCA). En rigor, puede mencionarse que la única voz que puede sonar distinta fue la de Venezuela, que planteando su incorporación al Mercosur y con ello la inserción del conjunto de la Comunidad Andina de Naciones (CAN), está expresando una voluntad de integración latinoamericana con intencionalidad de confrontar con la aspiración de mercado abierto desde Alaska a Tierra del Fuego que empujan la administración republicana y sus socios en la región.

Las clases dominantes en América Latina no quieren bajarse del rumbo principal del desarrollo capitalista mundial y que en nuestra región se materializa en los acuerdos de libre comercio gatillados en los noventa por la estrategia norteamericana: el ALCA. La región es clave en los intentos de afirmar la dominación territorial en la zona y desde allí hegemonizar mundialmente. Los acuerdos sostenidos en Canadá en abril de 2001 por los presidentes americanos implican la construcción del área de libre circulación de bienes, servicios y capitales desde el 2006 y en un proceso de apertura total a construir hacia el 2015. Es evidente que la “libertad” no se extiende al mercado de trabajo. Así, la libre circulación de personas aparece restringida. Estados Unidos teme que la mano de obra desocupada o subocupada de la región invada su territorio y desarticule los consensos sociales hacia adentro de la sociedad norteamericana. Después de todo, la “globalización” que impulsa se refiere a las distintas “aperturas”, del movimiento de los capitales y mercancías (siempre y cuando no compitan con las propias), pero excluye expresamente los movimientos de fuerza de trabajo.

Pero el ALCA no sólo cercena los derechos de los trabajadores, de libre circulación de la fuerza de trabajo y de protección de derechos sociales adquiridos y potenciales. También afecta otros intereses de sectores populares e incluso, nacionales. La cláusula de Trato Nacional para todas las empresas con domicilio en el área del ALCA otorga a las transnacionales los mismos derechos y obligaciones que hoy detentan las empresas locales, con lo cual se equiparan los efectos de

su accionar en cualquier ámbito, las grandes concentraciones empresariales con aquellas de menor envergadura. Pero también aparece la restricción en materia de compras del estado. Se establece en los acuerdos que desde mínimas cifras de contratación, los estados nacionales, provinciales y municipales deben convocar a licitaciones abiertas a todas las empresas del ALCA. Es una forma de eliminar la posibilidad de instalar políticas soberanas para el desarrollo de emprendimientos nacionales. Es una forma de subordinación de la soberanía popular expresada en el estado a la soberanía mercantil, sobre el estado y el conjunto de la sociedad. Que el ALCA anuncie el privilegio a la iniciativa privada en áreas tales como previsión social, educación o salud, da cuenta del aliento a una política que intentará ejecutar una segunda ronda de reformas estructurales luego de las iniciales vinculadas a la privatización de las empresas estatales, política que aún no termina. En este marco se entiende que la clase dominante en Argentina intenta sentar en el Ministerio de Economía a funcionarios acordes con sus necesidades de acumulación y de inserción subordinada en la división internacional del trabajo, que se dirime en el comercio internacional, la preeminencia del dólar, o directamente en la dolarización, siendo el endeudamiento la clave para el condicionamiento de las políticas económicas.

Claro que la asociación de las burguesías locales al proceso de transnacionalización que hegemonizan los capitales de origen estadounidense tiene un carácter subordinado y también parasitario. Respecto de la inversión en Estados Unidos y en América Latina, Orlando Caputo dice que “es realmente impresionante cómo en 1970 la inversión global en América Latina representaba, en dólares constantes, un 40% de lo que en ese año se invirtió en la economía norteamericana. En los últimos años sólo representa un poco más de un 20%. O lo que es lo mismo, la inversión norteamericana es casi cinco veces la inversión de América Latina cuando en 1970 era 2,5 veces” (Caputo, 2001b). Destaca así una evolución diferenciada de los flujos de inversiones entre Latinoamérica y Estados Unidos, al tiempo que resalta un destino de las inversiones que aseguran la reproducción ampliada en Estados Unidos contra el parasitismo y debilidad del rumbo inversor en América Latina.

El rumbo general y los cambios sociales

Son muchos los cambios que ha provocado la ofensiva del capital en los últimos tiempos. Es necesario considerarlos para intentar pensar una estrategia alternativa de las clases subordinadas.

El primer cambio acontece en la esfera de actividad del trabajador, en la relación de éste con el patrón. Ya no se trata de extender la explotación bajo el sistema de fábrica. La explotación trasciende la concentración productiva de la industria en grandes fábricas y junto con la descentralización de la producción fa-

bril se recrean antiguas formas productivas, tales como el trabajo a domicilio y la promoción de talleres y empresas de menor dimensión. Ese es el marco de inclusión de la subocupación y el desempleo entre las formas que asume la explotación. Son todas formas flexibles de un nuevo tiempo de desarrollo capitalista. La flexibilización salarial y laboral impone una prolongación de los tiempos de trabajo y con ello el aliento a la plusvalor absoluta, pero también con la intensificación del ritmo de trabajo y la tecnificación, alentando la apropiación de plusvalor relativa. El trabajador asume hoy distintas categorías, que lo hacen menos homogéneo que en tiempos de pleno empleo y beneficios salariales derivados de políticas sociales de época. En el imaginario popular era fácil identificar la categoría “trabajador”, aunque en rigor, el trabajo se expresaba en diferentes áreas, ramas de actividad, etc. Hoy se habla minoritariamente de trabajadores en relación de dependencia y con la seguridad social como cobertura extendida. En Argentina, sólo el 45% de la población económicamente activa se encuentra en esta situación. El resto, unas 7.500.000 personas, conforman el extendido abanico del desempleo, la informalidad y la exclusión. El Gráfico 7, del área metropolitana (Ciudad de Buenos Aires más los partidos del Gran Buenos Aires), muestra el incremento de los habitantes que sufren pobreza e indigencia en el área del Gran Buenos Aires, lo que se agrava aún más para el resto del país, muchas de cuyas provincias son consideradas como “inviabiles”.

Extensión de la salarización y formas de organización de los trabajadores

Esta sola caracterización nos lleva a pensar en formas diferentes de resistencia y organización para confrontar el rumbo hegemónico del capital. La salarización actual del capitalismo expulsa a millones de trabajadores de la forma sindical de organización. Esa situación requiere ser considerada por el movimiento de los trabajadores si pretende constituir sujetos resistentes a la ofensiva capitalista de este tiempo. En la experiencia de Argentina, en los noventa, se inició una nueva forma de articulación de los trabajadores en una central, la CTA, que agrupa a sindicatos, pero también a trabajadores en cualquiera de las categorías que hoy existen: activos, desempleados, precarios, informales, autónomos, cuentapropistas, etc. En noviembre de 2000 se produjo el primer ejemplo exitoso de una lucha compartida por el nuevo sujeto trabajador resistente, popularizado por la prensa como “piqueteros”, ejemplo de un conflicto protagonizado por trabajadores de la salud y de la educación (normalizados, con cobertura social, sindicalizados en gremios nacionales) junto con desempleados, en el Partido de La Matanza en el Gran Buenos Aires, una zona de gran concentración poblacional y con importantes focos de pobreza y exclusión social. Cada uno desde su reivindicación disputó colectivamente las condiciones globales en la zona de vivienda y trabajo de ese colectivo de trabajadores.

El conflicto se procesaba contra el estado municipal, provincial y nacional. El resultado fue una conquista del tipo “convenio colectivo”, que favoreció económicamente al conjunto de los trabajadores radicados en esa zona y al mismo tiempo sirvió para constituir sujetos bajo la identidad de “trabajadores”. Se arrancaron compromisos en materia edilicia en escuelas y hospitales, planes para desempleados, cantidad de alimentos y la normalización de trabajadores de la educación y la salud.

Ése es el desafío de este tiempo, reconstruir lo que destruyó la ofensiva capitalista. El accionar del capital desarticuló sujetos resistentes y es un desafío de los trabajadores reconstruir una identidad de resistencia que permita que los trabajadores asuman la hegemonía de la contraofensiva popular que hoy comienza a visibilizarse a escala mundial. Se trata de una experiencia que nos permite verificar un nuevo rumbo en la articulación de los trabajadores para ser efectivos en estos tiempos de la lucha de clases. En la experiencia argentina se está transitando la novedad de una nueva central de trabajadores, la CTA (Ceceña, 2001), que promueve formas organizativas y de inclusión que trascienden la forma tradicional del sindicato, en una construcción que tiende a recuperar la centralidad de los trabajadores (entendiendo que la categoría supone la inclusión de los desempleados, los excluidos, los cuentapropistas, etc.) en la lucha popular.

Esa capacidad de acción entre los trabajadores favorece la extensión de la influencia de la central sobre otros sectores populares, y es el caso de la iniciativa política que hoy impulsa la CTA junto con productores agrarios, pymes², cooperativistas y diversos agrupamientos sociales, políticos y personalidades para gestar una consulta popular sobre la propuesta de asignar un Seguro de Empleo y Formación para todos los jefes/as de hogar desempleados, de \$380 mensuales, y una asignación universal para los menores de 18 años del orden de \$60, que para una familia tipo (matrimonio y dos hijos), representaría un ingreso por encima de los \$500 que establece la línea de pobreza en la medición argentina. Es una iniciativa política que intenta salir al cruce de la crisis de representación existente en Argentina y que sólo es posible desde el prestigio que representa el intento de construir una central de trabajadores luego de la destrucción sufrida por el movimiento obrero en tiempos de dictadura militar y bajo gobiernos constitucionales que generaron condiciones para subordinar a la burocracia política y sindical a sus planes.

Autonomía del movimiento popular y demandas sobre el estado

Un segundo cambio se procesa en la esfera del estado. La reforma estatal es el mecanismo utilizado para modificar las funciones de los estados (Campione, 1997). Lo más visible de esa política son las privatizaciones de empresas públicas, pero debe incluirse también al conjunto de reformas administrativas e institucionales ya desarrolladas y en discusión en nuestros países. Estamos aludiendo

a las reformas la justicia, de la salud, la educación o la previsión social. Es un proceso de mercantilización y que, como tal, sólo tiene en cuenta la capacidad de pago del usuario–consumidor y deja de lado a una importante porción de la población. Así, el estado abandona su función de complemento en la formación y reproducción de la mano de obra destinando una parte del presupuesto estatal a la atención de necesidades sociales insatisfechas (además del rol de contención social, atendiendo reclamos económicos) y coloca la asignación de recursos económicos a satisfacer la demanda del capital para restaurar su tasa de ganancia. El análisis sobre el destino de los fondos de los presupuestos estatales así lo indica y para el caso argentino, los intereses anuales de la deuda externa del estado nacional duplican el monto de salarios de los trabajadores del mismo. Según consta en el *Informe sobre Desarrollo Humano 2001*, la deuda externa argentina pasó de 99,4 mil millones de dólares en 1995 a 160,7 mil millones en el 2000 y los servicios de la deuda sobre exportaciones, para el mismo periodo, pasaron de 34,8 a 67,8 mil millones de dólares.

Este cambio de funciones del estado convoca a repensar clásicas estrategias de demandar al estado con base en su función anterior de redistribuidor de recursos. Las regresivas reformas tributarias y la recurrencia del ajuste fiscal dan cuenta de una voluntad esquiva a los intereses y reivindicaciones de los trabajadores. La realidad de la resistencia nos muestra una tendencia a organizar la lucha del movimiento popular, que por un lado avanza diversificando su accionar y por el otro va superando el simple reclamo al estado para tener una actitud más activa en la resolución de sus reivindicaciones, es decir, autónoma. Hay ejemplos de ello, como las tomas de tierra y la organización de la atención a la salud y a la educación que se proveen en dichos asentamientos. Junto a la demanda frente al estado, se ejerce en este caso un accionar sobre la propiedad de la tierra y se estimula un proceso autogestionario de satisfacción de necesidades. La experiencia de Chiapas en México y del Movimiento Sin Tierra en Brasil (Korol, 2001) son las más difundidas pero no las únicas, y expresan una variación en las formas de demandar al estado y de constituir sujetos bajo formas apropiadas para este nuevo tiempo. Claro que lo dicho no obsta en la continuidad de una disputa por el poder del estado.

Finalmente, los cambios han modificado la escena internacional. Es cada vez mayor la interdependencia de la economía y la política a escala mundial bajo la dominación hegemónica que hemos comentado. Ya en los tempranos setenta, con el Foro de Davos o la Comisión Trilateral, cuando aún no quedaba clara la ofensiva del capital, éste intentaba una respuesta global a la visible ofensiva de los trabajadores que llegó incluso a inducir la demanda por un Nuevo Orden Económico Internacional, tal como sostuvo la ONU en 1974³. Pero esa minoría reaccionaria organizada se transformó en este cambio de siglo, en la hegemonía y conducción del proceso social de desarrollo bajo la preeminencia del capitalismo. Este es un tiempo de oportunidades para los trabajadores, de reinstalar su movimien-

to de resistencia y organización en una nueva realidad, favorable a sus intereses. No es una expresión de deseos, sino lo que muestra la realidad.

De Chiapas a Porto Alegre

Se habla mucho de un rico proceso que va desde Seattle en noviembre de 1999 al Foro Social Mundial en Porto Alegre en 2001, e incluso las posteriores movilizaciones contra el ALCA en Buenos Aires y Quebec, protagonizadas todas ellas por un creciente y amplio conjunto internacional de sujetos, que asumen cada vez más su papel de nuevos sujetos internacionalistas, permitiendo suponer que se están superando concepciones basadas en un erróneo y estrecho “clasismo” y se da, al mismo tiempo, un importante paso en nuevas y superiores formas de internacionalismo. Una vuelta a un principio básico del siglo XIX pero con un desarrollo superior y ampliado de la sociedad capitalista. En rigor, el inicio del nuevo tiempo de reagrupamiento de trabajadores y del movimiento popular en la resistencia a la hegemonía que construyó la ofensiva del capital tiene antecedentes en el sur de México y en la capital francesa. El levantamiento zapatista actuó hacia adentro de México, pero también atacó la estrategia central de Estados Unidos en la construcción del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el mismo que hoy pretende extender a toda la región a través del ALCA.

En Chiapas se desarticuló el proyecto hegemónico de la burguesía de ese país y le obligó a desarrollar variantes como la que expresa el nuevo gobierno del PAN, que para ganar consensos debió hacer heterodoxo el mensaje de sus políticas hasta encontrar los reaseguros políticos para relanzar un modelo de acumulación que, privilegiando los intereses de las clases dominantes mexicanas, pueda obtener consensos sociales extendidos que le den base de sustentación al capitalismo en México. Pero el ejemplo zapatista se extendió por toda la región e incluso el mundo, demostrando que los pueblos podían resistir y que ello se derivaba de condiciones subjetivas y no tanto de la absolutización de las mentadas condiciones objetivas, derivación vulgar de la categoría del “desarrollo de las fuerzas productivas”. No hay duda de que esa lucha mexicana potenció otros procesos de resistencia en las sociedades del Cono Sur y más allá, siendo así la primera gran lucha contra la globalización neoliberal hegemónizada por Estados Unidos.

El ejemplo de la lucha de los trabajadores franceses es otro caso a considerar. No sólo incidió hacia adentro de la realidad de Francia, sino que al desembocar en la caída del gobierno de derecha y el ascenso de una coalición entre los socialistas, los verdes y los comunistas, contribuyó a modificar la situación hacia el interior de la Unión Europea. Entre otros efectos, uno de los logros más importantes fue la denuncia del Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), que promovía la seguridad jurídica para las inversiones transnacionales y que se negociaba secretamente en el seno de la Organización de Cooperación y Desarrollo Eco-

nómicos (OCDE). Ese acuerdo pretendió ser incluido en las negociaciones por la Ronda del Milenio que pensaba impulsar la OMC desde la reunión en Seattle, Estados Unidos en 1999. Entre otras razones, la movilización popular impidió que esa ronda se lanzara y otra vez fracasó el proyecto AMI. Digamos de paso que ese mismo proyecto intenta colarse en las negociaciones del ALCA, y ello suma una razón más para combatirlo.

Queremos destacar que en la segunda mitad de la década de los noventa comienza a gestarse un nuevo tiempo que permite avizorar el desafío de los trabajadores para incidir en el rumbo actual del capitalismo, que no es otra cosa que recuperar su lugar central en la ofensiva contra el capital. El camino de Chiapas, París, y la ola de protestas globales que recorren el mundo, nos hablan de un nuevo tiempo a protagonizar. Para constituir nuevos sujetos y otra vez internacionales, que puedan afirmar el éxito de que tras 24 meses, recién en noviembre de 2001 la OMC pudo reunirse, en Qatar, disminuyendo la posibilidad de movilización y más aún, con los resguardos pos 11 de septiembre desplegados por la diplomacia en guerra de los países centrales que empujan la nueva ronda desreguladora en su seno. Este año de 2001, Buenos Aires y luego Quebec, fueron ciudades sitiadas por la resistencia al ALCA en una articulación con otras movilizaciones contra la globalización neoliberal. Un importante contingente de trabajadores de Brasil fue impedido de ingresar a Argentina para protestar contra el ALCA. El encuentro de Porto Alegre en enero de 2001 mostró otra realidad: solidaridad y apertura para acercar posiciones muy diversas de actores sociales que no siempre comparten estrategias. De ese modo se empezó a transitar el camino de la construcción de propuestas comunes de validez mundial y que pueden servir de estímulo a luchas nacionales. Destaco en ese sentido los acuerdos en torno al no pago de la deuda externa y la promoción de la Tasa Tobin que impulsa la red Asociación por una tasa Tobin de Ayuda a los Ciudadanos (ATTAC).

Ambas están ligadas, ya que la apertura de la cuenta de capitales fue el mecanismo utilizado en América Latina para el ingreso de capitales durante las últimas dos décadas, y así se gestó el fuerte endeudamiento externo, la volatilidad de los mercados financieros y de capitales y la profundización de la dependencia de la región al ingreso de capitales externos en cualquiera de sus posibilidades, como capitales de riesgo, de especulación o de préstamo (Gambina, 2000). El saldo medido en penurias populares es bastante conocido y requiere que se le ponga freno y desde allí revertir la situación.

Hoy se agita el “caso argentino”, en tanto sea el próximo país con incapacidad de pago⁴. Dicen eso, pese a la gigantesca ayuda de 40.000 millones, como “blindaje” para los vencimientos de 2001 y 2002. Son préstamos recientemente otorgados por la comunidad financiera internacional. El temor que agitan es una forma de ejercicio del chantaje sobre los pueblos para aceptar las políticas de ajuste y reconversión regresiva. Es una vez más el ejercicio de la violencia. No pueden per-

mitir la insubordinación del no pago de la deuda, por el ejemplo que representa contra sus intereses de dominación. Es el “ejemplo cubano” que no quieren que se extienda. Lo mismo acontece con el mínimo impuesto a las transacciones financieras internacionales de carácter especulativo. Ni el mínimo del 0,1% sobre el movimiento de las transacciones financieras internacionales permiten, pues implica ponerle freno a su voracidad inacabable. La propuesta de ATTAC incluye a su vez la administración popular de esos fondos y un destino para resolver necesidades alimentarias, educativas y sanitarias. No son un tema menor con relación a cómo organizar la solución de problemas globales de la humanidad.

El asunto no es económico sino político. La virtud de Porto Alegre–Foro Social Mundial y de las consignas destacadas, es que pueden actuar en la constitución de sujetos que desde cada uno de nuestros países puedan luchar contra la hegemonía del capital. Son las condiciones necesarias para reinstalar otro sentido común en la mayoría de la población, de carácter anticapitalista y de construcción de la sociedad socialista.

Síntesis

El rumbo que el capital definió como estrategia de su desarrollo ante la crisis de los setenta apuntó a eliminar los obstáculos que surgieron históricamente, producto de la resistencia de los trabajadores a la apropiación privada del excedente (plusvalor). Ese rumbo se facilitó en los noventa con la ruptura de la bipolaridad.

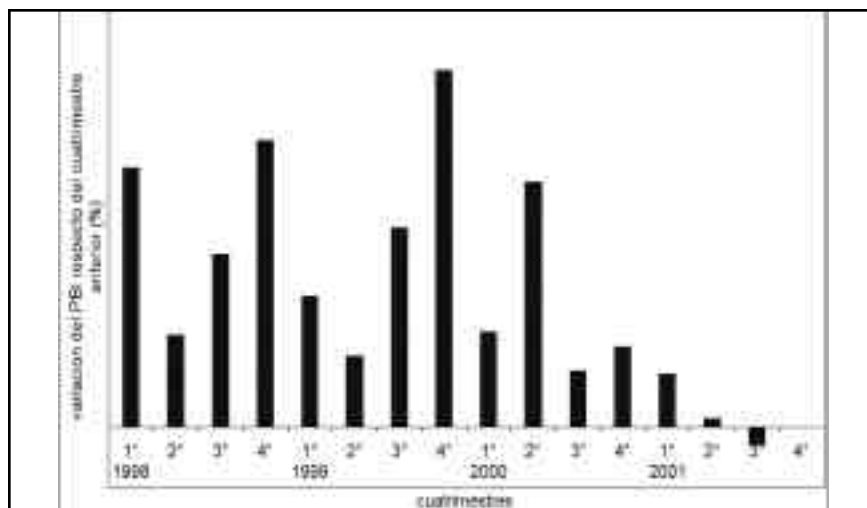
En ese proceso se consolidó la hegemonía de Estados Unidos y actúa con especial intencionalidad directriz en América Latina, en particular con mecanismos económicos tales como el comercio internacional y las inversiones directas, el endeudamiento y la subordinación monetaria. El ALCAY y la dolarización son estrategias convergentes con ese proceso. Pero también se ejerce la hegemonía por vía militar, diplomática, política y particularmente cultural, desde la emisión de imágenes y mensajes.

Las burguesías transnacionalizadas de América Latina ejercen su dominación local desde la asociación al rumbo general que define la hegemonía estadounidense, no sin conflictos y contradicciones cruzados con intereses extracontinentales, especialmente de Europa. Los gobiernos “democráticos” en la región son funcionales a esta necesidad histórica de rediseño de la sociedad que orienta el capital transnacional y que afecta la relación capital-trabajo, las nuevas funciones del estado y la división internacional del trabajo.

El dato relevante de la constitución de sujetos resistentes en el ámbito global y que actúan coordinadamente en resistir la estrategia del rumbo principal del capitalismo, es que reinstala obstáculos que el poder hegemónico consideraba anu-

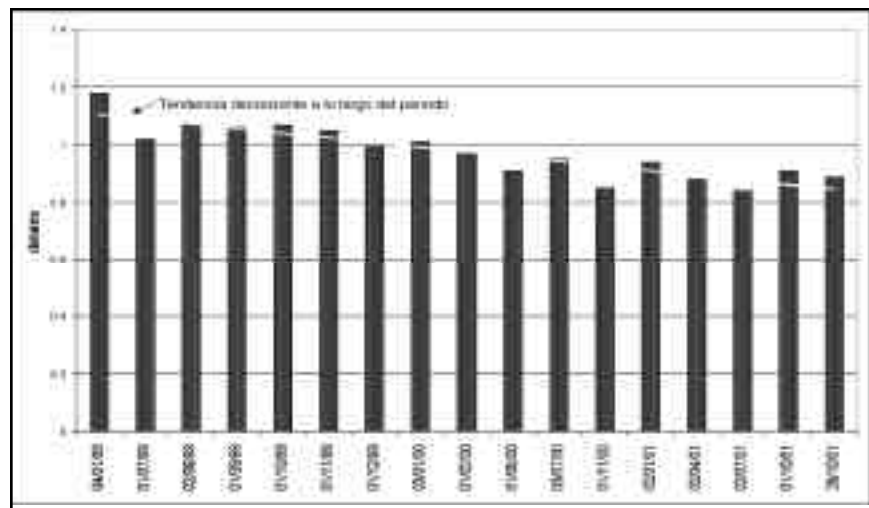
lados en la primera parte de la década de los noventa del siglo XX. Los acontecimientos de septiembre, entre atentados y guerra, más allá de la intencionalidad de los responsables concretos de los acontecimientos desencadenantes, intenta entorpecer este proceso de constitución de sujetos para un rumbo alternativo que viene extendiéndose desde América Latina al conjunto de la sociedad mundial.

Gráfico 1
La recesión en Estados Unidos



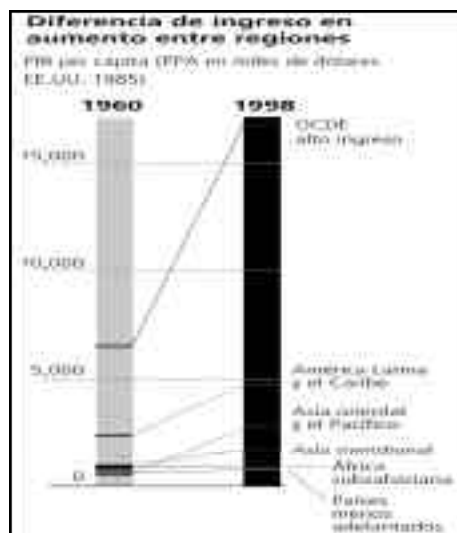
Fuente: The Economist, 2/11/2001.

Gráfico 2
Variación descendente del euro respecto al dólar



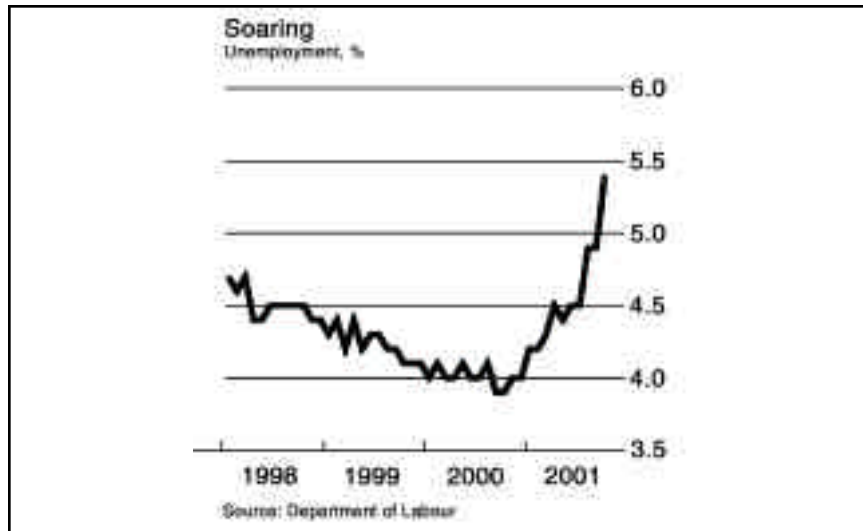
Fuente: elaboración propia con base en datos de la Reserva Federal de Estados Unidos.

Gráfico 3
Evolución de los ingresos en distintos países



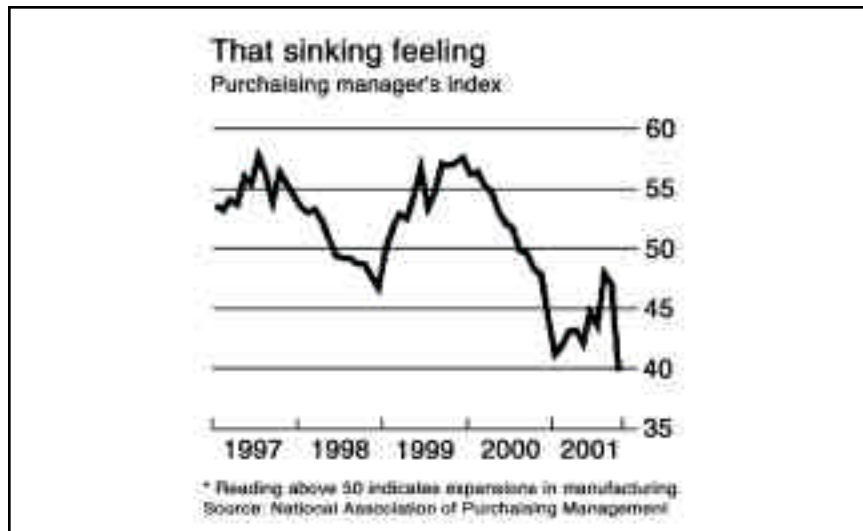
Fuente: Informe sobre desarrollo humano, 2001.

Gráfica 4
Evolución de la tasa de desempleo en Estados Unidos



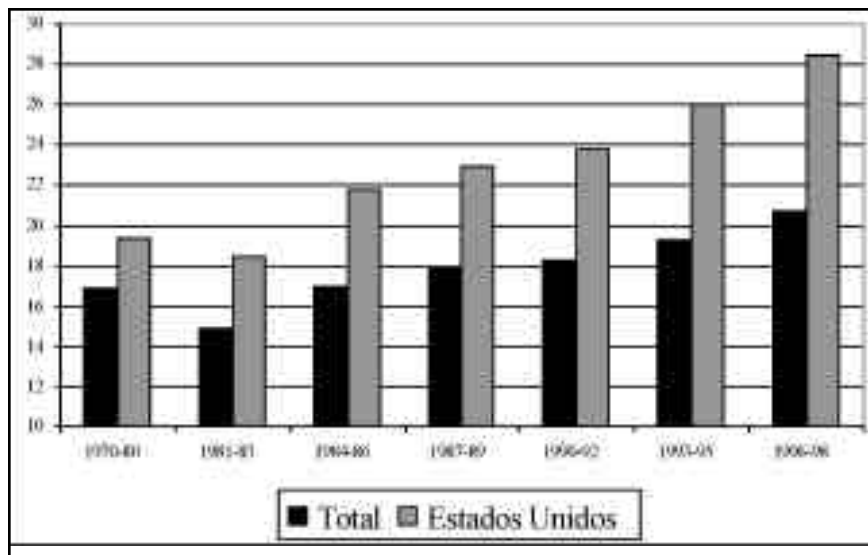
Fuente: The Economist, 2/11/2001.

Gráfico 5
Evolución de las compras en Estados Unidos



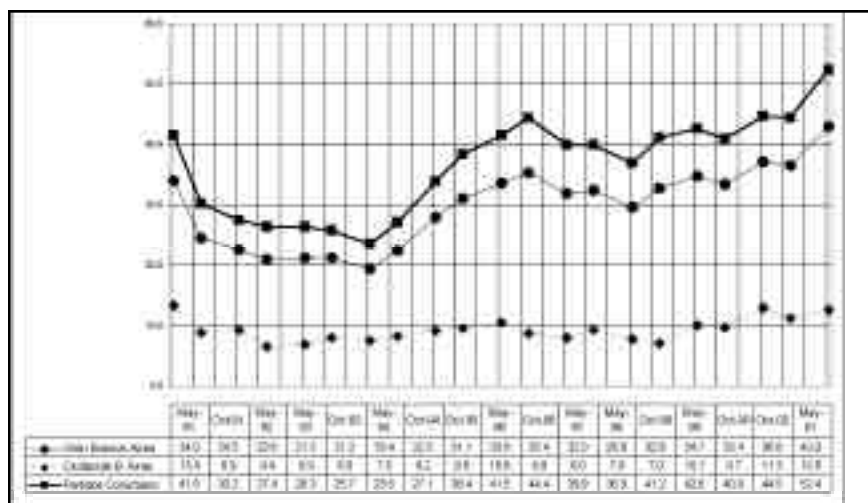
Fuente: The Economist, 2/11/2001.

Gráfico 6
Tasas de ganancia en Estados Unidos y el G-7



Fuente: Caputo, Orlando, 2001b.

Gráfico 7
Cambios en los porcentajes de pobreza e indigencia en el conurbano bonaerense (Ciudad de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires)



Fuente: Encuesta Permanente, Indec.

Bibliografía

- Arceo, Enrique 2001 *El Alca, Neoliberalismo y Nuevo Pacto Colonial*. (Argentina: Cuaderno de la Central de Trabajadores Argentinos).
- Boron, Atilio 2001 “La guerra es terrorismo institucionalizado”, en *¡No a la Guerra!* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación) octubre 2001.
- Brieger, Pedro 2001 “Las preguntas del día después”, en *¡No a la Guerra!* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación) octubre 2001.
- Campione, Daniel 1997 “El estado en la Argentina. A propósito del cambio de paradigmas”, en *Revista del Instituto de la Cooperación* (Buenos Aires) N° 104, 1997.
- Campione, Daniel 2001 “Terrorismo y capitalismo, sus móviles fronteras”, en *¡No a la Guerra!* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación) octubre 2001.
- Caputo, Orlando 2001a Intervención en el Seminario de la Red de Economía Mundial (Río de Janeiro, Brasil) agosto de 2001.
- Caputo, Orlando 2001b “La economía de Estados Unidos y de América Latina en las últimas décadas”, en *Periferias de Ciencias Sociales* (Buenos Aires) N° 9, noviembre 2001.
- ONU “Carta de derechos y deberes económicos de los estados” en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 24, 1976.
- Ceceña, Ana Esther 2001 “El nuevo pensamiento y la transformación de la lucha en Argentina, entrevista con Víctor De Gennaro”, en *Revista Chiapas* (México) N° 11, 2001.
- China. Hechos y Cifras 2000* (Beijing, China: Editorial Nueva Estrella).
- Chomsky, Noam 2001 “Ampliar los poderes de Bush es ultracriminal”, en *¡No a la Guerra!* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación) octubre 2001.
- De la Garza, Enrique, compilador 1999 *Los retos teóricos de los estudios del trabajo hacia el Siglo XXI* (CLACSO, Grupo sobre Trabajo, sujetos y organizaciones laborales de CLACSO).
- Ferrari, Sergio 2001 “Conversando con Eric Toussaint Hacia el Foro Social Mundial 2002”, en *Servicio de Prensa Alternativa*, en Internet.
- Gambina, Julio C. y otros 2000 “Vulnerabilidad externa y dependencia de la Economía Argentina”. Ponencia presentada en el Seminario de CLACSO-ATTAC sobre “La globalización económica financiera y el impacto en la región. Las estrategias de regulación y las respuestas sociales y políticas del movimiento popular”, realizado en Buenos Aires entre el 20 y 22 de junio de 2000.
- Gambina, Julio C. 2001 “Los atentados y la agresión del poder global”, en *¡No a la Guerra!* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación) octubre 2001.

Grass, Günter 2001 “Afganistán puede convertirse para EEUU en un nuevo Vietnam”, en *¡No a la Guerra!* (Buenos Aires: Centro Cultural de la Cooperación) octubre 2001.

Hardt, Michael y Antonio Negri 2000 *Imperio* (Cambridge, Massachussets: Harvard University Press) Traducción de Eduardo Sadier.

Hirsch, Joachim 1997 “Teoría Política, ¿Qué es la Globalización?”, en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 147, año 1997.

Korol, Claudia 2001 “La experiencia cooperativista del Movimiento Sin Tierra del Brasil”, en *Revista del Instituto de la Cooperación* (Buenos Aires) N° 133, 2001.

Monereo, Manuel (s/f) “Génova: resistencias, nuevos sujetos y reconstrucción de un movimiento anticapitalista” Mimeo.

Ramonet, Ignacio 2000 “Impacto de la globalización en los países en desarrollo”, conferencia pronunciada en la Asociación Cristiana de Jóvenes de la República Argentina (Buenos Aires) 11 de julio 2000.

Sader, Emir, compilador marzo, 2001 *El Ajuste Estructural en América Latina. Costos Sociales y Alternativas*. (CLACSO Grupo de Trabajo de Economía Internacional).

Schvarzer, Jorge 2001 “El Mercosur: un bloque económico con objetivos a precisar”, en de Sierra, Gerónimo (compilador) *Los rostros del Mercosur. El difícil camino de lo comercial a lo societal* (Grupo de Trabajo Mercosur e Integración de CLACSO) abril 2001.

The Economist, 2 de noviembre de 2001.

Notas

1 Las inversiones externas directas en 1999 ascendieron a 40.400 millones de dólares con 17.100 proyectos. Fueron un 13,8% menor a las de 1998, (*China. Hechos y Cifras 2000*).

2 Pequeños y medianos empresarios. N. de E.

3 “Carta de Derechos y Deberes Económicos de los estados (Naciones Unidas)”, en *Realidad Económica* N° 24, año 1976.

4 En diciembre de 2000 se negoció una ayuda financiera impulsada por el FMI de 39.000 millones de dólares, conocida como “blindaje”. Luego se realizó en mayo de 2001 una operación de reestructuración de la deuda por 30.000 millones de dólares aproximadamente, conocida como “megacanje”. Finalmente, a comienzos de noviembre se conoció una reprogramación por la totalidad de la deuda externa en títulos por 95.000 millones de dólares, con la presión ejercida por la cesación de pagos como alternativa.

*La guerra:
recurso de la construcción hegemónica*

Hegemonia e contrahegemonia em tempos de guerra e de recessão

Emir Sader*

O movimento de questionamento da globalização neoliberal e de construção de uma globalização alternativa, que havia irrompido à superfície em Seattle –em novembro de 1999– e, desde então, ao longo de quase dois anos, havia crescido ininterruptamente, passou a enfrentar uma nova conjuntura mundial a partir dos atentados de 11 de setembro de 2001. Na realidade, a nova conjuntura é resultado da combinação desses acontecimentos com o fim do ciclo econômico expansivo de Estados Unidos, que havia sido o pano-de-fundo de praticamente toda a década de 90.

Depois de um acúmulo subterrâneo de forças ou de aparições mais ou menos solitárias –como a espetacular insurreição dos zapatistas em Chiapas, em janeiro de 1994, convocando a uma resistência mundial contra o neoliberalismo– a partir de Seattle o movimento se expandiu constantemente, tanto em termos sociais, como geográficos. Aos movimentos que haviam protagonizado as surpreendentes –para quem não se dava conta do mal estar e dos negativos efeitos sociais e culturais da globalização– manifestações de Seattle se somaram outros, alargando o raio de ação e passando a marcar todo o calendário das reuniões dos organismos econômicos e políticos internacionais –Davos, FMI, BM, OMC, G-8–, em Washington e outras localidades de Estados Unidos, cruzando o oceano até chegar a Praga, Barcelona, Nice, Gênova, se estender até Seul, retornando a Porto Alegre e Buenos Aires e indo até Durban.

* Doctor em Ciencia Política, Coordinador del Laboratorio de Políticas Públicas na Universidade Estadual de Río de Janeiro. Professor da Universidade de São Paulo. Coordinador fundador do grupo de trabalho Economía Internacional do Conselho Latinoamericano de Ciencias Sociais.

Nenhum movimento internacional tinha conseguido tal abrangência, desde os movimentos de solidariedade ao Vietnã nos anos 60. Depois disso, as mobilizações pacifistas dos anos 80 haviam se alastrado apenas pela Europa ocidental, as de solidariedade à Nicarágua e a El Salvador tinham tido abrangência menor. O Fórum Social Mundial de Porto Alegre foi o desaguar dessa avalanche, com a participação de gente de mais de 120 países, como espaço não apenas de protesto, mas de intercâmbio de propostas e início de formulação de alternativas.

Acumulavam-se problemas a um movimento que tem que se enfrentar ao projeto hegemônico mais abrangente que jamais havia existido e que se estendeu da extrema direita ao centro e daí a amplas correntes de esquerda –especialmente social democratas–, limitando os espaços de ação dos partidos de esquerda e dos movimentos sociais. O quadro geral apresentava um cenário praticamente homogêneo, de generalização de políticas de desregulação, base do Consenso de Washington e da idéia de que seria uma política obrigatória para todo e qualquer governo –o que estatisticamente parecia encontrar confirmação.

Esse caráter supostamente obrigatório se via reforçado pelo modelo estadunidense –em que o capital financeiro ganhava projeção fundamental, ao lado das políticas de flexibilização laboral, dois elementos de uma espécie de modelo anglo-saxão, que se estendia, com ritmos mais ou menos diferenciados, praticamente por todo o mundo. Da China ao Brasil, da Rússia à Espanha, dos Estados Unidos à África do Sul estendia-se um modelo muito similar, sob a égide dos organismos econômicos internacionais –FMI, OMC e Banco Mundial em primeira linha– e com uma monopólica máquina de propaganda –através da qual se consolidava a hegemonia norte-americana no mundo.

A oposição a esse modelo foi dos protestos de suas conseqüências negativas –de exclusão social, de concentração nacional e regional de renda, dos danos ao meio ambiente, ao trabalho, de discriminação, de distribuição desigual e injusta de recursos, entre outros temas– à idéia de que “um outro mundo é possível” –que deu nome ao Fórum Social Mundial de Porto Alegre, em janeiro de 2001. Este recolheu o nível de elaboração –crítica e propositiva– pré-existente, revelando que o movimento havia acumulado um capital social, moral e ideológico significativo.

Porém, não se pode dizer que tenha sido desenhado ai que mundo alternativo é possível, menos ainda portanto as vias de sua construção. Existe uma quantidade de propostas –do cancelamento da dívida externa à taxa Tobin, passando por outras nos campos do meio ambiente, do mercado de trabalho, de um comércio justo–, sem no entanto articular-se como uma proposta de conjunto ou pelo menos pela definição dos fios através dos quais esse novo mundo poderia ser introduzido.

A maior conquista do movimento foi a mudança do clima de debate internacional. A reiteração das manifestações pelo mundo afora e a agudização das críticas aos organismos da ordem mundial liberal fizeram com que estes passassem a se pronunciar sobre as propostas ou pelo menos sobre o significado dos protestos. De posição de desqualificação das mobilizações como simplesmente de protesto, sem alternativas, às que aceitam propostas localizadas ou às que incorporam a idéia que os movimentos representam um mal estar provocado pela globalização liberal, que deve ser tomado em conta de alguma maneira –até chegar a governos que passaram a discutir formas de regulação da circulação do capital financeiro–, diferentes formas de reação ocupavam o cenário do debate internacional.

A iniciativa estava no campo dos movimentos anti-neoliberais, que colocavam a agenda central –o caráter injusto da ordem econômica liberal mundial e a necessidade de alternativas, de ajuste ou de substituição por outra ordem. Somada à política isolacionista do novo governo dos Estados Unidos, que de alguma maneira renunciava a dar orientação geral para o bloco das potências capitalistas, –colocando os aliados diante de fatos consumados e da alternativa de segui-lo ou de assumir o ônus de tentar constituir um bloco próprio, em um ou vários temas em que apareceram conflitos–, em condições em que os Estados Unidos surgiam como a única potência do bloco com capacidade própria de iniciativa.

No entanto, essa força acumulada não havia sido suficiente para mudar a ordem neoliberal em sua dinâmica concreta. Não afetou em nada os 95% de trocas econômicas que se dão no setor financeiro, nem a chamada “livre circulação de capitais”. Nenhum governo novo foi eleito levantando as bandeiras do movimento nascido em Seattle, nenhum governo existente mudou suas posições em relação aos temas centrais da ordem econômica neoliberal.

Porém, o movimento ganhava força e extensão, de Seattle até Gênova e Durban, tendo que enfrentar desafios de formulação sobre o mundo alternativo que busca e as vias de chegar até e, ao mesmo tempo, enfrentando sua primeira discussão interna significativa –aquela a respeito dos setores que buscam imprimir uma dinâmica de violência nas manifestações e que terminam sendo utilizados pela grande mídia para desviar as imagens e os objetivos gerais das mobilizações e do movimento como um todo. Esse era o nível de preocupações, garantir o avanço para formulações propositivas, estender a representatividade para continentes pouco representados, como a África, a Ásia e o mundo árabe em geral, e discutir a continuidade do movimento.

Foi nesse momento, recém terminada a conferência de Durban, em que essas tendências se confirmavam, que se deram os acontecimentos de 11 de setembro e se abriu uma nova conjuntura política. Pela primeira vez o movimento surgido em Seattle passou a se enfrentar com desafios estratégicos, pelo deslocamento do campo de enfrentamentos internacionais que a nova conjuntura introduziu.

A Floresta e os árvores

Não é fácil ver a floresta, diante de árvores tão grandes, regadas todos os dias, mas o essencial é saber o que mudou no mundo depois daquele 11 de setembro. Muito se falou sobre uma virada de página da história mais importante até que a queda do Muro de Berlim e o fim da União Soviética, que se tratava de um marco político mundial de uma dimensão difícil de avaliar a profundidade e a dimensão.

Conforme a espuma vai baixando, vamos vislumbrando um novo panorama mundial, que em princípio se parece pouco com o anterior. Quando muda o cenário geral, notamos primeiro o novo, até nos darmos conta da sua dimensão real e dos elementos de continuidade que persistem.

O período histórico continua sendo o da hegemonia unipolar dos Estados Unidos, aberto com o fim da União Soviética. Muda a forma de exercício da hegemonia –temas, alianças, revelação de elementos de força e de fraqueza. Muda a conjuntura mas, como se trata de uma conjuntura introduzida de forma traumática, pode se prolongar e certamente deixará marcas irreversíveis.

Mas a nova conjuntura não se compõe apenas do quadro advindo dos atentados de 11 de setembro. Ela é a confluência deles com o esgotamento do ciclo econômico expansivo do capitalismo que marcou grande parte da década passada. Esta esteve marcada por esse ciclo expansivo, com todas suas conseqüências ideológicas e políticas, pela utilização da idéia de uma “nova economia”, sem crises, pela consolidação do modelo anglo-saxão centrado nos Estados Unidos e na Inglaterra, com todos os elementos que fizeram parte dele –Davos, Microsoft, McDonalds’, Nike, CNN– e pela reafirmação da hegemonia mundial única dos Estados Unidos, especialmente através das guerras do Golfo e da Iugoslávia.

O que caracteriza a nova conjuntura da primeira década do século?

1. Em primeiro lugar, a mudança de sinal da conjuntura econômica. Depois da sucessão entre expansão japonesa e européia/recessão dos Estados Unidos e da Inglaterra nos 80, e sua reversão na década de 90, a entrada da economia norte-americana num novo ciclo recessivo dá o marco geral da nova conjuntura.

A expansão dos 90 havia reposto a economia dos Estados Unidos no papel de locomotiva do capitalismo mundial, pela capacidade de consumo de seu mercado interno, pelo seu poder de absorção de investimentos financeiros para repor seus déficit comercial e de pagamentos e pelo dinamismo de setores chave da sua economia –especialmente a computação e a indústria da diversão. O endividamento interno chegou a um limite, pelo esgotamento da sua capacidade de financiamento pelo mercado financeiro, levando a economia a uma recessão, cuja profundidade, extensão e duração remetem a esse grande endividamento.

Essa mudança de sinal do ciclo econômico não é apenas um dado objetivo, tendo em vista o papel que representou na mobilização ideológica norte-americana e dos organismos econômicos internacionais para promover transformações concretas e a afirmação da inevitabilidade de suas políticas. Trata-se também de um golpe na propaganda economicista que inundou os meios de comunicação e as cabeças das pessoas nos 90. Por um lado, as inseguranças que se multiplicaram –perda do trabalho, aids, violência, comida ruim, catástrofes ambientais, desequilíbrios financeiros– e, por outro, as promessas da globalização, de novas formas de vida e de acesso a bens e serviços.

Esse esquema ideológico poderoso –multiplicado pela mídia norte-americana– se enfraquece junto com a recessão, mas não se põe nada em seu lugar. Mantêm-se o argumento de que os problemas da globalização só serão resolvidos com mais globalização, que os marginalizados o são porque a globalização não chegou até eles e a polarização de Estados periféricos atrasados –como o Afeganistão– reforçam esse argumento.

Difícilmente haverá uma retomada de curto prazo do ciclo expansivo e, quando for retomado, não deverá reproduzir o esquema daquele dos 90, porque as condições mudaram. O grau de endividamento herdado já é um peso para essa retomada e a recuperação da capacidade de consumo não poderia mais se apoiar no endividamento e nos investimentos nas bolsas. A indústria da informática já demonstrou que não está isenta dos mesmos mecanismos de oscilação cíclica que os outros setores da economia. O capital especulativo revela suas incertezas, mesmo para uma economia que lhe fornece o mais alto grau de garantias existentes no mundo financeiro. Uma retomada provavelmente se apoiará em incentivos estatais, coincidindo com os investimentos do novo plano militar e de segurança dos Estados Unidos. Já não se retomará simplesmente o ciclo anterior e ainda assim não está claro que os prazos possam ser visíveis, fazendo com que os dois elementos da nova conjuntura se prolonguem.

O outro é o clima de guerra fria reinstalado a partir dos atentados de 11 de setembro e das represálias norte-americanas. Isto significa, em primeiro lugar, a militarização aberta dos conflitos, de que o Afeganistão é o exemplo atual, mas a definição da “luta contra o terrorismo” pelo governo norte-americano lhe autoriza –na sua lógica– a tomar atitudes unilaterais de agressão por sua própria iniciativa, diante dos focos de conflito existentes. A tentativa de identificação dos movimentos guerrilheiros colombianos com o terrorismo islâmico representa a aplicação dessa linha a um conflito nacional, em outra área do mundo, que visivelmente não tem nada a ver com os atentados de 11 de setembro.

2. Em segundo lugar, os Estados Unidos colocam com mais força em prática seu unilateralismo, desenvolvendo iniciativas no plano da guerra, prescindindo já de qualquer tentativa de cobertura institucional –seja das Nações Unidas ou da OTAN–, rompendo com qualquer aparência de respeito a certas normas do direito internacional e assumindo de fato o papel de exército do mundo.

3. Em terceiro lugar, que o problema da guerra e da paz volta a se colocar como preocupação da humanidade, independentemente da forma unilateral como é posta pelo governo norte-americano. A opinião pública dos Estados Unidos está, pelo menos por enquanto, contaminada pelo problema e, como projeção, a opinião pública de outros países, embora em graus muito menores e de forma decrescente, salvo a da Inglaterra.

4. Em quarto lugar, os Estados Unidos se colocaram um tipo de objetivo –erradicar o que consideram as raízes do terrorismo, incluídos governos que lhes abrigariam ou apoiariam– que permite uma continuidade indefinida de sua militarização dos conflitos, muito além da derrubada do governo do Afeganistão e eventualmente da captura de Bin Laden.

As dificuldades para estabilizar um novo governo no Afeganistão, somados aos efeitos desestabilizadores que a ação norte-americana pode produzir na região, seja no Paquistão, na Arábia Saudita ou em outros países, faz prever que a região, pelo próprio peso estratégico que contem, seguirá sendo um fator de instabilidade internacional.

Em suma, caminha-se não para uma relativa, ainda que precária estabilização como aquela que sucedeu a guerra do Golfo, em que o Iraque ficou neutralizado, mas para uma situação que pode encadear episódios bélicos se sucedendo no tempo, sem que outras forças políticas internacionais intervenham e tampouco as Nações Unidas se constituam como força de paz. Ao contrário, este episódio terminou de enterrar tanto a Europa quanto a ONU como sujeitos políticos com certa autonomia,

5. Um quinto elemento é o fortalecimento do eixo anglo-saxão, liderado pelos Estados Unidos e tendo à Inglaterra como aliado estratégico, contando com a Alemanha e, indiretamente com Aznar e com Berlusconi, isolando à França e bloqueando qualquer possibilidade de uma política externa européia, ameaçando mais ainda o governo Jospin com uma reeleição de Chirac.

A China e a Rússia passaram, por sua vez, a se tornar aliados fundamentais dos Estados Unidos, pelo menos no que toca ao conflito na Ásia, da mesma forma que, por razões estritamente locais, o Paquistão.

Os Estados Unidos mudam o caráter do seu discurso a partir do 11 de setembro. Do sucesso econômico prometido ao resto do mundo ao da segurança global, valendo-se de que sua própria economia entrou em recessão e de que está obrigado –diante da sua população, dos aliados e dos eventuais inimigos– a reiterar sua capacidade de impor-se pela força, por seus critérios próprios, independentemente de qualquer norma internacional.

Com isso, o discurso norteamericano ganha em capacidade de ação –deslocando temas que o haviam deixado isolado– e de iniciativa, mas perde em

seu poder de persuasão. Se as promessas do progresso advindas da sua expansão econômica e da globalização neoliberal tinham o efeito de chegar a uma quantidade grande de gente pelo mundo todo, o discurso da segurança é muito mais restrito. O novo discurso norteamericano ganha em poder de ação, mas enfraquece seu elemento de hegemonia, de persuasão, de convencimento.

O mundo, até o dia 11 de setembro, tinha apresentado uma diferença significativa, pelo menos no seu clima ideológico. Desde Seattle foi ganhando força a crítica e a acusação ao modelo neoliberal e suas instituições –FMI, BM, OMC, G-8–, a ponto que a agenda de discussão internacional foi sendo cada vez mais ocupada pelos temas do movimento antiglobalização liberal. O calendário era dos grandes organismos internacionais, mas o protagonismo foi sendo cada vez mais dos movimentos que questionam a globalização liberal, até que estes passaram a definir a agenda internacional, que passou a ser a crítica ao caráter injusto da ordem econômica mundial do liberalismo. Esses organismos passaram a responder às críticas, sejam reconhecendo algumas, seja negando-as todas, mas assumindo uma certa atitude defensiva.

Não havíamos conseguido mudar o mundo concretamente, nem no sentido de afetar o circuito especulativo mundial, nem de mudar políticas de governos ou mesmo de eleger novos governos, com políticas identificadas com nossas posições. Mas havíamos conseguido acumular uma força social, moral e teórica, que se projetava sobre o clima ideológico e os debates desenvolvidos até aquele momento. Até mesmo depois, *The Economist* publicou seu caderno especial para polemizar conosco, preparado para a reunião da OMC em Doha, considerando que o debate continua atual, revelando a força que os temas do debate colocado por nós havia adquirido.

Depois do 11 de setembro, os termos da questão foram alterados, forjando-se uma nova conjuntura que traz, no seu bojo, a pretensão de nos deslocar, buscando impor a polarização terror contra terror ou Bin Laden/Bush ou fundamentalismo de mercado contra fundamentalismo islâmico. A militarização dos conflitos implica no deslocamento do debate para substituí-lo pelo enfrentamento, pela força, em que os argumentos fazem apenas parte da guerra de propaganda que acompanha qualquer enfrentamento bélico.

E, sobretudo, num momento em que as potências capitalistas não podem mais se valer da “pujança” do crescimento econômico como argumento do sucesso de suas propostas para a ordem econômica mundial, deslocar o debate para outro plano, que lhes convêm mais: democracia, liberdade, civilização contra totalitarismo e barbárie.

Esse deslocamento traz ainda, no seu bojo, a vantagem de abrir espaço para um reforçamento do keynesianismo militar, no momento em que a recessão se instaura na economia norte-americana, com todas as conseqüências que isso tem

hoje para a economia capitalista mundial. Além de permitir um deslocamento da polarização em torno de uma ordem econômica mundial debilitada também no plano econômico pela recessão, além dos problemas acumulados ao longo das duas últimas décadas, apontados justamente pelos seus críticos, aos que agora se deseja marginalizar e criminalizar.

Anti-neoliberalismo, luta pela paz e anti-capitalismo

1. O que significa esse grande deslocamento da opinião pública dos temas de Seattle aos do Afeganistão? Da discussão da injusta ordem econômica mundial à luta contra o terrorismo? De que gravidez está prenhe essa nova situação internacional? Qual deve ser nossa linha de ação nesse novo quadro?

Significa, ainda que não o diga, a tentativa de afirmação da polarização entre “civilização” e “barbárie”, entre centro e periferia do capitalismo, sob a forma da oposição entre “progresso” contra “atraso”, de “democracia e liberdade” contra “terrorismo islâmico”, do lado dos Estados Unidos. E a tentativa, por parte do fundamentalismo islâmico, de se erigir como o polo questionador da hegemonia norte-americana no mundo.

Essas tentativas são possíveis, pelo vazio deixado pelo socialismo no mundo. Desde 1917 o socialismo havia ingressado na “atualidade histórica”, se integrava como um horizonte possível dos conflitos realmente existentes, seja como referência de movimentos concretos, seja como polo individualizado como inimigo para as potências capitalistas. O fechamento desse ciclo histórico –independentemente de que ele venha a ser reaberto, dessa ou de outra forma–, recolocou a história num horizonte distinto.

O fim da União Soviética marcou, entre outras coisas, o fim de uma concepção mecanicista da história, segunda a qual os modos de produção se sucederiam necessariamente uns aos outros, definindo a etapa histórica inaugurada com o triunfo bolchevique em 1917 como aquela da transição irreversível do capitalismo ao socialismo. Colocou em questão também a possibilidade de construção do socialismo na periferia do capitalismo, fazendo abstração ou contornando as condições de atraso econômico, social, político e cultural. Com essa concepção desapareceram também um conjunto de forças que se haviam identificado com essa perspectiva histórica e que haviam configurado a maior corrente política e ideológica conhecida até então em escala mundial – o chamado “movimento comunista internacional” – que, mesmo com sua visão redutiva do socialismo, representava uma corrente que se colocava como objetivo a ruptura com o capitalismo. Depois da reconversão da social democracia aos marcos da democratização e humanização do capitalismo, o marco político mundial via a desapareção também do movimento comunista internacional como força que se opunha ao capitalismo.

Essas desapareições significaram também o desaparecimento do socialismo da agenda histórica contemporânea. Esse período tinha significado, além da vitória da revolução bolchevique, a incorporação a esse movimento histórico dos países do leste europeu, além do triunfo da revolução no país mais populoso do mundo –a China–, assim como em países como Cuba e o Vietnã, configurando o chamado “campo socialista”, que significava englobar algo próximo a um terço da humanidade. Isto é, que uma de cada três pessoas no mundo “já” viviam sob o socialismo, um espaço em constante expansão, mesmo se com ritmos distintos, desde 1917, como se confirmasse a idéia do fim inexorável do capitalismo, com a existência real já das formas de novo tipo de sociedade que o substituiria.

Vários dos movimentos de independência nacional da periferia capitalista –particularmente na África e na Ásia– se inseriam na dinâmica de ruptura com o capitalismo, desde posições de nacionalismo e de anti-imperialismo radicais. A existência de um “campo socialista” parecia poder representar para eles um apoio decisivo no seu processo de “acumulação primitiva socialista”, viabilizando uma ruptura que a URSS tinha tido que encarar sozinha, um caminho do qual Cuba surgia como uma espécie de confirmação.

O fim da União Soviética e do chamado “campo socialista” não representaram assim tão somente a passagem de um mundo bipolar a um mundo unipolar, mas a desapareição da alternativa anti-capitalista e socialista do horizonte histórico contemporâneo, como se retrocedêssemos para antes daquele período que Lukacs havia comemorado como o da “atualidade da revolução”, inaugurado pela vitória de 1917. Essa virada teve, como não podia deixar de ter, repercussões sobre o conjunto do campo político da esquerda. Ao invés da superação de um modelo de socialismo originário do stalinismo por uma revolução política de caráter democrático que mantivesse a centralização dos meios de produção nas mãos do Estado, mas operasse uma radical democratização deste na direção da construção de órgãos de poder popular de base, que significassem realmente a socialização desses meios de produção –como propugnavam correntes mais radicais à esquerda–, adveio a ruptura daqueles regimes na direção do capitalismo de mercado e na sua versão mais radicalmente neoliberal. Tampouco a expectativa social democrata de que aquela ruptura se desse na direção de modelos de capitalismo regulado e de bem estar se confirmou assim.

Já tendo optado por uma via diferenciada, a China conseguiu retomar um ciclo econômico expansivo, porém dificilmente se poderia dizer que o faz na direção da construção de uma sociedade socialista –mesmo nas concepções economicistas anteriormente predominantes na esquerda– ao acentuar os elementos de economia de mercado e a presença do capital estrangeiro no país e tentar manter e fortalecer um Estado fortemente centralizado e nada democrático.

Cuba, por sua vez, busca, num entorno internacional muito desfavorável, ao entrar no que chamam de “período especial”, manter conquistas básicas que caracterizam sua revolução, buscando não retroceder, com a consciência de que o marco histórico atual não favorece o avanço na construção do socialismo, ainda mais num país periférico, relativamente atrasado em termos de desenvolvimento das forças produtivas e numa área de influência direta dos Estados Unidos.

2. Com essa brusca virada, desapareceu não apenas o movimento comunista internacional, como se alterou ideológica e politicamente a fisionomia da esquerda no mundo. Se os partidos social democratas já se haviam reciclado para a luta no interior do capitalismo, nos outros espaços também deixaram de existir praticamente partidos que se colocam como objetivo a construção de uma sociedade negadora e superadora do capitalismo. Desapareceram os temas do imperialismo e do capitalismo e, portanto, da necessária ruptura com eles.

A desapareção do horizonte socialista e anti-capitalista recolocou no centro dos objetivos da esquerda a democracia política, a justiça social, a afirmação dos direitos das minorias, pelos direitos humanos, a luta contra a exclusão social. Esta última ganhou relevância especial, porque traz no seu bojo uma visão dos conflitos sociais alternativa à da luta de classes, ao se colocar como objetivo centrar a integração dos não integrados, numa concepção funcionalista banal das relações sociais, no momento em que os mecanismos de super-exploração do trabalho assumem forma central no capitalismo como um todo e se intensificam como nunca.

A regressão política foi assim acompanhada por uma regressão ideológica, em que a ruptura foi substituída pela democratização do capitalismo –no melhor dos casos como forma de fazer-lo enfrentar-se a suas próprias contradições, no pior, como forma de adaptação, de “realismo” e de resignação. Os temas da democracia política, da defesa dos direitos sociais, das políticas locais como forma de resistência às centralizadoras políticas de ajuste fiscal tenderam a predominar, ao mesmo tempo em que o debilitamento dos partidos, sindicatos e movimentos sociais, se traduziu num novo ciclo expansivo de organizações não-governamentais, desta vez não para abrir caminho para aquelas, mas protagonizando políticas civis ou setoriais no lugar delas.

Algumas teses neoliberais foram, de diferentes maneiras, induzidas por setores da esquerda, mesmo aqueles que não assumiram suas propostas mais explícitas, como as do ajuste fiscal, da privatização ou da desregulamentação. Trata-se, por um lado, do abandono da concepção do imperialismo, central, quaisquer que sejam as adequações necessárias para a compreensão de suas formas atuais. Em segundo lugar, da identificação da democracia com a democracia liberal. Em terceiro, da aceitação do horizonte histórico do capitalismo como marco de luta contemporânea. A desapareção do primeiro e a naturalização dos outros dois criam um marco extremamente favorável à

hegemonia ideológica capitalista e desarmam a esquerda do formidável potencial da crítica anti-capitalista que foi sempre o que moveu seu crescimento social e sua força ideológica.

Essa naturalização foi uma forma de aceitar, na prática, a tese do “fim da história” –encerrada nos marcos da democracia liberal e da economia capitalista de mercado. O abandono das análises do capitalismo significou, ao mesmo tempo, o abandono das análises de classe, da interpretação da economia como processos de acumulação, com suas contradições, expansões e crises e da natureza social do Estado.

3. Na cena política internacional, a esquerda praticamente desapareceu nos anos noventa. As guerras do Golfo e da Iugoslávia já haviam desenhado o novo marco internacional, em que a hegemonia norte-americana dispunha de grande margem de manobra, combinando superioridade militar, monopólio da informação e capacidade inquestionada de articulação política. Os Estados Unidos manobraram valendo-se da ONU, da OTAN ou de alianças bilaterais com a Inglaterra ou simplesmente pela sua própria iniciativa isolada, para pôr em prática sua hegemonia unipolar, rebaixando a Europa a seu patamar mais baixo e neutralizando a China e a Rússia.

Valeu-se, no plano econômico, do FMI, do Banco Mundial, da OMC e do G-8 para consolidar seu modelo como o dominante mesmo entre as grandes potências capitalistas, isolando o debilitado Japão por sua prolongada recessão, a Europa por sua divisão interna.

O que marcou o período de hegemonia unipolar norte-americana foi a resistência no plano internacional surgir identificada com países da periferia capitalista ou identificados com reivindicações religiosas ou étnicas – Sadam Hussein, Milosevic, Bin Laden. Esse fenômeno foi possível justamente pela desaparecimento das forças anticapitalistas do cenário mundial, o que facilitou a construção de um campo de enfrentamento em termos de civilização/barbárie, para as potências capitalistas e valores espirituais contra materiais, pelos fundamentalismos religiosos.

A oposição norte-americana aparece como sendo protanizada por regimes mais atrasados –econômica e politicamente–, com todas as vantagens que isso lhe propicia, em comparação com a oposição do socialismo, com sua pretensão de superação do capitalismo. O fundamentalismo islâmico, por sua vez, não se opõem ao capitalismo, mas à forma imperial assumida pelos Estados Unidos e mesmo sua crítica ao materialismo não chega aos fundamentos econômicos do sistema, de que eles se beneficiam com grandes investimentos econômicos.

Convêm assim aos dois essa oposição, que desloca a contradição entre capitalismo/socialismo e a coloca em termos civilizatórios ou religiosos.

E a esquerda, onde está?

A esquerda política mundial, como foi sendo construída desde a revolução francesa, desde as barricadas de 1848, desde a Comuna de Paris, desde a construção da primeira, da segunda e da terceira Internacionais, da revolução russa, da revolução espanhola, das Frentes Populares, da revolução chinesa, da cubana, da vietnamita; essa esquerda nunca foi tão fraca em sua história.

Mesmo uma esquerda que nunca chegou a ter expressões fortes em grande parte dos países mais importantes do mundo –como os Estados Unidos, o Japão, a Alemanha (esta no segundo pós-guerra)– sua força residiu principalmente em duas correntes ideológicas: a social democrata e a comunista, com suas respectivas redes, especialmente sindicais.

A acumulação de forças mais importante da esquerda –isto é, da frente que une todas as formas de resistência e oposição ao neoliberalismo, como modelo hegemônico contemporâneo do capitalismo e sua forma dominante, a norte-americana– foi se dando em torno do movimento que nasceu com a rebelião zapatista, passou pelas formulações do Le Monde Diplomatique, pelo surgimento de Attac e irrompeu à superfície em Seattle, reunindo as mais diversas forças –sindicatos, movimentos sociais, ONGs– com um arco amplo de reivindicações (direito ao trabalho, comércio justo, proteção ao meio ambiente, direitos das minorias políticas, prioridade aos países mais pobres, entre outros) e encontrou no primeiro Fórum Social Mundial de Porto Alegre seu primeiro grande momento de reunião, de balanço e de formulação de propostas.

Essa força social, teórica e moral não encontrou ainda expressão política internacional para catalizar e fazer presente uma linha alternativa àquela patrocinada pelos dois bandos em guerra: o terrorismo de Bin Laden e o de Bush. Hoje esse movimento não pode mais prescindir nem de discussões estratégicas, nem de forças políticas –mesmo locais– para poder avançar como força internacional. Não basta denúncias e propostas alternativas sobre o comércio mundial, sobre a taxação dos capitais financeiros, sobre o perdão da dívida e outras afins. É preciso uma formulação política de como se passa desse nível de acumulação de forças ao de um polo político internacional. Não basta denunciar as raízes sociais e econômicas do descontentamento explorado pelo terrorismo talibã: é preciso disputar a este o posto de porta-voz dos explorados, humilhados, dominados e discriminados no mundo. Nossa corrida se faz em duas pistas: uma, contra o neoliberalismo e sua expressão na hegemonia norte-americana no mundo, outra, contra as alternativas religiosas, que terminam enfraquecendo o caráter anti-capitalista que precisa ter a alternativa ao neoliberalismo.

A América Latina no novo marco internacional

A América Latina deixou de ter a importância que havia adquirido, especialmente na segunda metade do século XX, perdendo peso econômico e projeção política no mundo. Isso se deu particularmente a partir da chamada “crise da dívida”, que elevou o crônico problema das contas externas e do endividamento a níveis que bloquearam qualquer capacidade de manter níveis de crescimento econômico.

À dependência tradicional vieram se unir graus de dependência econômica, conforme a financeirização das economias e dos seus Estados foram avançando, no bojo das respostas de políticas de estabilização financeira –mediante o combate à inflação, via de indução das políticas neoliberais no continente– propostas pelos organismos financeiros internacionais e assumidas pela quase totalidade de governantes latino-americanos. Os objetivos de desenvolvimento econômico foram substituídos pelos de estabilidade monetária, mediante políticas de ajuste fiscal que incluíram a abertura de suas economias, a privatização de grande parte das empresas estatais, a desregulamentação e a introdução de graus crescentes de flexibilização laboral.

Esse tipo de políticas levou à hegemonia do capital financeiro internacionalizado, com desindustrialização das economias que haviam conseguido graus de desenvolvimento industrial, com o continente voltando a depender da exportação de produtos primários, acentuando sem cessar os desequilíbrios de suas contas externas, com uma financeirização geral e profunda de todas as economias do continente. Os governantes que levaram a cabo essas políticas, embora alguns deles provenientes de correntes nacionalistas –como o peronismo e o priísmo– ou social democratas –como AD, o PS do Chile ou o PSDB brasileiro– aderiram a políticas neoliberais e, no plano externo, consolidaram a subordinação à hegemonia norte-americana. Gerou-se uma quase unanimidade no continente detrás dessas políticas. Os países que haviam chegado a ser considerados “potências intermediárias emergentes” –como o Brasil, o México e a Argentina– retrocederam, perdendo competitividade e introduzindo ou acentuando profundos desequilíbrios sociais.

O continente passou a fazer parte, globalmente, sem pena nem glória, dos mercados financeiros periféricos emergentes, cuja saúde é medida apenas e tão somente pelos índices de suas bolsas de valores e pelas taxas de risco emitidas pelas agências norte-americanas de assessoria aos capitais especulativos. O único mecanismo de defesa setorial –o Mercosul– foi desarticulado no altar de políticas cambiais que não consideram prioritária a integração regional como forma de acumular forças e buscar reinserções internacionais em melhores condições, mas como instrumentos de políticas de estabilidade monetária, consideradas fins em si mesmos.

O calendário da história do continente passou a estar periodizado pelas crises financeiras (das hiper-inflações às quebras, moratórias, brutais desvalorizações) intercaladas com duras e cada vez piores negociações com o Fundo Monetário Internacional. O “livre comércio” levou à desindustrialização e à volta às políticas das “vantagens comparativas”. A situação da Argentina hoje apresenta o limite de todo esse desatino –com os piores índices de regressão, num continente que envolveu sistematicamente–, é porque seguiu mais à regras as normas que as elites latino-americanas introjetaram e colocaram selvagememente em prática. Não é substancialmente a situação do Brasil, que liquidou em pouco tempo a competitividade externa conseguida em décadas e o desenvolvimento industrial interno, junto a um patrimônio estatal invejável na periferia do capitalismo. Tampouco é muito distinta a situação do México, que passou a ter 90% da sua balança comercial com os Estados Unidos, num marco de dependência e, portanto, fragilidade e perda de autonomia, sem similares no passado do continente. Isto, para não falar do retorno do Chile a uma economia primário exportadora, reinserindo-se entre os países com piores índices sociais, ao contrário do seu passado. Ou na Colômbia, sumida numa guerra civil, em que o Estado desaparece e a militarização do país aponta para a internacionalização do conflito. Ou da miséria galopante do Perú, do Equador (dolarizado, exportando sua população sobranante), da América Central, que regrediu décadas entre catástrofes naturais e econômicas, convertendo-se na nossa África.

Diante da maior crise social desde os anos trinta, onde está a esquerda latino-americana –para retomar a questão geral anteriormente colocada?

A esquerda nacionalista e a social democrata se reciclaram para o neoliberalismo, os partidos comunistas praticamente desapareceram ou ficaram reduzidos a expressões mínimas, assim com os movimentos armados existentes anteriormente, com a exceção da Colômbia. Cuba, se alguma vez foi não um modelo, mas um horizonte, deixou de ser, pelas dificuldades vividas com o fim do “campo socialista” e com as medidas de sobrevivência postas em prática desde então.

A esquerda conta com força considerável no continente no plano social e teórico, isto é, conta com movimentos sociais consistentes e com capacidade de compreensão dos movimentos históricos que a América Latina está vivendo. No entanto, isso tem se traduzido ainda em força política insuficiente para enfrentar o tamanho da crise que o continente tem diante de si.

A esquerda tem alguma força político partidária, mas luta nesse plano com grandes dificuldades para articular a força social gerada pela crise com projetos políticos viáveis e para desatar as armadilhas que o neoliberalismo montou, no plano do ajuste das contas públicas, no endividamento externo, no da desregulamentação, da abertura da economia, da flexibilização laboral, entre outros. O Brasil permanece ainda como a grande incógnita, a grande possibilidade de vitória e de se enfrentar ao desafio de fazer com que um grande

país do continente apareça com uma política alternativa ao neoliberalismo. É uma grande incógnita (a possibilidade de vitória eleitoral e, nesse caso, as possibilidades de desatar os nós montados pelas políticas neoliberais e apontar para políticas superadoras).

Para uma teoria crítica renovada na América Latina

O pensamento crítico latino-americano já vinha arrastando debilidades graves nas décadas anteriores, até que a hegemonia neoliberal introduziu novas transformações nas nossas sociedades e colocou em discussão novos temas –equilíbrio monetário e orçamentário, combate à inflação, entre outros– que fizeram ressaltar mais ainda aquelas debilidades. Quando se esgota o consenso neoliberal e se introduz uma crise hegemônica no conjunto do continente, novos desafios se apresentam para o pensamento crítico latino-americano, do qual depende, em parte significativa, a construção de alternativas superadoras do neoliberalismo.

Em primeiro lugar, construir sua própria análise sobre o capitalismo latino-americano, deixando de ser caudatária das distintas análises do estruturalismo –cepalino ou outro–, para fugir do economicismo e poder recuperar o caráter histórico e o movimento real e contraditório do conjunto das instâncias que compõem uma formação social. O que significa articular as análises econômicas com suas dimensões sociais, de relações de poder e suas características ideológicas.

Da análise do modelo hegemônico –como síntese de todas as instâncias de análise– vigente e de suas variantes, poderemos deduzir as vias possíveis de sua superação, as forças sociais que podem se envolver nelas, os temas centrais, as modalidades de acumulação de forças. E, ao mesmo tempo, renovar as temáticas teóricas que podem fazer com que o pensamento social latino-americano volte a ter um papel de mola propulsora na busca de novos caminhos históricos para o continente no novo século.

Mas sobretudo o papel da intelectualidade crítica latino-americana tem que ser o de resgatar o papel da teoria como instrumento de transformação revolucionária da realidade. Aquela formulação clássica de que “sem teoria revolucionária, não há prática revolucionária” ganha uma nova dimensão, quando a teoria se transformou em formulações bastardas para explicar que toda a história se reduz finalmente a políticas obrigatórias de ajuste fiscal, de que o capitalismo é o horizonte obrigatório e definitivo a que está condenada a humanidade, de que a economia é o vetor que conduz a história e outras banalidades que mal escondem acomodações de fato a interesses criados e carreiras políticas e intelectuais oportunistas.

O resgate do caráter histórico –no seu sentido mais abrangente, de síntese de todas as outras abordagens– é um elemento central do redirecionamento de todo o trabalho teórico crítico. Resgatar as origens históricas do presente –em seus elementos objetivos e subjetivos– para nos reapropriarmos dos fios condutores do movimento histórico contemporâneo e poder assim apontar para seus fatores de transformação.

Como elemento indispensável desse caráter histórico, se coloca a indissociabilidade da teoria e da prática, a geração e a ampliação de novos espaços de reflexão teórica nos partidos e movimentos existentes e o comprometimento prático das instâncias existentes de reflexão teórica com os processos concretos de acumulação de forças na luta transformadora da realidade concreta.

La guerra de todos los estados contra toda la gente

John Holloway y Eloísa Peláez*

Gritamos. Horror, rabia, frustración. El bombardeo a Afganistán, las imágenes de los niños en los hospitales, la gente que ha perdido sus piernas por las minas, el hambre, la desesperación de aquellos que intentan escaparse cruzando la frontera. Y el bombardeo sigue, y las declaraciones santurronas de los políticos satisfechos, los maestros de la guerra. Tal vez lo peor para nosotros es la impotencia, el sentimiento de que no hay nada que podamos hacer para detener la matanza.

I

El estado más poderoso del mundo está bombardeando a uno de los países más pobres, lanzando bombas todos los días sobre niños, mujeres y hombres que no tienen ninguna posibilidad de defenderse. El gobierno de Estados Unidos declara que ésta es una guerra en contra del terrorismo, pero no es a los terroristas a quienes mata.

* John Holloway es profesor-investigador del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Eloísa Peláez es investigadora independiente.

Está claro que detrás de la acción del estado norteamericano hay motivaciones que no tienen nada que ver con los eventos del 11 de septiembre. Está claro que el bombardeo tiene mucho que ver con los intereses estadounidenses en el área, particularmente en relación con el petróleo y las consideraciones geoestratégicas. Es importante analizar estos intereses para entender lo que está pasando y especialmente, para desmitificar las justificaciones estadounidenses de sus acciones horribles.

Sin embargo, es importante ir más allá de este tipo de análisis, por varias razones:

Primero, aunque estas motivaciones están presentes sin duda alguna, probablemente son parte de una mezcla mucho más confusa. Poner énfasis exclusivo en la persecución de los intereses estadounidenses implica atribuir una coherencia y racionalidad a las acciones del estado norteamericano que probablemente no poseen.

En segundo lugar, Estados Unidos no es el único estado involucrado, tiene el apoyo de una coalición internacional. Mientras que la existencia de la coalición expresa ciertamente la posición dominante del estado norteamericano, está igualmente claro que cuando los otros estados apoyan la “guerra contra el terrorismo”, están persiguiendo sus propios intereses. Presentar al estado norteamericano como el único culpable lleva fácilmente a un antiamericanismo que es teórica y políticamente estéril.

En tercer lugar, y sobre todo, el análisis de la guerra en términos simplemente de los intereses estadounidenses no hace nada para superar nuestro sentimiento de impotencia, ya que nosotros no estamos presentes como sujetos en este tipo de análisis.

II

¿Cómo podemos entender la situación actual de tal forma que no seamos simplemente espectadores impotentes? ¿Cómo podemos entender nuestra presencia en los eventos actuales, no sólo como víctimas sino como participantes activos?

Una forma de abordar la cuestión tal vez es viéndola no solamente como la guerra de Estados Unidos en contra de Afganistán, ni la guerra de Estados Unidos en contra del terrorismo, sino la guerra de todos los estados en contra de toda la gente, en la que estamos activamente involucrados.

La autopresentación de las relaciones sociales capitalistas siempre niega nuestra presencia activa. Afirmar nuestra subjetividad siempre implica criticar las apariencias.

Esto queda claro si pensamos en la competencia (ya que esta ponencia está escrita para un grupo de trabajo sobre la economía internacional). La competencia parece ser un conflicto entre dos empresas capitalistas distintas. La reflexión nos revela que esto es cierto nada más de forma superficial. Las dos empresas, que parecen ser distintas son en realidad dos fragmentos de un todo (el capital) que compiten entre sí por una mayor parte de la plusvalía social total. Los dos capitales individuales compiten de varias maneras, pero la manera más importante es a través de la intensificación del proceso de trabajo de sus trabajadores, de la maximización de la plusvalía producida por sus trabajadores. Los dos capitales compiten no tanto luchando el uno contra el otro sino luchando los dos contra sus propios trabajadores. El mayor problema para los capitales no es lo que hace el otro capital sino más bien el comportamiento y resistencia de sus propios trabajadores. Los capitales en competencia tienen un interés común en maximizar la explotación. La competencia es la forma en la cual el valor se impone (a espaldas de los actores).

La competencia, entonces, es una forma de lucha de clases. La lucha no es tanto entre dos grupos de personas (capitalistas y obreros) como entre dos formas de hacer, dos formas de entablar relaciones sociales. La lucha por parte del capital es una lucha para imponer el valor como forma de hacer (o forma de relaciones sociales), en la cual los que hacen están separados del control de su hacer. La lucha por parte de los obreros es una lucha en contra de la imposición del valor e implícita o explícitamente por una forma de hacer en la cual los hacedores mismos (los trabajadores) deciden qué debe hacerse y cómo. La lucha de los trabajadores es por un mundo que podría ser: la fuerza de su lucha es la fuerza en el presente de lo que todavía no es.

La guerra se parece a la competencia en el sentido de que, a pesar de las apariencias, siempre es una guerra en contra de la clase obrera.

Esto no significa que la guerra sea simplemente una extensión de la competencia entre capitales individuales o grupos de capitales. Puede ser que en algunos casos, las guerras se hagan simplemente para perseguir los intereses de los capitales ubicados en el estado en guerra, pero la separación fundamental entre lo político y lo económico (la particularización de lo político) significa que no es posible asumir que un estado actuará racionalmente en los intereses de los capitales ubicados en territorio. Es por eso que, en el caso del ataque en contra de Afganistán, aunque los intereses de los capitales o grupos de capitales particulares están presentes en las fuerzas que motivan las acciones del estado norteamericano, cualquier persecución de estos intereses estará filtrada por la confusión, el conflicto, la ignorancia e irracionalidad, que son parte integrante de la existencia del estado como forma particular de las relaciones sociales capitalistas.

Las guerras, como la competencia, parecen ser entre dos entidades distintas. En realidad, los dos estados son dos fragmentos de la administración política de

una sola sociedad capitalista global. Los estados parecen ser de sus sociedades nacionales particulares (estados soberanos), pero en realidad su base material se deriva de la explotación global del trabajo.

Además, al igual que en la competencia, en una guerra los estados individuales pelean volviéndose en contra de su propia población, intensificando la disciplina social. Típicamente, esto implica introducir conscripción para obligar a los hombres jóvenes a matar y ser matados; introducir la censura para que la gente no sepa lo que se hace; controlar, encarcelar o matar ‘extranjeros’ (aquellos que no están reconocidos como ciudadanos del estado); prohibir huelgas; intensificar la disciplina en el trabajo y aumentar los impuestos, entre otras medidas. Los estados en guerra están preocupados tanto por la falta de disciplina de su “propia” población como por el comportamiento del “enemigo”. El mayor enemigo para un estado en guerra no es el enemigo oficial sino la repulsión popular por todos lados en contra de los horrores y lo absurdo de la guerra.

En una guerra los estados luchan por intereses particulares, exactamente como lo hacen las empresas en la competencia. Sin embargo, el resultado más importante no es la victoria de una empresa u otra, de un estado u otro, sino la reestructuración de las relaciones sociales que se impone a través de la competencia o de la guerra, a espaldas de los actores. La forma tomada por esta reestructuración puede ser afectada por la victoria de uno u otro estado, ya que las políticas de diferentes estados reflejan diferentes equilibrios de relaciones de clase. Sin embargo, el efecto principal en las relaciones de clase no está determinado por quién gana, sino por la existencia misma de la guerra. Es la guerra la que conduce a una destrucción masiva del capital constante, a un aumento brutal de la tasa de plusvalía, a un disciplinamiento general de toda la sociedad y al refuerzo de todos los valores de hombría, disciplina y nacionalismo que son esenciales para el mantenimiento del orden capitalista. La guerra no es la única forma de alcanzar estas metas, pero a veces es una forma efectiva de hacerlo. La ausencia de la guerra puede contribuir a la erosión de la subordinación requerida por la expansión capitalista a largo plazo. Se puede argumentar que esta erosión es el núcleo de las dificultades actuales del capital.

En la guerra, como en la competencia, fragmentar la dominación es esencial para asegurar su efectividad. La separación de lo político y lo económico, y sobre todo la fragmentación de lo político en una multiplicidad de estados es crucial para el mantenimiento de la dominación capitalista.

Llegamos entonces a este resultado: de la misma manera en que los gerentes de Ford o General Motors (por ejemplo) están en el mismo bando en la guerra en contra de los trabajadores, así los generales de ambos ejércitos en una guerra están en el mismo bando en contra de la gente. Las armas de ambos lados están volteadas contra nosotros.

¿Cuáles son entonces las fuerzas que se oponen en una guerra? Sólo superficialmente son los dos ejércitos. Más profundamente, son los estados con sus ejércitos por un lado, y la gente desarmada por el otro. ¡Qué ridículo! Sí, pero con el mundo como está, hay que pensar lo ridículo para tener alguna esperanza.

Ridículo y al mismo tiempo no tan ridículo. Los motines y el asesinato de los oficiales por parte de sus soldados son un elemento significativo en todas las guerras. Pero no es solamente eso. Si entendemos la guerra como un intento de imponer una reestructuración de las relaciones sociales, entonces muchas veces no es muy exitosa. Si pensamos en la Primera Guerra Mundial como un proceso de reestructuración social, ¿cuáles fueron las fuerzas decisivas que moldearon la reestructuración? Las luchas revolucionarias de la gente en Rusia y en muchos otros países. ¿Qué fue lo que determinó el resultado de la Segunda Guerra Mundial como proceso de reestructuración? Las luchas latentes y abiertas de aquellos que se negaban a aceptar un regreso al capitalismo de los años '30. ¿Cuál fue la fuerza decisiva en la Guerra de Vietnam? La repulsión en contra del militarismo en todo el mundo, el llamado "síndrome de Vietnam" que los políticos y los generales tanto temen en la situación actual.

La guerra, como la competencia, es un conflicto no tanto entre dos grupos de gente como entre dos formas de relaciones sociales, dos formas de hacer. Por un lado, la violencia, la disciplina, la subordinación, la autoridad jerárquica, la negación de la dignidad humana. Por el otro lado, la insubordinación, la afirmación de la dignidad humana como una fuerza negada pero real, la lucha por una forma de resolver los conflictos que respete la dignidad humana. Por un lado, la desesperación de las armas, por el otro la confianza en nosotros que decimos "¡no!"

III

Todas las guerras son guerras en contra de la gente, pero esto es particularmente claro en el caso actual.

El protagonista principal es el estado norteamericano, pero la guerra está apoyada por una coalición internacional incluyendo a casi todos los estados. Esto se debe en parte a la presión estadounidense, pero sería equivocado pensar simplemente en términos de la fuerza del imperialismo estadounidense, o incluso en términos de un Imperio en el cual la fragmentación de lo político en una multiplicidad de estados ya no es importante. Es más bien que cada estado está aprovechando la oportunidad creada por la guerra y el ataque contra las torres gemelas para hacer avanzar sus propios intereses. Un ejemplo de esto sería la decisión del gobierno alemán de mandar sus tropas a la guerra, que tiene más que ver con sus propias políticas internacionales que con cualquier presión del estado norteamericano; o incluso el uso de la guerra, por el gobierno paquistaní, para reducir su deuda externa.

Mucho más importante que estos ejemplos es el hecho de que hay probablemente muy pocos estados (si es que hay alguno) que no hayan usado la situación actual para aumentar la vigilancia de sus poblaciones. No es por la presión estadounidense sino por su propia naturaleza de estados preocupados por el mantenimiento del orden y la atracción de la inversión capitalista, que los estados de todo el mundo están aprovechando la situación para aumentar la vigilancia de los grupos disidentes, intensificar el control de los extranjeros, restringir lo que se ha ganado a través de las luchas por los derechos humanos, aumentar la censura, incrementar los gastos en policía, ejército y seguridad privada. En muchos casos esto involucra la introducción de legislaciones o decretos oficiales que no hubieran sido posibles antes del 11 de septiembre: los ejemplos de Estados Unidos y de Gran Bretaña son los que vienen a la mente, pero tiene que haber muchos más. En otros casos hay simplemente una intensificación de la vigilancia de extranjeros y de grupos disidentes y una intensificación de la arbitrariedad con la cual son tratados. Muchas veces, los gobiernos presentan estas medidas como una respuesta a una situación externa, de la misma manera en que las medidas de austeridad económica se presentan como una respuesta al Fondo Monetario Internacional, pero en todos los casos son medidas introducidas por los estados individuales para disciplinar a sus propias poblaciones, para fortalecer la subordinación. En este sentido, la guerra actual es más directamente que nunca, una guerra de todos los estados contra toda la gente.

Tal vez lo más importante es ver que esta guerra de todos los estados es parte de un intento confuso, irracional, contradictorio y sobre todo oportunista de reestructurar las relaciones sociales a nivel global. Esto no significa que la guerra fuera planeada desde antes, ni que los atentados del 11 de septiembre fueran llevados a cabo por el propio gobierno estadounidense, sino simplemente que el estado norteamericano está aprovechando la ocasión para imponer (colaborativa y competitivamente) una reestructuración de las relaciones sociales. Estas medidas son tanto colaborativas como competitivas (como las relaciones entre los estados): colaborativas porque todos comparten un interés común en declarar “la guerra contra el terrorismo”, competitivas porque las medidas son inevitablemente parte de la lucha competitiva para atraer el flujo del capital a sus territorios particulares. Esta reestructuración está obviamente entrelazada con la crisis manifiesta del capitalismo y el intento de superarla. La crisis intensifica la naturaleza competitiva de las medidas y al mismo tiempo incrementa la presión para establecerlas, con el fin de imponer la subordinación de la sociedad en general.

¿Contra qué tipo de insubordinación está dirigido el ataque del capital? En cierta medida es justo lo que dicen los políticos: contra la insubordinación que se vuelve tan desesperada que se expresa a través de actos terroristas como los atentados del 11 de septiembre. Pero eso es nada más una parte pequeña del problema para el capital. Mucho más importante es el movimiento anticapitalista que ha ganado tanta fuerza en los últimos años. El ataque del capital y el asalto del 11 de

septiembre han golpeado duro al movimiento, no sólo por las medidas de vigilancia y represión, sino también por la conexión establecida en la mente de la gente entre protesta y terrorismo. Y más allá del movimiento explícitamente anticapitalista, el problema para el capital es la difusa falta de subordinación de la sociedad y la falta de respeto al capital; el desgano de la gente para dedicar su vida entera a la acumulación de capital.

Hay que mencionar especialmente una forma de insubordinación que es objeto muy obvio del ataque actual: la migración que cruza las fronteras. La migración es insubordinación en el sentido sencillo de que implica la negación a aceptar (por la razón que sea) las condiciones de vida o de empleo en el lugar de origen, pero no es solamente eso. Mucha de la migración es ilegal. No respeta los controles migratorios y no acepta, por lo tanto, la autodefinición territorial del estado y la definición de identidades sobre la cual el estado está construido. En años recientes, debido al ensanchamiento dramático de la brecha en términos de condiciones de vida entre países ricos y pobres, esta forma de migración ha aumentado muchísimo, y el control de la inmigración ilegal se ha vuelto una preocupación mayor para los estados. Se puede argumentar que el movimiento de los trabajadores constituye una de las amenazas más grandes a la reproducción del capitalismo: probablemente el movimiento libre de personas es incompatible con la existencia del capitalismo. La guerra contra el terrorismo es directa y obviamente una guerra en contra de los migrantes: las medidas “antiterroristas” introducidas por los gobiernos de Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países están dirigidas sobre todo en contra de los migrantes, casi todas (o todas) las personas detenidas han sido migrantes. Además, las medidas estatales promueven un racismo en la sociedad que va mucho más allá de los controles legales. El racismo está dirigido en primer lugar en contra de los migrantes, pero su énfasis en la identidad es un ataque contra todos, contra la humanidad misma.

Nosotros entonces, estamos en el centro de la guerra. No estamos en los márgenes como observadores impotentes. En esta guerra no somos víctimas sino protagonistas. El ataque contra nosotros implica inevitablemente una respuesta nuestra, un intento de luchar por nuestra humanidad. Es importante reconocer que el poder no está necesariamente con aquellos que tienen las armas, y que la guerra es parte de una lucha más amplia. Normalmente el resultado de las guerras dista mucho de las metas de sus protagonistas obvios. Los líderes políticos que encabezaron la masacre de la Primera Guerra Mundial no tenían en mente la Revolución rusa y la destrucción del orden que ellos querían defender. Churchill quería vencer a Hitler pero no fue por el estado de bienestar de la posguerra por lo que estaba luchando. Después de todas las guerras, los hombres armados preguntan horrorizados “¿fue por eso que peleamos?”. Y claro que no fue por eso, porque el resultado de las guerras no depende de las armas y las bombas. Depende de procesos mucho más profundos, de los cuales nosotros y nuestro grito somos parte activa.

IV

La guerra es una guerra en contra de nosotros, pero nuestra lucha no es una guerra contra ellos. El término “guerra de clases” es una metáfora desafortunada. Tiene el mérito de subrayar la violencia con la cual el capital nos ataca y la intensidad de nuestra negación. El problema con la metáfora es que sugiere que hay una simetría entre las partes en conflicto: en la guerra un ejército es la imagen de espejo del otro. Pero en la lucha de clases no puede haber simetría simplemente porque no es una lucha entre dos grupos de personas sino entre dos formas de hacer, dos formas de relaciones sociales. La organización militar y la autoemancipación son incompatibles, como los zapatistas han indicado en muchas ocasiones. La guerra actual es una guerra de todos los estados en contra de toda la gente. Pero no es nuestra guerra, por más que la violencia de la guerra nos tiene a tomar una pistola para matar a los políticos prepotentes, esos ejemplares grotescos de la inhumanidad que nos quieren imponer a todos. Dejemos la guerra en su lugar. La guerra es una forma capitalista de hacer, siempre dirigida en contra de la dignidad humana. La lucha en contra del capital es una antiguerra, la invención constante de nuevas formas de hacer, siempre un ir más allá de la perspectiva del capital. Ahora no es el momento de tomar las armas, sino de construir sobre la base de las lecciones del levantamiento zapatista y del movimiento anticapitalista de los últimos años. Los estados se han expuesto en la desnudez de su brutalidad, haciendo más claro que nunca que nuestra lucha va por otro camino.

La batalla de Afganistán

Ana Esther Ceceña*

Pocos momentos en la historia son tan propicios para evaluar la fuerza y alcances de la dominación hegemónica del mundo como el actual. Pocos son también de tal complejidad. Más allá de la indignación y rechazo que provoca la acción bélica emprendida por Estados Unidos, es preciso levantar algunas hipótesis sobre las causas, posibilidades y limitaciones de esta criminal aventura y trazar algunos escenarios a futuro.

Dos hipótesis de partida, aparentemente contrapuestas, tendrán que ser validadas por el desarrollo de los acontecimientos.

Giovanni Arrighi y Beverly Silver (Arrighi y Silver, 2001), como algunos de los más destacados postulantes, sostienen que la hegemonía norteamericana se encuentra ya en su fase de declinación, tal como ocurrió antes a las lideranzas holandesa y británica. Su propuesta se sustenta en gran medida en las dificultades financieras de Estados Unidos y en su incapacidad de mantener claramente el liderazgo del sistema financiero internacional¹.

*Economista (anae@servidor.unam.mx). Coordinadora del proyecto *Neoliberalismo y resistencia* en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México. Directora de la revista *Chiapas* (<http://www.multimania.com/revistachiapas>). Miembro fundadora del Grupo de Trabajo *Economía Internacional* de CLACSO.

Algunos otros analistas, entre los que la presencia latinoamericana o incluso tercermundista es notable, hemos sostenido la vigencia de esta hegemonía e incluso su fortalecimiento estratégico a partir del control de los núcleos paradigmáticos o *equivalentes generales* que rigen el desempeño general del sistema (Ceceña y Barreda, 1995; Ceceña, 1998; Ornelas, 2001), o a partir del análisis del comportamiento de las tasas de ganancia tanto de Estados Unidos como del resto de los países (Caputo, 1999 y 2000). En ambos casos, la preeminencia de las empresas norteamericanas y la capacidad del Estado norteamericano para concentrar y organizar los recursos y procesos mundiales no sólo sigue bien sustentada, sino que en los últimos veinte años logró un fortalecimiento evidente.

La imbricación entre las dimensiones económica, militar y cultural de la hegemonía ha permitido a Estados Unidos no sólo mantener su preeminencia sino reconstruir sus mecanismos y ámbitos de dominación y reposicionarse territorial y económicamente.

Sin embargo, estas hipótesis no son necesariamente contrarias -o no en todos los casos-, sino que más bien atienden a la visión de distintos ángulos del problema y a una perspectiva temporal de diferente amplitud. En todo caso no es un asunto menor. La evaluación de la capacidad hegemónica de Estados Unidos, así como la de sus características específicas, es indispensable para formular cualquier estrategia de superación o transformación de las condiciones sociales existentes y para comprender el sentido de guerras y ocupaciones territoriales como la de Afganistán.

El contexto de la guerra

La posición hegemónica de Estados Unidos, construida en gran medida en las dos guerras mundiales anteriores, tiene como sustento una estrategia combinada en diversas dimensiones:

Militar. Superioridad tecnológica en armamento e infraestructura de inteligencia; superioridad cuantitativa en armamento; capacidad para imponer políticas generales y para constituirse en árbitro (supervisión/destrucción de armas nucleares, químicas y biológicas) del resto del mundo; bases militares establecidas en los cinco continentes y en puntos estratégicos de los océanos; superioridad cuantitativa en efectivos militares y control de fuerzas militares regionales (OTAN, TIAR).

Económica. Superioridad tecnológica en casi todos los campos estratégicos de la competencia y en el peor de los casos superioridad compartida (Ceceña, 2000; Ceceña y Barreda, 1995); capacidad para imponer el paradigma tecnológico universal (Ceceña, 1998; Ornelas, 2001); superioridad en el control de fuentes naturales de recursos estratégicos; red productiva de mayor amplitud y densidad

en el mundo; manejo del mercado de trabajo más diverso desde el punto de vista cultural, geográfico y de niveles y tipos de conocimiento (Ceceña y Peña, 1995; Velasco, 1998); capacidad de control de los mecanismos de organización económica mundial tales como políticas generales (BM, OMC y otros), deuda (FMI, FED y otros), protocolos de regulación, etc².

Cultural. Capacidad para generalizar, aunque no sin contradicciones, un paradigma cultural correspondiente al *american way of life* -y a lo que éste significa traducido a otras situaciones y culturas- que coincide con la homogenización de mercados, la estandarización de la producción y la uniformación de las visiones sobre el mundo. Nadie tiene las condiciones de penetración que tiene el discurso cultural norteamericano que cuenta con una infinidad de transmisores y que garantiza la imposición de su ideología como dominante casi en todo el mundo.

El criterio rector, en general, parece ser su definición de *lo* estratégico en términos que conciernen a su capacidad de apropiación y a sus previsiones de necesidades futuras en campos esenciales. En uno de los estudios realizados por la muy reconocida Office of Technology Assessment (OTA) del Congreso, se señalan como estratégicos los recursos que tengan las siguientes características: 1. que sean esenciales para la industria militar y las otras de punta; 2. que no tengan sustitutos adecuados disponibles; 3. que no se produzcan o se produzcan en cantidades insuficientes en Estados Unidos (aun cuando para algunos el reciclaje sea significativo); 4. que sean producidos por un reducido número de países -entre los que se encontraba en aquel momento la URSS-, con los que Estados Unidos no tenga relaciones amigables o de fácil acceso, o los países del centro y sur de África y otros que no garantizan estabilidad (OTA, 1985). Para todos estos recursos habrá que trazar estrategias de acceso que permitan vencer obstáculos y resistencias y eso, generalmente, es una de las tareas encomendadas al ejército.

Estos criterios, formulados hace década y media, se mantienen sin muchos cambios hasta el día de hoy a pesar de la llamada revolución en los asuntos militares. En términos similares se encuentran presentes en la definición de objetivos del Departamento de Defensa, correspondiendo a la delimitación de los intereses vitales de Estados Unidos en la que destacan tres: 1. a asegurar el acceso incondicional a los mercados decisivos, a los suministros de energía y a los recursos estratégicos; 2. prevenir la emergencia de hegemones o coaliciones regionales hostiles; 3. disuadir y, si es necesario, derrotar cualquier agresión en contra de Estados Unidos o sus aliados (DoD, 1998).

Todos estos elementos combinados configuran las condiciones de posibilidad de la hegemonía estadounidense sobre el resto del mundo, aunque también sus contradicciones y límites³.

Los energéticos como eje

De conformidad con los criterios anteriores, la política estratégica estadounidense otorga una importancia central a la solidez, suficiencia e invulnerabilidad propias (mientras promueve lo contrario en el resto del mundo). La institución de paradigmas universales y la autosuficiencia constituyen las medidas de la solidez (Ceceña, 1998). La capacidad para disponer de todo aquello que requiere su seguridad alimentaria frente a las hambrunas en muchas partes del mundo (Barreda, Ocampo y Flores, 1995); su seguridad ideológica dejando fuera de sus fronteras (territoriales o culturales) cualquier intento de disidencia⁴; su seguridad económica manteniendo un mercado laboral flexible, diverso y disciplinado mediante el manejo de la ilegalidad (o indocumentación) o algunos otros mecanismos similares que permiten su recorte, ampliación o modificación de su contenido y geografía para aprovechar mejor sus ventajas comparativas (Ceceña y Peña, 1995; Velasco, 1998); su seguridad estratégica mediante un entramado político militar sustentado en tecnologías de comunicación, ataque y disuación que se extiende por casi todo el mundo (DoD, 1998; Ceceña, 2000); y su seguridad energética que garantiza su supremacía productiva y consuntiva pero que consiste, sobre todo, en mantener el control del *switch* que enciende y apaga la economía mundial y sus partes.

Los energéticos son el motor que garantiza la producción, el entretenimiento, la provisión de servicios y la mayor parte de las actividades cotidianas de la sociedad moderna. Su control permite tener una plataforma segura de despliegue y una capacidad de negociación privilegiada con el resto del mundo. La esencialidad de los energéticos, y su carácter no renovable, los colocan en el centro de la lucha por la hegemonía y, en la medida que su uso es creciente, conducen a una carrera desenfrenada por su monopolización⁵.

La seguridad nacional de Estados Unidos se construye a partir de su lugar hegemónico. Es por eso, el único caso en que esta seguridad nacional está planteada desde la perspectiva de un horizonte planetario en vez de circunscribirse a su propio territorio. La seguridad del hegemon depende de su capacidad de control y dirigencia sobre el resto. Así, la planeación estratégica de Estados Unidos exige el reforzamiento de la solidez interna (o externa pero propia), a la vez que el ordenamiento de los recursos, poblaciones y territorios del mundo de acuerdo con la definición hegemónica de la lógica general de funcionamiento y jerarquización.

Los atentados en Nueva York y el Pentágono, en el corazón financiero y militar del mundo, tienen muchas interpretaciones. Desde la conspirativa⁶ hasta la fundamentalista⁷, pasando por evaluaciones que buscan poner en orden el rompecabezas sin dejar partes de la explicación fuera de contexto y que tratan de considerar también los límites del sistema de poder y los espacios y modalidades de la resistencia.

Cualquiera que sea la interpretación de estos atentados, es evidente que cimbraron profundamente al sistema de poder y modificaron los escenarios. Sin embargo, la hipótesis que sostenemos aquí es que la respuesta del gobierno estadounidense se ciñe a una política trazada con anterioridad en sus líneas principales y sólo adaptada a las nuevas circunstancias; es decir, la incursión en el territorio euroasiático (así como en el latinoamericano) formaba parte de las estrategias de fortalecimiento de la posición hegemónica de Estados Unidos diseñadas antes del 11 de septiembre. Es por eso que Bin Laden es identificado como un enemigo peligroso, versátil, difuso e inasible, que desaparece sin dejar rastro, y que reclama, en consecuencia, un gran despliegue de fuerzas militares estadounidenses en Afganistán, primero, y en toda el área circundante —musulmana o no—, en seguida. Es por eso también que, al mismo tiempo, implica una intensa campaña de inteligencia que permita identificar el mapa de la resistencia en todo el mundo y disuadir potenciales hegemones, posibles enemigos de la supremacía norteamericana o del sistema que la engendra⁸.

I also stated that our task is much broader than simply defeating the Taliban or al-Qaeda: it is to root out global terrorist networks, not just in Afghanistan, but wherever they are, to ensure that they cannot threaten the American people or our way of life (Rumsfeld, 2001).

Efectivamente, la revisión de las concepciones político militares que tiene el gobierno de Estados Unidos sobre el significado de la defensa y garantía de sus intereses vitales (DoD, 1998) lleva a la revaloración del territorio mundial y al diseño de estrategias geopolíticas de reposicionamiento. Una de las líneas centrales de este reposicionamiento se traza, en el momento presente, por la geografía de los energéticos, que implica también desbaratar las condiciones de constitución de un potencial competidor hegemónico.

Por la dimensión y las características de su economía, Estados Unidos es el principal consumidor de energía en el mundo. Actualmente absorbe la cuarta parte del petróleo producido (19 mmbd) y calcula un incremento de 6 millones de barriles diarios en los próximos veinte años (NEPD, 2001). Adicionalmente, sus requerimientos de electricidad aumentan constantemente en razón de la digitalización de sus procesos productivos y del control automatizado de gran parte de las actividades de gestión administrativa, comercial y de servicios, sin olvidar las de entretenimiento. Por eso una de las prioridades de su estrategia de seguridad nacional la constituye el suministro y control de las fuentes de energéticos y el reforzamiento de sus vínculos con regiones ricas en ellos⁹.

America in the year 2001 faces the most serious energy shortage since the oil embargoes of the 1970s.

Estimates indicate that over the next 20 years, U.S. oil consumption will increase by 33 percent, natural gas consumption by well over 50 percent,

and demand for electricity will rise by 45 percent. If America's energy production grows at the same rate as it did in the 1990s we will face an ever-increasing gap.

...we produce 39 percent less oil today than we did in 1970, leaving us ever more reliant on foreign suppliers (NEPD, 2001: viii y x).

Esto explica en gran medida el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en el que el petróleo, gas natural, uranio, carbón y electricidad de México y Canadá se incorporan como parte de los acervos seguros de Estados Unidos¹⁰ y permiten contrarrestar el peso de los productores de energéticos de otras regiones (OPEP principalmente) sobre el mercado y sus precios¹¹.

Estados Unidos es el segundo productor mundial de petróleo (10,3%), sólo después de Arabia Saudita (12,4%) pero es el primer importador (25,2%) (OCDE, 2001)¹² y ya no se encuentra entre los diez primeros tenedores de reservas. El déficit energético en este momento apunta ya a una situación crítica en la que el petróleo constituye el elemento central aunque no el único, como lo declara el mismo Presidente:

To meet its petroleum needs, the United States has become the world's largest oil importer. U.S. imports of crude oil and petroleum products total 11 million barrels a day –more than the total consumption of South America, Africa, and the former Soviet Union combined. Imports are projected to rise to 15 million barrels per day by 2010 (...) while U.S. dependence on foreign oil has increased from 50 percent in 1993 to 56 percent today, the Department of Energy is projecting this amount to jump to 64 percent by 2020.

As important as oil is, however, it supplies less than half of America's energy needs. Increasingly, the most critical source of energy for the country is electricity, which is principally produced not by oil, but by natural gas, coal, nuclear energy, and hydroelectric power. Meeting America's growing appetite for electricity will be critical to the long-terms success of the digital revolution (Bush, 2000).

Geográficamente, la localización de yacimientos y de fuentes generadoras de energía se convierte entonces en un dato fundamental para la orientación de la política internacional de Estados Unidos y rige en gran medida sus movimientos de logística militar.

Desde la crisis del petróleo en 1973, que en realidad fue una crisis para los consumidores del recurso y de ningún modo una crisis general, la búsqueda por fuentes alternativas y por el descubrimiento, apertura y control de nuevos yacimientos no ha tenido tregua. Sin embargo, a pesar de que América Latina se ha revelado como la segunda región petrolera del mundo con un potencial mucho mayor del previsto, el Medio Oriente, junto con el área euroasiática y de Asia Central, sigue concentrando el 75% de los recursos mundiales.

Importancia estratégica de la región euroasiática

Los estudios realizados como base de la política nacional energética de Estados Unidos, desde antes del 11 de septiembre, apuntan con mucho interés el acercamiento a la región del Mar Caspio como proveedora potencial de grandes posibilidades. Actualmente sabemos que su riqueza petrolera se calcula en 200 mil millones de barriles, muy cercana a la de Arabia Saudita. En conjunto, esta región es definitoria para la geopolítica mundial de los energéticos y es el lugar de interés prioritario de Estados Unidos en este campo:

We need to strengthen our trade alliances, to deepen our dialogue with major oil producers, and to work for greater oil production in the Western Hemisphere, Africa, the Caspian, and other regions with abundant oil resources.

By any estimation, Middle East oil producers will remain central to world oil security. The Gulf will be a primary focus of U.S. international energy policy.

The Caspian Sea can also be a rapidly growing new area of supply (NEPD, 2001: 8-3, 5 y 7).

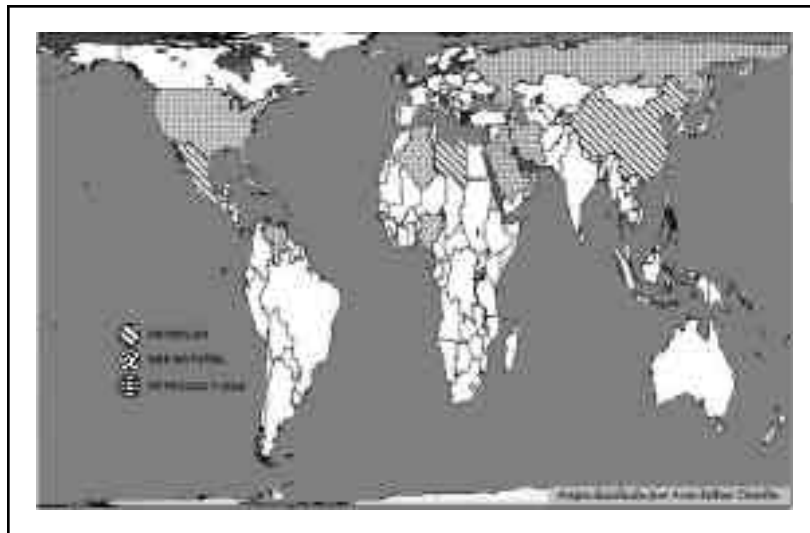
Los diez países con las mayores reservas petroleras del mundo se encuentran, mayoritariamente, en la zona que circunda el Mar Caspio (ver Mapa 1).

Esta región, con los mayores yacimientos petroleros, rica en gas natural y carbón, en uranio, oro y muchos otros minerales estratégicos entre los que se cuentan cromo, manganeso y wolframio (ver Mapa 2), es uno de los puntos del planeta que se ha mantenido dentro de las prioridades de atención de Estados Unidos por varias razones:

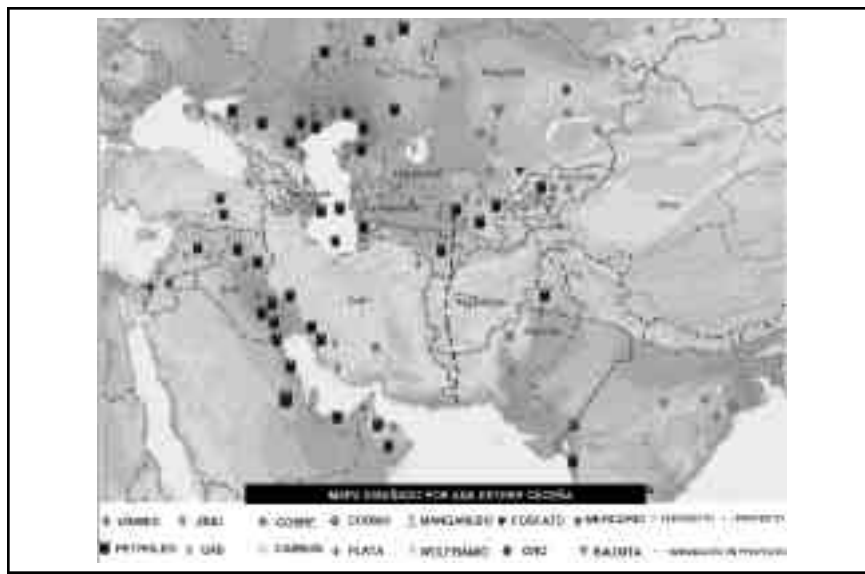
1. En ella se ubica China, única nación reconocida como hegemón potencial, con todas las condiciones para disputarle a Estados Unidos el liderazgo mundial. Para China es indispensable establecer relaciones adecuadas con los países productores de petróleo en sus alrededores dado que, a pesar de sus importantes reservas (China ocupa el 8° lugar mundial, con 3,4% del total)¹³, el crecimiento de su capacidad económica la ha conducido a una situación de relativa insuficiencia energética.

China is a critical player in global energy security issues, since its net oil imports are expected to rise from approximately 1 million barrels of oil per day at present to possibly 5 to 8 million barrels of oil per day by 2020, with a predominant (over 70 percent) dependence on Middle East imports. China moved in the mid-1990s from being a net oil exporter to a net oil importer (NEPD, 2001: p. 8-14).

Mapa 1
Reservas de petróleo y gas natural



Mapa 2



Este cuello de botella, bien manejado por Estados Unidos, puede constituir un punto de control sobre la expansión china tanto en el terreno económico como en el de la construcción de una fuerza cultural o incluso civilizatoria, liderada por China, alternativa a la de Occidente.

2. Los cinco principales países petroleros del mundo son Arabia Saudita, Irak, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos e Irán, con el 63% del total de reservas (ver Cuadro 1). No obstante, los países circundantes del Mar Caspio tienen también actualmente una gran importancia como fuentes alternativas y como elementos para el juego de enfrentamientos que permite controlar mejor el mercado petrolero. Destacan la Federación Rusa y Kasajstán con importantes reservas de petróleo, y este último como segundo tenedor mundial de uranio después de Australia, y con grandes reservas de carbón y oro.

Cuadro 1
Reservas mundiales de energéticos. (fines de 1999)

Petróleo (millones de tons)			Carbón (mtoe)		
Total mundial	142.435	100.0	Total mundial	656.302,0	100.0
Saudi Arabia	35.983	0.0	Estados Unidos	166.662,7	25.4
Irak	15.141	0.0	Federación Rusa	104.673,3	15.9
Kuwait	13.310	0.0	China	76.333,3	11.6
Emiratos Árabes Unidos	12.915	0.0	India	56.264,0	8.6
Irán	12.667	0.0	Australia	54.726,7	8.3
Venezuela	10.996	0.0	Alemania	44.000,0	6.7
Federación Rusa	6.654	0.0	Sudáfrica	33.013,3	5.0
China	4.793	0.0	Ucrania	22.768,7	3.5
Libia	3.892	0.0	Kasajstán	22.666,7	3.5
México	3.858	0.0	Polonia	14.773,3	2.3
Los 10 primeros		0.1	Los 10 primeros		90.8
Gas natural (mtoe)			Uranio (miles de t U)		
Total mundial	139.104,7	100.0	Total mundial	3.281,5	100.0
Federación Rusa	43.825,2	31.5	Australia	670,0	20.4
Irán	22.319,4	16.0	Kasajstán	598,6	18.2
Qatar	10.008,3	7.2	Estados Unidos	349,0	10.6
Emiratos Árabes Unidos	5.511,9	4.0	Canadá	326,4	9.9
Saudi Arabia	5.304,4	3.8	Sudáfrica	292,8	8.9
Estados Unidos	4.352,6	3.1	Namibia	180,5	5.5
Argelia	4.152,0	3.0	Brasil	162,0	4.9
Venezuela	3.811,9	2.7	Federación Rusa	140,9	4.3
Nigeria	3.227,4	2.3	Usbekistán	83,1	2.5
Irak	2.855,6	2.1	Ucrania	81,0	2.5
Los 10 primeros		75.7	Los 10 primeros		87.9

Fuente: datos de World Energy Council y The Petroleum Economist 2001.

Proven oil reserves in Azerbaijan and Kazakhstan are about 20 billion barrels, a little more than the North Sea and slightly less than the United States. Exploration, however, is continuing, and proven reserves are expected to increase significantly.

Russia has about 5 percent of the world's proven reserves (...) making it both the world's third largest producer and second largest exporter at 4.2 million barrels of oil per day, (NEPD, 2001: 8-12 y 13).

La zona en conjunto es vital para garantizar la continuidad del sistema productivo mundial y las relaciones de dominación que lo impulsan, como puede observarse en el Mapa 2, que ubica geográficamente los principales recursos de la zona.

3. La región es lugar de cruce de tres culturas que no sólo han resistido el empuje de Occidente sino que se fortalecen y se presentan claramente como capaces de dar respuesta a los problemas que el capitalismo, sustento de la cultura occidental, no está en condiciones de solucionar. Afganistán es precisamente el vértice entre estos tres conjuntos y, por tanto, un lugar estratégico para impedir, controlar o encauzar las interrelaciones entre ellos.

Las explicaciones de la guerra

La guerra en Afganistán aparece así como una estratagema para legitimar y acelerar los posicionamientos e incursiones varias que de cualquier manera estaban intentándose en la zona. Para Michael T. Klare:

...el verdadero centro del conflicto es Arabia Saudita, no Afganistán (o Palestina), y debido a que los objetivos últimos de Bin Laden incluyen la imposición de un nuevo gobierno saudita que, a cambio, controlaría el más importante premio geopolítico sobre la faz de la tierra: los vastos yacimientos petroleros sauditas, que representan la cuarta parte de las reservas de petróleo conocidas en el mundo (Klare, 2001).

Sin embargo, sin desestimar los intentos por reforzar los vínculos con Arabia Saudita, Afganistán parece reunir más atractivos.

Está en una zona en la que Estados Unidos no tiene suficientes puntos de control. La guerra en Afganistán permite cubrir esa carencia de manera más o menos legítima.

Afganistán no sólo es punto de cruce de culturas muy fuertes y sólidas sino que es el territorio elegido para la construcción de oleoductos que den una alternativa de salida al petróleo del Caspio frente a las rutas por el Golfo Pérsico o hacia el Mar Mediterráneo, que implican el paso por regiones hostiles o peligrosas, altamente inseguras para Estados Unidos.

Adicionalmente, es un centro importantísimo de producción de opio y heroína¹⁴, mercancías que, como el petróleo, son sustento de altas ganancias y, en la actualidad, forman parte ineludible del mantenimiento de los circuitos de la dominación.

El posicionamiento en Afganistán permite cerrar la pinza en torno a China y limitar su expansión. Sobre todo cuando se trata de una zona incierta en la que Estados Unidos no tiene ninguna seguridad de lealtad o compromiso.

Cabe esperar, por lo tanto, que la ofensiva bélica en Afganistán no sólo no se detenga sino que se extienda hacia la zona circundante, se conecte con la guerra palestino-israelí y se complemente con las imposiciones sobre Irak, que no son sino otras piezas esenciales del rompecabezas de la geopolítica del poder en esa gran región. A su vez, la guerra palestino-israelí favorece el establecimiento de posiciones de un lado y otro del Caspio y permite rodear la zona en la que se encuentran Irán, Irak y los mayores yacimientos petroleros. La persecución de Bin Laden, personaje con extraños vínculos históricos con la familia Bush¹⁵ que desaparece de escena siempre que se supone cercado, y que seguramente abrirá pistas en países interesantes desde el punto de vista estratégico, es la mejor justificación de estos movimientos de ocupación estratégica de la región en cuestión.

La geopolítica de los contrapesos

OPEC countries supply 46 percent of U.S. oil imports, while non-OPEC countries such as Canada, Mexico and Colombia supply the remaining 54 percent

George W. Bush

La guerra desatada en Euroasia y Asia Central no cancela los intereses de Estados Unidos sobre otras regiones del mundo. Al contrario, fortalece la necesidad de establecer contrapesos en todos los terrenos esenciales y, entre éstos, el energético es fundamental:

Given the large and projected growing volume of U.S. oil imports, our energy and economic security will increase if we take the steps necessary to realize America's potential as a major world oil and natural gas producer.

We can strengthen our own energy security (...) by working cooperatively with key countries... (NEPD, 2001: 8-3).

Es sabido que las estrategias de dominación se despliegan en escenarios múltiples, simultáneos y alternativos donde las apuestas son siempre combinadas y no se juega nunca una sola línea sino tantas como sea posible. En estas circunstancias, las ofensivas desarrolladas en Asia se acompañan de un recrudescimiento de los proyectos de dominación y control territorial de América Latina. En los últimos meses, desde antes del 11 de septiembre pero quizá con mayor énfasis des-

pués, las presiones sobre América del Sur para la instalación de bases militares, para la supervisión de territorios supuestamente controlados por el narcotráfico, la aceleración de exploraciones petroleras y la insistencia por privatizar todos los sectores estratégicos se han intensificado.

Si ya se tenía un despliegue de posiciones militares que en conjunto permitían un control triangulado de todo el territorio de América del Sur, con una ubicación muy cercana a los sitios que albergan las principales riquezas naturales de la región (biodiversidad, petróleo y agua) (ver Mapa 3), después del 11 de septiembre las presiones y los movimientos estratégicos se acrecientan.

Mapa 3



El caso más evidente corresponde a la identificación de la llamada triple frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay como territorio de asiento de grupos musulmanes que podrían estar vinculados con Bin Laden. Es sabido que esa zona tiene un enorme interés geopolítico y geoeconómico por ser una frontera privilegiada que comunica a los dos países más importantes de América del Sur, por estar en un lugar rico en biodiversidad y con mucha agua, que además puede ser una buena fuente de energía eléctrica.

Están también los posicionamientos logrados con la realización de ejercicios militares en varios puntos, el decreto que permite realizar ejercicios nucleares en Tierra del Fuego¹⁶ y el permiso para establecerse en la Patagonia (en la región petrolera), además de todos los puntos establecidos bajo la cobertura de la rebelión

en Ecuador (base de Manta) y del Plan Colombia, sin dejar de mencionar la base de Maranhao, en la costa atlántica de Brasil.

Como lo expresó muy adecuadamente Jorge Colombo, integrante de la Armada estadounidense:

La preservación del nivel actual de stocks y la predicción de necesidades futuras especialmente en relación con su dependencia en la importación de los minerales clasificados como esenciales, críticos y estratégicos, debería impulsar a Estados Unidos a contemplar la posibilidad de incluir a América Latina como fuente de provisión alternativa permanente, dentro de una planificación que contemple tanto la modificación de la legislación en vigor como su proyección en el corto, mediano y largo plazo (Colombo, 1996).

Y, justamente, los recursos naturales y humanos de América Latina han sido incorporados a los acervos estadounidenses en las previsiones a futuro. En el caso de los energéticos el aporte latinoamericano es fundamental para apuntalar la situación de competencia de Estados Unidos. Venezuela y México ocupan el sexto y décimo lugares en reservas mundiales de petróleo, Brasil es el séptimo lugar en reservas de uranio y Venezuela el octavo en gas natural. En conjunto, la producción americana de petróleo iguala la de Medio Oriente y contribuye a fijar los precios y a flexibilizar el mercado. La exploración petrolera en América Latina ha permitido identificar nuevas zonas o nuevos yacimientos en las ya conocidas. Es el caso en Colombia, a lo largo de la cordillera que cruza el país y las regiones controladas por la guerrilla, es también en el mar territorial de Brasil, los yacimientos del Golfo de México en la región conocida como los “hoyos de la dona” (donde se estima un total de 22 mmb), además de los del sureste de México¹⁷ y, como algo especial, las estimaciones globales de Argentina que permiten hablar de 200 mmb¹⁸, una cantidad equivalente a la de Arabia Saudita o a la del Mar Caspio.

Las tres iniciativas más importantes para garantizar el uso de los recursos latinoamericanos de acuerdo con las prioridades de competitividad y seguridad nacional de Estados Unidos ya se promovían desde antes del 11 de septiembre y se mantienen como prioritarias después: se trata del Plan Puebla Panamá, del Plan Colombia y del ALCA.

El Plan Puebla Panamá se anuncia como un gran proyecto para solucionar la pobreza, ofrecer empleos y promover inversiones bajo criterios supuestamente de sustentabilidad en el uso de los recursos naturales. Abarca una zona estratégica desde el punto de vista geográfico ya que comprende tanto el Istmo de Tehuantepec como el largo istmo centroamericano, y desde el punto de vista biológico comprende el eslabón que comunica y conecta las biotas neotropical y neoártica y alberga en su seno un alto grado de endemismos. Región sociodiversa con una población de 64 millones de personas entre las cuales el 35% (22 millones) son jóvenes entre 15 y 34 años y con un nivel salarial sumamente deprimido (INEGI,

2001). Toda el área petrolera de México se encuentra en la región comprendida por el Plan Puebla Panamá, el corredor biológico mesoamericano con sus puntos nodales en la Selva Lacandona y el Paso de Darién y una fuerza de trabajo inmejorable para la producción maquiladora (off-shore) (ver Mapa 3).

El Plan Colombia se dirige a la región amazónica en su conjunto. Embona con el Puebla Panamá y parece constituir un dique de posiciones militares susceptible de mediar (o impedir) las comunicaciones entre el norte y el sur de América Latina. Siguiendo la ubicación de posiciones militares en la región amazónica se puede trazar una línea imaginaria capaz de abarcar toda la zona sur del continente y, si a esto agregamos los que han sido colocados en el sur de Argentina y en la región Antártica se puede percibir un triangulamiento estratégico del territorio sudamericano. Una enorme coincidencia de las actividades militares con las zonas de riqueza natural equiparan este plan con el Puebla Panamá, aunque en éste la participación militar es mucho más discreta todavía¹⁹.

El ALCA aparece, en este escenario, como una vuelta más a la tuerca. Proyecto integrador que, como el TLCAN, no se restringe a la apertura de mercados sino a la imposición de condiciones de funcionamiento general en todos los aspectos de la vida, desde la gestión monetaria y financiera hasta la uniformación en los patrones de consumo, pasando por la del sistema educativo, por las relaciones políticas, etc.

Abriendo paso a estas tres iniciativas se pone en práctica un conjunto de medidas entre las que destacan los agobios financieros (como el de Argentina de fines de 2001), el estrangulamiento general de las economías latinoamericanas mediante el endeudamiento externo, las presiones privatizadoras, las dolarizaciones, las amenazas de golpe de Estado y las intromisiones directas, visibles o encubiertas.

Los tratados de libre comercio son instrumentos muy valiosos en esta integración de intereses para sustentar la hegemonía estadounidense y su posición de fuerza en la economía mundial. Su diseño está vinculado a su concepción de seguridad nacional y considera como punto central la construcción de una situación relativa de invulnerabilidad para Estados Unidos. Así, el TLCAN compromete los recursos de la región de América del Norte²⁰ en el esfuerzo por consolidar la posición hegemónica de Estados Unidos en detrimento de los otros dos socios; el ALCA comprometerá a todo el continente en una dura lucha por mantener las jerarquías y el sistema general de dominación hoy vigente.

Ninguno de estos planes se cancela con la guerra de Afganistán. Al contrario, lo que se percibe es su reforzamiento. La reorganización de la territorialidad y el reordenamiento de los recursos y sus usos no obstante, atendiendo al rechazo general por la ofensiva en Afganistán y a la resistencia de los pueblos latinoamericanos frente a estas tres iniciativas, se acompaña con un fuerte impulso hacia la militarización de la política y de la vida social y con el establecimiento de una gestión supranacional de la contrainsurgencia y de los sistemas de inteligencia.

La reorganización general del territorio mundial, necesaria para mantener la solidez de la posición hegemónica de Estados Unidos, implica una imposición y un golpe de fuerza sobre la capacidad de autodeterminación de los pueblos del mundo, una nueva expropiación de sus recursos y una cancelación de la política. En estas condiciones la apuesta hegemónica genera resistencias de una envergadura equivalente a sus propósitos.

Los límites de la hegemonía

Ser una superpotencia inigualada deteriora la inteligencia militar de la estrategia. Pensar estratégicamente implica que uno se imagine en los zapatos del enemigo. Entonces es posible prever, amagar, tomar por sorpresa, desbordar por los flancos, etcétera. Malinterpretar al enemigo puede conducir, a largo plazo, a la derrota —la propia. Así se derrumban a veces los imperios

John Berger

Volviendo a las hipótesis del inicio y atendiendo a las respuestas populares en todo el mundo, podríamos efectivamente aceptar que la hegemonía estadounidense está en decadencia al tiempo que se encuentra más fuerte y consolidada que nunca antes en la historia. A mi parecer no hay contradicción en esto porque se trata de dos niveles de abstracción distintos.

La hegemonía estadounidense sobre el mundo actual es indiscutible y no hay potencia visible capaz de disputarla, a pesar de desenvolverse en un contexto de permanente contradicción y competencia en todos los niveles. Los elementos para sustentar esta afirmación son múltiples y no dejan lugar a dudas²¹.

La hegemonía estadounidense, como portadora y constructora de la legitimidad sistémica occidental y/o capitalista, está en franca declinación. El rechazo, cada vez más amplio, a la visión y modo hegemónicos de organización del mundo y sus partes es augurio de ruptura epocal y marca los límites de posibilidad de esta hegemonía. La emergencia de otras culturalidades, cosmovisiones y propuestas de organización social es signo de la decrepitud civilizatoria de la hegemonía capitalista. No se trata, como lo ha señalado Huntington, de un choque de civilizaciones, sino de la apertura de una dimensionalidad nueva en la que la diversidad y el reconocimiento del otro ocurren fuera del mercado y de los lineamientos de la competencia y en la que las explicaciones del mundo se trazan fuera de los horizontes capitalistas.

Los límites de la hegemonía estadounidense son los límites de la hegemonía capitalista y su decrepitud es coincidente. Los pueblos del mundo no tienen más posibilidad de existencia en este sistema que la de la negación y eso, sin duda, es el mayor límite para el desarrollo no sólo de la hegemonía sino del sistema de do-

minación en su conjunto. Un sistema sin opciones, sin salidas, sin solución para las inmensas mayorías negadas no tiene manera de sostenerse y crea, como decía Marx, las condiciones de su autodestrucción. Sólo que esas condiciones son su contrario, son la mayor esperanza de vida conocida hasta hoy, son nuestra única posibilidad de futuro.

...ofrecer la propia vida contra las fuerzas que han empujado al mundo adonde está, es la única manera de invocar un todo, más grande que aquel de la desesperanza (Berger, 2001).

La sepulturera de la hegemonía no es otra que la libertad, ésa de la que Hanna Arendt dice:

Sólo en la libertad de hablar uno con otro nace el mundo sobre el cual se habla, en su objetividad visible desde todos los puntos (Arendt, 1999: 60).

Bibliografía

AFP 2001 “Comienza a fluir de nuevo el opio”, en *La Jornada* (México) 21 de noviembre.

Arendt, Hanna 1999 *O que é política?* (Río de Janeiro, Brasil: Bertrand).

Barreda, Andrés, Nashelly Ocampo y Gonzalo Flores. 1995 “El proceso de subordinación alimentaria mundial” en Ceceña, Ana Esther y Andrés Barreda (coords) *Producción estratégica y hegemonía mundial* (México: Siglo XXI).

Berger, John 2001 “Los siete niveles de la desesperanza”, en *La Jornada* (México) 9 de noviembre.

Bush, George 2001 “Presentación de la Ley Patriótica”, en Internet, <http://u-sinfo.state.gov/espanol/>.

Bush, George W. 2000 *Plan de seguridad nacional energética*, documentos de campaña.

Caputo, Orlando 1999 “La economía mundial actual y la ciencia económica. Algunas reflexiones para la discusión” en Estay, Jaime, Alicia Girón y Osvaldo Martínez (coords) *La globalización de la economía mundial. Principales dimensiones en el umbral del siglo XXI* (México: BUAP-IIIEc-CIEM-Porrúa).

Cason, Jim y David Brooks 2001 “Retorna el cultivo de amapola al territorio liberado por los aliados de Estados Unidos” en *La Jornada* (México) 28 de noviembre.

Ceceña, Ana Esther (coord) 1995 *La internacionalización del capital y sus fronteras tecnológicas* (México: El Caballito).

Ceceña, Ana Esther (coord) 1998 *La tecnología como instrumento de poder* (México: El Caballito).

Ceceña, Ana Esther 2000 “Los diferentes planos de construcción de la hegemonía”, ponencia al seminario de la Red de Estudios de la Economía Mundial, en <http://redem.buap.mx>

Ceceña, Ana Esther y Ana Alicia Peña 1995 “En torno al estatuto de la fuerza de trabajo en la reproducción hegemónica del capital”, en Ceceña, Ana Esther y Andrés Barreda (coords) *Producción estratégica y hegemonía mundial* (México: Siglo XXI).

Ceceña, Ana Esther y Andrés Barreda (coords) 1995 *Producción estratégica y hegemonía mundial* (México: Siglo XXI).

Ceceña, Ana Esther y Paula Porras 1995 “Los metales como elemento de superioridad estratégica”, en Ceceña, Ana Esther y Andrés Barreda (coords.) *Producción estratégica y hegemonía mundial* (México: Siglo XXI).

Colombo, Jorge 1996 (1989) *La importación de minerales estratégicos en los Estados Unidos: su dependencia y vulnerabilidad. América Latina como fuente de provisión alternativa* (Escuela de Guerra Naval de Estados Unidos y Universidad de Rhode Island).

Chossudovsky, Michel 2001 “Las culpas del aliado”, en *Masiosare* (México) No. 203, 11 de noviembre, *La Jornada*.

Deutch, John 1994 *DoD and the national information infrastructure*, en Internet, The Department of Defense.

Frei Betto 2001 “Interesantes lazos de familia”, en *La Jornada* (México) 12 de noviembre, <http://lajornada.unam.mx>.

Huntington, Samuel P. 1997 *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (Buenos Aires: Paidós).

INEGI 2001 *Plan Puebla Panamá (compendio de información de la región)*, en Internet, <http://www.inegi.gob.mx>.

Klare, Michael T. 2001 “La geopolítica de la guerra”, en *The Nation/La Jornada*, 6 de noviembre.

National Energy Policy Development Group (NEPD) 2001 “National Energy Policy”, en Internet, <http://www.doe.gov/>

OCDE 2001 “Energy Statistics and Balances of non-OECD Countries; Oil Information”, en Internet, <http://www.oecd.org>.

Office of Technology Assessment 1985 *Strategic materials: technologies to reduce U.S. import vulnerability* (Washington, D.C.), mayo.

Ornelas Bernal, Raúl 2001 *Les entreprises transnationales et la domination économique. La concurrence au sein du noyau technologique*, Tesis de doctorado, Université de Paris X.

Presidencia de la República 2001 *Plan Puebla-Panamá*. Documento Base. Capítulo México, Informe Ejecutivo, mimeo.

Rumsfeld, D. 2001 “Statement of the Secretary of Defense” en http://www.defenselink.mil/news/Nov2001/b11012001_bt560-01.html

Seoane, María y Vicente Muleiro 2001 *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla* (Buenos Aires: Ed. Sudamericana).

U. S. Department of Defense 1998 *National security strategy for a new century*.

Velasco, Edur 1998 “Cadenas de cuarzo y salario virtual: cambio tecnológico, ciclos largos y clase obrera”, en Ceceña, Ana Esther (coord.) *La tecnología como instrumento de poder* (México: El Caballito).

Velasco, Edur 2002 “Asia Central en el siglo XXI y los movimientos de larga duración en la economía mundial”, en *Chiapas 13* (México: ERA en prensa).

World Energy Council y The Petroleum Economist, 2001, mapas.

Notas

1 Recomiendo la lectura directa del texto de Arrighi y Silver que aporta elementos valiosos al debate sobre la hegemonía. No me es posible desarrollar en detalle ni sus posiciones ni los puntos de controversia con ellos, cuestión que será objeto de un trabajo posterior.

2 Sobre todo en este último punto es preciso reconocer que no es un terreno exento de contradicciones y que las negociaciones pueden ser, como en el caso reciente de la Organización Mundial de Comercio (OMC), relativamente complicadas. Lo importante a destacar es que Estados Unidos es el único participante capaz de organizar o forzar al resto. Lo mismo ocurre con un veto de su parte. Se trata indudablemente del participante con el mayor peso específico.

3 A juzgar por el grado de efervescencia en el que se encuentra todo el planeta, las implicaciones de un poder desarrollado a tales niveles parecen estar abriendo el espacio de confluencia entre las dos hipótesis enunciadas inicialmente, haciendo de las razones de superioridad motivos de confrontación de envergadura civilizatoria que podrían determinar realmente la declinación del más desarrollado sistema de dominación que se haya conocido en la historia de la humanidad.

4 Al respecto ver el texto de la Ley Patriótica del 26 de octubre de 2001. La presentación de esta Ley por el presidente Bush señala: “El proyecto de ley que se ha presentado tiene en cuenta las nuevas realidades y peligros que plantean los terroristas modernos. Permitirá a los agentes encargados de aplicar la ley identificar, dismantelar, desbaratar y castigar a los terroristas antes que ataquen (...) permite a las operaciones de inteligencia y a las operaciones policiales la posibilidad de operar no a lo largo de rutas separadas, sino compartiendo información vital que es tan necesaria para dismantelar un ataque terrorista antes que ocurra (...) Contrarrestar e investigar la actividad terrorista es la prioridad número uno para las agencias de aplicación y los servicios de inteligencia” (Bush, 2001).

5 Desde hace tiempo se realizan estudios sobre energéticos sustitutos en los que el Departamento de Defensa ha puesto especial empeño. Hasta ahora no se ha encontrado el modo de mantenerse en la punta de la competencia mundial prescindiendo del uso del petróleo. Actualmente el presidente Bush intenta reactivar el uso de la energía nuclear, con todos los problemas que eso implica, pero sin pretender sustituir por esa vía el uso del petróleo. La ener-

gía nuclear, a su vez, genera problemas similares a los del control de las fuentes petroleras puesto que supone disponer de los yacimientos de uranio que no se encuentran en territorio estadounidense. Ver en el Cuadro 1 la lista de países con las mayores reservas de uranio.

6 Dejando de lado las versiones caricaturizadas de esta vertiente, algunos de sus mejores exponentes, que han aportado una gran cantidad de elementos de análisis, sostienen que el ataque puede atribuirse a una difícil combinación de intereses entre una parte de la CIA, el Inter Services Intelligence (ISI) de Pakistán y algunas fuerzas dentro del gobierno mismo de Estados Unidos, vinculadas a intereses petroleros importantes. Entre los trabajos más serios en este sentido se cuentan Edur Velasco y Michel Chossudovsky.

Velasco alerta sobre los vínculos estrechos entre ambos sistemas de inteligencia y sobre la importancia de fortalecer la posición de Pakistán ante un posible acuerdo entre Rusia, China e India y para propiciar la entrada estadounidense en las repúblicas ex soviéticas. El beneficiado en esta guerra, por lo menos en un inicio, es sin duda Pakistán y, sin pronunciarse abiertamente acerca de la propia intervención estadounidense en los atentados del 11 de septiembre, sí indica una serie de coincidencias y de movimientos de integrantes de la CIA, del ISI y de algunas empresas petroleras que permitirían apuntar hacia allá. “Un dato que ha sido omitido por muchos de los analistas sobre los prolegómenos de la guerra de Afganistán, en los días previos al ataque a Nueva York, fue la ‘sabia y oportuna’ decisión de la British Petroleum de cancelar su compromiso con China de construir el oleoducto Xinjiang-Shangai, el 10 de septiembre de 2001, 24 horas antes del derrumbe de las torres gemelas” (Velasco, 2002).

Después de un cuidadoso y detallado examen de los vínculos entre los generales paquistaníes del ISI y el Departamento de Estado de Estados Unidos, Chosudovsky concluye “...que personas clave dentro de la institución de la inteligencia militar estadounidense podrían haber sabido de los contactos del ISI con el “líder del grupo” terrorista del 11 de septiembre, Mohamed Atta, y no actuaron. Faltaría comprobar si esto representa una patente complicidad de la administración Bush. Sin embargo, lo que sí está claro como el agua es que esta guerra no es una “campaña contra el terrorismo internacional”. Es una guerra de conquista con consecuencias devastadoras para el futuro de la humanidad. Y el pueblo estadounidense ha sido consciente y deliberadamente mal dirigido por su gobierno” (Chossudovsky, 2001).

7 Ésta es la posición que sostienen oficialmente el gobierno de Estados Unidos y sus aliados.

8 Éstos son dos de los propósitos fundamentales del Departamento de Defensa norteamericano relacionados con los mecanismos para garantizar la seguridad nacional de Estados Unidos (DoD, 1998).

9 “...U.S. Energy and economic security are indirectly linked not only to our domestic and international energy supplies, but to those of our trading partners as well” (NEPD, 2001: 8-3).

10 El Plan Nacional de Seguridad Energética propone “Support a North American Energy Framework to expand and accelerate cross-border energy investment, oil and gas pipelines, and electricity grid connections by streamlining and expediting permitting procedures with Mexico and Canada” (NEPD, 2001: xv).

11 La producción de América en conjunto iguala la del Medio Oriente siendo los dos bloques más importantes de productores con 30% del mercado cada uno.

12 “Today the United States consumes one-quarter of the world’s energy – 28 percent of which is imported from abroad” (Bush, 2000).

13 Esta estimación considera solamente a los países poseedores del recurso pero no incluye los yacimientos ubicados en aguas internacionales (World Energy Council y The Petroleum Economist, 2001).

14 “Afganistán pasó, en veinte años de guerra, de pequeño productor de opio a primer productor mundial, habiendo llegado a representar 70% bajo los talibanes. En julio de 2000 el mullah Mohammad Omar, deseoso de mejorar la imagen internacional de su régimen, declaró impío el cultivo de la amapola, que cayó 95%. La guerra contra el terrorismo lanzada por Estados Unidos en Afganistán después de los atentados del 11 de septiembre llevó a los talibanes a suspender la prohibición. En Afganistán una hectárea de trigo aporta 58 dólares al plantador contra 9 mil dólares la hectárea de amapola” (AFP, 2001). “Según el Programa de Drogas de la Organización de Naciones Unidas (ONU), Afganistán fue, hasta hace poco, el mayor productor de opio en el mundo; cultivaba suficiente amapola como para surtir 75% de la heroína que se consume en el mercado mundial. Inicialmente el talibán toleró la producción de opio y cobraba un impuesto a los cultivadores, pero el año pasado prohibió la producción de la droga y Afganistán sólo logró producir 185 toneladas de amapola, una reducción de 95% comparado con el año anterior, según cifras de la ONU (...) Bernard Frahi, funcionario del Programa de Drogas que se encuentra en Islamabad, comentó al Wall Street Journal que recibió los primeros informes de nuevos cultivos de opio en Afganistán a mediados de octubre” (Cason y Brooks, 2001).

15 Frei Betto reproduce una serie de datos que muestran las estrechas relaciones entre las dos familias por lo menos desde que “...George [padre], a mediados de los años sesenta, se hizo amigo de un contratista árabe que viajaba con frecuencia a Texas, presentándose al poco tiempo en la sociedad local: Muhammad Bin Laden. En 1968, al sobrevolar los pozos de petróleo de Bush, Bin Laden murió en un accidente aéreo en Texas. Los lazos de familia, sin embargo, estaban creados”

(Frei Betto, 2001). Estas relaciones siempre han estado vinculadas a los intereses petroleros de ambas familias y se han establecido en colaboración con la CIA.

16 Mediante un decreto provincial, el gobierno de Tierra del Fuego cedió tierras para la instalación de una base norteamericana que realizará “estudios nucleares con fines pacíficos”, y cuya instalación se hará en la ciudad de Tolhuin, que está en el centro de la isla. El decreto provincial es consecuencia de la ley que sancionó la Cámara de Diputados de la Nación, en el año 1998, ley que contempla en los anexos “que podrán realizarse explosiones nucleares subterráneas con fines pacíficos”. El gobernador de Tierra del Fuego, Carlos Mafredotti, firmó el 26 de julio de 2001 el decreto No. 1369, que autoriza la instalación de una base del Sistema Internacional de Vigilancia para la Prevención y Prohibición de Ensayos y Explosiones Nucleares”. Invoca la ley nacional 25.022 del año 1998. El decreto habilita a los integrantes de esta base el libre tránsito, porque la requieren para sus estudios.

17 “Mexico is a leading and reliable source of imported oil, and its large reserve base, approximately 25 percent larger than our own proven reserves, makes Mexico a likely source of increased oil production over the next decade” (NEPD, 2001: 8-9).

18 Seoane y Muleiro citan un informe confidencial del Departamento de Estado, fechado el 16 de mayo de 1977, donde se señala que “Nuestra investigación geológica ha estimado que por su vasta plataforma continental —cuatro veces más grande que la plataforma estadounidense sobre el Atlántico— es potencialmente una de las áreas más ricas de petróleo del mundo. Tiene una reserva de 200.000 millones de barriles, más del doble de las reservas comprobadas en el hemisferio occidental” (Seoane y Muleiro, 2001: 303).

19 En América Central en realidad se está en el momento de negociar la instalación de bases estadounidenses. Por lo pronto se tiene noticias de las gestiones en Costa Rica y El Salvador.

20 “Increased U.S., Canadian, and Mexican energy production and cooperation would enhance energy security (...) through our economic links in the North American Free Trade Agreement” (NEPD, 2001: 8-8).

21 No es éste el espacio adecuado para desarrollar nuestros argumentos en este sentido pero remito a nuestros trabajos al respecto (Ceceña y Barreda, 1995; Ceceña, 1995; Ceceña, 1998; Ceceña, 2000; Ornelas, 2001).

*Límites y desafíos
de la dominación hegemónica*

La geopolítica de la biodiversidad y el desarrollo sustentable: economización del mundo, racionalidad ambiental y reapropiación social de la naturaleza

Enrique Leff

Globalización económica y capitalización de la naturaleza

El planeta que habitamos siempre ha sido global: un globo terráqueo. La tierra se desprendió de su plitud e inició el vuelo de su globalización en el siglo XVI, una vez que el mundo fue circunnavegado y que los intercambios comerciales fueron interconectando a las diferentes civilizaciones y culturas. Más adelante, la generalización de los intercambios comerciales se convirtió en ley, y ésta se fue universalizando, invadiendo todos los dominios del ser y los mundos de vida de la gente. Con la invención de la ciencia económica y la institucionalización de la economía como reglas de convivencia universales, dio inicio un proceso de cinco siglos de economización del mundo. Mas el mundo no encuentra en sus raíces ninguna esencialidad económica, más allá de la pulsión de producir con la naturaleza para satisfacer necesidades humanas. Este proceso de expansión de la racionalidad económica culmina con su saturación y su límite, el límite de su extrema voluntad de globalizar al mundo engullendo todas las cosas y traduciéndolas a los códigos de la racionalidad económica, razón que conlleva la imposibilidad de pensar y actuar conforme a las leyes límite de la naturaleza, de la vida y la cultura. Este proceso económico no sólo exuda externalidades que su propio metabolismo económico no puede absorber, sino que, a través de su credo fundamentalista y totalitario, se enclava en el mundo destruyendo el ser de las cosas –la naturaleza, la cultura, el hombre– al intentar reconvertirlas a su forma unitaria y global.

* Coordinador, Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe, Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.

Desde los orígenes de la civilización occidental, la disyunción del ser y el ente que opera el pensamiento metafísico preparó el camino para la objetivación del mundo. La economía afirma el sentido del mundo en la producción; la naturaleza es cosificada, desnaturalizada de su complejidad ecológica y convertida en materia prima de un proceso económico; los recursos naturales se vuelven simples objetos para la explotación del capital. En la era de la economía ecologizada la naturaleza deja de ser un objeto del proceso de trabajo para ser codificada en términos del capital. Mas ello no le devuelve el ser a la naturaleza, sino que la transmuta en una forma del capital –capital natural– generalizando y ampliando las formas de valorización económica de la naturaleza (O'Connor, 1993). Es en este sentido que, junto con las formas ancestrales de explotación intensiva que caracterizaron al “pillaje del tercer mundo” (Jalée, 1968), hoy es posible una explotación conservacionista de la naturaleza. La biodiversidad aparece no sólo como una multiplicidad de formas de vida, sino como zonas de reserva, territorios y hábitat de la diversidad biológica, valorizados por su riqueza genética, sus recursos ecoturísticos y su función como colectores de carbono.

Pero ¿sobre qué criterios podría restringirse el valor de la biodiversidad a la de estos servicios ambientales? Y más aún, ¿bajo qué principios se establecen las nuevas formas de apropiación de estas riquezas biológicas del planeta?

Ante el carácter emergente y la aparente novedad de la globalización, es necesario reconocer sus orígenes en la conformación del pensamiento científico moderno, en la forja de la razón económica y en el ascenso del capitalismo mercantil hacia su actual fase ecológica global. En este sentido, la actual globalización económica se presenta como una etapa más desarrollada (“estadio superior”) del proceso de acumulación e internacionalización del capital. Este proceso acumulativo no escapa al principio dialéctico del cambio de cantidad en calidad; y no por lo que algunos se animan a calificar como una nueva era de “crecimiento con calidad” que habría exorcizado los males y resuelto las contradicciones del capital; sino porque el crecimiento económico, llegado a su límite y ante la imposibilidad de estabilizarse como un organismo vivo, sigue una inercia expansionista que descarga sobre la naturaleza los desechos del proceso de “creación destructiva” del capital.

La geopolítica de la biodiversidad y el desarrollo sustentable no sólo prolonga e intensifica los anteriores procesos de apropiación destructiva de los recursos naturales, sino que cambia las formas de intervención y apropiación de la naturaleza y lleva a su límite la lógica de la racionalidad económica. La economía se transmuta en una “transeconomía”, en una inercia de crecimiento que se ha desbordado sobre sus límites. La sinrazón económica ha generado

una sociedad excrescente cuyo desarrollo es incontrolable, que ocurre ya sin relación con su autodefinition, donde la acumulación de efectos va mano a mano con la desaparición de las causas. Que resulta en una congestión

sistémica bruta y en su malfuncionamiento causado por hipertelia –por un exceso de imperativos funcionales, por una suerte de saturación (Baudrillard, 1993: 31).

Economistas ecológicos como René Passet, Herman Daly y Joan Martínez Alier han argumentado sobre las limitaciones del mercado para regular efectivamente los equilibrios ecológicos y su capacidad para internalizar los costos ambientales a través de un sistema de normas legales, de impuestos o de un mercado de permisos de contaminación para la reducción de emisiones. Sugieren que la economía debe constreñirse a los límites de expansión que aseguren la reproducción de las condiciones ecológicas de una producción sustentable y de regeneración del capital natural, un principio precautorio basado en el cálculo del riesgo y la incertidumbre y en límites impuestos a través de un debate científico-político fuera del mercado¹.

La nueva geopolítica de la sustentabilidad se configura en el contexto de una globalización económica que, al tiempo que lleva a la desnaturalización de la naturaleza –la transgénesis que invade y transmuta tecnológicamente la vida–, con el discurso del desarrollo sostenible promueve una estrategia de apropiación que busca “naturalizar” –dar carta de naturalización– a la mercantilización de la naturaleza. En esa perversión de “lo natural” se juegan las controversias entre la economización de la naturaleza y la ecologización de la economía. A esta muerte de la naturaleza sobrevive lo “sobrenatural” en la resignificación política y cultural de la naturaleza.

Si bien la conciencia ambiental emerge a finales de los años sesenta y se vuelve materia de política en los años setenta, luego de la Conferencia sobre Medio Ambiente Humano (Estocolmo, 1972), en los últimos diez años, y como efecto de la Cumbre Ambiental de Río ‘92, ha cambiado la geopolítica en torno al discurso y las políticas del “desarrollo sostenible”. No sólo se ha diluido el discurso del ecodesarrollo y se ha dado un vuelco a la razón para ajustar las propuestas ecologistas a los designios de la racionalidad económica; no sólo se han intensificado los ritmos de explotación y transformación de los recursos, sino que han surgido nuevas estrategias de invención ecológica (Carvalho, 2001) y de intervención en la naturaleza, así como nuevas manifestaciones de sus impactos y riesgos ecológicos. De esta manera se han puesto en uso común y en la retórica oficial conceptos antes reservados para los medios científicos y académicos; esta terminología se inscribe dentro de nuevas estrategias epistemológicas que alimentan una ecología política y políticas ambientales donde se expresan y manifiestan interpretaciones controversiales y conflictos de intereses, así como principios y estrategias diferenciadas en el proceso de reapropiación de la naturaleza.

La economía política engarzada en la relación de la fuerza de trabajo, el capital y la tierra, se desplaza hacia una ecología política en la que los antagonismos de las luchas sociales se definen en términos de identidades, territorialidades

y procesos de sustentabilidad. Las relaciones de producción y las fuerzas productivas ya no se establecen entre capital y proletariado industrial –entre capital, trabajo y tecnología– sino que se redefinen en sus relaciones con la naturaleza. En el nuevo discurso sobre la biodiversidad y el desarrollo sustentable-sostenible, los conceptos de territorio, de autonomía y de cultura se han convertido en conceptos políticos que cuestionan los derechos del ser y las formas de apropiación productiva de la naturaleza (Leff, 2001a).

La última expresión de la lucha de clases no está más en las fábricas, sino en un territorio llamado Orinlandia, las cloacas de las ciudades y del mundo. No es una reivindicación ante la producción, ni siquiera de la soberanía del consumidor, sino del derecho a depositar en el ambiente los desechos de la vida. El ser se afirma en su derecho de descargar sus desechos en un ambiente privatizado, en un escenario brechtiano de los últimos miserables y condenados de la tierra, de cuya miserabilidad (y no del valor de su fuerza de trabajo) es posible extraer una plusvalía para el enriquecimiento de los empresarios ecologistas que toman a su cuenta la función de proteger el ambiente y purificarlo de las defecaciones de quienes no pueden pagarse el “derecho de cloaca”. Es la privatización de la inmundicia del mundo. Punto límite del ecofascismo.

La capitalización de la naturaleza desustantiva a los entes que quiere reconvertir a su propia lógica. La globalización del mundo bajo la lógica del valor económico y de los designios del mercado lleva a disolver la materialidad y los soportes simbólicos del proceso productivo. En este sentido, el nuevo “orden ecológico” regido por la recodificación de la naturaleza como “capital natural” resulta un verdadero “modelo de simulación”, una ficción de la realidad. El neoliberalismo económico pretende liberar las potencialidades de la naturaleza montándolas en la rueda de la fortuna de la circularidad económica. La naturaleza es lanzada a la esfera de simulación de la economía, transustantivada en capital.

Ante la complejidad ambiental (Leff, 2000), las políticas de la globalización económico-ecológica ponen de manifiesto la impotencia del conocimiento para comprender y solucionar los problemas que han generado sus formas de conocimiento del mundo; el discurso del crecimiento sostenible levanta una cortina de humo que vela las causas reales de la crisis ecológica. Así, ante el calentamiento global del planeta, se desconoce la degradación entrópica que produce la actividad económica ejercida bajo la racionalidad económica (cuyo último grado de degradación es el calor) y se niega el origen antropogénico del fenómeno al calificar sus efectos como desastres “naturales”. La geopolítica del desarrollo sostenible mira con optimismo la solución de las contradicciones entre economía y ecología al proponer la reconversión de la biodiversidad en colectores de gases de efecto invernadero (principalmente bióxido de carbono), con lo cual se exculpa a los países industrializados de los excedentes de sus cuotas de emisiones, mientras se induce una reconversión ecológica de los países del tercer mundo.

Los “mecanismos de desarrollo limpio” (MDL) con los que se busca operativizar la restauración ecológica de la economía, se basan en engañosas certezas científicas sobre la capacidad de absorción (captura, secuestro) de carbono por parte de las actividades agrícolas y las reservas de biodiversidad, sobre la funcionalidad de las tasas de descuento y la eficacia del mercado para la reconversión de las tierras para los fines del desarrollo sostenible. Las políticas de “desarrollo sostenible” se fundan en un supuesto control del proceso a largo plazo a través del automatismo del mercado, desconociendo los factores de incertidumbre de los procesos económicos y ambientales, la ineficacia de las políticas públicas y los intereses encontrados sobre las estrategias de apropiación de la naturaleza. El candor teórico y el interés político van de la mano con la fascinación por las fórmulas científicas, la sofisticación de las matemáticas y la fe en el mercado, sin rigor conceptual de las premisas sobre las cuales se construyen estos modelos de regresión múltiple hacia el no saber.

Equidad y sustentabilidad: distribución ecológica e intercambio desigual

Luego de los esquemas de sustitución de importaciones e industrialización de los años sesenta y setenta, inspirados en las teorías de la dependencia, las economías latinoamericanas vuelven a orientarse hacia una economía basada en el uso intensivo de recursos naturales para la exportación, ahora revestidas con el discurso del “desarrollo sostenible”. Yal tiempo que las normas de sustentabilidad y los certificados verdes hacen aparecer nuevas formas de proteccionismo comercial disfrazadas de competencia por la calidad ambiental y la conservación ecológica, el crecimiento económico sustentable ecológicamente y sostenible en el tiempo no deja de ser un mito que se evapora ante la evidente reducción de la biodiversidad –a pesar de las políticas de protección y reserva de la naturaleza y de la diversificación de las exportaciones de productos primarios–, los límites de la sustentabilidad de sus ecosistemas, el calentamiento global y las crisis económicas y financieras de los países de la región –véase el caso chileno (Quiroga, 1994). Al mismo tiempo, vuelve a intensificarse la dependencia tecnológica de la que pensaron librarse las economías latinoamericanas en los años setenta con el impulso a las políticas científico-tecnológicas. Hoy en día ningún país de la región cuenta con una política científico-tecnológica para el “desarrollo sostenible”, entendida como el propósito de generar los conocimientos propios necesarios para un aprovechamiento autodeterminado y sustentable de sus potenciales ecológicos.

En la era de la producción intensiva de conocimiento, la concentración de este factor esencial de la producción en los países del Norte se ha incrementado, tanto en el sector industrial como en el agrícola. Apoyados en la promoción y la impostura legal de los derechos de propiedad intelectual dentro del nuevo orden

global de la Organización Mundial de Comercio (OMC), los grandes consorcios transnacionales se apropian la riqueza genética de los países biodiversos para luego invadir sus territorios con productos transgénicos, ahondando la dependencia de los agricultores del Sur mediante el régimen de patentes que les permite captar los mayores beneficios económicos provenientes del control y explotación de sus recursos genéticos. Hoy en día, los cinco gigantes de la biotecnología concentran más riqueza que los grandes consorcios petroleros y las transnacionales de otros sectores industriales.

Para algunos investigadores, estos “mecanismos de implementación conjunta” (MIC) ofrecen la panacea de una triple ganancia económica, social y ecológica, porque “transfieren capitales de los países industrializados a los países en desarrollo [...] se beneficia a las zonas rurales más pobres donde con frecuencia se localizan los bosques, y se mantiene la cubierta forestal, en especial la de los bosques primarios, elemento crucial para conservar la diversidad biológica tropical” (Castro, 1999). Sobre la premisa del “valor total de la biodiversidad”, que restringe su valor a la función de absorción de carbono y a la oferta de sus riquezas escénicas, estas estrategias de revalorización de la naturaleza se justifican mediante sofisticados cálculos del valor de la biodiversidad basado en la asignación de precios de la captura de carbono y las tasas de descuento que conforman los modelos de este neoliberalismo ambiental (Pearce y Moran, 1994). Sin embargo, no sólo no resultan convincentes los cálculos “científicos” sobre la capacidad de captación de carbono por ecosistemas clímax, plantaciones comerciales y bosques secundarios; menos creíble es la aplicación de tasas de descuento para la actualización de precios de procesos sujetos a altos grados de incertidumbre ecológico-económica, así como a las luchas sociales y a los conflictos ambientales de los que dependen las formas de apropiación y manejo productivo de la biodiversidad. Más alucinante resulta imaginar la captación directa de los bosques de Costa Rica del excedente de carbono de Holanda –quien de esta manera paga el exceso de su cuota de emisiones– a través del arbitrario valor que adquiere en el mercado de la contaminación.

Estas transacciones no se establecen a través de un valor y precios reales de la captura de carbono, sino del poder negociador entre las partes. Puesto que los países pobres venden barato sus funciones de captura de carbono –de la misma manera que lo hacen con el petróleo, los recursos estéticos y las riquezas genéticas que albergan sus reservas de biodiversidad–, los países del Norte encuentran una fácil salida para el cumplimiento de compromisos formales que no significan la efectiva reducción de sus emisiones. Este mecanismo de intercambio desigual ofrece un salvoconducto y exculpa a los países del Norte de su deuda ecológica.

De esta manera, la mercantilización de la naturaleza bajo la nueva geopolítica económico-ecológica ahonda las diferencias entre países ricos y pobres bajo los principios del desarrollo sostenible. La nueva globalidad justifica las ventajas comparativas entre los países más industrializados y contaminantes y los países

pobres que revalorizan su capacidad para absorber los excesos de los países ricos y ofrecen los recursos genéticos y ecoturísticos de sus reservas de biodiversidad. La diferencia entre países centrales y periféricos ya no sólo se da por el pillaje y sobreexplotación visible de los recursos, sino que queda camuflada bajo las nuevas funciones asignadas a la naturaleza en las estrategias de apropiación de los bienes y servicios ambientales del planeta.

Para algunos gobiernos y autores, esta nueva forma de intercambio resulta benéfica en el plano económico y justificable bajo el principio conservacionista. Tal es el caso de Costa Rica, que en América Latina es paradigmático de la reconversión hacia el desarrollo sostenible bajo las reglas de los MDL y los MIC –es decir, la conservación de la biodiversidad y la siembra de bosques artificiales para incrementar la capacidad de captura de las emisiones excedentes de los países del Norte, incapaces por sí mismos de reducir su “huella ecológica”. En este sentido, la biodiversidad adquiere un rol económico pasivo –por su capacidad de absorción de carbono– en el balance de las emisiones contaminantes y en la mitigación del calentamiento del planeta. Este intercambio de funciones parecería dar beneficios a los países tropicales: a cambio de la artificialización de los ecosistemas del Norte, del avance sin freno de la industrialización y la agricultura altamente capitalizada y tecnologizada, el Sur se permitiría el lujo de volver al ocio de la economía natural, a vivir de la generosidad de la madre tierra aprovechando sus mayores ventajas comparativas por la localización geográfica de sus territorios.

En la geopolítica del desarrollo sostenible se pone en juego una distribución ecológica derivada de la localización geográfica de los países. Más allá de los aparentes beneficios de la valorización de la biodiversidad y su inequitativa distribución económica, la localización geográfica de los países tropicales y de los países del Sur ha tenido un efecto perverso en la concentración de impactos ambientales. Así, los efectos del enrarecimiento de la capa de ozono se han concentrado en la Antártida y el Cono Sur; los desastres ecológicos y humanos ocasionados por el impacto de huracanes y fenómenos meteorológicos como el Niño o la Niña se han concentrado en la franja intertropical del planeta.

Más allá de estos impactos visibles sobre la destrucción de la naturaleza, la globalización económica está teniendo efectos más velados sobre las formas posibles de intervención en la naturaleza. De esta manera, los desastres “naturales” se convirtieron en los últimos años en una “razón de fuerza mayor” que ha forzado a las comunidades indígenas y campesinas a abandonar sus prácticas milenarias de uso del fuego en el sistema de roza-tumba-quema, muchas veces acusadas de ser las causantes de estas tragedias. Sería más justo reconocer que el calentamiento global del planeta –que no ha sido generado por estas comunidades, y del que son contribuyentes menores–, ha vuelto más vulnerables sus ecosistemas y más riesgosas sus prácticas, constriñendo sus opciones a las estrategias del “desarrollo limpio”.

Más allá de la simulación de una igualdad posible dentro de los mecanismos del desarrollo limpio, la equidad frente al problema del calentamiento global se ha planteado también en términos de los niveles base de la reducción de emisiones y de las cuotas respectivas entre países y entre personas. La reducción proporcional por países, como fuera planteada desde el inicio en el Convenio de Cambio Climático, estaría aceptando como base de este esfuerzo global las desigualdades históricas y condenando a los países en desarrollo como China y la India al subdesarrollo. Frente a esto, Agarwal y Narain (1991) propusieron una distribución ecológica por habitante –la cual estaría favoreciendo los altos índices demográficos de esos países– y la creación de un fondo para el desarrollo sustentable. En realidad, ninguna de estas opciones ofrece una solución a la muerte entrópica del planeta generada por la racionalidad económica dominante, que induce un crecimiento ineluctable de la entropía. La única solución posible a la sustentabilidad y a la equidad está en la deconstrucción de la racionalidad económica y la construcción de una racionalidad ecotecnológica fundada en el principio de productividad neguentrópica (Leff, 1994).

Los mecanismos del Protocolo de Kyoto no permitirán reducir las emisiones más allá de niveles que no contravengan los límites impuestos por los ritmos de crecimiento económico, la internalización de sus costos según las reglas del mercado y los grados de “desmaterialización de la producción” que hagan posible el progreso tecnológico –que se hará asintótico, antes de lograr revertir las leyes de la entropía y revertir los ritmos de emisiones. La apuesta de los MDL es incrementar la captura de los excedentes de gases de efecto invernadero por las capacidades de fotosíntesis y biosíntesis de los bosques, los suelos y los océanos, elevando los umbrales y niveles del equilibrio ecológico del planeta. Pero la racionalidad económica y tecnológica no podrá revertir esos procesos y orientarlos hacia una real sustentabilidad. Sin embargo, en esas vías de reconversión ecológica se abren posibilidades de construir una nueva economía fundada no sólo en la inercia de la productividad económico-tecnológica y las estrategias del conservadurismo ecológico –de la función sumidero de la biodiversidad–, sino en una nueva racionalidad fundada en el potencial productivo de los ecosistemas. Y eso abre nuevas formas diversificadas de producción con la naturaleza y un deslinde del mercado como ley rectora del proceso de globalización.

La ética de la sustentabilidad va más allá de la lógica de distribución de costos y beneficios actual a la que la somete el mercado, y de los efectos transgeneracionales, que son incalculables e inactualizables. Así, la disputa sobre la apropiación de la información genética, la bioprospección y el negocio de la implantación de nuevas especies transgénicas no se dirime sólo en términos de la distribución de ganancias económicas, sino por el impacto a largo plazo en la conservación de la biodiversidad y los efectos de la transgénesis en la seguridad ecológica y la calidad de vida de la gente, principios y objetivos que no entran en la evaluación económica. De allí que el principio precautorio deba prevalecer sobre la incierta contabilidad del valor económico incalculable de estos impactos.

La inoperatividad de los MDL, sujetos a la eficacia del mercado, la ratificación y cumplimiento de los compromisos internacionales por parte de los gobiernos y las resistencias a desacelerar la economía en beneficio del ambiente, han llevado a propuestas más radicales, como el reclamo de la deuda ecológica de los países pobres. En realidad es igualmente imposible calcular el valor actual utilizando tasas retroactivas de descuento como dar un valor crematístico real a los bienes y servicios ambientales. El principio de la “deuda ecológica” es un recurso ideológico y político, que al nombrar la inequidad histórica, alimenta los movimientos de resistencia a la globalización, en los inciertos espacios y la insegura valorización de los principios que mueven las decisiones y acciones hacia la sustentabilidad o la insustentabilidad.

En este campo de controversias y búsqueda de opciones, el predominio de esta estrategia de valorización de la naturaleza está excluyendo otras alternativas de manejo productivo de la biodiversidad, lo cual ha generado una oposición de las poblaciones indígenas a someter el valor de sus bosques a la función de captura de carbono. En este sentido, los pueblos indios representados en el Primer Foro Internacional de los Pueblos Indígenas sobre Cambio Climático, celebrado en Lyon, Francia, en septiembre de 2000, expresaron su oposición a la inclusión de los sumideros de carbono bajo el “mecanismo de desarrollo limpio”, porque:

... significa una forma reducida de considerar nuestros territorios y tierras a la captación o liberación de gases de efecto invernadero, lo cual es contrario a nuestra cosmovisión y filosofía de vida. La inclusión de sumideros provocará además una nueva forma de expropiación de nuestras tierras y territorios y la violación de nuestros derechos que culminaría en una nueva forma de colonialismo [...] creemos que [el MDL] es una amenaza por la continua invasión y pérdida de nuestras tierras y territorios y la apropiación de ellas a través del establecimiento o la privatización de nuevos regímenes de áreas protegidas [...] Nos oponemos rotundamente a la inclusión de sumideros, plantaciones, plantas de energía nuclear, mega hidroeléctricas y de energía del carbón. Además nos oponemos al desarrollo de un mercado de carbono que ampliaría el alcance de la globalización.

Los MDL no representan un instrumento neutro para los diferentes países y actores sociales del desarrollo sostenible. Si aparentemente resultan benéficos para algunos países –i.e. Costa Rica–, esto difícilmente puede generalizarse como una norma para otros países y comunidades que no entran tan decididamente en el juego de la “implementación conjunta”. Estas transacciones económico-ecológicas –como en el intercambio de deuda por naturaleza– operan en espacios y montos marginales, de manera que sus estrategias compensatorias no alcanzan a frenar los efectos ecodestructivos del predominio de la racionalidad económica. Hoy en día, el progreso tecnológico orientado hacia la reconversión ecológica está siendo capaz de disminuir los ritmos de producción de gases de efecto inver-

nadero, pero no de revertir un proceso que ya ha rebasado los umbrales del equilibrio ecológico y que ha empezado a desencadenar severos impactos en el ambiente y en la humanidad, sobre todo en las comunidades más vulnerables.

Los acuerdos multilaterales ambientales y la OMC

Desde la adopción del CITES en 1973 se han venido acordando, elaborando e instrumentando diferentes tratados, convenciones, convenios y protocolos para la protección del medio ambiente³. Al tiempo que se ha logrado disminuir el uso indiscriminado e inconsciente de sustancias como el DDT, el plomo, el asbesto, las dioxinas y los CFC, en la aplicación de algunos de estos nuevos instrumentos jurídicos de la normatividad ecológica internacional –como el protocolo de Montreal sobre la capa de ozono–, se registran importantes logros.

La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo (CNUMAD), celebrada en 1992 marca un punto de inflexión importante en la geopolítica ambiental global. A partir de Río '92, las políticas del desarrollo sostenible han promovido y puesto en operación un nuevo marco legal internacional, basado en un conjunto de acuerdos multilaterales ambientales (AMAs), que incluyen una serie de instrumentos jurídicos que buscan establecer normas a los agentes económicos y sociales para limitar y revertir los impactos de los procesos económicos y tecnológicos sobre el ambiente.

Los AMAs incluyen los Convenios de Cambio Climático y Diversidad Biológica, la Convención de las Naciones Unidas de Lucha contra la Desertificación y la Sequía, y los protocolos de Cartagena sobre Bioseguridad, de Kyoto sobre Cambio Climático y de Estocolmo sobre Contaminantes Orgánicos Persistentes. Entre esos instrumentos, quizá los más controvertidos han sido los Convenios de Cambio Climático y de Diversidad Biológica –y sus respectivos protocolos– por sus implicaciones globales y la diversidad de intereses y conflictos que se dirimen en su interior, poniendo de manifiesto las dificultades para internalizar los costos ecológicos y amalgamar las políticas económicas y ambientales.

Más allá de los intentos de los negociadores de algunos países por abrir las agendas hacia temas controversiales sustantivos, en los hechos, estos instrumentos se establecen sobre principios de orden más pragmático (reglas de procedimiento, cuestiones de financiamiento, indicadores mesurables), para llegar a un común denominador que permita alcanzar acuerdos entre las partes. Las consideraciones éticas y filosóficas, las controversias políticas en torno a valores e intereses que definen las alternativas del desarrollo sustentable, y que no son traducibles al patrón común de la valorización económica, son desplazadas de estos niveles de la diplomacia internacional hacia el campo de la ecología política, donde se genera la fuerza social para la apertura de las agendas globales. Es en este

plano en el que se expresan los intereses por la diversidad biológica y cultural frente a la homogeneidad del mercado y las estrategias de la globalización económica. No es de sorprenderse que buena parte de las causas que han retardado los acuerdos y la implementación de estos mecanismos de gobernabilidad global, sean las controversias en torno a asuntos relacionados con el comercio: la mercantilización de los bienes naturales y la evaluación económica de los riesgos ambientales.

Las dificultades para la efectiva puesta en vigor de los AMAs ponen de manifiesto las resistencias del orden económico para internalizar los costos ambientales y acomodarse a las normas de la sustentabilidad ecológica. Ejemplo de ello son los obstáculos interpuestos para el cumplimiento de los acuerdos de Río –i.e. para limitar las emisiones de gases de efecto invernadero y frenar el avance del calentamiento global del planeta. Al mismo tiempo, la OMC ha diseñado sus propios regímenes ambientales bajo el predominio de las reglas del mercado y los derechos de propiedad intelectual. Si bien se han logrado avances en los AMAs como la reciente firma del Protocolo de Kyoto sobre Cambio Climático, éstos son acordados bajo el principio de un mínimo común denominador que logre conciliar voluntades de los gobiernos, pero que reduce sus alcances y diluye sus objetivos. Así, las cláusulas sobre el comercio de permisos de contaminación, no aseguran que cada país o cada industria limite al máximo sus emisiones; al contrario, ese objetivo se pervierte ante la posibilidad de que los países que se excedan de sus cuotas las transfieran a otros, o que las compensen cubriendo el valor ficticio de su captura por parte de los países ricos en biodiversidad.

Al poner énfasis en la comercialización de derechos de contaminación, el protocolo de Kyoto ofrece un salvoconducto a los países emisores, quienes en vez de reducir sus emisiones de CO₂ y de gases de efecto invernadero, las compensan transfiriendo sus costos a países (como los de la ex Unión Soviética) que se encuentran por debajo de sus cuotas y que por su situación económica no estarían incluso en condiciones de incrementarlas. Por otra parte, la asignación de precios a la captura de carbono por las reservas de biodiversidad dentro de los MDL, funciona como un verdadero subterfugio que permite a los países que exceden su huella ecológica transferir el monto equivalente a algún país rico en biodiversidad, cuya flora y suelos supuestamente secuestran el exceso de gases emitidos por las industrias del país industrializado a precios de dumping –a falta de un mecanismo de formación de precios de captura– y al “mejor postor” porque, como afirma Martínez Alier, los países pobres venden barato sus servicios ambientales.

A través del MEC se han introducido cambios en el uso del suelo y las formas de cultivo, como la siembra directa, mediante la cual se pretende reducir las emisiones de gases y la aplicación de agroquímicos, al tiempo que se implantan cultivos transgénicos, cuyos riesgos ecológicos y a la salud están lejos de poder ser evaluados y menos aún cuantificados. Así, entre los AMAs, no sólo no se ge-

neran sinergias, sino que funcionan como velos que encubren y escudos que sirven de parapeto a los procesos de “reconversión ecológica”, y bajo su protección y legitimación, éstos se ejecutan en favor del “desarrollo sostenible”.

En este sentido es cuestionable la efectividad del Protocolo de Kyoto, ya que el “valor de uso sumidero” de la biodiversidad seguramente no habrá de reducir las emisiones contaminantes que seguirá generando el imperio de la racionalidad económica, debilitándose el esfuerzo para controlar las acciones de mitigación y el uso de tecnologías limpias. Como resultado, el calentamiento global seguirá agravándose.

En el fondo de los debates en torno a los AMAs y los disensos para su aprobación y aplicación está la controversia entre la racionalidad ecológica y la ética, que subyacen a las normas ambientales, y los principios y reglas de la racionalidad económica. Sus incompatibilidades no sólo se expresan en la resistencia de gobiernos como el de Estados Unidos y Japón a firmar y ratificar los AMAs; al mismo tiempo, la OMC ha generado sus propios regímenes ambientales sometidos a la supremacía de los intereses y mecanismos económicos. De esta manera, los Acuerdos sobre Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionados con el Comercio (ADPIC) buscan legitimar y legalizar los derechos de las empresas por encima de las provisiones a los derechos de indígenas, campesinos y agricultores en la CDB y el Tratado Internacional sobre Recursos Genéticos para la Alimentación y la Agricultura.

Estas controversias desembocan finalmente en la necesidad de establecer marcos internacionales de gobernabilidad que, bajo el principio de responsabilidades comunes pero diferenciadas, sean capaces de generar sinergias y relaciones que se refuercen mutuamente entre los AMAs y la OMC (UNEP, 2001). Sin embargo, en su ánimo de evitar disputas formales así como de prever y resolver anticipadamente los conflictos entre los regímenes ambientales y comerciales, la integración de las consideraciones ambientales en la toma de decisiones de los asuntos económicos y sociales tiende a ceder la aplicación de las normas ecológicas y los principios ambientales a los regímenes de libre comercio. En este sentido se ha acelerado la tendencia a elaborar y aplicar instrumentos económicos para la gestión ambiental y a reducir el valor de la naturaleza a los precios que puede adquirir en el mercado de bienes y servicios ambientales.

Acuerdos Multilaterales Ambientales

Protocolo de Cartagena sobre Bioseguridad (aprobado en 1992, entra en vigor en 1993 y es adoptado por la ExCOPen 2000). Su objetivo es la segura transferencia, manipulación y uso de organismos genéticamente modificados (OGM) que puedan tener un efecto adverso en la biodiversidad y en la salud humana, particularmente en movimientos transfronterizos.

Incorpora el principio precautorio y mecanismos de evaluación y gestión de riesgos. Entre las disputas y debates se discute si debiera haber un sistema único de identificación de OGM y si el etiquetado tendría que decir “pudiera contener OGM” en los procedimientos de identificación, manipulación, empaque y transporte. Otro punto de controversia es la asignación de responsabilidades por daños al ambiente ocasionados por OGM y la forma de minimizar los impactos socioeconómicos potenciales, tales como el desplazamiento de cosechas tradicionales por la importación de OGM y cultivos de alimentos básicos que han sido genéticamente modificados para incrementar su productividad y valor nutricional, y su resistencia a plaguicidas y enfermedades: tomates, granos, maíz, soja. Los riesgos y costos de la contaminación genética que estaría ocasionando la propagación de estos cultivos no pueden ser evaluados a priori ni contabilizados. Sin embargo, estos cultivos transgénicos son ya la base de una industria global multibillionaria, aún mayor en la rama farmacéutica.

Los debates sobre bioseguridad reflejan una creciente preocupación pública por los riesgos potenciales de la biotecnología. Muchos países conducen sus controversias con base en una legislación nacional y aún no existen acuerdos internacionales vinculantes que cubran los efectos transfronterizos de los OGM. Asimismo, muchos países en desarrollo carecen de los recursos técnicos, financieros, institucionales y humanos para enfrentar los riesgos asociados con la bioseguridad.

Protocolo de Kyoto sobre Cambio Climático (aprobado en 2001). Establece mecanismos para la reducción de emisiones de gases de efecto invernadero, incluyendo el mecanismo de implementación conjunta, el mecanismo de desarrollo limpio y el comercio de emisiones, estableciendo normas relativas al monitoreo, verificación y certificación de dichas transacciones. Su propósito es reducir las emisiones de carbono en 5,2% para 2008-2012, por debajo de sus niveles de 1990. Sin embargo, el Panel Internacional de Cambio Climático (PICC) advierte las dificultades para verificar, monitorear y certificar la captura de carbono y cuestiona la eficacia de estos mecanismos ante las dificultades de los países del Norte para cumplir sus compromisos de reducción de emisiones, lo que pone de manifiesto las falacias de la retórica formal sobre la ecologización de la economía y la incapacidad del mercado para internalizar los costos ecológicos y responder a los retos de la protección ambiental.

Convención de las Naciones Unidas de Lucha contra la Desertificación y la Sequía (firmado en 1994, entra en vigor en 1996). Reconoce los aspectos físicos, biológicos y socioeconómicos de la desertificación, la importancia de reorientar a través de la demanda la transferencia de tecnología, y la participación de las comunidades locales. Incluye siste-

mas de alerta temprana, monitoreo y evaluación; métodos para predicción de sequías y monitoreo de desertificación; mecanismos para facilitar información entre instituciones de ciencia y tecnología.

Tratado Internacional sobre Semillas y Derechos de los Agricultores (primer tratado internacional del siglo XXI, aprobado el 3 de noviembre de 2001). Establece un sistema multilateral para el acceso al germoplasma de 35 géneros de cultivos básicos para la alimentación (entre ellos maíz, trigo, arroz, frijoles y avena) y 29 especies forrajeras, las cuales no podrán ser patentadas ni reclamadas bajo ninguna forma de propiedad intelectual. Establece los derechos del agricultor que reconocen formalmente su derecho a conservar, utilizar, intercambiar y vender semillas conservadas en su propia finca, así como el derecho a la protección de los conocimientos tradicionales sobre las semillas y a participar en la distribución de los beneficios derivados de la utilización de estos recursos.

Pronósticos del cambio climático

En tanto que el presidente Bush desacredita la importancia del calentamiento global del planeta y Estados Unidos se niega a firmar el Protocolo de Kyoto por considerar que afecta a sus intereses económicos, el Comité Científico del PICC en sus recientes reportes sobre el avance y riesgos del cambio climático advierte que:

1. Es muy probable que 1990 haya sido la década y 1998 el año más calientes a escala global desde 1861. Asimismo, el incremento de la temperatura en el siglo XX muy posiblemente haya sido más alto que cualquier otro siglo en los pasados mil años.
2. En las latitudes medias y altas del hemisferio norte es muy posible que la cubierta de nieve haya disminuido alrededor de un 10% desde finales de los años sesenta, y la duración anual de la cubierta de hielo de lagos y ríos se ha acortado alrededor de dos semanas durante el siglo XX. Es posible que el grueso de la cubierta de hielo del Ártico se haya reducido en un 40% durante el fin del verano y el comienzo del otoño en las décadas recientes.
3. Desde 1750, la concentración atmosférica de dióxido de carbono se ha incrementado en 31%, de 280 a alrededor de 367 partes por millón en nuestros días. La presente concentración de CO₂ no ha sido excedida durante los pasados 420.000 años y posiblemente tampoco lo haya sido durante los pasados 20 millones de años.
4. Las proyecciones indican que la temperatura global promedio en la superficie de la Tierra habrá de incrementarse de 1,4 a 5,8 °C entre 1990 y

2100, por encima del incremento de 0,6 °C desde 1861. Estas son mayores que las proyecciones de 1-3,5 °C reportadas en el segundo informe de evaluación en 1995, debido en gran parte a que ahora se espera que las emisiones futuras de dióxido de azufre (que ayudan a enfriar la Tierra) sean menores.

5. Se ha proyectado una elevación de los niveles del mar de 0.09 a 0.88 metros entre 1990 y 2100.

Por su parte, expertos del Worldwatch Institute indican que:

1. Si bien el ritmo de las emisiones de carbono comenzó a decrecer por tercer año consecutivo en 2000 a 6,3 billones de toneladas (-0,6%) –estas crecieron 6% en los noventa, 15% en los ochenta y 58% en los sesenta– las emisiones de Estados Unidos siguen estando 13% por encima de los niveles de 1990 contrastando con la reducción en 7% de los gases de efecto invernadero que Estados Unidos acordó en Kyoto para el 2010. El incremento en estas emisiones de Estados Unidos entre 1990 y 2000 excede el incremento combinado de China, India y África. Japón está también 13% arriba de sus emisiones en 1990. La Unión Europea ha podido reducir 0,5% sus emisiones en relación con los niveles de 1990, pero le falta mucho para llegar a reducirlas 8% en 2010. Las emisiones en China bajaron 18% entre 1996 y 2000, pero crecieron 80% en Corea del Sur y 57% en India.

2. Durante los años noventa, los costos económicos de los desastres “naturales” alcanzaron 608 mil millones de dólares, más que todas las décadas anteriores; al elevarse los niveles del mar y extremarse los climas habrá de incrementarse la vulnerabilidad hacia los desastres naturales (Vital Signs, 2001).

Valor y territorio: una política del lugar y la diferencia

Frente al proceso de globalización regido por la racionalidad económica y las leyes del mercado y junto con los movimientos “globalifóbicos” está emergiendo una política del lugar, del espacio y del tiempo (Leff, 2001b: 28-42), movilizadora por los nuevos derechos a la identidad cultural de los pueblos (CNDH, 1999; Sandoval y García, 1999), legitimando reglas más plurales y democráticas de convivencia social. La reafirmación de la identidad es también la manifestación de lo real y de lo verdadero frente a la lógica económica que se ha constituido como el más alto grado de racionalidad del ser humano, ignorando a la naturaleza y a la cultura, generando un proceso entrópico insustentable que gobierna la degradación ecológica y la existencia humana.

El territorio es el lugar donde la sustentabilidad se enraiza en bases ecológicas e identidades culturales. Es el espacio social donde los actores sociales ejercen su poder para controlar la degradación ambiental y para movilizar potenciales ambientales en proyectos autogestionarios generados para satisfacer necesidades, aspiraciones y deseos de los pueblos, que la globalización económica no puede cumplir.

El territorio es el locus de las demandas y los reclamos de la gente para reconstruir sus mundos de vida. El nivel local es donde se forjan las identidades culturales, donde se expresan como una valorización social de los recursos económicos y como estrategias para la reapropiación de la naturaleza. Si la economía global genera el espacio donde las sinergias negativas de la degradación socioambiental hacen manifiestos los límites del crecimiento, en el espacio local emergen las sinergias positivas de la racionalidad ambiental y de un nuevo paradigma de productividad ecotecnológica (Leff, 1994).

El territorio es un espacio donde se precipitan tiempos diferenciados, donde se articulan identidades culturales y potencialidades ecológicas. Es pues el lugar de convergencia de los tiempos de la sustentabilidad: los procesos de restauración y productividad ecológica; de innovación y asimilación tecnológica; de reconstrucción de identidades culturales.

Por ello el slogan “pensar globalmente y actuar localmente”, tan tenazmente promovido por el discurso del desarrollo sostenible, ha sido en realidad una artimaña para generar un pensamiento único sobre “nuestro futuro común”; ante los retos del desarrollo sustentable alternativo, induce en las culturas locales un pensamiento global que no es otro que el discurso economicista del crecimiento sostenible, cuando el reto de la sustentabilidad es pensar las singularidades locales y construir una racionalidad capaz de integrar sus diferencias, asumiendo su inconmensurabilidad, su relatividad y su incertidumbre.

El tiempo se estructura alrededor de eventos significativos, tanto sociales como económicos, como señalaba Evans Pritchard. Cada cultura define sus tiempos a través de sus cosmologías y sus sistemas simbólicos. El tiempo no es sólo la medida de eventos externos (fenómenos geofísicos, ciclos ecológicos, procesos de degradación y regeneración de la naturaleza), sino el flujo de eventos internos significativos, la permanencia de “presencias” a través de la historia, la actualización de las identidades étnicas y “seres culturales”. El tiempo libera a la naturaleza designada y fijada a visiones predeterminadas, abriendo los cauces para la construcción de una naturaleza resignificada por los sentidos de la cultura.

Una nueva política del lugar y de la diferencia está siendo construida a partir del sentido del tiempo en las luchas actuales por la identidad, por la autonomía y por el territorio. Lo que subyace al clamor por el reconocimiento de los derechos a la supervivencia, a la diversidad cultural y a la calidad de vida de los pue-

blos, es una política del ser; es una política del devenir y la transformación, que valoriza el significado de la utopía como el derecho de cada individuo y cada comunidad para forjar su propio futuro. Los territorios culturales están siendo fertilizados por un tiempo que recrea las estrategias productivas y los sentidos existenciales. No es sólo la reivindicación de los derechos culturales que incluyen la preservación de los usos y costumbres de sus lenguas autóctonas y sus prácticas tradicionales, sino una política cultural para la reconstrucción de identidades, para proyectar sus seres colectivos trascendiendo un futuro prefijado y excluyente; es resistencia a la hegemonía homogeneizante de la globalización económica y afirmación de la diversidad creativa de la vida, construida desde la heterogénesis cultural-ecológica.

Esto lleva a repensar el sentido mismo de la geopolítica. Las geo-grafías, como marcas dejadas por las civilizaciones en la tierra, son el locus, el hábitat en el que se asienta un mundo que ha sido trastocado por la globalización, que desplaza el lugar de su lugar, que hace prevalecer la globalidad de una razón única, universal, dominante. Pero es también la escritura que van dejando en la naturaleza los nuevos movimientos sociales de reapropiación de la naturaleza (Gonçalves, 2001).

Desde esta política cultural por la identidad, el clamor por la igualdad y la sustentabilidad es una lucha por la diversidad, por el derecho a ser diferente. Es el derecho a la singularidad y a la autonomía frente al forzamiento de la universalidad impuesta por una globalización dominadora. Esta política del ser y el devenir, está emergiendo en la reconstitución de las identidades y la innovación de proyectos culturales en el tránsito a la democracia y a la sustentabilidad. La construcción de una nueva racionalidad ambiental se está forjando en movimientos emergentes de los pueblos indígenas, como el movimiento de las comunidades negras del Pacífico sur colombiano que, como principios para la organización política afirma:

El derecho a una identidad, esto es, el derecho a ser negro de acuerdo a la lógica cultural y la visión del mundo arraigada en la experiencia negra [...] para la reconstrucción de la propia conciencia negra y el rechazo del discurso dominante de la “igualdad” con su obliteración concomitante de la diferencia. Segundo, el derecho a un territorio como un espacio para ser y como elemento esencial para el desarrollo de la cultura. Tercero, el derecho a una autonomía política como un prerrequisito para la práctica de ser, con la posibilidad de promover la autonomía social y económica. Cuarto, el derecho de construir su propia visión del futuro, del desarrollo y de sus prácticas sociales basadas en los usos y costumbres en la producción y la organización social. Quinto, el principio de solidaridad con las luchas de las poblaciones negras del mundo en busca de visiones alternativas [...] Los activistas conceptualizan el territorio como un espacio para la creación de futuros, para la esperanza y la continuación de la existencia (Escobar, Grueso y Rosero, 1998).

De esta manera, las poblaciones indígenas están afirmando sus derechos culturales para recuperar el control sobre su territorio como un espacio ecológico, productivo y cultural para reapropiarse un patrimonio de recursos naturales y significados culturales. La racionalidad ambiental está siendo internalizada por nuevos actores sociales, expresándose como una demanda política que guía nuevos principios para la valorización del ambiente y para la reapropiación de la naturaleza, arraigándose en nuevos territorios y nuevas identidades.

La política cultural está emergiendo junto con la construcción de un saber ambiental, donde el tiempo-significante habita el ser (Leff, 2000). La política cultural se está forjando en el crisol de la diversidad de actores sociales que incorporan diferentes significados y prácticas culturales, en la hibridación de diferentes procesos materiales y simbólicos, en la actualización de seres hechos de tiempo, de vida y de historia. Atestiguamos así el despertar de tradiciones y la supervivencia de significados. La *resiliencia cultural* que está en la forja de la racionalidad ambiental no es la manifestación de una esencia, sino de la imbricación de matrices de racionalidad que se expresa en la constitución de nuevas identidades, amalgama de tradiciones y modernidad.

En esta perspectiva, una política de la diferencia que tome como fundamento una ontología del ser y la otredad, se plantea en la perspectiva de una reconstrucción del mundo y una apertura de opciones de la historia. Ciertamente, la política de la diferencia emerge del punto de saturación de la globalización y como resistencia al encapsulamiento de su ser diverso en un pensamiento único y homogeneizante. El derecho a la diferencia es un reclamo fundado en el principio primigenio del ser, pero que se manifiesta como reacción a un proceso de globalización –su pretendida universalidad, naturalidad, superioridad– que va engullendo y desustantivando formas de ser. La política de la diferencia no emerge de la confrontación de las singularidades de las distintas culturas que surgieron en la historia, pues como señala Baudrillard,

Otras culturas nunca han hecho reclamos de universalidad. Como nunca reclamaron ser diferentes hasta que la diferencia se les inyectó por la fuerza como parte de una suerte de guerra de opio cultural. Estas culturas viven con base en su propia singularidad, su propia excepcionalidad, en la irreductibilidad de sus propios rituales y valores. Ellas no encuentran consuelo en la ilusión letal de que todas las diferencias pueden reconciliarse –ilusión que para ellas significa sólo aniquilamiento [...] Lo radicalmente Otro es intolerable: no puede ser exterminado, pero tampoco puede ser aceptado, de manera que tiene que promoverse el otro negociable. Es aquí donde empieza una forma más sutil de exterminio –una forma que envuelve a todas las virtudes de la modernidad (Baudrillard: 132, 133).

Ciertamente, el discurso de la globalización económica, al tiempo que pregona su reconocimiento a las diferencias étnicas, despliega una estrategia para con-

vertirlas al credo de las leyes supremas del mercado y recodificar sus culturas en términos de valores económicos. Adquiere un mayor grado de sofisticación que las políticas democráticas, que aduciendo a la equidad han incrementado las desigualdades sociales, y opera como estrategia de asimilación/exterminio del ambiente como lo absolutamente otro de la racionalidad económica.

Sin embargo, la otredad no sólo se manifiesta en su presencia antagónica, como venganza hacia la racionalidad dominante y un proceso ineluctable de descomposición, sino como principio ontológico del ser y como apertura hacia alternativas a la globalización homogeneizante. La diferenciación no es sólo un proceso “virulento”, una metástasis que lleva a la clonación por contagio de la contigüidad y a legitimar las desigualdades ecosociales. La “fatalidad” de la degradación ambiental no viene de un “agente no-humano”; su “hiperrealidad” es producto del pensamiento globalizador y cosificante, de una epistemología en la que el conocimiento sólo ha sido posible objetivando al mundo y negando el no-saber (Bataille, 2001). Una política de la diferencia es una política de resistencia a ser asimilado por el logocentrismo y englobado por el mercado y la razón económica; desde ese principio de demarcación, la complejidad ambiental emerge como la construcción de una nueva racionalidad desde el potencial del ser de las cosas (la naturaleza, la cultura, la tecnología), de la hibridación de sus procesos materiales y simbólicos que abren la vía hacia un mundo interrelacionado e interdependiente que ya no tiene un eje central y un solo polo de atracción, sino que se constituye en la convivencia de singularidades, de diversidades culturales, de racionalidades diferenciadas.

La geopolítica de la globalización se ha centrado en las falsas virtudes del mercado y de la capacidad empresarial para guiar y alcanzar los objetivos del desarrollo sostenible. Se confiere al mercado la capacidad de internalizar los costos ambientales y de absorber actividades productivas sobre el capital natural; y los servicios ambientales, que hasta ahora han sido campos tradicionales de apropiación y manejo de un patrimonio y bienes comunales que funcionan fuera del mercado, para transformarlos en nuevas oportunidades de negocios. Más aún, asumen a priori la voluntad de los pueblos del Tercer Mundo –en particular poblaciones indígenas y campesinas– de colaborar con este propósito, cediendo a las iniciativas del mercado temas fundamentales del desarrollo sustentable: manejo de recursos naturales, pobreza rural, seguridad alimentaria, etc. Sin embargo estos temas demandan especialmente nuevos acercamientos para articular de manera positiva y benéfica para estas poblaciones, prácticas no mercantiles que aseguren la auto-suficiencia de las comunidades y la sustentabilidad de sus ecosistemas.

Las controversias entre la racionalidad económica y la racionalidad ambiental en las perspectivas del desarrollo sustentable llevan a contrastar y oponer a la lógica del valor de cambio una racionalidad productiva fundada en el valor de uso, que va más allá de los principios de la “calidad total” y la “tecnología lim-

pia” de la nueva ecoindustria, así como de una calidad de vida fundada en la “soberanía del consumidor”. La racionalidad ambiental lleva a repensar la producción a partir de los potenciales ecológicos de la naturaleza y las significaciones y simbolismos asignados a la naturaleza por la cultura. Esta lleva a una política del ser, de la diversidad, de la diferencia que replantea el sentido del uso de la naturaleza en la producción.

Nuevos movimientos por la reapropiación de la naturaleza

Frente a los procesos de economización del mundo, están emergiendo nuevos movimientos populares –principalmente de los pueblos indios y sociedades campesinas– por la reapropiación de la naturaleza. A partir de Río ‘92 los pueblos indios se han venido inscribiendo críticamente en el discurso de la globalización y las políticas del desarrollo sostenible. La afirmación de sus identidades étnicas y de los principios de participación democrática han abierto el cauce para la generación de los nuevos actores del ambientalismo entre los pueblos indios de todo el continente, las comunidades negras de Colombia, los seringueiros y los “sin tierra”. Estos se insertan en el discurso del desarrollo sostenible pero marcando su originalidad y diferencia, afirmando sus identidades y sus derechos para construir sus propios proyectos de sustentabilidad.

La “ambientalización” de los nuevos movimientos sociales es manifiesta en los recientes foros nacionales e internacionales donde los pueblos indios están afirmando su postura frente a la globalización económica, al libre comercio, así como a sus autonomías y derechos de reapropiación de su patrimonio natural y cultural, haciendo valer a su favor el orden jurídico internacional (i.e., Convenio 169 de la OIT), y participando en la definición de los mecanismos de intervención y distribución de beneficios derivados de los AMAs (i.e., Art. 8-J del Convenio de Diversidad Biológica)

De esta manera, hacia fines de 2000, el Foro de Ocosingo, en el que participaron organizaciones de indígenas y campesinos como ARIC Independiente y Democrática, Maderas del Pueblo, UNORCA Nacional, el Centro de Derechos Humanos Fray Bartolomé de las Casas, el Centro de Derechos Padre Samuel, Organización Popular Emiliano Zapata, COMPICH, Fracción Parlamentaria del PRD, manifestó:

Entendemos que es el interés por el control territorial, la biodiversidad, el agua, petróleo, electricidad, uranio y que los indígenas somos un obstáculo para la explotación, industrialización, la bioprospección de estas riquezas naturales, ¿dónde quedan nuestros derechos?

Y se pronunciaron, entre otros puntos, por las siguientes demandas ambientalistas:

1. La elaboración de una ley federal en materia de bioseguridad y de biodiversidad, consensuada con los pueblos y que garantice sus derechos, la protección y el uso sustentable en beneficio del pueblo.

2. La planeación y organización participativa de una nueva política económica justa y equitativa, donde se creen programas de desarrollo económico y social, definiendo las participaciones del gobierno, sociedad, organizaciones sociales y de organismos financieros, tanto nacionales como internacionales, con una visión de desarrollo sustentable dirigida a resolver la miseria, el hambre con justicia, democracia y dignidad conforme se establece en la constitución.

3. La vigencia y aplicación del Convenio 169 de la OIT como ley suprema de la nación.

4. El reconocimiento por parte del gobierno federal y ante la comisión indígena de la OEA de los conceptos de pueblos indígenas, autonomía, libre determinación y territorio en la elaboración de la Declaración de los Derechos Indígenas.

5. La ratificación de los acuerdos de San Gregorio que establecen que “somos los guardianes y defensores de la biosfera de Montes Azules, con el compromiso de preservar con un manejo responsable los recursos naturales”.

6. La cancelación por parte de los gobiernos federal y estatal de todos los programas asistencialistas y que en su lugar se cree un programa de desarrollo sustentable participativo con proyectos apropiados para cada región.

7. El rechazo de la apropiación por corporación o grupo alguno, de las plantas, especies y microorganismos de sus territorios, porque es patrimonio para toda la humanidad.

8. El impulso a un programa estatal emergente para los cafecultores de Chiapas.

Por su parte, la Declaración del Foro Internacional Indígena sobre Biodiversidad elaborada por el Grupo de Trabajo sobre acceso y distribución de beneficios del Convenio sobre la Diversidad Biológica, reunido en octubre de 2001 en Bonn, Alemania, manifestó, entre otros, los siguientes principios y reivindicaciones que dan cuenta de la ambientalización crítica de sus posiciones frente a los procesos de globalización económico-ecológica:

Nuestro conocimiento colectivo no es una mercancía que se puede comercializar como cualquier objeto en el mercado. Nuestro conocimiento de la biodiversidad es indivisible de nuestras identidades, leyes, instituciones, sistemas de valores y cosmovisiones como Pueblos Indígenas. Durante generaciones, nuestros Pueblos han sido y siguen siendo los guardianes de la Naturaleza de la que todos dependemos. Por tanto, estamos totalmente comprometidos con los dos primeros objetivos del Convenio de Diversidad

Biológica que son la conservación y el uso sostenible de la biodiversidad. Pero cualquier discusión sobre acceso y distribución de beneficios debe reconocer los derechos fundamentales del control indígena de nuestro propio conocimiento, el derecho del libre consentimiento previo fundamentado como Pueblos y nuestro derecho territorial colectivo.

Y agrega, tomando postura frente a los poderosos mecanismos de apropiación de la riqueza genética de biodiversidad y la desigual distribución de beneficios derivados de los procesos de bioprospección, así como de su resistencia a la mercantilización de la biodiversidad y el control monopólico de sus riquezas a través de los derechos de propiedad intelectual y las patentes sobre organismos vivos, por sus efectos negativos en la desintegración de sus estilos de vida y sus valores culturales:

Es importante que el Convenio cumpla con sus objetivos de una manera equilibrada. Sin embargo, nos preocupa que en estos momentos se está haciendo un énfasis desproporcionado sobre los valores comerciales y económicos de la biodiversidad, a través de los derechos de propiedad intelectual, en detrimento de la conservación y de sus valores culturales y espirituales. La privatización y la comercialización de nuestro conocimiento y recursos naturales, tienen el potencial de destruir la integridad política, social, económica y cultural de nuestros Pueblos. Para los Pueblos Indígenas, el reconocimiento legal de los derechos de los Pueblos Indígenas, especialmente la seguridad de tierras y territorios, predomina sobre los beneficios monetarios y no monetarios. Sólo si la seguridad territorial está garantizada podrá establecerse un reparto equitativo de los beneficios.

En este sentido, la geopolítica de la globalización económico-ecológica se está configurando como un campo conflictivo, en el que la sustentabilidad del desarrollo habrá de ser más la resultante de los movimientos sociales por la reapropiación de la naturaleza y la construcción de una nueva racionalidad ambiental, que de las estrategias de mercado para internalizar los costos ecológicos, y para capitalizar la naturaleza y la cultura.

Epílogo: La ética como política

11 de septiembre

Los sucesos del 11 de septiembre vienen a desplazar los debates de la sustentabilidad. Una geopolítica del terror y la muerte planea sobre la geopolítica de la globalización económico-ecológica. La *Muerte en la Catedral* de Eliot es la premonición de esta muerte sin referentes; el poeta expresa lo inefable de eso “que ha ocurrido que no puede repararse”, de esa “eternidad instantánea del mal y del daño”, que para borrarla “sería necesario lavar el viento y barrer el cielo”. Hoy,

el horror de la muerte, el terrorismo sin nombre ni rostro, evoca con aterrorizada nostalgia ese pasado, cuando

Cada horror tenía su definición,
Cada sufrimiento tenía algún tipo de fin:
En la vida no hay tiempo para penar largamente.
Pero esto, esto está fuera de la vida, está fuera del tiempo,
Una eternidad instantánea del daño y el mal.
Estamos sucios de una mugre que no podemos limpiar,
Unidos por un veneno sobrenatural,
No somos sólo nosotros, no es la casa, no es la ciudad la que está desclausada,
Sino el mundo que es una falla total.

¡Aclara el aire! ¡Limpia el cielo! ¡Lava el viento!
Toma la piedra de la piedra, toma la piel del brazo, toma el músculo del hueso, y lávalos. Lava la piedra, lava el hueso, lava el cerebro, lava el alma, lávalos, ¡lávalos!

Bibliografía

- Agarwal, Anil y Surita Narain 1991 *Global Warming in an Unequal World: A case of Environmental Colonialism* (Nueva Delhi: Center for Science and Environment).
- Bataille, Georges 2001 *La oscuridad no miente* (México: Taurus).
- Baudrillard, Jean 1993 *The Transparency of Evil* (Nueva York: Verso).
- Carvalho, Isabel 2001 *A Invenção Ecológica. Narrativas e Trajetórias da Educação Ambiental no Brasil* (Porto Alegre: Universidade Federal de Rio Grande do Sul).
- Castro, René 1999 *Los Servicios Ambientales de los Bosques: El caso del Cambio Climático* (México: PNUD).
- CNDH (1999) “El Derecho a la Identidad Cultural”, en *Gaceta*, No. 103 (México: Comisión Nacional de Derechos Humanos).
- Escobar, Arturo, Libia Grueso y Carlos Rosero 1998 “El proceso organizativo de las comunidades negras en el Pacífico sur colombiano”, en Álvarez, Sonia, Evelina Dagnino y Arturo Escobar (Editores) *Cultures of Politics/Politics of Cultures: Revisioning Latin American Social Movements* (Boulder, Colorado: Westview Press).
- Gonçalves, Carlos W. Porto 2001 *Geo-grafías. Movimientos Sociales, Nuevas Territorialidades y sustentabilidad* (México: Siglo XXI).
- Jalée, Pierre 1968 *Le Pillage du Tiers Monde* (París: Francois Maspero)
- Leff, Enrique 1994 *Ecología y Capital* (México: Siglo XXI).
- Leff, Enrique 1998 *Saber Ambiental: Sustentabilidad, Racionalidad, Complejidad, Poder* (México: Siglo XXI/UNAM/PNUMA).
- Leff, Enrique 2000 “Pensar la Complejidad Ambiental”, en Leff, Enrique (coordinador) *La Complejidad Ambiental* (México: Siglo XXI/UNAM/PNUMA).
- Leff, Enrique 2001a “Los Derechos del Ser Colectivo y la Reapropiación Social de la Naturaleza: A Guisa de Prólogo”, en Leff, Enrique (Coordinador) *Justicia Ambiental. Construcción y Defensa de los Nuevos Derechos Ambientales, Culturales y Colectivos en América Latina*, en Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe, Serie Foros y Debates Ambientales N° 1 (México: PNUMA/CEIICH-UNAM).
- Leff, Enrique 2001b “Espacio, Lugar y Tiempo. La reapropiación social de la naturaleza y la construcción local de la racionalidad ambiental”, en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 175, septiembre-octubre 2001.

Leff, Enrique y Mindahi Bastida (Coordinadores) 2001 *Comercio, Medio Ambiente y Desarrollo Sustentable. Las Perspectivas de América Latina y el Caribe*, en Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe, Serie Foros y Debates Ambientales N° 2 (México: PNUMA/CEIICH-UNAM).

Martínez Alier, Joan y Jordi Roca 2000 *Economía Ecológica y Política Ambiental* (México: FCE/PNUMA).

O'Connor, Martin 1993 "On the Misadventures of Capitalist Nature", en *Capitalism, Nature, Socialism* 4(3):7-40.

Pearce, David y Dominic Moran 1994 *The Economic Value of Biodiversity* (Gland: IUCN – The World Conservation Union).

Quiroga, Rayen 1994 *El tigre sin selva. Consecuencias ambientales de la transformación económica de Chile:1974-1993* (Santiago de Chile: Instituto de Ecología Política).

Sandoval, I. E. y G. García Colorado 1999 *El Derecho a la Identidad Cultural* (México: Instituto de Investigaciones Legislativas, H. Cámara de Diputados).

UNEP 2001 "Enhancing Synergies and Mutual Supportiveness of Multilateral Environmental Agreements and the World Trade Organisation", en <http://www.unep.ch/etu>.

Notas

1 En este sentido, ante la ficción del secuestro del carbono por la naturaleza y la toma de la naturaleza como rehén de la economía, posturas más lúcidas y críticas de la economía ecológica afirman que "Este objetivo de reducción debe fijarse fuera del mercado, a través de un debate científico-político en un terreno de incertidumbres factuales y científicas, lo mismo que de política de intereses. Así, la cuestión no es la internalización exacta de las externalidades en el sistema de precios (lo cual es imposible en el caso de tratar con acontecimientos futuros e inciertos), según las indicaciones de un mercado ecológicamente ampliado" (Martínez Alier y Roca, 2000: 459).

2 Las estrategias *win-win* del mecanismo de desarrollo limpio muchas veces se traducen en proyectos y acciones *lose-lose*. Como señala JMA en Ecuador, la reconversión de 75.000 hectáreas de monte andino en Ecuador para su reforestación con eucaliptos y pinos: "...al plantar pinos en los páramos, cuyos suelos tienen mucha materia orgánica, se desprende más carbono que el que ellos absorberán: una solución *lose-lose*" (Martínez Alier y Roca, 2000: 461).

3 Forman parte de este sistema de acuerdos multilaterales ambientales, además del CITES, la Convención de Especies Migratorias, la Convención de Basilea sobre el Control de Movimientos Transfronterizos y de Desechos Peligrosos, el Protocolo de Montreal sobre Sustancias que Agotan la Capa de Ozono, y la más reciente Convención de Estocolmo sobre Contaminantes Orgánicos Persistentes. En muchas de ellas se registran importantes avances en su implementación gracias a la efectiva aplicación de normas ecológicas y los avances tecnológicos que permiten la sustitución de sustancias contaminantes que afectan el medio ambiente.

Da geografia às geo-grafias: um mundo em busca de novas territorialidades

Carlos Walter Porto Gonçalves*

Àqueles que já nos viam vivendo futuramente no puro universo virtual das redes, àqueles que diziam que o horror vivido nesse dia já tinha sido previsto pelos filmes de catástrofe, o dia 11 de setembro [de 2001] fez lembrar, em primeiro lugar, que ainda vivemos e trabalhamos em edifícios de ferro, pedra e vidro, cuja resistência e cujo desgaste nada têm a ver com as telas ou os efeitos especiais, e que, quando desabam, desabam de fato.

Jacques Rancière

De epistemes e de territórios

Limite entre saberes, limite entre disciplinas, limite entre países. Por todo lado se fala que os limites já não são rígidos, que os entes já não são tão “claros, distintos e definidos” como recomendara René Descartes. Cada vez mais se fala de empresas *internacionais*, ou *transnacionais* ou *multinacionais*, assim como se fala de *interdisciplinaridade*, *transdisciplinaridade* ou *multidisciplinaridade*. Enfim, por todo lado são usados os prefixos *inter*, *trans* ou *multi* indicando que as fronteiras, sejam elas epistêmicas, sociológicas ou geográfico-políticas, se é que podemos separá-las, são mais porosas do que se acreditava.

Com isso entra em crise toda uma tradição inventada pelos europeus desde a Renascença com René Descartes, Galileu Galilei, Francis Bacon, Isaac Newton e Jean Bodin entre outros nomes em torno dos quais se constituiu a base do conhecimento científico moderno. Conhecimento moderno esse, diga-se de passagem, que se quer um saber universal e não um saber histórica e geograficamente situado, isto é, europeu. Diríamos que esconder a província

* Geógrafo e Doutor em Ciências pela Universidade Federal do Rio de Janeiro; Professor do Programa de Pós-graduação em Geografia da Universidade Federal Fluminense; Autor de vários artigos e livros entre os mais recentes *Geo-grafias: movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad y Amazônia, Amazônias*.

geográfica de sua origem é a primeira condição para se apresentar como um saber que se quer universal, isto é, aquele que parece não ser de lugar algum, atópico, que, assim, surge negando os múltiplos saberes locais e regionais construídos a partir de múltiplas histórias locais e regionais que se desenvolveram até 1492 quando se inicia, então, aquilo que o filósofo político estadunidense Immanuel Wallerstein designará “sistema-mundo”.

Assim, o pensamento moderno europeu coloca-se a si próprio como um saber superior no mesmo movimento que qualifica todos os outros saberes como locais, regionais ou provincianos. Sabemos como esse movimento de colonização do conhecimento pelo pensamento moderno europeu se constrói numa dupla configuração territorial: uma interna aos estados territoriais nascentes, na medida que o outro, interno, é qualificado como provinciano, regional ou que sequer fala uma língua tendo, no máximo, um dialeto; e outra externa na medida que a constituição da unidade territorial interna se dá seja pela expulsão do outros –dos mouros no caso dos dois primeiros estados territoriais modernos (Portugal e Espanha) ou com o encontro com o outro externo que vai perder suas diferentes qualidades (astecas, maias, guaranis, bantos, ashantis ...) para serem chamados, pelos europeus, por um nome geral– indígena ou aborígine que os unifica a todos. É ali, todavia, que o europeu se descobre branco para se distinguir do índio e, depois, se descobre europeu se distinguindo da América inaugurando o chamado novo mundo e, assim, também se distinguindo do mundo muçulmano. As regiões geo-culturais do mundo começam a se desenhar com suas assimetrias características –civilizado e bárbaro (não esqueçamos que o bárbaro de ontem– a Europa não-romana, bem pode ser o civilizado de hoje).

O pensamento moderno europeu pouco a pouco vai construir uma geografia imaginária onde as diferentes qualidades dos diferentes povos e culturas, que 1492 pôs em assimétrica relação, serão dispostas num *continuum* linear que vai da natureza à cultura, ou melhor, da América e da África, onde estão os povos primitivos mais próximos da natureza, à Europa, onde está a cultura, a civilização. E dominar a natureza, sabemos, é o fundamento da civilização moderna construída pelos europeus à sua imagem e semelhança e, para isso, os povos a serem dominados foram assimilados à natureza começando por considerá-los selvagens que significa, rigorosamente, os que são da selva, logo, aqueles que devem ser dominados pela cultura, pelo homem (europeu, burguês, branco e masculino). Vê-se, logo, que a invenção do europeu civilizado é, ao mesmo tempo, a invenção do selvagem e, assim, a invenção da modernidade é inseparável da invenção da colonialidade.

El éxito de la ciencia dio al Estado moderno un modelo legitimador en la toma de decisiones ‘racionales’. El descubrimiento de los hechos verdaderos llevaba a tomar las acciones correctas. En otras palabras, lo Verdadero conducía al Bien. La racionalidad se convirtió en sinónimo de

‘racionalidad científica’ y el conocimiento fue sinónimo de ‘conocimiento científico’. Otras formas de conocimiento e otras apelaciones a la racionalidad, como el conocimiento práctico agrícola, medicinal o artesanal, fueron considerados de segunda categoría’ (Funtowicz e de Marchi, 2000: 58).

A universalidade pretendida pelo pensamento moderno europeu se fez abdicando do espaço geográfico concreto de cada dia, lugar da co-existência do diverso, onde co-habitam diferentes qualidades –animais, plantas, terra, água, homens e mulheres de carne e osso com as suas desigualdades sociais e suas diferenças culturais e individuais de humor e de paixões– para se abstrair matemática onde essas qualidades são postas em suspenso, assim como o pensamento se separa da matéria. É R. D. Laing quem nos lembra que

... essa situação provém de algo que ocorreu na consciência europeia na época de Galileu e Giordano Bruno. Esses dois homens são epítomos de dois paradigmas –Bruno, torturado e queimado na fogueira por afirmar que havia um número infinito de mundos; e Galileu, dizendo que o método científico consistia em estudar este mundo como se nele não houvesse consciência ou criaturas vivas. Galileu chegou a afirmar que somente os fenômenos quantificáveis eram admitidos no domínio da ciência. Ele disse: ‘Aquilo que não pode ser medido e quantificado não é científico’; e na ciência pós-galilaica isso passou a significar: ‘o que não pode ser quantificado não é real’. Esse foi o mais profundo corrompimento da concepção grega da natureza como *physis*, que é algo vivo, sempre em transformação e não divorciado de nós. O programa de Galileu nos oferece um mundo morto, desvinculado da visão, da audição, do paladar, do tato e do olfato –e junto com isso se relegou a sensibilidade ética e a estética, os valores, a qualidade, a alma, a consciência, o espírito. A experiência foi lançada para fora do âmbito do discurso científico. É certo que nada modificou tanto o nosso mundo nos últimos quatrocentos anos quanto o audacioso programa de Galileu (R.D. Laing citado por Capra, 1988: 108-9).

Esse pensamento moderno europeu, hoje em crise, na sua busca de uma verdade objetiva distinguiu objetos “claros e definidos”, retirou o sujeito¹ da relação que, assim, de fora, pelo método científico, isto é, racional, desvendaria os mistérios da natureza para melhor dominá-la. Assim, se ergue todo um conjunto de categorias dualistas características do pensamento moderno europeu –natureza e cultura; sujeito e objeto; matéria e espírito; corpo e mente; razão e emoção; indivíduo e sociedade; ser e pensamento– que, sobretudo depois de Heisenberg, com seu “princípio de incerteza”², já não se sustenta e se vê obrigado a reconhecer que na *Physis* além de “leis da natureza”, ordem e causalidade/necessidade há, também, indeterminação, acaso e caos; que, além do conhecimento científico, existem outras formas de conhecimento e, mesmo, que

o conhecimento está, no mínimo, inscrito na vida (bios)³ e, mais ainda, que esse pensamento atomístico-individualista (Gonçalves, 1989) que opera por dicotomias é mais característico desse pensamento moderno europeu do que do “pensamento selvagem”, aqui para ficarmos com a expressão de Lèvy-Strauss (Lèvy-Strauss, 1989).

O conhecimento do paradigma emergente tende assim a ser um conhecimento não dualista, um conhecimento que se funda na superação das distinções tão familiares e óbvias que até há pouco considerávamos insubstituíveis, tais como natureza/cultura, natural/artificial, vivo/inanimado, matéria/mente, observador/observado, subjetivo/objetivo, coletivo/individual, animal/pessoa. Este relativo colapso das distinções dicotômicas repercute-se nas disciplinas científicas que sobre elas se fundaram. (de Sousa Santos, 1996: 39-40).

Explicitemos uma tese central que até aqui está subjacente: os paradigmas não caem do céu. Os paradigmas são instituídos por sujeitos social, histórica e geograficamente situados e, deste modo, a crise desse paradigma é, também, a crise da sociedade e dos sujeitos que o instituíram (Gonçalves, 2001b). Não nos surpreendamos, portanto, quando vemos emergir novos paradigmas e junto com eles novos sujeitos que reivindicam um lugar no mundo. Ou, dito de outra forma, esses sujeitos que muitos chamam novos, embora não o sejam tanto⁴, põem em debate outras questões, outras relações, ele(a)s que tiveram que se forjar em situações assimétricas de poder mas que nem por isso se anularam e, mais do que resistir, R-Existiram, se reinventaram na sua diferença, assim como o europeu é, também, uma invenção na diferença embora na condição de polo dominante no “sistema-mundo”. Afinal, desde que se deu esse extraordinário encontro moderno-colonial (1492), Etienne la Boétie (Boétie, 1982) diria mal-encontro, emergiram culturas e povos diferentes (Baraka) mostrando-nos um mundo muito mais diverso do que faz crer o olhar colonial eurocêntrico ou que vê mais a lógica do capital do que as lógicas dos que a ele resistem.

Hoje é possível defrontarmo-nos com a emergência de matrizes de racionalidades *outras* tecidas a partir de *outros* modos de agir, pensar e sentir, seja na América Latina, na África, na Ásia, entre segmentos sociais não-ocidentais nos Estados Unidos, no Canadá e até mesmo na Europa, com diversas populações indígenas e de afrodescendentes, que clamam por se afirmar diante de um mundo que se acreditou superior porque baseado num conhecimento científico universal (imperial) que colonizou o pensamento científico em todo o mundo desqualificando outras formas de conhecimento.

É interessante observar que grande parte desse encontro (mal-encontro) venha a ser questionado a partir de uma categoria –a natureza– da qual as ciências humanas e sociais ficaram apartadas e as ciências naturais a dividiram e a dissecaram disponibilizando suas descobertas ao capital para que melhor

exercesse sua dominação. É interessante observar que a descoberta das leis da natureza constituía-se num fundamento objetivo que legitimava a sua dominação e, deste modo, a ordem social (moderna) que daí emanava era uma ordem natural porque emanada das leis da natureza.

Deixar fora a natureza tem enormes e graves conseqüências para as ciências sociais, para não dizer para a sociedade mesma. Afinal, significou deixar de fora todo um conjunto de lugares, de regiões e de seus povos e culturas que se forjaram a partir de múltiplas matrizes de racionalidade contribuindo, assim, para a idéia de que havia uma única matriz de racionalidade –a européia– que resumiria no universo de significações que co-mandam suas práticas todas as contradições do mundo moderno e contemporâneo (liberalismo-socialismo, por exemplo). Assim, a relação capital-trabalho passou a comandar a dinâmica societária subestimando o significado da natureza e a importância dos povos que construíram suas práticas e significações numa relação com-a-natureza e não-contra-a-natureza (Serge Moscovici), como a sociedade européia. Na economia, esse debate, por exemplo, se deu desqualificando os pensadores fisiocratas porque defenderiam não só que a natureza é fonte de riqueza mas, também, porque estariam Quesnay, Turgot e Petit defendendo as classes ligadas à agricultura que, por seu turno, estariam condenadas ao desaparecimento em nome do progresso da indústria e da ciência-técnica (e da burguesia industrial emergente, se diz menos).

A natureza volta hoje a ser fonte de intenso debate que põe em xeque mais esse par de categoria dualista do moderno pensamento europeu, qual seja, a dicotomia natureza e cultura. A divisão do trabalho científico entre as ciências naturais e as ciências humanas fica suspensa quando a mudança climática global deixa de ser um tema exclusivo de geógrafos, físicos e meteorologistas e se torna objeto de debate político pondo em xeque a atual matriz energética fossilista vis a vis o futuro da humanidade e do planeta. Acrescente-se, ainda, o enorme interesse que instituições de pesquisa de ponta, como a NASA, vêm manifestando pelo elevadíssimo índice de acerto na previsão do tempo meteorológico que fazem *peritos* das populações tradicionais do sertão semi-árido do nordeste brasileiro, *peritos* esses que nunca entraram numa escola formal. A diversidade biológica torna-se um tema não só biológico, quase sempre destinado aos grandes grupos empresariais mas, também, tema de interesse daquelas populações que detém conhecimentos preciosos sobre espécies animais e vegetais e que hoje disputam os direitos de propriedade intelectual. Como se vê ficam indefinidos não só os limites entre as ciências mas, também, entre diferentes modos de conhecer, já não sendo possível traçar com tanta certeza o limite entre quem sabe e quem não sabe.

E aqui, sabemos, aqueles que até admitem que já não são tão rígidos os limites entre as disciplinas científicas tal e qual foram sendo instituídos no

interior do paradigma hoje em crise; que até admitem que os limites dos estados territoriais já não são tão absolutos como até aqui o moderno pensamento político europeu admitiu, com sua idéia de soberania absoluta, correlata à de espaço absoluto, “claro e distinto”, conforme veremos adiante; não admitem com a mesma ênfase que que não devem ser tão rígidas as linhas demarcatórias, os limites, entre as diferentes matrizes de racionalidade, que precisam mais dialogar do que serem, como até aqui, hierarquizadas e tratadas como inferiores e incapazes de um pensamento superior (seja lá o que isso signifique), como se fossem natureza a ser dominada.

É interessante observar que a emergência desses outros sujeitos sociais vindos de tantos lugares e regiões do mundo se dê numa mesma época em que o próprio pensamento europeu redescobre, como se fôra um renascer, filósofos pré-socráticos⁵ como Heráclito, Demócrito, Epicuro, Anaximandro e tantos outros. A lembrança é aqui fundamental não só pela proximidade que esses pensadores têm com essas outras matrizes de racionalidade hoje emergentes que co-habitam seus espaços com os deuses, que não distinguem espírito de matéria, natureza de cultura, pensamento de ser (Mangabeira, 2001). Esses pensadores pré-socráticos não construíram sistemas filosóficos e doutrinários, como será característico do bom filósofo a partir da crise da democracia grega. Ao contrário, legaram-nos idéias sob a forma de aforismos e, desse modo, seus pensamentos estavam abertos para que o interlocutor com eles interagisse. Uma dialógica era constituinte desses pensamentos/desses pensadores e daí valorizarem tanto a arte da argumentação.

Há uma outra razão, ainda, para essa aproximação entre os chamados pensadores pré-socráticos e essas múltiplas matrizes de racionalidade que emergem à cena política atual. Trata-se de considerar que eles comparecem também ao debate depois de toda a tentativa de expulsá-los da pólis, retirar-lhes o direito a um lugar no mundo. Explico-me: é que foi na crise da democracia grega⁶ que uma determinada razão começou a querer se afirmar não *a partir* da pólis, mas *sobre* a pólis distinguindo a razão verdadeira, o saber filosófico, do saber mítico ou religioso. Aqui o *logos*, a razão, deve ser conduzida com método e se vê como superior a arte da argumentação, à retórica. A partir daqui é como se a sabedoria (*sofia*) deixasse de ter amigos (*filia*) aqui na terra e só nos chegasse após os esforços de algum sábio isolado, livre do trabalho manual e da vida mundana. Assim, a verdade, a razão⁷, não mais habitaria entre os homens e mulheres mortais, como na *ágora*, lugar da democracia, mas, sim, seria trazida de fora como que se fôra ungida por um sábio a partir dos céus (Theo-ria)⁸. Ali se tentava expulsar outras falas, outras razões, para que A Razão se impusesse soberana. Houve, até, um Rei-filósofo que quis impor a lei verdadeira, porque racionalmente constituída, como uma verdade exterior à sociedade. Até mesmo o número de habitantes da pólis foi racionalmente calculado para que a cidade estivesse de acordo com a razão. É com a tentativa dessa Razão Imperial de se

impor que o ser sofista e ser retórico passam ser vistos de modo negativo, apesar de sofista derivar de sabedoria (sofia) e a retórica ser a arte da argumentação, arte do diálogo. São esses “novos bárbaros”, como diria Nietzsche, –zapatistas, seringueiros, indígenas, descapacitados, mulheres, ecologistas, migrantes, sem-documentos, homossexuais, camponeses, negros, hip hoppers, operários e jovens– que voltam à cena política, que recolocam a ágora, isto é, o lugar da política novamente em debate. Mas para que isso se dê, é claro, pressupõe-se que os interlocutores sejam *a priori* considerados qualificados como para o debate, que tenham o direito à fala, à ágora e, para isso, é preciso admitir-se que os outros podem ter razão, mesmo sendo outros, e que a razão habita esse mundo, que ela não vem de fora, mas, ao contrário, que ela se instaura entre os seres mortais que povoam a physis.

Cornelius Castoriadis (Castoriadis, 1982) insistia que um importante legado que os antigos gregos nos haviam deixado reside na idéia de que são os próprios homens e mulheres que criam seu próprio mundo e nesse magma de significações a razão adquire um lugar destacado. Registre-se que a razão aqui é, sempre, passível de crítica e, por isso e para isso, razão e ágora, enquanto *locus* desse debate, se pressupõem. Nenhuma razão fundamental está livre da crítica racional, até mesmo a razão do Rei-filósofo. Eis uma questão que ora se coloca até mesmo pelos fundamentalismos de várias ordens que nos ameaçam de todos os lados e a todos (de Mercado, Islâmicos, Destinos Manifestos e quietais).

Numa época, como a nossa, em que todos os limites estão sendo postos em causa é preciso recuperar a idéia que *limite* emana de pólis, de onde vem a política, como nos ensinam os antigos gregos. É que pólis significava originariamente não a cidade como nos ensinaram mas, sim, o limite, o muro que separa a cidade do campo. Só num segundo momento pólis passou a designar a cidade, ou seja, o que está contido nos muros, nos limites. Mas não olvidemos que política é exatamente a arte de definir os limites^{ix} e, assim, para os gregos, polis e política se pressupõem, assim como cidade e cidadania.

Os Estados territoriais

Desde 1648, com a Paz de Westfália, que uma ordem internacional vem sendo instituída consagrando o Estado Territorial como forma geográfica de organização das sociedades modernas e contemporâneas. Diga-se, de passagem, que à época ainda não era possível falar de Estado Nacional posto que o soberano era o Monarca que se afirmava sobre um espaço delimitado por fronteiras forjadas por meio de alianças (casamentos) e guerras. Soberano era o Príncipe –o Estado– que reinava sobre um território. À época ainda se acreditava que os Reis eram Reis porque ungidos pelos Deuses (todos com maiúsculas) e, até mesmo, porque tinham sangue azul. O Estado Territorial Moderno, essa invenção

genuinamente européia e constitutiva do mundo moderno-colonial, tem essa marca originária de um Estado que nasce como um poderoso instrumento de controle da multidão (Negri e Hardt, 2001), conforme veremos com mais detalhes adiante. Destaquemos, por ora, que essa nova forma de organização do espaço instituída com o Estado Territorial Moderno não por acaso recupera o Direito Romano e “a idéia de que os príncipes e os reis eram por si *legibus solutus*, isto é, isentos de restrições legais” (Anderson, 1984: 27) e, assim, a Razão de Estado se coloca acima dos homens e mulheres comuns, e um direito que se quer universal, o Romano, se coloca acima dos direitos consuetudinários das gentes. Aqui temos a Política sem a *ágora*, a Cidade sem Cidadania, A Razão de Estado contra os “de baixo”. Voltaremos a isso mais adiante.

Destaque-se, ainda, que 1648 é um Tratado entre brancos europeus que estão pactuando entre si, em Westfália, uma reordenação jurídica de uma ordem internacional que mudara radicalmente com a inundação de metais preciosos que fez explodir a ordem mercantil pelo mundo com a exploração da natureza –ouro, prata, especiarias várias, assim como o açúcar entre outras matérias– por meio da servidão indígena e da escravidão dos negros vinda da América, da África e da Ásia. Este era o Novo Mundo. Os princípios de Westfália estão ainda hoje presentes consagrando uma moderno-colonialidade onde a Europa, de um lado, mantinha a América e grande parte da África ao sul do Saara sob seu domínio colonial e, de outro lado, o norte da África e um Oriente, que a Europa não lograra dominar, que abrangia o resto do Mundo Antigo (Oriente Próximo, Oriente Médio e Extremo Oriente), cujos limites, diga-se de passagem, passaram a constituir a Europa, sempre preocupada com a ameaça do Grande Turco. Não é difícil ver aqui a verdadeira obsessão do novo que vai caracterizar a Europa (notas 4 e 6).

É no interior desse novo “*container* de poder” (Giddens, 1989) –os Estados Territoriais Modernos– que as lutas sociais por liberdade, igualdade e fraternidade terão que se haver nesse mundo moderno-colonial. Essa ordem geográfica e política instituída pelos protagonistas que se fazem a si próprios por meio dos Estados Territoriais Nacionais ganha seus contornos mais avançados recentemente com a criação da Organização das Nações Unidas após a 2ª Guerra Mundial. É que o nacionalismo expansionista imperialista havia levado o mundo a duas guerras em cerca de 20 anos (1914-1918 e 1939-1945) envolvendo diretamente os territórios dos Estados Nacionais situados no polo dominante da ordem moderno-colonial e, somente por isso, se entende que tenham sido chamadas Guerras Mundiais. A partir daqui se esboça a configuração de uma nova territorialidade que Negri e Hardt chamarão de Império, que não reconhece nenhuma externalidade, e se quer, portanto, trans-nacional, global e planetária. A partir de então passamos a uma ordem internacional instável convivência contraditória entre protagonistas que se fazem a si mesmos por meio de distintos regimes de produção territoriais de poder como os Estados Nacionais, o Imperialismo e o Império instaurando um verdadeiro “caos sistêmico”

Trata-se de uma situação de falta total, aparentemente irremediável, de organização. Trata-se de uma situação que surge por haver uma escalada do conflito para além do limite dentro do qual ele desperta poderosas tendências contrárias, ou porque um novo conjunto de regras e normas de comportamento é imposto ou brota um conjunto mais antigo de regras e normas, sem anulá-lo, ou por uma combinação dessas duas circunstâncias. À medida que aumenta o caos sistêmico, a demanda de “ordem” –a velha ordem, uma nova ordem, qualquer ordem!– tende a se generalizar cada vez mais entre os governantes, os governados, ou ambos. Portanto, qualquer Estado ou grupo de Estados que esteja em condições de atender a essa demanda sistêmica de ordem tem a oportunidade de se tornar mundialmente hegemônico (Arrighi, 1994: 30).

Podemos ver agora que a configuração geopolítica da chamada Guerra Fria, conformando um determinado regime de produção de poder reduzido ao binômio Capitalismo e Socialismo ou Estado e Mercado (mais uma par daquelas categorias dualistas que tão bem caracterizam o pensamento europeu ocidental), nem de longe conseguia dar conta das múltiplas manifestações de desejo de liberdade, justiça e igualdade que veremos explodir e que vêm à cena política enquanto *desplazados*, refugiados, migrantes, estes cada vez em maior número, ou enquanto movimentos sociais que clamam por demarcação de territórios (camponeses, indígenas, comunidades negras, entre outros); que apontam para outras formas de re-ligação (re-ligare) étnico e/ou religiosa; outros que apontam para as desigualdades sociais, de gênero ou, ainda, todo o quadro de dilapidação das condições naturais da existência postas em risco por um poderoso sistema científico-técnico-informacional moderno-colonial que já mereceu de alguns teóricos, como U. Beck (Beck, 1992), a caracterização de “sociedade de risco”¹⁰.

Assim, diante do que Arrighi chamou de “caos sistêmico” é preciso ver mais do que “um Estado ou grupo de estados” que venha a exercer a hegemonia e, sim, ver que qualquer configuração territorial que venha a se estabelecer enquanto uma determinada ordem sistêmica será instituída por protagonistas histórica e geograficamente situados que são esses que estão buscando re-significar o mundo e, assim, é toda a questão dos limites que está posta. E limites, já o vimos, é a própria natureza da política.

Vimos como, para os gregos, Cidade e Cidadania ou Polis e Política não se excluem assim como Espírito e Matéria, e que são muito menos nítidos do que se acreditara os limites que separam o *logos*, a razão, da emoção, da paixão. Deste modo, não só a divisão do trabalho científico –as diversas disciplinas, por exemplo– está posta em xeque mas, também, a relação do conhecimento científico com outras formas de conhecimento e, por consequência, com aqueles que são portadores desses outros conhecimentos, com todas as implicações social e política que essa questão nos coloca.

São novos territórios epistêmicos que estão tendo que ser reinventados juntamente com os novos territórios de existência material, enfim, são novas formas de significar nosso estar-no-mundo, de grafar a terra, de inventar novas territorialidades, enfim de geo-grafar.

Recuperando o espaço geográfico para uma teoria social crítica

... a formação dos discursos e a genealogia do saber devem ser analisadas a partir não dos tipos de consciência, das modalidades da percepção ou das formas de ideologia, mas das táticas e estratégias de poder. Táticas e estratégias que se desdobram através das implantações, das distribuições, dos recortes, dos controles dos territórios, das organizações de domínios que poderiam constituir uma espécie de geopolítica, por onde minhas preocupações encontrariam os métodos de vocês (geógrafos). Há um tema que gostaria de estudar nos próximos anos: o exército como matriz de organização e de saber –a necessidade de estudar a fortaleza, a ‘campanha’, o ‘movimento’, a colônia, o território. A geografia deve estar bem no centro das coisas de que me ocupo

Michel Foucault

Há na tradição hegemônica do pensamento europeu ocidental uma supremacia do tempo em relação ao espaço, sobretudo na moderno-colonialidade. O progresso é, quase sempre, algo que se dá enquanto mudança qualitativa no tempo, daí poder dizer-se que aquele povo ou aquela região é atrasado/a ou adiantado/a, como se houvesse um relógio ou, mais precisamente, um cronômetro cultural. Não só a Europa ocupa o panteão da civilização diante dos outros povos e das outras regiões que vivem mais perto do estado de natureza, no *continuum* já aludido, como, também, o progresso está num pólo ativo –a Europa Norte Ocidental, os Estados Unidos, o Japão– de onde se expandirá, ao longo do tempo, para os outros lugares que, assim, são passivos.

Até mesmo a utopia é um não-lugar, ou melhor, é um lugar imaginário que se situa num outro tempo melhor que o nosso tempo, longe do nosso espaço do aqui-e-agora.

O *time is money*, uma das máximas centrais de uma sociedade mercantil que se institui a partir da Renascença –é só mais uma das indicações da sobrevalorização, nesta sociedade, do tempo sobre o espaço. Afinal, não se diz *space is money*, muito embora saibamos que não sendo a riqueza redutível à sua expressão simbólica –o dinheiro– a constituição da sociedade mercantil européia implicou, desde o início, a conexão com outros mundos de vida de onde provinha a matéria tangível (ouro e prata, por exemplo).

A produtividade, outro desses categoremias que constitui o magma de significações do mundo moderno-colonial é, também, temporal, pois indica um

quantum produzido numa determinada unidade de tempo, assim como a rentabilidade só pode ser apreciada num marco temporal.

Considere-se, ainda, a velocidade, essa verdadeira obsessão do capitalismo moderno-colonial, e lá veremos, também, a busca, a todo custo, da supressão do espaço pelo tempo. Afinal, se é tanto mais veloz quanto mais espaço percorremos na mesma unidade de tempo –quilómetro/hora, metro/segundo. É nesse contexto de significações que faz sentido chamar alguém, desqualificando-o, de atrasado ou lento.

Até mesmo a coordenada geográfica –a latitude e a longitude– que enquadra o espaço o faz por meio do tempo, isto é, em grau, minuto e segundo¹¹. Consideremos, de passagem, que estabelecer o parâmetro do tempo do mundo pelo meridiano de Greenwich é um marco de afirmação de uma Europa Norte Ocidental que, assim, se distingue, sob o manto da Ciência, de uma outra Europa, a Mediterrânea Ibérico-genovesa, cuja hegemonia se afirmou, sob a bula de um Papa de Roma, dividindo o mundo pelo meridiano de Tordesilhas. Sempre um meridiano marcando o mundo, geografando. A partir de então o relógio¹², máquina do tempo e, segundo Lewis Mumford (Mumford, 1973), a primeira máquina verdadeiramente moderna, consagra a hegemonia do tempo como categoria hegemônica sob o ponto de vista do pólo hegemônico da moderno-colonialidade.

Nem mesmo um pensador marxista da estatura de L. Althusser escapou a essa tradição que desqualifica o espaço: “O recurso às metáforas espaciais, de que [...] o presente texto faz uso coloca um problema teórico: o das suas condições de existência em um discurso com pretensão científica. Este problema pode ser exposto da maneira seguinte: por que um certo tipo de discurso requer necessariamente o uso de metáforas retiradas de discursos não científicos?” (Foucault, 1976).

Assim, o espaço como o aqui-e-agora e, platonicamente, *locus* das imperfeições mundanas, parece nos condicionar e, assim, nos impedir de ser livres. A idéia da liberdade como um pássaro voando é mais uma dessas imagens fortes que privilegia o tempo em detrimento do espaço –diz-se, o tempo voa–, muito embora sejamos obrigados a lembrar, com Imanuel Kant, que o vôo do pássaro, por mais que implique o afastamento do espaço concreto do dia a dia com suas coações, só é possível pelo atrito do pássaro com o ar. Não há liberdade sem atrito. Não se escapa da materialidade voando.

Associe-se a essa imagem uma outra, igualmente forte na tradição européia ocidental, do intelectual que deveria se retirar da vida mundana –o espaço nosso de cada dia– para, pelo pensamento livre de qualquer coação, aceder à verdade. São enormes os efeitos que daí advêm como a sobrevalorização do trabalho intelectual, abstrato, em relação ao trabalho braçal, concreto, assim como toda

uma topologia inscrita no discurso político entre o superior e o inferior, entre os ‘de baixo’ e os ‘de cima’, entre aqueles que vêm longe porque vêm do alto (*panopticum*) e os que têm visão curta porque não têm horizontes amplos.

O filósofo Michel Foucault teve o mérito de recuperar o significado do espaço e o fez não como uma categoria antagônica ao tempo. É ele quem nos diz que

Seria necessário fazer uma crítica dessa desqualificação do espaço que vem reinando há várias gerações. [...]. O espaço era o que estava morto, fixo, não dialético, imóvel. Em compensação o tempo era rico, fecundo, vivo, dialético.

A utilização de termos espaciais tem um quê de anti-história para todos que confundem a história com as velhas formas de evolução, da continuidade viva, do desenvolvimento orgânico, do progresso da consciência ou do projeto da existência. Se alguém falasse de espaço, é porque era contra o tempo. É porque ‘negava a história’, como diziam os tolos, é porque era ‘tecnocrata’. Eles não compreendem que, na demarcação das implantações, das delimitações, dos recortes de objetos, das classificações, das organizações de domínios, o que se fazia aflorar eram processos –históricos certamente– de poder. A descrição espacializante dos fatos discursivos desemboca na análise dos efeitos de poder que lhe estão ligados (Foucault, 1979: 158-9).

Eis o cerne da questão captado por Foucault –a relação íntima entre espaço e poder– que já havíamos adiantado. E aqui toda a questão do poder se revela na medida que as *delimitações*, os *recortes de objetos*, as *classificações*, as *organizações de domínios* sendo *procedimentos de poder* afirmam o poder ainda mais quando “*a descrição espacializante dos fatos discursivos [que nos proporcionaria] análise dos efeitos de poder que lhe estão ligados*” não é considerada, como nos disse acima Foucault.

A geografia foi um desses saberes práticos que renasceu na constituição do mundo moderno-colonial antes mesmo de a Geografia se constituir como um saber com pretensões científicas no século XIX¹³. A palavra geógrafo aparece em 1537 para designar ‘o funcionário do Rei fazer mapa’, ou seja, aquele especialista em re-presentar o espaço, em delimitar as fronteiras para o Estado Territorial nascente. Não olvidemos que ao mesmo tempo que o espaço se torna fundamental para o controle por parte do Estado Absolutista nascente, exatamente por isso, se coloca muito mais como uma questão prática, de procedimentos de controle, do que de interesse teórico. O espaço, como o poder absoluto, não está em discussão.

A perspectiva, outro saber que se desenvolve a partir da Renascença como olhar matemático, se quer, por isso, objetiva. Todavia, perspectiva é, paradoxalmente, olhar a partir de um ponto de vista e, com isso, trás desde a

origem um sujeito que observa que, assim, se esconde por trás da objetividade da abstração matemática. Mais tarde, com a ajuda da estatística (staat + istik, do alemão) ciência de estado, os geógrafos se encarregarão de proporcionar as condições para a organização do espaço¹⁴ (*aménagement du territoire*, dizem os franceses) para que o Estado Territorial Moderno se afirmasse (Gonçalves, 1996).

O espaço geográfico e o território se colocam, assim, como conceitos chaves para a compreensão dos complexos processos que ora põem em crise o mundo moderno-colonial até porque são conceitos que historicamente estão ligados a esse mundo que os criou. Afinal, uma das questões centrais que se apresenta nos dias de hoje diz respeito, exatamente, às novas grafias na terra, aos novos limites territoriais e, como a definição de limites é a própria essência da política, é toda a questão dos protagonistas que está em jogo¹⁵. Assim, se impõe, de imediato, a necessidade de des-substantivar o espaço geográfico posto que, quase sempre, é visto como uma realidade objetiva exterior à sociedade.

A perspectiva tradicional de não considerar a geograficidade do mundo tem implicações importantes para as ciências sociais, para não dizer para a sociedade mesma. O território, por exemplo, é considerado como um suporte, como se fôra uma base da sociedade e, como tal, algo sobre o que a sociedade se ergue que, todavia, não tem maiores implicações sobre o devir. Seus limites fronteiriços são vistos como um invólucro externo que delimita a soberania entre Estados como se esse limites externos não contivessem as marcas dos protagonistas internos que os instituíram¹⁶.

Ora, é preciso considerar que cada sociedade é, antes de tudo, um modo próprio de estar-junto (proxemia) o que implica, sempre, que toda sociedade ao se instituir enquanto tal o faz construindo o seu-espaço não cabendo, pois, uma separação entre o social e o geográfico, separação esta que, num segundo momento lógico, serve para estabelecer uma relação de causalidade seja da sociedade para o espaço (sociologismo), seja do espaço para a sociedade (espacismo, geografismo). O ser social é indissociável do estar.

A sociedade no seu devir histórico não é a-geográfica. A expressão, por certo, causa um certo estranhamento, embora seja natural dizer-se que o espaço que vivemos está impregnado de história. É como se fosse natural falar da historicidade do espaço geográfico e não de uma geograficidade da história. Poderíamos, à guisa de provocação epistemológica, afirmar que se a história se faz geografia é porque, de alguma forma, a geografia é uma necessidade histórica e, assim, uma condição de sua existência que, como tal, exerce uma coação que, aqui, deve ser tomada ao pé da letra, ou seja, como algo que co-age, que age com, é co-agente.

O território não é simplesmente uma substância que contém recursos naturais e uma população (demografia) e, assim, estão dados os elementos para constituir

um Estado. O território é uma categoria *espessa* que pressupõe um espaço geográfico que é apropriado e esse processo de apropriação –territorialização– enseja identidades –territorialidades– que estão inscritas em processos sendo, portanto, dinâmicas e mutáveis, materializando em cada momento uma determinada ordem, uma determinada configuração territorial, uma topologia social (Bourdieu, 1989). Estamos longe, pois, de um espaço-substância e, sim, diante de uma tríade relacional território-territorialidade-territorialização. A sociedade se territorializa sendo o território sua condição de existência material. É preciso recuperar essa dimensão material sobretudo nesse momento como o que vivemos em que se dá cada vez mais importância à dimensão simbólica, quase sempre de modo unilateral, como se o simbólico se opusesse ao material.

É preciso considerar aqui que a geograficidade vai além das condições naturais, como é aceito nas ciências sociais. Com certeza, a natureza faz parte da materialidade que constitui o espaço geográfico. E aqui não se admite uma distinção, tão cara ao pensamento dualista dicotomizante, entre o material e o simbólico. Consideramos, ao contrário, que os homens e mulheres só se apropriam daquilo que faz sentido; só se apropriam daquilo a que atribuem uma significação e, assim, toda apropriação material é, ao mesmo tempo, simbólica.

Não nos sintamos confortáveis com essa observação, como se ela nos tivesse livrado de um empirismo ou de um materialismo vulgar, posto que ela nos coloca diante de enormes desafios tanto teóricos como, sobretudo, políticos. Afinal, não estamos habituados a trabalhar com a complexidade da relação entre o material e o simbólico e, por isso, ora optamos por um, ora por outro¹⁷. Consideremos a palavra água que, enquanto palavra, é o duplo (simbólico) da (matéria) água. Embora a palavra seja fundamental para nos relacionarmos socialmente, a palavra água enquanto tal não pode nos saciar a sede. Há uma dimensão da matéria que é irredutível ao simbólico.

Por mais que o capital financeiro, dito volátil, queira impor sua lógica simbólica matemática e abstrata ao mundo há uma materialidade que concerne à produção da vida que é irredutível à lógica financeira. O Oriente Médio e, se vê agora, a Ásia Central, são disso a maior expressão na medida que ali dormem as principais reservas mundiais de petróleo. Numa outra linguagem, talvez mais esclarecedora, há ali concentração de energia e, portanto, concentração de capacidade de trabalho¹⁸ como nos ensinam os físicos. O conhecimento científico e a tecnologia para explorar o petróleo, como conhecimento científico e tecnológico enquanto tais, não produzem o petróleo na sua materialidade. Na verdade o extrai e somente na medida que tenha o controle jurídico e político das jazidas e, assim, controle e mobilize o trabalho necessário para isso e, por aí, é diante de toda uma territorialidade (no atual contexto, capitalista) que nos encontramos. O conhecimento acerca da molécula de carbono não produz o petróleo que, nas proporções existentes nas regiões indicadas, foi produzido num

tempo geológico que mineralizou matéria viva fotossintetizada há milhões de anos atrás (daí dizer-se recurso não-renovável). Aqueles que detêm o conhecimento e o poder econômico de exploração desta riqueza, por mais poder que detenham, e detêm bem o sabemos, não têm o poder de produzir o petróleo enquanto tal, nem sua localização, e é essa tentativa de suprimir a geografia pela história que é toda a história real e concreta na sua materialidade, na sua geograficidade. Toda essa materialidade, todavia, tem tido efeitos dramáticos, como os que hoje abalam o mundo, pela centralidade que os combustíveis fósseis têm no interior do atual complexo industrial e de poder. Deste modo, a geografia, ela mesma sociedade e natureza, teima em co-agir, com sua materialidade própria.

Há limites, sempre vagos e imprecisos, é claro, entre o material e o simbólico e, por isso, é sempre possível de-*signar* os entes de modo diferente, dar nomes distintos, tornados igualmente (socialmente) próprios. E os nomes próprios, sabemos, são apropriações do mundo, são invenções de mundo. Vejamos o que nos diz a respeito Ernst Cassirer:

A classificação é uma das características fundamentais da linguagem humana. O próprio ato de denominação depende de um processo de classificação. Dar nome a um objeto ou a uma ação equívale a incluí-lo em certo conceito de classe. Se esta inclusão fosse, de uma vez por todas, prescrita pela natureza das coisas, seria única e uniforme. Entretanto, os nomes que ocorrem na linguagem humana não podem ser interpretados desta maneira invariável. Não se destinam a referir-se a coisas substanciais, a entidades independentes que existem por si mesmas. São antes determinados por interesses e propósitos humanos, que não são fixos nem invariáveis. Nem são feitas ao acaso as classificações que se encontram na linguagem humana; baseiam-se em certos elementos constantes, que se repetem, da nossa experiência sensorial. Sem tais repetições não haveria posição segura nem ponto de apoio para nossos conceitos lingüísticos (Cassirer, 1977: 212-3).

E assim vemos reaparecer a tensão constitutiva (criativa) entre o material e o simbólico, entre a linguagem e *certos elementos constantes, que se repetem, da nossa experiência sensorial*⁹. O geógrafo brasileiro Milton Santos (Santos, 1996) insiste nessa indivisibilidade entre o material e o simbólico dizendo que o espaço geográfico “é um misto, um híbrido, formado da união indissociável de sistemas de objetos e sistemas de ações. Os sistemas de objetos, o espaço-materialidade, formam configurações territoriais, onde a ação dos sujeitos, ação racional ou não, vem instalar-se para criar um espaço” “...O espaço geográfico deve ser considerado como algo que participa igualmente da condição social e do físico, um misto, um híbrido. Nesse sentido não há significações independentes dos objetos” (Santos, 1996: 234 e 70).

Estamos assim longe de uma outra característica do pensamento hegemônico no mundo ocidental de se recolher na abstração matemática sobrevalorizando a quantidade em detrimento da qualidade. No espaço da geometria a quantidade assinala a variação do mesmo, enquanto o espaço geográfico contém a materialidade como um atributo onde co-existem os diferentes, diversos entes. Aqui a geografia revela todo o seu desconforto diante do paradigma hegemônico dualista e dicotomizante na medida que ‘a relação espacial, inapreensível pelas estruturas clássicas de ação e de representação, é inteligível como um princípio de coexistência da diversidade’ (Sodré, 1988: 18) e constitui uma garantia do exercício de possibilidades múltiplas de comunicação (Santos, 1996: 255) o que levou Muniz Sodré a reconhecer que há uma dimensão territorial ou uma lógica geográfica da cultura (Sodré, 1988: 15).

Essa co-existência do diverso, essa contigüidade característica do espaço nosso de cada dia, que inspirou Milton Santos a ousar chamá-lo *espaço banal*, nos mostra que o espaço geográfico requer uma abordagem complexa que supere o pensamento reducionista atomístico-individualista. Vejamos:

os economistas também se preocupam com essa questão da proximidade, a distância sendo considerada como um fator relevante na estruturação do comércio internacional (Berthelot, 1994: 15-16) . Mas a proximidade que interessa ao geógrafo não se limita a uma mera definição das distâncias; ela tem que ver com a contigüidade física entre pessoas numa mesma extensão, num mesmo conjunto de pontos contínuos, vivendo com a intensidade de suas relações. É assim que a proximidade, diz J.-L. Guigou (Guigou, 1995: 56) ‘pode criar a solidariedade, laços culturais e desse modo identidade.

O papel da vizinhança na produção da consciência é mostrado por J. Duvignaud (Duvignaud, 1977: 20), quando identifica na ‘densidade social’ produzida pela fermentação dos homens em um mesmo espaço fechado, uma ‘acumulação que provoca uma mudança surpreendente’ movida pela afetividade e pela paixão, e levando a uma percepção global, ‘holista’, do mundo e dos homens (Santos, 1996: 255)²⁰.

Embora queiramos nesta parte salientar o significado dos conceitos de território e da geograficidade do socio-histórico, talvez valha a pena sublinhar que o espaço geográfico do período atual é, sobretudo, um meio técnico-científico-informacional (Milton Santos). Nele os objetos são, principalmente, objetos técnicos e, assim, têm dentro de si uma intencionalidade –uma hipertelia, uma máxima intencionalidade, como nos sugere G. Simondon (Simondon, 1989). Um objeto técnico concreto (G. Simondon) pretende ser “a mais perfeita convergência entre a tecnologia e a função desejada, perfeição impossível de ser alcançada na natureza” (Santos, 1996: 233).

Aqui se vê que a perfeição do objeto técnico é tanto maior quanto mais reduzido à intencionalidade. O que se procura com os objetos técnicos que cada vez mais povoam nosso cotidiano “é um aumento da eficácia da ação que depende do grau de certeza com que é exercida –just in time, just in space– e a informação contida nos objetos técnicos procura diminuir a incerteza” (Santos, 1996: 237-8).

A técnica tornada “uma espécie de princípio para toda atividade, toda coisa” é, em si mesma, “um princípio de racionalidade”, diz Marc Humbert (Humbert, 1991: 54). Investida nos objetos, aparece como uma “lógica inscrita, graças ao engenheiro, na natureza das coisas”(Latour, 1989: 21; Gras, 1993: 218). Há, desse modo, no objeto técnico, a prévia determinação de uma racionalidade, “uma forma predeterminada de ação sobre a natureza” graças à “conexão imediata da tecnologia com as atividades práticas da vida (Santos, 1996: 238).

E Langdon Winner (Winner, 1985) explicita a relação entre a tecnologia, espaço e poder, quando nos diz que “as inovações tecnológicas lembram os atos legislativos ou políticos que estabelecem um quadro para a ordem pública capaz de resistir às gerações. Por isso a mesma atenção que se dá às regras, papéis e relações públicas deve ser dada também às coisas como construção de estradas, criação de redes televisivas e o recorte de traços aparentemente insignificantes em novas máquinas” (Winner, 1985: 30-31).

Devemos, aqui, retomar a idéia já várias vezes invocada que o espaço geográfico é *locus* de co-existência do diverso, natureza e cultura ao mesmo tempo, lugar dessa contigüidade característica que é o espaço nosso de cada dia. Isto porque

No lugar, nosso Próximo, se superpõem, dialeticamente, o eixo das sucessões, que transmite os tempos externos das escalas superiores e o eixo dos tempos internos, que é o eixo das coexistências, onde tudo se funde, enlaçando, definitivamente, as noções e as realidades de espaço e de tempo. No lugar –um cotidiano compartilhado entre as mais diversas pessoas, firmas e instituições– cooperação e conflito são a base da vida em comum. Porque cada qual exerce uma ação própria, a vida social se individualiza; e porque a contigüidade é criadora de comunhão, a política se territorializa, com o confronto entre organização e espontaneidade. O lugar é o quadro de uma referência pragmática ao mundo, do qual lhe vêm o teatro insubstituível das paixões humanas, responsáveis, através da ação comunicativa, pelas mais diversas manifestações da espontaneidade e da criatividade [...] O território compartilhado impõe a interdependência como práxis, e essa ‘base de operações’ da ‘comunidade’ no dizer de Parsons [...] constitui uma mediação inevitável para o exercício dos papéis específicos de cada qual, conforme realça B. Werlen (Santos, 1996: 257-8).

Assim, o espaço geográfico é “uma condição para a ação; uma estrutura de controle, um limite à ação; um convite à ação” (Santos, 1996: 257). Deste modo, considerar a geograficidade é fazer com que a história se reconcilie com a vida na materialidade da relação sociedade-natureza na medida que o espaço inclui essa ‘conexão materialística de um homem com o outro’ (Marx e Engels, 1947: 18-19).

Explicitemos, portanto, que a geograficidade nas suas dimensões espacial e natural nos obriga a considerar a simultaneidade dos eventos e não somente a sucessão. Assim, nos é possível ver que aquilo que até aqui tem sido considerado mundo moderno, centrado na dinâmica européia, estadunidense e japonesa é indissociável da colonialidade pois da América Latina e Caribe, da África e da Ásia é que proveio grande parte da energia que move esse mundo seja na forma da matéria petróleo, seja do ouro, da prata, das riquezas minerais ou agrícolas que, sabemos, nunca é só matéria mas, também, trabalho (e não há trabalho sem energia) servil, escravo ou sub-assalariado.

E tão importante quanto essa compreensão que inspirou vários intelectuais é ver como todo esse processo é percebido por aqueles que, cada vez mais, sofrem os efeitos de decisões tomadas à distância (televisão²¹, teledetecção, tele-ação), cujas ações, quase sempre, são tomadas em função da dimensão econômica. À unidimensionalidade dos que tomam as decisões se contrapõe a multidimensionalidade da vida inscrita na geografia de cada dia, *locus* de conformação da subjetividade. A percepção remota, o sensoramento remoto, ignora a percepção imediata do espaço vivido.

Essas tensões de territorialidades nos obrigam a considerar a passagem acusada por Foucault da “sociedade disciplinar” para uma “sociedade de controle”. Assim, os espaços de conformação da subjetividade –a família, a escola, o asilo, a prisão, a fábrica, o estado-nação, o mundo–

...não [são] mais definido[s] da mesma maneira. A crise significa, em outras palavras, que hoje os *cercados* que costumavam definir o espaço limitado das instituições foram derrubados, de modo que a lógica que funcionava principalmente dentro das paredes institucionais agora se espalha por todo o terreno social (Negri e Hardt, 2001: 216; grifos meus).

Ou ainda quando nos falam que

...a paisagem urbana está mudando do foco moderno da praça comum e do encontro público para os espaços fechados dos *shopping centers*, das *freeways* e das comunidades fechadas. [...] O espaço público tem sido a tal ponto privatizado que já não faz sentido entender a organização social em termos de uma dialética entre os espaços público e privado, entre o dentro e o fora”. [...] A noção liberal do público, o lugar exterior onde agimos na presença de outros, foi universalizada (porque estamos sempre sob o olhar de

outros, monitorados por câmaras de sistemas de segurança) e sublimada ou desfetivada nos espaços virtuais do espetáculo (Negri e Hardt, 2001: 208).

Destaco aqui, pela extrema lucidez dessa compreensão, como tudo isso é captado a partir de outros lugares. Passemos a palavra a Victor de Gennaro, Secretário geral da Central de Trabajadores Argentinos. Em entrevista à pesquisadora Ana Esther Ceceña (Ceceña, 2001) ele nos oferece uma lúcida análise da implantação do projeto neoliberal na Argentina onde destaca que

... la contrarrevolución no era solamente la represión, era la desestructuración social, y vimos que de la clase trabajadora 72% era precario. Eran los momentos de mayor auge del pensamiento único, cuando se pregonaba el fin del trabajo –y realmente estaba en cuestionamiento hasta eso, si íbamos a seguir existiendo como trabajadores. Nosotros apostamos a que no, a que no nos iban a hacer desaparecer, a que la riqueza la sigue generando el trabajo y a idear formas nuevas de organización pero desde la misma esencia, desde la recuperación de la identidad.

Reconstituir esto nos abrió una nueva mentalidad y descubrimos que el nuevo lugar donde los trabajadores nos nucleamos, donde estamos todos los días, es el barrio. Esto se sintetizó en la frase “la nueva fábrica es el barrio”. La fábrica o lugar de trabajo donde uno se formaba, donde aprendía la historia, donde se construía y recuperaba la identidad y la memoria como trabajador hoy no existe más. Evidentemente hay que ir a organizarnos en el barrio y para esto se creó la afiliación directa para todo trabajador que viva de su trabajo. Se trata de un compañero de clase que tiene que volver a reconstituirse. Fue un tiempo muy difícil y aunque la resistencia al modelo de privatizaciones y de exclusión iba teniendo algunas victorias defensivas, lo más importante es que empezamos a ver que nos devolvía a nuestros compañeros: ex metalúrgicos, ex textiles, ex, ex, ex trabajadores, empezaban a acercarse y organizarse en calidad de trabajadores precarios.

Tuvimos experiencias maravillosas como la Federación de Tierra, Vivienda y Habitat que nos acercaba pobladores, trabajadores rurales, sectores que tienen que ver con la tierra, o los aborígenes, o las trabajadoras sexuales, organizaciones que jamás hubieran estado como trabajadores en una central (Ceceña, 2001: 63).

Observemos, ainda, como um novo espaço se coloca no horizonte dos protagonistas a partir das contradições do próprio processo de reorganização societário. A seguir, Victor de Gennaro nos brinda com uma clara apreensão de que a divisão setorial, assim como as distinções entre trabalhadores, já não podem ser tratadas com os mesmos paradigmas no período atual que ele, também, distingue.

La lucha sectorial es una lucha defensiva, más fácil, que rápidamente logra unificarse en torno a un programa de reivindicaciones. Pero en estas nuevas condiciones es distinto. Por ejemplo, en un hospital, donde todos son trabajadores de la salud, la propensión, si los alienta, es la de marcar las diferencias: los médicos son una cosa, las enfermeras son otra, los radiólogos otra y los trabajadores de mantenimiento también. Pero en realidad esta etapa del capitalismo, de globalización, de concentración, demuestra que no hay una política de salud. Es indispensable unificar a todos los trabajadores tras una gran bandera que es discutir la salud como política. Y discutir todo el sector salud, todo el proyecto de enfermedad que nos venden, no la privatización, sino un proyecto de salud, implicaba dos cosas: unificar a los sectores que iban a recibir salud. Si la comunidad no disputa un tipo de salud diferente y acepta esto que le venden, muy difícilmente podemos alcanzar reivindicaciones más naturales. En síntesis, no habrá carrera sanitaria para las enfermeras si no hay posibilidad de que un pueblo pelee por tener salud y ejerza su derecho a la salud (Ceceña, 2001: 64).

Ana Esther Ceceña, que entrevista a Victor de Gennaro, ajuda-nos a compreender a significação do território quando nos diz que

En octubre del año 2000 La Matanza, un barrio obrero (ahora en gran medida de desempleados) del Gran Buenos Aires, organizó el bloqueo de la carretera más importante del país en términos económicos. Se trató de una lucha ‘pueblada’ como dicen los argentinos, porque involucró a todos los integrantes del barrio, con distintas estrategias de sobrevivencia y distintas modalidades y experiencias de lucha. El episodio de La Matanza constituyó un aprendizaje en las potencialidades del sentido territorial de las nuevas formas de organización de la población, al tiempo que evidencia el carácter antipopular del gobierno, a pocos meses de haber asumido. El gobierno tuvo que firmar un convenio con los insurrectos de La Matanza, aceptando todas sus exigencias (Ceceña, 2001: 65).

Quase um ano depois, em 24 de julho de 2001, os desempregados, cada vez mais conhecidos como piqueteiros, realizavam no Santuário do Sagrado Coração de Jesus, na mesma La Matanza, um congresso nacional com mais de 2000 delegados. Um ex-metalúrgico, Claudio Landone, deixa claro de onde esse movimento retira sua força quando declara “eu não posso fazer greve, porque fui demitido de uma fábrica que faliu. Faço piquetes” (*Correio Brasiliense* 22/07/01).

Com esses “cortes de ruta”, os piquetes, torna-se, pelo conflito, evidente o significado cada dia maior do espaço como um todo –“la nueva fábrica es el barrio”– pela importância que adquirem a distribuição e a circulação num mundo em que há uma intensa fabricação capitalística da subjetividade (Felix Guatarri)

via *mass media*. Nesses piquetes a lógica do trabalho abstrato é bloqueada por aqueles que não querem se tornar meros objetos e, assim, afirmam sua subjetividade concretamente bloqueando as rotas, bloqueando a velocidade. Afinal, quanto mais os meios de comunicação estimulam simbolicamente os desejos, menos podem prescindir que os objetos circulem concretamente pelas estradas, pelas vias públicas. Aqui, pelos piquetes –já que “eu não posso fazer greve”– a geograficidade do social na sua subjetividade materializada se mostra como contradição.

No caso argentino, e sabemos que não só nele, a subordinação aos ditames do mundo financeiro, à lógica do dinheiro em estado puro que ignora a complexa materialidade inscrita no espaço geográfico de cada dia, implicou “30.000 compañeros desaparecidos, la mayoría trabajadores ou dirigentes sindicales, más de 100.000 presos y detenidos, más de 500.000 exilados, pero además más de medio millón de delegados activistas despedidos de las fábricas” (Ceceña, 2001: 63). Assim, mais do que um mundo que funciona em rede, que sobrevaloriza o mundo da virtualidade onde a fluxo do símbolo-maior –o dinheiro– se dá sem atrito, há uma desmaterialização cruel e, até mesmo, macabra.

Um mundo em busca de novas territorialidades

Com a criação da ONU que, trás em seu seio o Estado Territorial já consagrado em 1648, o mundo pós 2ª Guerra Mundial vê instaurar-se, paradoxalmente, o que Giovanni Arrighi chamara de “caos sistêmico”. Aqui é preciso saber tomar partido do privilégio do tempo que torna possível explicitar tendências históricas²² que à época apenas se esboçavam. De fato, a ONU, com todas as contradições que marcam a sua existência, indica a passagem de um sistema internacional para um sistema global, imperial, na medida que “aponta [...] igualmente para uma nova fonte positiva de produção jurídica, *eficaz em escala global – um novo centro de produção normativa que pode desempenhar um papel jurídico soberano*” (Negri e Hardt, 2001: 22. grifos meus).

Esse “caos sistêmico” abriga regimes de produção de poder com configurações territoriais contraditórias como o Estado Nacional, o Imperialismo, o Império –que se quer uma ordem global supranacional– e, ainda, múltiplos protagonistas (camponesa(e)s, indígenas, negro(a)s, mulheres, ambientalistas, trabalhadore(a)s assalariado(a)s que r-existem com/contra essas diferentes ordens e que são portadores de múltiplas territorialidades potenciais.

Afinal, como falar do fim ou da diminuição do poder dos Estados Territoriais Nacionais quando, exatamente após o fim da 2ª Guerra Mundial, se multiplica o número de Estados Territoriais Nacionais? No entanto, é preciso observarmos que o surgimento de mais de uma centena de novos Estados Territoriais Nacionais

após a 2ª Guerra se deu, sobretudo, na África e na Ásia. Na América Latina o neocolonialismo já havia se instaurado desde o século XIX consolidando o deslocamento da hegemonia de Tordesilhas para Greenwich, ou melhor, do mundo mediterrâneo (Portugal, Espanha e Gênova) para o Mar do Norte (Inglaterra, França e, depois, Alemanha). Diga-se, ainda, que os nascentes Estados americanos mantiveram no poder os descendentes dos brancos europeus –os crioulos, na América espanhola– negando-se aos indígenas e negros até mesmo a condição de assalariados (Quijano, 2000). O colonialismo interno é mais do que dominação regional, como quase sempre é considerado. Há uma clara clivagem racial e de classe que atravessa as novas formações nacionais trazendo para o seu interior a clivagem moderno-colonial já várias vezes aqui invocada.

A ordem imperial – antes de tudo, financeira

Desfaçamos, logo de início e ainda que rapidamente, um dos principais mitos que nos tem sido imposto na caracterização dessa nova configuração de poder, que Negri e Hardt chamam de Império, que diz respeito ao do papel que nela joga a revolução tecnológica, sobretudo, a telemática com tudo que ela implica. Tudo parece derivar do que se vem chamando revolução tecnológica em curso sem que se esclareça quem põe em movimento essa revolução tecnológica, como se fosse um processo espontâneo, natural. Quando observamos os principais setores onde essas novas tecnologias vêm se afirmando –o militar, o financeiro e os dos meios de comunicação de massas– já nos indicam possíveis protagonistas desse processo. Os atentados de 11 de setembro de 2001 sinalizam essa tríplice dimensão do poder imperial, não só por ter sido atingido o Pentágono, símbolo do poder militar, o World Trade Center, símbolo *par excellence* e do capital financeiro²³ transmitido ao vídeo em tempo-real, mas também, por indicar que não reconhecendo o Império externalidade não há mais um fora e um dentro o eu reforça as análises de Negri e Hardt, ou mesmo de David Harvey (Harvey, 1989), de que nos encontramos diante de novas percepções espaço-temporais, outro modo de dizer que nos encontramos diante de novas territorialidades em tensão.

Essa ordem imperial se apresenta como uma tentativa de superar uma crise profunda da ideologia nacionalista que havia sido levada ao paroxismo com o imperialismo²⁴ por meio de duas guerras em menos de 40 anos e, mais envolvendo, o território do pólo hegemônico da ordem moderno-colonial. Ainda em plena 2ª Guerra Mundial começa a se desenhar uma ordem financeira que se quer acima dos Estados Territoriais Nacionais e que, contraditoriamente, convive com o imperialismo dando ensejo, assim, a uma das tensões territoriais constitutivas dos dias que correm. Vejamos:

De todos os lados do conflito, a ação das classes dominantes ultrapassou os limites nacionais. [...] os Aliados imprimiram um caráter supranacional ao que inicialmente havia sido um mero acordo militar, a Declaração das Nações Unidas, assinada em janeiro de 1942 por 26 países, explicitava tais objetivos. A partir de 1944 foram tomadas medidas para converter as Nações Unidas numa organização de caráter permanente. Noutra plano, a Conferência de Bretton Woods, realizada em julho de 1944, estabeleceu o sistema monetário e financeiro que viria reger o mundo após o conflito, projetando o Banco Internacional para a Reconstrução e o Desenvolvimento e do Fundo Monetário Internacional. Qualquer que tivesse sido o vencedor, a paz assentaria em instituições supranacionais. Mais ainda significativos do que a internacionalização no interior de cada um dos blocos beligerantes foram os interesse comuns que os uniram a todos e os contatos que eles tiveram lugar. [...] Com base nestes interesses sociais comuns aos capitalistas de ambos os lados teceram-se, apesar do conflito, e para além das clivagens militares, políticas e ideológicas, contatos institucionais permanentes, no âmbito do Banco de Pagamentos Internacionais. Este banco fora estabelecido em Basileia, na Suíça, em 1930, para permitir a cooperação técnica entre bancos centrais dos vários país, e o seu Conselho de Administração ainda hoje é composto em parte por governadores de bancos centrais (Bernardo, 2000: 52-53).

Tal como aquele corpo de juristas que a partir do Renascimento recuperara o direito romano para ensejar a nova ordem geográfica e jurídico-política com base na propriedade privada (absoluta) incondicional e na soberania (absoluta) mutuamente excludente que nos deu o Estado Territorial Moderno, vemos emergir um novo protagonista que são os gestores financeiros que se colocam enquanto gestores de uma territorialidade imperial que se pensa não imperialista.

Em que pese o enorme significado político desses novos protagonistas das finanças mundiais –FMI, BIRD, Banco de Pagamentos Internacionais– sua lógica capitalista puramente fundada no dinheiro (D–D’) não pode prescindir da mediação das mercadorias (D–M–D’) e, conseqüentemente, das implicações materiais-simbólicas e, portanto, territoriais. Aqui é toda a contradição entre o dinheiro e a riqueza que está a se manifestar, enfim, a contradição entre a expressão simbólica da riqueza –o dinheiro– e a riqueza mesma.

A tensão de territorialidades desencadeada pela hegemonia política cada vez maior dos gestores financeiros se faz sentir com toda a força quando se tem que reduzir as moedas a uma única moeda, sobretudo quando essa moeda é uma moeda nacional, o dólar estadunidense, como tem sido o caso. Assim, a tendência para o império, característica dos gestores das finanças mundiais, se vê contraditoriamente apoiando o velho imperialismo e, com isso, reavivando a lógica territorialista nacionalista que, por sua lógica própria, teria que superar.

Não sem sentido essa tensão de lógicas territoriais distintas se faz presente com todo o seu peso na questão energética. Afinal, se o dinheiro se constitui, por um lado, na energia simbólica necessária à lógica capitalista, o combustível fóssil é, por outro lado, a energia material que permite aumentar o potencial de produção de mais valia de todo o complexo industrial que produz as mercadorias.

Para aqueles que têm posto o acento não na contradição entre o Império e o Imperialismo (e o Estado Nacional nele embutido) mas sim no fato de atribuir às grandes corporações multinacionais e aos mercados financeiros um poder maior que o dos seus próprios estados de origem, que teria caracterizado a euforia americana dos anos 90, concordamos com José Luiz Fiori quando nos diz que “passado o período das grandes compras e fusões transnacionais, todos os balanços feitos indicam que, no caso dos setores estratégicos –do ponto de vista tecnológico e militar–, o fator nacional foi decisivo e houve intervenções estatais das grandes potências sempre que alguma de suas grandes corporações se viu ameaçada por capitais estrangeiros”.

É no campo de ação direta dos gestores das finanças mundiais com sua lógica imperial –o mercado financeiro propriamente dito– que reina mais do que em qualquer outro campo, até porque a matéria que nele circula é realmente²⁵ simbólica, o mundo da comunicação por suporte informático (telemático) onde se valoriza, sobretudo, a existência de um mundo virtual. Considere-se, ainda, o significado que tem, nesse mundo e para esses protagonistas, a idéia de que não há limite até mesmo para os dias e noites porque as bolsas funcionam 24 horas. Afinal, não há limite para os números e aqui, já o vimos, estamos no mundo da expressão da riqueza e não da riqueza mesma. Trata-se do que, apropriadamente, tem sido chamado de capital volátil que é aquele capital que se desprende da materialidade do espaço concreto e que tenta submeter as diferentes qualidades que habitam esse espaço à sua lógica, à lógica da quantidade.

A mais completa figura em nosso mundo é apresentada da perspectiva monetária. Daqui pode-se ver um horizonte de valores e uma máquina de distribuição, um mecanismo de economia e um meio de circulação, um poder e uma linguagem. [...]

As grandes potências industriais e financeiras produzem, desse modo, não apenas mercadorias mas também subjetividades. Produzem subjetividades agenciais dentro do contexto biopolítico: produzem necessidades, relações sociais, corpos e mentes –ou seja, produzem produtores. [...]

[Assim] um lugar onde deveríamos localizar a produção biopolítica de ordem é nos nexos imateriais da produção de linguagem, da comunicação e do simbólico que são desenvolvidos pelos meios de comunicação. [...]

A mediação é absorvida dentro da máquina produtiva. A síntese política do espaço social é fixada no espaço de comunicação. É por isso que as

indústrias de comunicação assumiram posição tão central. Elas não apenas organizam a produção numa nova escala e impõem uma nova estrutura adequada ao espaço global, mas também tornam imanente sua justificação. O poder, enquanto produz, organiza; enquanto organiza fala e se expressa como autoridade. A linguagem, à medida que comunica, produz mercadorias, mas, além disso, cria subjetividades, põe umas em relação às outras, e ordena-as. As indústrias de comunicação integram o imaginário e o simbólico dentro do tecido biopolítico, não colocando-os a serviço do poder mas integrando-os, de fato, em seu próprio funcionamento (Negri e Hardt, 2001: 51-52).

Estamos, assim, diante de um deslocamento do *locus* de produção de necessidades que E. Thompson (Thompson, 1998) nos havia chamado a atenção. Não é mais exclusivamente no seio da família ou mesmo da escola que se dá a conformação da subjetividade que, assim, se desloca para essas máquinas de fabricação capitalística de subjetividade, conforme gostava de chamar Félix Guattari (Guattari, 1982). Mais uma vez, é do espaço social como um todo que estamos falando e é sobre a decisão de coisas tão simples, e tão fundamentais como o pão nosso de cada dia, que estamos tendo que nos reapropriar.

Esses mesmos meios de comunicação vêm caracterizando como movimentos “anti-globalização” todo o conjunto de manifestações que vem se fazendo à escala global e que traz em seu bojo movimentos que comportam múltiplas dimensões, inclusive as territoriais. No entanto, esses movimentos sinalizam para outros possíveis regimes de poder à escala global (Milton Santos) indicando, assim, que a escala global, mundial ou planetária se coloca como necessária para todo e qualquer protagonista e que já não é mais monopólio dos “de cima” fazer relações internacionais, como tem sido até aqui.

A natureza revisitada

Há um outro campo, ainda, –o campo ambiental– onde a tendência para a conformação de uma ordem global (imperial) vem ganhando uma enorme legitimidade, talvez só comparável aos direitos humanos. E, aqui, não poderia ser maior o conjunto de contradições que faz emergir entre territorialidades distintas. Indiquemos, de início, que todo um conjunto de idéias e práticas que conformam esse campo aponta claramente para uma “consciência planetária” e nos convida a nos sentirmos membros de uma “comunidade de destino” (Balandier) mundial, global, planetária (Gonçalves, 2001a). Afinal, estamos diante de riscos globais, havendo até mesmo autores, como Giddens (Giddens, 1991) e Beck (Beck, 1992), que vão caracterizar a sociedade moderna como “sociedade de risco”.

No interior desse campo os Estados Nacionais parecem não ter possibilidades de superar problemas que ultrapassam suas fronteiras posto que as dinâmicas da natureza não as respeitam. Todavia, o mesmo poderia ser invocado com relação à *propriedade privada incondicional e absoluta* que, como vimos, é um dos fundamentos da constituição do Estado Territorial Moderno. Afinal, numa sociedade em que a produção é regida por uma lógica da concorrência que aciona uma busca de aumento da produtividade e, assim, um ritmo incessante que tende para o infinito porque o que busca é a expressão quantitativa da riqueza na sua imaterialidade, os tempos naturais, culturais e psíquicos acabam por ser atingidos ensejando efeitos e contradições várias. Tudo indica que a *propriedade privada incondicional e absoluta* seja mais um dos limites (essência da política, insisto) que precisamos por mais abertamente em debate. O proprietário privado não pode reinar tão soberanamente como reinou até aqui, conforme Karl Polanyi (Polanyi, 1978) já nos havia alertado.

Além disso, esse campo ambiental também expõe outras e enormes contradições que reinam no atual “caos sistêmico” que caracteriza a geografia do mundo contemporâneo. Destaquemos o fato de 20% da população mundial ser responsável pelo consumo (produtivo e improdutivo) de cerca de 80% da energia e das matérias primas manipuladas anualmente em todo o planeta. Informação que põe em xeque o argumento malthusiano tão invocado nesse mesmo campo, quando se sabe, com Elmar Altvater (Altvater, 1994), que um estadunidense médio consome o equivalente a mais de 170 etíopes ou a mais de 50 paquistaneses, o suficiente para indicar que um bebê põe mais em risco o planeta quando nasce sob o regime de produção de subjetividades mercantilmente estimuladas. É o que Altvater chamou de regime de produção de bens oligárquicos, ou seja, aquele regime que se funda na produção de bens que só podem existir se for para poucos, pois se todos têm esses bens os riscos de todos aumentam²⁶. É toda a ordem moderno-colonial que se acha, assim, em xeque –princípio de igualdade, por exemplo– na medida que seu modo de vida é impossível de se generalizar para todo o planeta. A idéia de dominação da natureza, central para o pensamento moderno europeu, é posta em questão não somente porque se aponta a degradação ambiental ou o esgotamento de recursos naturais²⁷, mas porque junto com a natureza emergem múltiplos sujeitos que até aqui vinham se mantendo à mantendo nos marcos das territorialidades ora em crise.

Há, ainda, no interior desse campo todo um debate acerca da diversidade biológica que tem, de uma lado, todo o setor industrial ligado à biotecnologia e, por outro lado, proporciona a possibilidade de múltiplos povos e culturas se apresentarem à cena política como se pode ver por meio da mobilização de populações camponesas, indígenas ou comunidades negras em amplas regiões da América Latina (México, Colômbia, Peru, Equador, Bolívia, Brasil, conforme Escobar, 1996; Leff, 2000; Gonçalves, 2001b; Garcia Linera, 2001). Até mesmo o Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra no Brasil resignifica suas lutas

incorporando-se de modo próprio ao campo ambiental reforçando a perspectiva socioambiental que, no Brasil, foi inaugurada pelos seringueiros e teve sua liderança de maior expressão o ecosocialista Chico Mendes (1944-1988) (Gonçalves, 2001a e Gonçalves, 2001b).

Destaque-se, ainda, que é no interior deste campo ambiental que tem sido grande a tensão entre gestores territorialistas nacionais, militares sobretudo, e gestores territorialistas que operam à escala global. As organizações não-governamentais estão, também aqui, fortemente implicadas nessas relações contraditórias. Afinal, trata-se de determinar usos diferenciados aos recursos naturais e a natureza, sabemos, além de portar “recursos naturais” é, também, fonte de recursos simbólicos, de ideologias românticas territorializadas, como os nacionalismos e regionalismos (sangue e terra, por exemplo) que, de uma forma ou de outra, têm se nutrido, até aqui, do conceito moderno de soberania mutuamente excludente. E o ambientalismo, por seu lado, tem se inspirado na mesma natureza para construir uma ideologia planetarista, da Mãe Terra em franco contraste com a Pátria Mãe.

O comércio e a cultura – o direito das gentes

A tensão de territorialidades pode ainda ser observada nas discussões da Organização Mundial do Comércio (ex-GATT) onde a lógica imperial dos gestores financeiros entra em conflito com as diferentes territorialidades que constituem os Estados Territoriais Nacionais, assim como outras que buscam “um lugar no mundo”²⁸. Aqui tanto os bens materiais como os imateriais (culturais) são objeto de intensas e tensas lutas por/contra barreiras e proteções²⁹.

Nesse âmbito ganha particular relevância o debate sobre a propriedade intelectual pelo caráter social e coletivo de bens intangíveis, como o conhecimento, como no conflito entre aquele(a)s que querem colocar barreiras, por patente, e aquele(a)s que querem garantir acesso livre para sementes e cultivares; àquele(a)s que querem colocar barreiras, por patente, ou acesso livre aos remédios e fármacos; ao embate entre o(a)s que querem os softwares livres e aquele(a)s que os querem barrados por patente (Linux-Microsoft); assim como o debate sobre os direitos autorais coloca como interlocutores válidos, pelo conhecimento que produzem, várias populações e suas culturas que foram até aqui desqualificadas³⁰.

É interessante observar que nesse seio surge aquilo que parecia impossível, qual seja, uma espécie de “internacional camponesa”, como a Via Campesina³¹. Talvez aqui venha se tornando mais explícito do que em qualquer outro campo a tensão de territorialidades e todo o potencial de que nosso mundo está grávido por novas territorialidades. Aqui está em jogo os diferentes sabores com que nos

alimentamos no dia a dia que, sabemos, implica saberes (*savoir* e *savoir*) e, assim, é toda a cultura que está implicada. Até mesmo as paisagens, para nosso conforto e lazer, posto que foram conformadas pelas mais diferentes práticas culturais (daí dizer-se agri+cultura) que, assim, estamos vendo, nos oferecem mais do que alimentos e matérias primas. É a multifuncionalidade da agricultura, muito próxima do que Enrique Leff vem chamando de racionalidade ambiental, enfatizando seu caráter político e de justiça social, junto com suas dimensões técnica e cultural (Leff, 1994; 1998; 2000 e 2001).

Fim das fronteiras: para os migrantes, novos muros

Um dos maiores desafios que se apresenta no desenho possível de novas territorialidades diz respeito ao fenômeno dos enormes deslocamentos populacionais de nossa época. “Um espectro persegue o mundo, o espectro da migração. Todos os poderes estão aliados numa impiedosa operação contra ela, mas o movimento é irresistível. Junto com a fuga do chamado Terceiro Mundo, existe um fluxo de refugiados políticos e a transferência de força de trabalho intelectual, além dos movimentos em massa do proletariado agrícola, industrial e de serviços. Os movimentos legais e com documentos são esmagados pelas migrações clandestinas: as fronteiras da soberania nacional são peneiras, e toda tentativa de regulamentação completa sofre violenta pressão” (Negri e Hardt, 2001: 233).

Há, aqui, mais do que produção e reprodução da força de trabalho para o capital e que tem sido quase sempre analisado pelo prisma da regulamentação das condições técnicas do trabalho pelo capital. Há, também, um desejo irreprimível de liberdade. Não resta dúvida que o que essa multidão procura deixar para trás são as condições miseráveis, quase sempre derivadas do modo como suas comunidades e regiões são envolvidos (na verdade (des)-envolvidos, conforme Gonçalves, 2001b) pela ordem moderno-colonial e, o que buscam

...é a abundância de desejos e a acumulação de capacidades de expressão e produção que os processos de globalização determinaram na consciência de todo indivíduo e de todo grupo social –e, portanto, uma certa dose de esperança. A deserção e o êxodo são uma forma poderosa de luta de classes, dentro da pós-modernidade imperial e contra ela. Essa mobilidade, entretanto, ainda constitui um nível espontâneo de luta e hoje leva com muita frequência a novas condições desarraigadas de pobreza e miséria (Negri e Hardt, 2001: 233).

Nesse contexto dos grandes deslocamentos populacionais do mundo de hoje temos tanto as máfias que traficam gente, como cada vez mais se vê nos noticiários, como naqueles caminhões frigoríficos que transportavam europeus

orientais e asiáticos para a Inglaterra; ou navios que vagam sem que os diversos estados queiram receber as massas de refugiados que só aumentam, como, recentemente (outubro de 2001), os afegãos que a Austrália se recusou a receber desconsiderando a legislação internacional; e, ainda, e numa outra direção, o elevado número de uma migração seletiva de trabalho altamente qualificado (informática, por exemplo), como a de indianos e paquistaneses trabalhando nos Estados Unidos e na Inglaterra, assim como de africanos com formação superior trabalhando na Europa (números não muito precisos indicam, nesse caso, mais de 100.000) e, assim, temos trabalho qualificado aumentando a produtividade dos lugares e regiões onde a riqueza é mais concentrada reproduzindo a desigualdade entre países, regiões e comunidades e, assim, reforçando o duplo movimento de migração de gente qualificada e de miseráveis.

Temos, ainda, e num outro sentido, os imigrantes equatorianos na Espanha que em manifestações contra sua expulsão do país apresentaram a carta de Cristóvão Colombo de descoberta da América como o documento que deveria servir de base para garantir seu direito ao trabalho assim como sua permanência no país. Na Colômbia, os “desplazados” já somam 2.000.000 sobre uma população total de 30.000.000, indicando um fenômeno novo na medida que, nesse caso, não se trata de migrantes que, de uma forma ou de outra, ainda que impelidos pela circunstâncias, esperam, isto é, têm esperança de, com o deslocamento, melhorar suas condições vida. Não, os “desplazados” não esperam com o deslocamento melhorar as condições de vida. Ao contrário, exatamente porque têm a esperança de poder voltar o mais breve possível para suas comunidades se deslocam, inicialmente, para lugares próximos aos seus “pueblos” e comunidades. Aqui, se revela todo o limite do Estado nacional colombiano para garantir que sua própria população possa permanecer onde estava e a ONU já inicia gestões para atuar nesse campo.

É preciso destacar que a Colômbia é o país que, no mundo, apresenta o maior número de “desplazados” enquanto o Afeganistão apresenta o maior número de refugiados do mundo e, nesse momento (2001) seus territórios estão sob a ação direta de um poder imperial que se sobrepõe às comunidades e “pueblos”³², seja através do Plano Estados Unidos/Colômbia (mais conhecido como Plano Colômbia) ou da guerra contra o terrorismo, o que indica a complexa tensão de territorialidades, ainda mais se considerarmos o recente atentado contra o World Trade Center e o Pentágono que nos dá, trágica e espetacularmente, a dimensão global dos conflitos.

Saliento, todavia, o ponto que, acredito, deva ser o alvo de atenção –o da busca de novos regimes de poder por meio de novas territorialidades. E, aqui, quero me aproveitar dessa dupla dimensão mobilidade-permanência que está implicada não só nos múltiplos movimentos que clamam por demarcar suas terras, seus territórios como, também, por essa ampla mobilidade populacional.

Talvez para isso devamos destacar o caso das comunidades negras da Colômbia e do Brasil com seus *palenques* e seus quilombos (ou quilombolas), respectivamente. Essas comunidades negras se deslocaram em busca da liberdade contra a escravidão que lhes era imposta quando da constituição do mundo moderno na América Latina. Ali constituíram seus territórios à revelia do Estado que, sabemos, não os incorporara enquanto portadores de direitos, até muito recentemente. Hoje, pelas possibilidades abertas à escala mundial pelas contradições de regimes de poder se apresentam como protagonistas políticos reivindicando, exatamente, a consagração das terras onde constituíram seus territórios de liberdade. Portanto, a questão que se apresenta não é simplesmente a do direito de ir e vir, tão destacado pelo liberalismo mas, também o direito de permanecer. E, mais do que isso, o direito de soberanamente decidirem/pactuarem o permanecer ou o deslocar.

Deixando em aberto as novas territorialidades

As fronteiras, comportam o *front* e trazem consigo, sempre, a memória das lutas que as engendraram. Portanto, mais do que o espaço absoluto dos territórios soberanos dos Estados modernos destacamos seu caráter aberto (poroso) e contraditório, tanto no *front* interno como no *front* externo. Há, sempre, por trás do instituído o processo instituinte e, no caso da fronteira, o limite explicita o seu caráter essencialmente político.

Mas se os limites das fronteiras se mostram tão explícitos quando separa o *front* interno do externo, nem sempre o faz tão claramente quando se trata de ver os processos instituintes, sobretudo, quanto aos seus protagonistas. Por isso destacamos que além dos limites entre as ciências, cada uma com seus territórios rígidos de conhecimento, devemos estar atentos para outros conhecimentos até aqui considerados numa hierarquia inferiorizante (como o caso das ciências humanas diante das ciências naturais; da filosofia e da arte diante da ciência) e, indo um pouco além, devemos atentar, também, para *outros* conhecimentos produzidos por *outros* protagonistas com *outras* matrizes de racionalidade.

Enfim, todo o processo que oferecemos à análise deve ter em mente o haitiano Toussaint de L'Ouverture, os equatorianos que querem que se descubra a América na Espanha de hoje, ou a memória dos negros constitucionalizados como 3/5 de um branco nos Estados Unidos e que estão vivas num mundo que tem um grupo como o G-7 e, ainda, tem o direito de veto sendo praticado no Conselho de Segurança da ONU como se, ainda, houvesse países e povos que valem 3/5 de outros povos.

A época dos descobrimentos europeus e a comunicação cada vez mais intensa entre os espaços e povos da terra, que veio em seguida, sempre

carregaram dentro de si um real elemento de utopia. Mas tanto sangue foi derramado, tantas vidas e culturas foram destruídas, que parece muito mais urgente denunciar a barbaridade e o horror da expansão da Europa Ocidental (e também dos EUA, dos soviéticos e dos japoneses). Achamos importante, entretanto, não esquecer as tendências utópicas que sempre acompanharam a marcha rumo à globalização, ainda que essas tendências tenham sido continuamente derrotadas pelos poderes da soberania moderna. O gosto da diferença e a crença na liberdade universal e na igualdade dos seres humanos, próprios do pensamento revolucionário do humanismo da Renascença, reaparecem aqui em escala global. Esse elemento utópico da globalização é o que nos impede de simplesmente cair de volta no particularismo e no isolacionismo, em reação às forças totalizantes do imperialismo e da dominação racista, induzindo-nos, em vez disso, a forjar um projeto de contra-globalização, de contra-Império. Esse momento utópico, entretanto, nunca deixou de ser ambíguo. É uma tendência que constantemente entra em conflito com a ordem soberana e a dominação (Negri e Hardt 2001: 132).

Há, assim, um novo campo que é, ao mesmo tempo, local, regional, nacional³³ e global, ou imperial como querem Negri e Hardt que, por sua vez, tem ensejado a oportunidade histórica para que novos protagonistas locais e regionais venham à cena política. É nesse imbricação de escalas que novas territorialidades devem ser buscadas. Mais do que a geografia estamos diante de geo-grafias, enfim, do desafio geo-grafar nossas vidas, nosso planeta, conformando novos territórios, novas territorialidades.

Bibliografia

- Albuquerque Jr., Durval Muniz 1996 *A Invenção do Nordeste e outras artes* (Recife-São Paulo: Fundação Joaquim Nabuco-Ed. Massangana e Cortez).
- Altvater, Elmar 1994 *O Preço da Riqueza* (São Paulo: Edunesp).
- Anderson, Perry 1976 *Passagens da Antigüidade ao Feudalismo* (Porto: Publicações Escorpião-Ed. Afrontamento)
- Anderson, Perry 1984 *Linhagens do Estado Absolutista* (Porto: Afrontamento).
- Arrighi, Giovanni 1994 *O Longo Século XX* (São Paulo: Contraponto-Unesp).
- Bachelard, Gaston 1982 “Poética do Espaço”, em *Os Pensadores* (São Paulo: Abril ed.).
- Beck, U. 1992 *Risk Society. Towards New Modernity* (Londres: Sage).
- Bernardo, João 2000 *Transnacionalização do Capital e Fragmentação dos Trabalhadores* (São Paulo: Boitempo).
- Berthelot, Yves 1994 “Globalisation et Regionalisation: une mise en perspective”, em *Integration-desintegration regionale à l`echelle des continents*, Seminário GEMDEV-EADI (Paris) 13-14 mai 1993.
- Boëtie, Etienne La 1982 *Discurso sobre a Servidão Voluntária* (São Paulo: Brasiliense).
- Bourdieu, Pierre 1989 *O Poder Simbólico* (Lisboa-Rio de Janeiro: Difel-Bertrand).
- Capra, Fritjof 1988 *Sabedoria Incomum* (São Paulo: Cultrix).
- Cassirer, Ernst 1977 *Antropologia Filosófica – Introdução a uma Filosofia da Cultura Humana* (São Paulo: Mestre Jou).
- Castoriadis, Cornelius 1982 *A Instituição Imaginária da Sociedade* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- Ceceña, Ana Esther 2001 “El Nuevo Pensamiento y la Transformación de la lucha en Argentina – entrevista com Victor de Gennaro”, em *Revista Chiapas* (México: UNAM/Ediciones Era) N° 11.
- Clastres, Pierre 1982 *Arqueologia da Violência – Ensaio de Antropologia Política* (São Paulo: Brasiliense).
- Claval, Paul 1978 *Espaço e Poder* (Rio de Janeiro: Zahar).

- Claval, Paul 1999 *A Geografia Cultural* (Florianópolis: Edufsc)
Correio Brasiliense (Brasília, D.F.).
- de Souza Santos, Boaventura 1996 *Um Discurso sobre as Ciências* (Porto: Afrontamento, 8ª edição).
- de Souza Santos, Boaventura 1997 *Pela Mão de Alice – o social e o político na pós-modernidade* (São Paulo: Cortez, 3ª edição).
- de Souza Santos, Boaventura 2000 *Introdução a uma Ciência Pós Moderna* (Rio de Janeiro: Graal, 3ª edição).
- Duby, Georges 1982 *As Três Ordens ou O Imaginário do Feudalismo* (Lisboa: Estampa).
- Duvignaud, Jean 1977 *Livres et non Lieux* (Paris: Galilée).
- Escobar, Arturo 1996 *La Invención del Tercer Mundo – Construcción y Deconstrucción del Desarrollo* (Santa Fé de Bogotá: Norma).
- Espinosa, Myriam Amparo 2001 *Contraste entre Miradas Colonizadoras y Subalternas sobre Plan Colombia* (Cauca: mimeo).
- Foucault, Michel 1976 “Questions à Michel Foucault sur la Géographie”, em *Heródote* (Paris) N° 01.
- Foucault, Michel 1979 *Microfísica do Poder* (Rio de Janeiro: Graal).
- Fourquin, Guy 1987 *Senhorio e Feudalidade na Idade Média* (Lisboa: Edições 70).
- Funtowicz, Silvio e de Marchi, Bruna 2000 “Ciência Posnormal, Complejidad Reflexiva y Sustentabilidad”, em Leff, Enrique (coordinador) *La Complejidad Ambiental* (México: Siglo XXI/UNAM/PNUMA).
- García Linera, Álvaro 2001 “Multitud y Comunidad – La Insurgencia Social en Bolívia” em *Revista Chiapas* (México, UNAM/Ediciones Era) N° 11.
- Giddens, Anthony 1989 *A Constituição da Sociedade* (São Paulo: Martins Fontes).
- Giddens, Anthony 1991 *Modernity and Self-Identity: Self and Society in the Late Modern Age* (Cambridge: Polity).
- Gonçalves, Carlos W. Porto 1996 “Geografia Política e Desenvolvimento Sustentável” em *Revista Terra Livre* (São Paulo: Marco Zero-AGB) N° 11-12.
- Gonçalves, Carlos W. Porto 2000 “Para Além da Crítica aos Paradigmas em Crise: Diálogo entre diferentes matrizes de racionalidade”, em *Anais do III Encontro Iberoamericano de Educação Ambiental* (Caracas).

- Gonçalves, Carlos W. Porto 2001a *Geo-grafías. Movimientos Sociales, Nuevas Territorialidades y sustentabilidad* (México: Siglo XXI).
- Gonçalves, Carlos W. Porto 2001b *Amazônia, Amazônias* (São Paulo: Contexto).
- Gonçalves, Carlos W. Porto 2001c “Meio Ambiente, Ciência e Poder: diálogo de diferentes matrizes de racionalidade” em *Ambientalismo e Participação na Contemporaneidade* (São Paulo: Educ-Fapesp).
- Gonçalves, Carlos W. Porto 2001d “Para Além da Crítica aos Paradigmas Em Crise; Diálogo entre diferentes matrizes de racionalidade”, em VII Coloquio de Geografía Universidad del Cauca, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, Programa de Geografía del Desarrollo Regional y Ambiental (Colômbia).
- Gonçalves, Carlos Walter Porto 1989 *Os (Des)Caminhos do Meio Ambiente* (São Paulo: Contexto).
- Gras, Alain 1993 *Grandeur et Dépendence. Sociologie des Macrosystèmes Thecniques* (Paris: Presses Universitaire de France).
- Guattari, Felix 1982 *Micropolítica - Cartografias do Desejo* (Rio de Janeiro: Brasiliense).
- Guigou, Jean-Louis 1995 *Une Ambition pour le territoire. Aménager le temps et l'espace* (Paris: Laube-Datar).
- Harvey, David 1989 *A Condição Pós-Moderna* (Rio de Janeiro: Loyola).
- Humbert, Marc 1991 “Perdre pour gagner? Thecnique ou Culture, Thecnique et Culture” em *Espaces Temps* N° 45-46.
- Lander, Edgardo (compilador) 2000 *La Colonialidad del Saber – eurocentrismo y ciencias sociales –perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: Clacso-Unesco).
- Latour, Bruno 1989 *Nós Jamais Fomos Modernos* (Rio de Janeiro: Ed. 34).
- Le Goff, Jacques 1980 *Para Um Novo Conceito de Idade Média - tempo, trabalho e cultura no ocidente* (Lisboa: Estampa).
- Le Goff, Jacques 1983 *A Civilização do Ocidente Medieval* Vol. I e II (Lisboa: Estampa).
- Leff, Enrique 1994 *Ecología y Capital* (México: Siglo XXI).
- Leff, Enrique 1998 *Saber Ambiental: Sustentabilidad, Racionalidad, Complejidad, Poder* (México: Siglo XXI/UNAM/PNUMA).

- Leff, Enrique 2000 “Pensar la Complejidad Ambiental”, em Leff, Enrique (coordinador) *La Complejidad Ambiental* (México: Siglo XXI/UNAM/PNUMA).
- Leff, Enrique 2001 *Epistemologia Ambiental* (São Paulo: Cortez).
- Lévy-Strauss, Claude 1989 *O Pensamento Selvagem* (São Paulo: Papyrus).
- Mangabeira, Nancy 2001 *Da Foz à Nascente - o Desafio do Rio* (São Paulo: Cortez).
- Marx, Karl e F. Engels 1947 *The German Ideology* (Nueva York: International Publishers).
- Moscovici, Serge 1972 *A Sociedade Contra a Natureza* (Petrópolis: Vozes).
- Mumford, Lewis 1973 *A Cidade na História* (2 vols.) (Brasília: UnB).
- Negri, Antonio e Michael Hardt 2001 *Império* (Rio de Janeiro-São Paulo: Record).
- Parsons, Talcott 1952 *Toward a General Theory of Action* (Cambridge: Harvard University).
- Polanyi, Karl 1978 *A Grande Transformação* (São Paulo: Campus).
- Prigogine, Illia e Isabelle Stengers 1991 *A Nova Aliança. Metamorfose da Ciência* (Brasília: UnB).
- Quaini, Massimo 1982 *Marxismo e Geografia* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- Quaini, Massimo 1983 *A Construção da Geografia Humana* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- Quijano, Anibal 2000 “Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina” em Lander, Edgardo (compilador) *La Colonialidad del Saber – eurocentrismo y ciencias sociales –perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: Clacso-Unesco).
- Raffestin, Claude 1993 *Por Uma Geografia do Poder* (São Paulo: Ática).
- Santos, M 1996 *A Natureza do Espaço – técnica e tempo / razão e emoção* (São Paulo: Hucitec).
- Simondon, Gilbert 1989 *Du Monde d’Existence des Objects Techniques* (Paris: Aubier).
- Sodré, Muniz 1988 *O Terreiro e a Cidade: a forma social negro-brasileira* (Petrópolis: Vozes).
- Soja, Edward W. 1993 *Geografias Pós-Modernas – A Reafirmação do Espaço na Teoria Social Crítica* (Rio de Janeiro: Zahar).

Thompson, Edward 1983 *A Miséria da Teoria* (Rio de Janeiro: Zahar).

Thompson, Edward 1998 *Costumes em Comum : Estudos sobre a Cultura Popular Tradicional* (São Paulo: Cia das Letras).

Werlen, Benno 1993 *Society, Action and Space: an alternative human geography (1988)* (Londres, Routledge).

Winner, Langdon 1985 “Do Artifact Have Politics”, em Machenzie, D. e J. Wacjman *The Social Shaping of Technology* (Philadelphia: Open University Press, Milton Keynes).

Notas

1 Da mesma forma que não considera pertinente lembrar-lhe que o seu conhecimento é tão provinciano–europeu- como qualquer outro conhecimento é, sempre, histórica e geograficamente situado. Aliás, dizer-se somente que os entes são historicamente situados abre, sempre, espaço para que se coloque os diferentes entes que co-habitam o mundo numa perspectiva evolucionista. Considerar o espaço nos obriga a por em debate a dimensão do poder.

2 Em que o sujeito interfere no objeto lá mesmo no interior das ditas “ciências exatas” e independentemente da ideologia do investigador.

3 Afinal, todo ser vivo se caracteriza pela sua autonomia-dependência diante do entorno de onde retira seu alimento por meio do conhecimento de seus poros, lugar de abertura e fechamento, ao mesmo tempo. Assim, cheiro, tato, audição, além da visão, são fontes de conhecimento. O sentido da visão é tão forte na cultura europeia moderna que diz-se que um homem inteligente não é o homem que ouve bem, mas o homem que vê longe que, assim, é um homem de *visão*.

4 E sabemos toda a carga positiva que essa idéia de novo passa a ter no contexto do pensamento moderno europeu. O novo parece ser bom pelo simples fato de ser novo e o velho parece ser ruim pelo simples fato de ser velho. Não se entra no mérito do que é. É o que Umberto Eco chamaria de fundamentalismo do novo.

5 Observemos, no entanto, que esses pensadores são chamados por um nome de um outro pensador que sequer conheceram –Sócrates- e, assim, são todos chamados por um nome só –pré-socráticos-, assim como os diferentes povos do mundo foram chamados indígenas ou aborígenes.

6 Numa época, registre-se, em que a Grécia pertencia muito mais ao mundo oriental do que a atual Europa que não passava de uma península da Ásia habitada por bárbaros.

7 É interessante observar como na linguagem do senso comum verdade e razão são termos que se equívalem. Sempre se debate para saber quem tem razão, quem está com a verdade. O mais interessante é que “o dono da verdade” é, quase sempre, visto com ressalva o que indica que tão importante como saber quem está com a razão ou quem está com a verdade é o debate para se chegar à razão e à verdade. Mais uma vez retornamos à ágora grega.

8 Que, nesse caso, está muito próxima de Theo-logia.

9 Tirania quando *um* define os *limites* para todos. Oligarquia quando *poucos* definem os *limites* e Democracia quando *todos* os Cidadãos definem os *limites* para todos.

10 Riscos esses, diga-se de passagem, produzidos e intensificados por uma razão instrumental que se propunham dominar a natureza (Efeito Estufa, Diminuição da Camada de Ozônio, Efeitos da Vaca Louca, Diminuição da Diversidade Biológica, Chuvas Ácidas, Lixo Radioativo, entre outros, têm todos em comum a contribuição decisiva do complexo tecnológico moderno-colonial).

11 Sabendo-se que um grau de longitude equívale a uma hora; uma hora a 60 minutos e um minuto a 60 segundos.

12 O Big Ben de Londres dá a *hora certa* do mundo.

13 A geografia, enquanto saber que se manteve preso ao espaço, pagou um preço caro por isso. Por ter se desenvolvido preocupada com o espaço teve que lidar com a relação da sociedade com a natureza e, assim, também se reconheceu mal na divisão do trabalho científico entre ciências naturais e ciências sociais. O paradigma de cientificidade hegemônico herdado exigia esse recorte entre o natural e o histórico e eis mais uma razão para que a geografia fosse desqualificada na hierarquia de poder científico. Essa indefinição entre o natural e o social era suficiente para que se desqualificasse o conhecimento como um conhecimento pré-científico. “Aliás, sempre houve ciências que se reconheceram mal nestas distinções e tanto que se tiveram que fraturar internamente para se lhes adequarem minimamente. Refiro-me à antropologia, à geografia e também à psicologia. Condensaram-se nelas privilegiadamente as contradições da separação ciências naturais/ciências sociais. Daí que, num período de transição entre paradigmas, seja particularmente importante, do ponto de vista epistemológico, observar o que se passa nessas ciências” (de Sousa, 1996: 40).

14 Aquilo que os geógrafos, de uma maneira até certo ponto pueril, dizem ser o seu objeto de estudo –a organização do espaço- é, na verdade, um atributo do Estado que o realiza por meio dos gestores territorialistas, funcionários do Estado, entre eles os geógrafos. Na verdade, para os geógrafos a organização do espaço é, quase sempre, um objeto de desejo.

15 Essa questão se coloca até mesmo no plano da busca de novos paradigmas na medida que todo paradigma é instituído tendo, portanto, processos e sujeitos instituintes.

16 O caso brasileiro é exemplar dessa tese. Somente em 1823, portanto, um ano após a independência do Brasil de Portugal, as elites luso-amazônidas resolveram se aliar ao Rio de Janeiro, então capital do Brasil, integrando a atual Amazônia, então Província do Grão-Pará e Rio Negro, dando os contornos aproximados ao território do Brasil de hoje. Registre-se que esses 54% do território foram integrados ao Brasil porque as elites lusas da Amazônia temiam a abolição da escravatura em Portugal e, deste modo, associando-se ao Rio de Janeiro, a escravidão permaneceria. Talvez aqui encontremos boas razões para o perfil de enorme concentração de riqueza e poder reinante no território da sociedade brasileira (Gonçalves, 2001b).

17 Na Geografia houve quem dissesse (Vidal de la Blache) que era uma ciência dos lugares, não do homens. Ou então B. Werlen diz que ‘se ação, em lugar do espaço, se tornasse o objeto central da geografia social, o arranjo espacial dos objetos seria relevante não como uma causa, mas como uma condição e uma consequência necessária da ação humana’ (Citado por Milton Santos, op. Cit, p. 68).

18 A mesma quantidade de trabalho humano não produz a mesma riqueza se opera com petróleo ou com outra forma de energia. Deste modo se apropriar de reservas de petróleo é se apropriar de mais valia potencial na medida em que energia -capacidade de trabalho- é mais valia potencial.

19 Já podemos perceber aqui a importância do poder de dizer o que é e o que não é a realidade e, por aí, a importância não só dos intelectuais que ao dizerem condicionam o ver mas, nos dias que correm, a importância dos meios de dizer e de condicionar o ver, ou seja, a importância dos *mass media*. Ver a esse respeito o excelente livro “A Invenção do Nordeste” de Durval Muniz Albuquerque Jr. (Albuquerque, 1996).

20 E, completa “enquanto outros especialistas podem acolher, na listagem de ações e na população de objetos, aqueles que interessam aos seus estudos setoriais, o geógrafo é obrigado a trabalhar com todos os objetos e todas as ações” (Santos, 1996: 257-8). Ou, ainda, quando nos ensina que “a significação geográfica e o valor geográfico dos objetos vem do papel que, pelo fato de estarem em contigüidade, formando uma extensão contínua, e sistematicamente interligados, eles desempenham no processo social” (Santos, 1996 : 63).

21 Poderíamos aqui explorar as pistas entre espaço e poder com a visão. Basta-nos indicar o *Panopticum* de J. Bentham recuperado por Michel Foucault como metáfora e prática e observarmos os (tele)visores que nos filmam nas ruas e nos edifícios na nova sociedade de controle.

22 Não há como deixar de explicitar a inspiração do tempo de longa duração de F. Braudel.

23 Sabe-se que somente 20 andares pertenciam a uma das maiores empresas do mundo financeiro e, ainda, que ali funcionava um importante escritório da CIA.

24 Não esqueçamos que nos referíamos ao imperialismo sempre com uma qualificação geográfica nacional (imperialismo alemão, imperialismo belga, imperialismo ianque, imperialismo francês, imperialismo italiano, imperialismo japonês , entre outros).

25 E não virtualmente.

26 Aqui, um dos pilares da modernidade, ou seja, aquele que diz que homens e mulheres são iguais, fica ameaçado.

27 Elmar Altvater (Altvater, 1994) nos dá uma listagem da dependência de recursos minerais por parte dos países hegemônicos.

28 Inspiro-me aqui na memória de um filme argentino com esse nome.

29 Mais uma vez, limites e, com eles, o sentido pleno da política (arte de definir limites, repito).

30 É significativo da tensão de territorialidades que caracteriza os dias que correm, sobretudo após o 11 de setembro de 2001, que a OMC consiga fazer sua primeira reunião logo depois desse evento, em Novembro desse mesmo ano, a primeira que se dá sem que tenha amplas manifestações da sociedade civil, conforme vinha acontecendo ultimamente. A tranquilidade da referida reunião pode ser obtida em Doha, capital do Qatar no Oriente Médio, ali mesmo onde regimes políticos controlam rigidamente a participação da sociedade civil ao mesmo tempo que garantem o fluxo de petróleo ao ocidente.

31 Um cotejamento dessa experiência com o que diz o Manifesto Comunista de 1848 a respeito dos camponeses talvez se constitua num bom primeiro passo para reunir movimentos sociais distintos e apontar para possíveis novas perspectivas paradigmáticas e políticas.

32 Aqui é importante salientar que o governo colombiano, enquanto governo eleito, pode invocar a legitimidade jurídica e política para em nome do Estado fazer a mediação com os Estados Unidos. Todavia, devemos saber, também, que prefeitos de 17 municípios do norte da Colômbia, também eleitos, aceitam os termos que tanto as FARC (Forças Armadas Revolucionárias da Colômbia) como a ELN (Exército de Libertação Nacional) colocam para um acordo nacional e que, enquanto prefeitos, pretendem fazê-lo regionalmente, o que o governo nacional tem procurado a todo custo impedir. O mesmo pode ser visto no Departamento de Cauca, no

sul da Colômbia, em que o Bloco Social Alternativo, que recentemente (2000-2003) elegeu Floro Tunubalá, um indígena que, pela primeira vez, torna-se governador e apresenta um plano alternativo para erradicação manual da coca, contra a fumigação com glifosato feita com aviões do Plano Estados Unidos/Colômbia, acompanhado por um conjunto de medidas agrícolas/agrárias para dar alternativas às populações indígenas, camponesas e às comunidades negras da região e que, também, não tem recebido apoio do governo nacional para implementar essas medidas. Informe-se, ainda, que a principal exigência colocada para que haja um pacto entre as partes é o controle dos grupos paramilitares por parte do governo colombiano. E, sabemos, que o paramilitarismo é a interface mais visível da relação entre o Estado e o Paraestado, via tráfico de droga e de armas.

33 Não vejo nenhuma razão consistente para falar de local e global, somente, sobrepassando as escalas regional e nacional. Com nenhuma territorialidade é natural, pois todas são instituídas por sujeitos que se fazem a si próprios por meio das territorialidades que instituem, as escalas regionais e os territórios nacionais devem estar abertas ao debate e não negadas *a priori*, o que bem pode indicar uma concessão ao espacismo. E escala, não olvidemos, é também escada, degraus “em cima” e “em baixo”, linguagem topológica tão cara à política como centro e periferia.

Entre dos fuegos
El terrorismo, la guerra y los nuevos retos del
movimiento social global contrahegemónico

José María Gómez*

Cuando el 11 de septiembre la televisión transmitió en directo los atentados terroristas contra las torres gemelas y el Pentágono, una sensación generalizada, casi una certeza –tal vez la única en una jornada llena de perplejidad, confusión y espanto– acompañó las imágenes que se diseminaban en todos los rincones del planeta: el mundo, a partir de entonces, no podía ser el mismo. Lo inimaginable había ocurrido y, con ello, una brecha en el tiempo parecía abrirse dejando al siglo XX definitivamente atrás. Otro mundo, otro siglo. Y esa extraña vivencia experimentada a escala global ante algo inédito e inconmensurable que, no obstante hablar el conocido lenguaje de la violencia, bloqueaba la comprensión.

La pregunta inevitable que se plantea es qué acontecimiento histórico es éste que envuelve su origen en una densa opacidad y se revela con significación y alcance tan esquivos. Desde luego, dada la proximidad del mismo y la dinámica imprevisible de los procesos que desencadena (geopolíticos, de seguridad, económicos, ideológicos, psicosociales, etc.), se trata de una pregunta todavía sin

* Polítólogo, profesor del Instituto de Relações Internacionais de la Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro y de la Universidade Federal do Rio de Janeiro.

respuestas, que suscita reflexiones y conjeturas incesantes. Sin embargo, pasados dos meses y medio, y especialmente después de la maciza reacción militar de Estados Unidos contra Afganistán, ya se perfilan algunos elementos de análisis referidos a las consecuencias inmediatas del atentado y a la emergencia de ciertos trazos distintivos de la situación internacional. Como estas notas se inscriben en un esfuerzo de interrogación a propósito de los riesgos y retos que el cambio abrupto de la política mundial impone al movimiento social transnacional contra la globalización neoliberal, organizaré mi exposición en torno a dos ejes principales. El primero, más extenso, está centrado en el nuevo tipo de “guerra” al terrorismo que, bajo las actuales condiciones de globalización, subvierte el mapa geopolítico y se proyecta sobre el conjunto de las relaciones de poder en el escenario internacional. El segundo, aborda determinados impactos y desafíos que el movimiento social global contrahegemónico enfrenta en el nuevo contexto mundial post-11 de septiembre, los cuales lo obligan no sólo a redefinir la agenda de movilización sino también a superar una serie de dilemas e impases estratégicos que ya lo afectaban antes del atentado terrorista.

La guerra imperial contra el terrorismo global

El punto de partida en la comprensión de la actual crisis internacional es el reconocimiento de la magnitud y la gravedad de los dos hechos entrelazados que están en su origen. Por un lado, el atentado terrorista y lo que inmediatamente reveló. Al final de cuentas, la única superpotencia existente fue atacada en el propio territorio (la primera vez en casi doscientos años), por una red terrorista transnacional islamista (y no por un estado), mediante aviones comerciales de compañías estadounidenses (y no por medios militares convencionales externos) que se estrellaron contra edificios que son los símbolos emblemáticos de su poder financiero y militar, provocando destrucción material y miles de víctimas civiles. En otras palabras, la aplastante supremacía militar de la superpotencia resultó impotente frente a la nueva arma mortífera utilizada por un actor transnacional no estatal que, con eficacia organizacional y motivación ideológico-religiosa capaz de justificar la inmolación y el asesinato de inocentes, busca propagar su mensaje político a través del efecto simbólico y mediático de la acción terrorista.

Por otro lado, la reacción de Estados Unidos ante el choque provocado por la pérdida de la pretensión de invulnerabilidad territorial (que, durante años, creían haber alcanzado) y la consiguiente generalización de la inseguridad y el miedo en la población. Como se sabe, herido en su orgullo nacional, pero con todos los megadispositivos de poder intactos, el hegemon declaró unilateralmente, en nombre “del Bien contra el Mal”, la guerra global sin cuartel contra las redes terroristas y los estados que les servían de santuario y protección. En la primera etapa de esa larga guerra anunciada, el blanco escogido fue Afganistán, y los objetivos decla-

rados eran derribar el régimen de los talibanes, cazar “vivo o muerto” a Osama Bin Laden y eliminar la organización terrorista Al Qaeda, presuntos responsables del atentado.

Pero para llevar adelante la acción militar punitiva que decidió conducir solo en una de las regiones más peligrosas de la tierra –donde están en juego pesados intereses estratégicos y económicos, en una trama que envuelve potencias nucleares (Rusia, China, India, Pakistán) y un mosaico complejo de configuraciones conflictivas étnicas, tribales, religiosas y nacionales–, Estados Unidos articuló una inédita coalición internacional que incluyó, además de sus aliados europeos tradicionales, al antiguo enemigo del periodo de guerra fría: Rusia y las ex-Repúblicas Soviéticas, Tajikistán y Uzbekistán, y a dos países musulmanes directamente involucrados en la situación afgana desde la invasión soviética a fines de los años setenta, Pakistán y Arabia Saudita. Una vez conseguida la colaboración decisiva de Rusia y las nuevas bases y apoyos militares en Uzbekistán, Tajikistán y Pakistán (todo ello impensable antes de los atentados), el 7 de octubre comenzó la guerra del aire con bombardeos norteamericanos sistemáticos contra reductos y posiciones talibanes. Apesar de los “daños colaterales” infligidos a la población civil (de los cuales poco se comenta en los medios de comunicación occidentales) y el desastre humanitario que precipitaba o agravaba (más de 4 millones de refugiados en las fronteras con Irán y Pakistán, el hambre afectando a cerca de 7 millones de personas, destrucción de la precaria infraestructura existente, etc.), la finalidad perseguida era permitir el avance de la encargada de hacer la guerra terrestre: la hoy victoriosa y poco confiable coalición multiétnica, Alianza del Norte. No es un detalle secundario señalar que, poco después del discurso de Bush anunciando la “Operación Libertad Durable”, fue Bin Laden quien proclamó, a través del canal árabe Al Yazeera, sin hablar en nombre de ningún estado, que el mundo se había escindido en dos campos (“uno bajo la bandera de la cruz y otro bajo la del islam”) y que Estados Unidos no tendría más paz si continuaba agrediendo a los pueblos musulmanes (era la siniestra amenaza de la “tempestad de aviones”) (*Folha de São Paulo*, 8-10/10/2001). Al mismo tiempo, el bioterrorismo hacía su aparición, sin conexión aparente con las redes islamistas, diseminando aún más el pánico entre la población y las autoridades norteamericanas, mientras se aplicaban en diversos dominios (seguridad, financiero, derechos civiles), bajo la presión del gobierno estadounidense, sucesivos paquetes de medidas domésticas e internacionales de lucha contra el terrorismo en general.

Así, pasados más de dos meses del atentado del 11 de septiembre, no causa sorpresa que la situación internacional sea cada vez más percibida como prisionera de la lógica y el discurso de la “nueva guerra” y del “enemigo invisible”, los cuales, en estrecha vinculación y fortalecimiento mutuo, parecen alimentar hasta el paroxismo la amenaza de reproducción del binomio infernal violencia-seguridad, con implicaciones profundas y graves sobre los más variados ámbitos, actores y cuestiones cruciales de la política mundial. Es por ese motivo que quisiera detenerme en algunos aspectos y consecuencias de esta guerra lanzada en nombre del antiterrorismo.

Del aislamiento al intervencionismo imperial

El ataque terrorista puso fin a una acentuada orientación aislacionista que, en contraste con la administración de Clinton, caracterizaba desde el inicio a la política externa del gobierno de Bush. Tal postura era manifiesta en una diversidad de temas que estremecían la política internacional o eran objeto de difíciles negociaciones multilaterales (agudización del conflicto palestino-israelí, iniciativa estratégico-militar del escudo antimisil, protocolos sobre armas químicas y biológicas, reglamentación sobre uso y comercio de armas ligeras, protocolo de Kioto, Conferencia de Durban, etc.). La respuesta militar contra Afganistán y la campaña global antiterror marcan la vuelta plena del intervencionismo norteamericano, pero bajo la forma reforzada de un unilateralismo hegemónico imperial y en desmedro de instancias multilaterales, tratados y leyes internacionales.

En efecto, al levantar la terrible amenaza de destrucción de que quien “no está con nosotros está con los terroristas”, y al mismo tiempo dejar de lado a las Naciones Unidas y a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) a diferencia de lo ocurrido en la Guerra del Golfo y en la de Kosovo, Estados Unidos no sólo obtuvo la solidaridad y el reconocimiento del derecho de autodefensa de la casi totalidad de los estados existentes e incluso de estos organismos, sino también un alineamiento generalizado en la lucha contra el terrorismo global que incluía a Rusia y China. De hecho, esa lucha se ha convertido en el elemento central de un dispositivo de seguridad global que sólo puede aspirar a un mínimo de eficacia si funciona con la cooperación de todos los estados. Y aunque Estados Unidos, en la condición de superpotencia golpeada y desafiada, se reserva el derecho exclusivo de conducir las acciones y definir los objetivos, los medios y el enemigo evanescente, lo cierto es que tal dispositivo responde a una lógica imperial de represión, control y orden que no reconoce más límites espaciales y temporales¹. O como lo ha dicho el propio Bush en mensaje radiofónico a la nación, no se esperará:

... a que los terroristas intenten atacarnos otra vez. Donde sea que se oculten, y donde sea que conspiren, seremos nosotros quienes atacaremos. Creemos que nuestra causa es justa. Combatiremos todo el tiempo que haga falta, y venceremos (El País, 28/11/2001).

Una lógica imperial, por lo tanto, que ya operaba de manera ostensiva en los años noventa a través del desarrollo de dispositivos supraterritoriales de carácter jurídico, político-institucional e ideológico, en el cuadro de la economía política global dominante y en beneficio del bloque de poder mundial, del cual son parte los estados centrales –bajo el liderazgo norteamericano–, el capital productivo y financiero transnacional, las instituciones económicas internacionales y la ideología neoliberal (Cox, 1999).

La guerra contra Afganistán se inscribe en esa lógica imperial, combinando política del escarmiento y reposicionamiento de determinadas fuerzas del bloque de poder mundial en Asia Central. Sin embargo, dada la singularidad explosiva de la región, la estrategia escogida no hace más que aumentar el riesgo –de por sí ya elevado– de que la doble tarea fijada se convierta, a mediano y largo plazo, en un proceso multiplicador de todo tipo de violencia, con proyecciones imprevisibles e incontrolables hacia el resto del planeta. Basta recordar al respecto la extrema complejidad y extensión del campo de intereses y actores que, en las últimas décadas, ha alimentado el entrelazamiento de múltiples conflictos (Israel-Palestina, Cachemira, Chechenia, Irak, Kurdistán, Tajikistán, etc.) y asuntos (geopolíticos, étnicos, nacionales, religiosos, droga, terrorismo, petróleo, refugiados), con interferencia activa, complicidad o indiferencia de las potencias occidentales². Desde luego, para Estados Unidos no constituye un objetivo secundario derrocar al régimen talibán y capturar a Bin Laden y a la dirigencia de Al Qaeda. Su sociedad, tomada por un creciente sentimiento de miedo, patriotismo y deseo de venganza, así lo reclama. Su gobierno también, aunque por motivos adicionales: arrastrando problemas de legitimidad de origen y enfrentando una grave recesión económica, apostó a una demostración de fuerza sobre un blanco relativamente fácil –un país devastado y pobre, que contaba con uno de los regímenes más aislados, retrógrados y desacreditados del mundo– para reponerse de la “derrota simbólica” infligida por los perpetradores de los atentados, encontrar un poderoso pretexto a la crisis económica, y justificar tanto el incremento en los gastos militares y de inteligencia, como el avance de los controles de seguridad sobre las libertades civiles de ciudadanos norteamericanos y extranjeros.

Pero la ofensiva militar también tiene una íntima vinculación con la densa trama de intereses estratégicos y económicos que están en juego en Asia Central, especialmente después del fin de la Guerra Fría y del hundimiento de la Unión Soviética (la antigua superpotencia que en 1979 había invadido Afganistán y saliera diez años después derrotada por los *muyahidin*, que contaron con el apoyo decisivo en armas y dinero –y miles de voluntarios provenientes de países árabes e islámicos, entre ellos el propio Osama Bin Laden– de Estados Unidos, Arabia Saudita y Pakistán). En realidad, con el vacío dejado por los soviéticos y la fuerte inestabilidad que se había instalado en el Golfo Pérsico a raíz de la guerra contra Irak, Estados Unidos –y tras él, los países industrializados europeos– revisó sus prioridades estratégicas y se lanzó, desde 1992, a ganar influencia en la región y alcanzar un objetivo primordial: el acceso y la explotación de los inmensos yacimientos de petróleo y gas en la cuenca del Mar Caspio, de importancia vital y creciente durante las próximas décadas (según estimaciones recientes, si Estados Unidos continua con el mismo ritmo de crecimiento económico, hacia 2020, precisará importar del resto del mundo cerca de 64% del petróleo que consume) (Ceceña, 2001). Sin embargo, en el nuevo “Gran Juego” que se configuraba –en analogía con el del siglo XIX, entre la Rusia zarista y Gran Bretaña–, las

negociaciones tendientes a asegurar el paso y garantía de los principales oleoductos proyectados (uno desembocaría en Turquía y el otro en Pakistán, después de atravesar territorio afgano) tropezaban con un complicado rompecabezas, en que no pocos de los antiguos enemigos se tornaban aliados y viceversa.

El propio Afganistán estaba hundido en una brutal guerra civil, sólo superada a partir de 1996, con la conquista de Kabul y la implantación en gran parte del territorio de “la ley y el orden” talibán. Incluso se establecieron contactos entre talibanes y estadounidenses a propósito del paso del oleoducto, pero fueron interrumpidos en virtud de los atentados contra las embajadas de Tanzania y Kenia y la negativa del nuevo régimen de entregar a Bin Laden y demás responsables apuntados, “huéspedes” demasiado próximos del núcleo de poder. Pakistán, a su vez, apoyaba a fondo al régimen talibán al que estaba unido por fuertes vínculos etnoreligiosos (la pertenencia de los talibanes a la etnia pashtún, el papel de las escuelas coránicas pakistaníes en la formación de una versión purista del islam y la influencia creciente de ésta última en la población y miembros del Ejército y del servicio de informaciones). Pero también los unía el futuro negocio del petróleo y, sobre todo, el rol estratégico fundamental que Afganistán desempeñaba para Pakistán frente a su principal adversario histórico –la India–, con quien disputaba el territorio de Cachemira: servir como retaguardia y campo de entrenamiento de combatientes islámicos. Rusia, por otro lado, pretendía recuperar la influencia perdida en la región, se oponía frontalmente a los talibanes, enfrentaba al separatismo islámico en Chechenia y apoyaba a la Alianza del Norte junto con India, Irán y China, al mismo tiempo que estrechaba los lazos de cooperación con esos países. Uzbekistán y Tajikistán se tornaban bases decisivas para la Alianza del Norte, compuesta principalmente por las etnias uzbeka y tajika, mientras que sus gobiernos también hacían frente a las amenazas de grupos fundamentalistas islámicos, al igual que China en la provincia de Sinkiang. En fin, redes islamistas y milicias de *jihadis* se expandían a lo largo de los focos de conflicto, combinando fundamentalismo religioso y terrorismo transnacional. Buscando apoyo y legitimidad en poblaciones desesperanzadas y sumergidas en la pauperización económica y la opresión política, se orientaban a partir de una visión estratégica dicotómica que divide al mundo en Occidente e Islam, y declaraban la “guerra santa” a Estados Unidos, su principal objeto de odio y movilización, en función de su parcialidad en la cuestión palestina, los bombardeos y el embargo económico a Irak, el sostenimiento de gobiernos despóticos y corruptos, y el establecimiento de bases militares permanentes en el Golfo³.

La subversión del mapa geopolítico y la trampa de la “guerra de venganza”

Es en ese conturbado contexto que la emergencia de la coalición internacional contra Afganistán provocó una verdadera mutación del mapa geopolítico. Tres consecuencias importantes cabe subrayar aquí. En primer lugar, como resultado de

los acuerdos diplomáticos con Rusia, Uzbekistán, Tajikistán y Pakistán, Estados Unidos finalmente logró, después de diez años de esfuerzos, una presencia directa en la región, inclusive militar, considerada crucial para garantizar sus intereses estratégicos y económicos a largo plazo (contención de China como posible futuro hegemón, acceso y protección de futuras inversiones en petróleo, gas, uranio y otros recursos estratégicos, etc.). En segundo lugar, Rusia vuelve al primer plano como aliado preferencial de Estados Unidos en la lucha contra el terrorismo, queda con las manos libres para “resolver” la cuestión chechena –o sea, sin presiones occidentales en favor de los derechos humanos–, y pasa a ser reconocida su pretensión de colaboración, integración o adhesión a diversas organizaciones internacionales políticoeconómicas y de seguridad (OTAN, Unión Europea y Organización Mundial de Comercio)⁴. En tercer lugar, Pakistán, el ahora super aliado occidental y componente clave de la coalición por su pertenencia al mundo islámico, abandonó al régimen talibán a su suerte y abrió su espacio aéreo y territorial a fuerzas estadounidenses. En compensación, obtuvo la liberación de créditos del Fondo Monetario Internacional (FMI), la reducción de parte de la deuda externa, el levantamiento de sanciones económicas por las experiencias nucleares, la promesa de futuras ventajas económicas y una generosa ayuda militar.

Sin embargo, sería ilusorio creer que tales cambios geopolíticos y el propio éxito del ataque militar a Afganistán traerán una situación segura y de poder estable en Asia Central, que ponga bajo control su enorme potencial de conflictos. En efecto, que se alcancen todos, o una parte de los objetivos que están por detrás de esta guerra (“efecto demostración” a otros estados que alberguen o promuevan organizaciones terroristas, reposicionamiento hegemónico en la región, derrocar a los talibanes, desmantelar Al Qaeda, capturar o eliminar a Bin Laden y sus lugartenientes) no significa que Afganistán se “normalice” a corto plazo, con la simple instalación de un gobierno multiétnico provisorio, una fuerza de paz multinacional y la disponibilidad de recursos financieros para reconstruir el país devastado. Sería ignorar los riesgos inherentes a una guerra “por delegación”⁵, en la que el agente principal tiende a perder por completo el control de su delegado (basta recordar los casos de Jonas Savimbi, en Angola, y del mismo Bin Laden en Afganistán después de la *jihad* contra la ocupación soviética). De hecho, nadie puede garantizar que los actuales delegados internos –la Alianza del Norte y los jefes tribales pashtunes del sur– encargados de hacer el trabajo sucio del agente principal, no recurran, como entre 1992 y 1996, a atrocidades, represalias y peleas territoriales entre sí, reinstalando la guerra civil y diseminando virulentos conflictos etnonacionalistas hacia los países vecinos (Pakistán, Tajikistán, Uzbekistán). Se está, entonces, ante una situación en la que los verdaderos problemas empiezan, paradójicamente, cuando el agente principal vence en la guerra (Ignatieff, 2001).

Por otro lado, más allá del interés común de los estados vecinos en controlar la amenaza política proveniente de movimientos y organizaciones islamistas ra-

dicales, no se sabe cómo algunos de ellos (Pakistán, Irán) se posicionarán frente al nuevo escenario postalibán, ni en qué medida los cambios geopolíticos operados azuzarán las rivalidades entre potencias regionales (la ascensión de Uzbekistán o la más inquietante rivalidad entre Pakistán e India, en virtud de la pesadilla nuclear que suscita). Sin olvidar, por supuesto, la indefinición a largo plazo que envuelve la dinámica interestratégica de cooperación y competición del triángulo mayor: Estados Unidos, Rusia y China.

Pero “el carácter esquivo de la victoria” –según el elocuente título de tapa y editorial de *The Economist* (24-30/11/2001)– salta a la vista si se focaliza el motivo determinante de la guerra y se recuerda lo que se sabe de antemano, a la luz de diversas experiencias históricas de combate al terrorismo: que no es con una acción de ese tipo y envergadura que se erradicará –o se combatirá con eficacia– el terrorismo islamista, aunque Al Qaeda sufra duros golpes y Bin Laden sea al fin capturado o muerto. Más aún cuando se trata de un terrorismo inédito de naturaleza global, no instrumentalizado por ningún estado, que se desplaza y se recompone con extrema facilidad. Un terrorismo, en suma, transnacionalizado en reclutamiento, objetivo político e identidad –la comunidad musulmana dispersa a lo largo de cinco continentes–, que carece de una base popular territorializada, opera sin estructuras fijas y verticales de comando, cuenta con logística y financiamiento propio o privado, puede acceder a medios de destrucción de masa, y consigue un aprovechamiento integral de los procesos tecnológicos, financieros, organizacionales y mediáticos abiertos por la globalización en curso (Rouleau, 2001).

Por otro lado, si la lucha contra el terrorismo y sus estados cómplices o promotores se limita a una guerra cuyo objetivo declarado es hacer escarmiento en nombre del “Bien contra el Mal”, reivindicando el derecho exclusivo de “cazar vivos o muertos” a los presuntos criminales de los atentados del 11 de septiembre, pocas dudas caben de que ella generará efectos contraproducentes, que ahonden el miedo y el odio tanto en los países árabe-musulmanes como en los occidentales. De hecho, por más que se afirme que esta guerra no se dirige contra el pueblo afgano ni contra el islam (aunque los *lapsus calamis* iniciales sobre “la cruzada contra el terrorismo” y la “Operación Justicia Infinita” sugerían lo contrario), los bombardeos sistemáticos, las víctimas inocentes y la presencia de tropas norteamericanas y aliadas, tal como ocurrió con la Guerra del Golfo, reforzarán motivaciones y atraerán nuevos reclutamientos hacia las redes terroristas, además de tornar plausible, en amplios sectores de la población de países árabes e islámicos, el mensaje de “guerra santa” contra “las cruzadas infieles” que oprimen a la comunidad musulmana⁶. De más está decir que ello se intensificaría aún más –fuera del impacto negativo en la propia coalición internacional– si se confirman las señales recurrentes enviadas desde la Casa Blanca y el Pentágono de que la campaña militar se extenderá a otros países comprometidos con actividades terroristas (desde luego, con Irak a la cabeza de la lista). La guerra de venganza es entonces una trampa. Y una trampa peligrosa para los países occidenta-

les pues, sin poder eliminar por completo su vulnerabilidad ante un enemigo de esa naturaleza, sucumben a un discurso y una conducta de guerra ineficaz y más mortífera que el propio terrorismo, cuyas consecuencias perversas amenazan los valores que se pretenden defender: profundizar el racismo y la xenofobia, al mismo tiempo que justificar una escalada de poder represivo y de control que socava los derechos humanos y las libertades democráticas.

Un combate al terrorismo global que busque una mayor eficacia sin caer en la trampa de la estrategia del miedo y el odio, requeriría, en cambio, un planteamiento alternativo. Tal planteamiento no debería basarse en la guerra sino en un compromiso intransigente con el sistema de derecho, a fin de evitar la indiferenciación entre la lucha antiterrorista y la terrorista (o la existencia y reproducción de dos terrorismos íntimamente vinculados: el de estado y el privado). En otras palabras, privilegiar un método de acción policial y jurídica a nivel internacional –y en forma excepcional, también militar, para detener sospechosos y dismantelar redes terroristas–, destinado antes que nada a proteger a los civiles “de todos los credos y nacionalidades, dondequiera que vivan”, y a capturar a los criminales para ser juzgados ante un tribunal internacional, acatando “escrupulosamente tanto las leyes de la guerra como las de los derechos humanos” (Held y Kaldor, 2001). Sin embargo, siendo el terrorismo un crimen político, ese método estaría condenado al fracaso si las cuestiones políticas que lo motivan y alimentan no son atacadas de raíz, a través de un efectivo plan de acción política a corto, medio y largo plazo, que aisle y deslegitime el mensaje y la acción de las redes terroristas. Todo lo cual implica, desde una justa solución de la cuestión palestina y el cambio de las políticas dominantes en el Golfo Pérsico y en Asia Central, una profunda transformación de las estructuras globales de desigualdad económica, discriminación cultural y concentración de poder y riqueza. Puesto en tales términos, no sorprende que un planteamiento de esa índole no esté en la agenda política internacional actual ni que a ella se incorpore debido a la simple fuerza del argumento. En verdad, sólo un poderoso movimiento social transnacional puede levantarlo, orientado por cuestiones éticopolíticas globales, y con capacidad suficiente para desenvolver el debate político en su dirección y forzar a los principales estados e instituciones internacionales a introducirlo.

La “nueva guerra” de seguridad del Leviatán imperial y las restricciones a los derechos humanos y a las libertades democráticas

Más allá de la ofensiva militar contra Afganistán, Estados Unidos impulsó un dispositivo de seguridad global antiterrorismo que pasó a adoptar, no por casualidad, el lenguaje figurado de la “nueva guerra”. Como afirmara poco después de los atentados del 11 de septiembre el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld:

... esta guerra no será necesariamente del tipo en que nos concentramos en blancos militares y fuerzas macizas para alcanzarlos. En vez de ello, la

fuerza militar será uno entre los numerosos instrumentos que usaremos para detener individuos, grupos o países comprometidos con el terrorismo. Nuestra respuesta podrá incluir disparos de misiles contra objetivos militares en algún lugar del mundo; y estamos dispuestos a comprometernos con el combate electrónico para rastrear y contener inversiones en centros bancarios en el exterior. En este conflicto, los uniformes serán trajes de banqueros y ropas grunge de programadores de computación, tanto como ropas de camuflaje para el desierto [...] Aún el vocabulario de esta guerra será diferente. Cuando invadamos el territorio del enemigo, podremos estar invadiendo su ciberespacio [...] Estamos queriendo involucrarnos sin plazo. No tenemos reglas fijas para desplazar nuestras tropas; en vez de esto, vamos a establecer directrices para determinar si la fuerza militar es la mejor manera de alcanzar un objetivo. [...] El público podrá ver algunos combates militares dramáticos que no resultarán en cualquier victoria aparente, o podrá no estar consciente de otras acciones que llevarán a victorias mayores. Batallas serán libradas por funcionarios de migraciones y aduana deteniendo sospechosos en nuestras fronteras y por diplomáticos asegurando cooperación contra el lavado de dinero (*Jornal do Brasil*, 26/09/2001).

Al plantearse la lucha global contra el terrorismo en esos términos, se revela que quienes la conducen –por lo demás, veteranos de la Guerra del Golfo– combinan la persistencia del viejo espíritu de guerra fría con la clara conciencia de la naturaleza y la magnitud de los cambios que procuran implementar. Desde esa perspectiva, se ha logrado finalmente, después de una década, sustituir el comunismo por un nuevo enemigo, difuso, “invisible”, y con características que le permiten atacar por sorpresa en todo tiempo y lugar. Resulta ocioso enfatizar la funcionalidad de tal enemigo para estrategias imperiales de dominio y control en el espacio global. Con un agravante: al estar sustentada la campaña global antiterror en la premisa de que “quienes están con ellos, están contra nosotros” y pasar a ser definido el terrorismo, sin ninguna especificidad, en los términos ambiguos y amplios usados por el Departamento de estado (capaces de abarcar, por lo tanto, desde grupos insurgentes y movimientos de oposición política hasta organizaciones criminales), el peligro real que se corre es que Estados Unidos lleve adelante, con plena autonomía, guerras e intervenciones militares sin límites y sin fin (Cepik, 2001), por encima de leyes e instancias multilaterales (como la ONU, responsable de “el mantenimiento de la paz y la seguridad internacional”, según el artículo 24 de la Carta).

Pero junto con ese peligro hay otro no menos grave, que avanza desde el plano doméstico estadounidense hacia el internacional (como lo ilustran, entre otros, los proyectos en curso en Canadá, Unión Europea y Corea del Sur), con un conjunto de medidas y modificaciones legislativas que han sido aprobadas o se pretende aprobar, en nombre de la lucha contra el terrorismo. No se trata, desde luego, de la pertinencia de ciertas decisiones específicas tendientes a reforzar la ca-

pacidad de investigación y coordinación policial y judicial, quiebra del sigilo bancario y congelamiento de fondos financieros, o incrementar los controles de seguridad en lugares claves (aeropuertos, fronteras, represas, fábricas nucleares, etc.), sino a un conjunto de disposiciones que atribuyen poderes represivos y de control sin precedentes a organismos de inteligencia y seguridad, cuya sanción y ejercicio implican un ataque directo al sistema de derecho fundado en el imperio de la ley, a determinados derechos de ciudadanía democrática y al régimen internacional de derechos humanos.

En plena marea patriótica y bajo el argumento de la celeridad para enfrentar una situación extraordinaria de emergencia, no fue difícil para el gobierno de Bush hacer aprobar por el Congreso un paquete de leyes antiterrorismo que endurece penas y extiende poderes de policía, estableciendo limitaciones a los derechos a la privacidad y de defensa (intervenciones telefónicas y rastreamiento de comunicaciones por Internet a discreción, detención incommunicable de hasta siete días de extranjeros sospechosos, etc.), pero que se aplican con extremo rigor a inmigrantes, legales y clandestinos⁷. Más inquietantes son, sin embargo, otras medidas de excepción tomadas por el gobierno, sin necesidad de pasar por el Congreso, que violan de manera abierta los derechos constitucionales: los interrogatorios “voluntarios” de cinco mil residentes recientes de origen árabe, la supresión del secreto entre detenidos y abogados, la prisión por tiempo indeterminado de centenas de personas –aunque no existan pruebas ni sospechas–, el plan de vigilancia de grupos religiosos y políticos, y la más grave de todas, la instauración de tribunales militares para juzgar extranjeros sospechosos de terrorismo.

En efecto, mediante dichos tribunales, el presidente de Estados Unidos ha obtenido, de hecho, “el poder dictatorial de encarcelar o ejecutar extranjeros” (Safire, 2001), dentro y fuera del territorio norteamericano, con sólo alegar que tiene ‘motivos para creer’ que son miembros de una organización terrorista. Esto es, determinará quién y dónde juzgar, a través de juicios sumarios, a puerta cerrada, con jurados militares, sin reglas procesales fijas, con un nivel flexible de pruebas y abogados no elegidos por los acusados, que pueden imponer penas de muerte, sin posibilidad de revisión por tribunales civiles (*El País*, 16/11/2001). En síntesis, los extranjeros sospechosos, a quienes no se les reconocen siquiera los derechos limitados de una corte militar convencional, “tienen que hacer frente a un ejecutivo que ahora es instructor, acusador, juez, jurado, carcelero y ejecutor” (Safire, 2001). Para aplacar las protestas de grupos de defensores de derechos civiles, juristas, políticos y una parte de la prensa escrita –“Una amenaza al imperio de la ley” fue el título del editorial del *New York Times* del 15 de septiembre–, tanto Bush como el secretario de justicia, el ultraconservador John Ashcroft, salieron en defensa de la propuesta, insistiendo en que la medida es sólo para extranjeros, y no para ciudadanos norteamericanos, en la misma línea de justificación expresada por el vicepresidente, Dick Cheney, de que “un tribunal militar garantiza que estos individuos reciban el tipo de trato que merecen” (*El País*, 16/11/2001).

Fuentes del gobierno sostienen que los tribunales militares no van a funcionar en Estados Unidos, sino en los lugares donde se capturen los sospechosos (probablemente Afganistán y Pakistán, puesto que se piensa en la posibilidad de la captura o entrega de Bin Laden y los principales dirigentes de Al Qaeda). Si así fuera, sería la correspondencia perfecta entre una guerra de venganza y una parodia mal camuflada de justicia (Badinter, 2001). Pero es más que eso, ya que esta medida, como la mayoría de las que fueron tomadas, significa la negación misma de la igualdad ante la ley y la separación de los poderes, pilar del estado de derecho que Estados Unidos tanto proclama defender. Y por otro lado, una escisión brutal entre derechos de ciudadanía territorial (exclusivos para aquellos a quienes el Estado norteamericano reconoce como tales) y derechos humanos supraterritoriales (reconocidos a cualquier ser humano, independientemente de diferencias de nacionalidad, clase, sexo, raza y religión), lo cual permite violar las propias normas del régimen internacional de derechos humanos y a la vez marcar un retroceso en la trabajosa conquista de las últimas décadas que intenta hacer del mismo un núcleo fundamental –aunque embrionario, problemático e incompleto– del proceso de construcción de una ciudadanía global. Pese a ello, y a las protestas y críticas que dentro y fuera de Estados Unidos se hacen oír sobre sus impactos más visibles (ineficacia de la estrategia preventiva de arrestos de sospechosos, aumento del racismo y xenofobia, restricciones a la inmigración y al derecho de asilo, etc.), todos los sondeos demuestran que la mayoría aplastante de la opinión pública apoya al gobierno⁸. Este ostensivo debilitamiento de energías cívicas e institucionales de una sociedad que se pretende democrática, revela que los riesgos de involución autoritaria son elevados y reales. No muy diferente, por lo demás, de lo que ocurre en Europa⁹. Así, la gran paradoja de la actual lucha global contra el terrorismo, llevada adelante en nombre de la defensa de las libertades democráticas, es que uno de los objetivos que el enemigo “invisible” busca –erosionar los cimientos de la propia democracia–, en parte se autorealiza.

En suma, en torno a las medidas y legislaciones de excepción antiterrorista que, con ritmos variados, se despliegan desde Estados Unidos hacia el resto del mundo, se configura una especie de Leviatán imperial sin fronteras, que plantea y procura resolver a su modo (o sea, represivo y con control social creciente) el clásico dilema del orden político entre seguridad y vigilancia versus libertades civiles y política democrática. La irrupción de este dispositivo global de seguridad en un contexto de la política mundial que, antes de los atentados del 11 de septiembre, se caracterizaba por la multiplicación de luchas y conflictos sociales en distintos países y regiones, así como por el crecimiento vertiginoso de un movimiento social transnacional de contestación abierta al ordenamiento económico político global neoliberal, no puede sino tener graves consecuencias. Basta sólo imaginar la posibilidad de criminalizarlos con la simple calificación de “terroristas”, una calificación cuyo uso circunstancial –como siempre ha sido por los estados durante el siglo XX, a fin de reprimir determinados opositores internos– deriva de una definición esencialmente ambigua y unificada de alcance mundial.

El movimiento social global contrahegemónico frente al terrorismo global y la “nueva guerra” imperial

El mal llamado movimiento social “antiglobalización” se constituyó a partir de la oposición abierta tanto a las políticas económicas y a las consecuencias negativas de la globalización neoliberal como al rol decisivo que en ella juegan las principales instituciones y agencias internacionales. De naturaleza eminentemente global (pues es en ese espacio, en sus tiempos y contradicciones, que los objetivos, las formas y los medios de lucha se construyen), plural y heterogéneo por definición (de él hacen parte viejos y nuevos movimientos sociales, ONGs, redes de acción cívica y colectivos políticos con las más variadas concepciones, intereses, identidades y recursos organizacionales), este activismo transnacional de nuevo tipo logró, en menos de dos años, rediseñar la cartografía de la política mundial, tal como lo ilustran los nombres de las ciudades de Seattle, Porto Alegre y Génova, entre muchos otros. Además, y es lo más importante, ha sido políticamente reconocido por el propio establishment del poder económico y político mundial, a raíz de la repercusión y legitimidad social creciente de sus manifestaciones de masa, conferencias o foros alternativos y campañas específicas (anulación de la deuda externa de los países del Tercer Mundo, supresión de los paraísos fiscales, introducción de la tasa Tobin, etc.).

Aunque en la génesis del movimiento se encuentran complejos procesos históricos de transformación estructural del capitalismo, de la política y de la cultura contemporánea –abordados con frecuencia bajo el controvertido rótulo de globalización (Mittelman, 2000; Scholte, 2000)¹⁰–, su origen inmediato remonta a la segunda mitad de los años noventa, cuando se multiplican y se intensifican, en diferentes partes del planeta, manifestaciones de protesta y resistencia social a las políticas económicas dominantes de cuño neoliberal. En efecto, aplicadas de manera sistemática durante más de una década en el Norte, el Este y el Sur –en una clara expresión de la hegemonía incontestable alcanzada por ese ideario y por el bloque de poder imperial que lo sustenta en la economía política global–, saltaban a la vista la magnitud, la extensión y la profundidad de sus consecuencias más negativas: concentración exponencial de riqueza y poder en y entre países y regiones; aumento de la desigualdad, polarización y exclusión social; crecimiento del desempleo y precarización del trabajo; negación de la ciudadanía social; intensificación de la degradación ambiental; fuerte disminución de la autonomía político estatal; debilitamiento de la democracia política y de las formas partidarias de representación; erosión de culturas tradicionales, etc. Una evidencia que también ponía en primer plano el vínculo orgánico de esas políticas con las agencias económicas multilaterales, las cuales asumían, sobre todo en la periferia y semiperiferia capitalista, la condición de vectores político-institucionales de regulación, presión y fiscalización de estados y economías nacionales, en los respectivos dominios de actuación (en especial, el FMI y el programa estructural de

ajuste; el Banco Mundial y los proyectos de desarrollo; y la OMC y el “constitucionalismo disciplinador” de la liberalización del comercio mundial).

Así, la vida cotidiana de millones de personas era afectada por los impactos desestructuradores del capitalismo global, que pasaba a combinar, entre otras características, la reorganización espacial de la producción y las finanzas, el desmonte del estado de bienestar (allí donde existía), la extrema fragmentación del mundo del trabajo, el debilitamiento de las organizaciones sindicales, la creciente contradicción entre las exigencias del capital transnacional y las formas democráticas territoriales de gobierno, la hipercompetencia en que “el ganador se lleva todo” y una acentuada mercantilización de las esferas de la vida social. No sorprende, por lo tanto, que en esta nueva “era de la desigualdad” se asista a la extensión de conflictos y resistencias sociales a la política de globalización llevada adelante por los propios estados y las agencias económicas multilaterales. Y es en ese contexto que emerge el movimiento social transnacional, a partir de la protesta multitudinaria en Seattle, como resultado de convergencias progresivas y precarias, alimentadas tanto por experiencias sectoriales de luchas pasadas como por nuevas iniciativas (de las movilizaciones multiformes contra el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), al Primer Encuentro Intercontinental por la Humanidad contra el Neoliberalismo convocado en 1996 por el zapatismo) de cuestionamiento político a la gobernancia global neoliberal y su núcleo institucional más visible (Aguiton, 2001a; Seoane y Taddei, 2001).

La radicalización de la política democrática en el espacio global y la tentativa imperial de criminalizarla

Aunque el nuevo activismo transnacional presenta notorias limitaciones (minoritario, problemas de sobre y subrepresentación, tensiones entre niveles nacional y global de acción y entre afirmación de identidades particulares y necesidad de alianza, clivajes internos respecto al horizonte de reforma o de ruptura con el capitalismo global, etc.), no cabe duda que la constelación de movimientos y organizaciones sociales que aglutina, operando en y a través de numerosos países y regiones, asume un carácter abiertamente contrahegemónico. Podría decirse que frente a la globalización “de arriba” conducida por el bloque de poder imperial, este tipo inédito de acción colectiva representa el embrión de una globalización “de abajo” en términos de contrapoder, no obstante la gigantesca asimetría en la correlación de fuerzas existentes. Incluso no faltan interpretaciones que le atribuyan un potencial de transformación democrática radical del orden mundial vigente –la ascensión de un “nuevo multilateralismo”–, capaz de reconstruir sociedades civiles y autoridades políticas en escala global, en un sistema de gobernancia “de abajo hacia arriba” y de organización poshegemónica con relación al capital, a los estados, al patriarcalismo y demás estructuras de dominación (Cox, 1999).

De todos modos, tal potencial emancipatorio de pueblos, clases, grupos y sectores subalternos, pasa actualmente por la resistencia y la contestación radical al orden hegemónico mundial. Un orden que es fruto de un complejo y nebuloso bloque de poder imperial, formal e informal, público y privado, cuyo núcleo duro está constituido por el capital transnacional, por los estados centrales –bajo la supremacía de la superpotencia estadounidense–, la ideología neoliberal y las instituciones internacionales de apoyo financiero, desarrollo y seguridad (Cox, 1999).

Pero más allá de las limitaciones y del potencial transformador del movimiento social transnacional, lo cierto es que su irrupción abrió una brecha en el consenso hegemónico neoliberal de la mercantilización desenfrenada, del ajuste estructural permanente y de la “buena gobernanza”. Tras esa brecha, por un lado, se introdujo el debate político sobre el contenido, la forma y las consecuencias de la política dominante de la globalización. Y por el otro, se intenta, con enormes dificultades, sentar las bases que permitan construir amplias alianzas y convergencias, estrategias alternativas viables y un proyecto normativo de “otra” globalización, con justicia social, democracia y seguridad humana (Gómez, 2001). Como era de esperar, la reacción del bloque de poder imperial ante el único vector social que avanzaba y crecía con visiones, propuestas y prácticas de democratización del poder a escala mundial, no tardó en llegar. Primero fue la tentativa retórica de reconocer, a través del discurso recurrente de las agencias multilaterales y de diversas personalidades de la política y de la comunidad de negocios de los países centrales, la necesidad de “humanizar” la globalización económica y corregir sus desvíos sociales, ambientales y de desarrollo. En ello también incidía el nuevo clima ideológico instalado después de la onda de crisis global que golpeó a los países llamados “emergentes” entre 1997 y 1999, en el que se sucedían las críticas en el seno del propio establishment acerca de la conveniencia de atenuar las políticas ultraliberales y recuperar un papel más activo del estado en la economía. La respuesta efectiva vino, en cambio, bajo la forma de una escalada tendiente a criminalizar, denigrar, dividir y aislar el movimiento de oposición a la globalización neoliberal, precisamente a medida que éste último crecía en capacidad movilizadora y sus reivindicaciones y manifestaciones provocaban un fuerte impacto en amplios sectores de las sociedades civiles (George, 2001).

La protesta de Génova, en julio pasado, marca sin duda el momento culminante de esa estrategia antimovilizadora y represiva, aunque varios de sus elementos ya estaban presentes en Washington, Praga y Niza el año pasado, y sobre todo, en Davos, Quebec y Göterborg, este año. Desatada por el gobierno de Berlusconi –que contó con el complaciente silencio aprobador de los dirigentes del G-8 allí reunidos–, el saldo es conocido: un muerto, centenas de heridos, destrucción del centro de comunicaciones alternativas, detenciones abusivas y humillaciones diversas cometidas por la policía, retención de activistas extranjeros en la frontera italiana, y la atribución de responsabilidad jurídica criminal por actos de violencia a los organizadores del Foro Social de Génova. Es decir, en lugar de

proteger una manifestación de casi doscientas mil personas y centenas de organizaciones ejerciendo los derechos democráticos de reunirse y expresar públicamente su oposición bajo formas no violentas de desobediencia civil, se la criminalizaba y se la reprimía a través de una táctica de confrontación agresiva generalizada, como si esa multitud pacífica pudiese confundirse con los minúsculos grupos radicales violentos del black bloc o con simples provocadores (Della Porta y Tarrow, 2001). Además, se proseguía con la contraofensiva ideológica iniciada después de Seattle por autoridades nacionales e internacionales, comunidad de negocios, media especializada y think tanks conservadores, tendiente a descalificar la imagen pública de los activistas transnacionales (“indeseables”, “vándalos genéticamente violentos”, “antimodernos”, “enemigos de los pobres”, falta de representatividad de movimientos y organizaciones, etc.) (Petrella, 2001; George, 2001). Por último, a fin de neutralizar el movimiento social global, se reafirmaba más que nunca, después de los sucesos de Génova, la política del aislamiento, o sea, evitar la convocación de grandes reuniones internacionales en ciudades que servirían de palco para las protestas antiglobalización liberal, tal como lo ilustraban las decisiones de convocar la conferencia de la OMC en el emirato de Qatar o la reunión de cúpula del G-8 del año siguiente en un lugar de montaña de difícil acceso en Canadá.

A pesar de que la brutalidad represiva y las provocaciones policiales han tenido en la opinión pública italiana y europea un efecto contrario al esperado (pues suscitaron la condena de la violencia policial y un mayor reconocimiento de la legitimidad de las exigencias sociales, ambientales y democráticas sobre el mundo), lo ocurrido en Génova, sin embargo, planteó al movimiento serios dilemas respecto a la forma y a la eficacia de la acción que privilegiaba. A partir de entonces, la gran cuestión pasó a ser cómo garantizar la unidad y el carácter pacífico de las manifestaciones –base fáctica y normativa de la convergencia horizontal de diversos movimientos y organizaciones asociativas, sindicales, ambientalistas, religiosas, etc.–, frente a la escalada represiva y criminalizante de los estados cuyo objetivo era intimidar, dividir y deslegitimar el movimiento ante la opinión pública. Más aún cuando el rechazo y la condena de la violencia (tanto la de los estados como la de los grupos ultraminoritarios que le hacen el juego al adversario) no implica de modo alguno desistir de la radicalidad necesaria de otras formas de acción y de lucha, dados los escasos resultados efectivos que hasta ahora han sido alcanzados. Fue en medio de ese proceso que cayeron literalmente del cielo los atentados terroristas del 11 de septiembre.

Contra el terrorismo global y la “nueva guerra” imperial. Por “otra” globalización de seguridad humana, justicia social, democracia y derechos humanos

Dada la situación que el movimiento social transnacional atravesaba, los atentados terroristas contra las torres gemelas y el Pentágono generaron fuertes

impactos políticos: hacia adentro, parálisis y perplejidad; hacia afuera, un agitado debate sobre su futuro inmediato. Por cierto, no faltaron sugerencias o explicaciones –a la Berlusconi, por ejemplo– que asimilaban o establecían un sordido paralelismo entre las redes terroristas islamistas y el movimiento social contrahegemónico. A final de cuentas, compartían el mismo enemigo y, por ende, las luchas respectivas eran, aunque con métodos diferentes, contra los mismos símbolos dominantes del orden mundial: el capital financiero transnacional y la fuerza militar de la superpotencia. La mala fe de este argumento es evidente, porque todo los opone (Aguiton, 2001). El terrorismo global islamista –o cualquier otro que por ventura pueda surgir– significa la más completa negación del movimiento social antiglobalización liberal. De hecho, el terrorismo en general (imperial, estatal o privado), y el responsable en particular por los atentados del 11 de septiembre, son absolutamente incompatibles con la práctica, la concepción y los objetivos que orientan al movimiento social, el cual rechaza y condena la violencia, fundado en razones morales y políticas indisociables. En otras palabras, el primero expresa un grupo secreto de iluminados y alucinados cultivadores de la muerte que, lejos de emancipar a “los desheredados de la tierra”, busca propagar su mensaje político religioso de salvación, homogeneización e intolerancia a lo diferente en el mundo, a través del asesinato planificado de inocentes. El movimiento social transnacional es el único sujeto de transformación que propone alternativas globales al orden mundial liberal, sin caer en retrocesos nacionalistas, integristas o reaccionarios (Aguiton, 2001b). Y lo hace en la condición de sujeto plural y heterogéneo por definición, que rehabilita la política como práctica colectiva de lucha basada en la deliberación democrática, en el compromiso con los derechos humanos, en el diálogo intercultural y en la solidaridad con los pueblos, abrazando utopías de emancipaciones sociales de igualdad y diferencia (o de igualdades que no descaractericen y de diferencias que no discriminen, según la feliz expresión de Boaventura de Sousa Santos) (de Sousa, 2000).

En rigor, nada hay de antiimperial, en el sentido radical del término, en los atentados cometidos. No sólo porque quienes supuestamente los han perpetrado fueron, financiera y militarmente, criaturas e instrumentos directos de la política imperial en el tramo final de la guerra fría, sino porque la existencia del “enemigo invisible” funciona como la justificación perfecta de la “nueva guerra” –y de las guerras reales, como la de Afganistán– que el bloque de poder imperial se propone llevar adelante por medio del dispositivo de seguridad y control global, con restricciones a los derechos humanos y a las libertades democráticas, y multiplicación del racismo y la xenofobia. En suma, no hace más que reforzarlo, pues promueve los gastos e invenciones militares de nuevo tipo y la corrida armamentista, no aumenta la confianza de los pueblos, clases, o grupos oprimidos en su propia fuerza emancipadora, y acentúa o introduce los gérmenes de la división y polarización (patriotas-antipatriotas, pronorteamericanos-antiimperio, radicales-moderados, etc.) en el movimiento contra la globalización capitalista, en pleno

crecimiento desde Seattle, Porto Alegre y Génova (Bensaïd y Pelletier, 2001). Más grave aún, puede llevar al paroxismo de la lógica del biopoder (Hardt y Negri, 2000) como control y vigilancia de los cuerpos ante un enemigo evanescente y casi indescifrable, sin dejar de fortalecer la tendencia a la criminalización tanto en relación con disidentes u opositores internos calificados de “terroristas” por regímenes y estados, como con los activistas transnacionales opositores al orden liberal que participan en protestas, foros y campañas en distintas partes del mundo (Della Porta y Tarrow, 2001).

Hay quien sostiene que el dispositivo de seguridad global antiterrorismo no debe ser vinculado a la globalización económica neoliberal, ya que ambos renían a problemas y soluciones completamente separados, no obstante los dos combates en que están involucrados se realizan a escala planetaria: el primero viene de la mano armada de los estados, y dado que el terrorismo global islamista es un enemigo común a todos, sería hipócrita no apoyar abiertamente a la ofensiva militar norteamericana en Afganistán para destruir talibanes y Al Qaeda; al segundo, en cambio, lo empujan los movimientos sociales y políticos con el objetivo de poner fin al dominio destructivo de la lógica financiera y de restaurar la autonomía de lo político sobre lo económico (Touraine, 2001). Otros llegan a afirmar que la irrupción del terror global “equivale a un Chernobyl de la economía mundial: igual que allí se enterraban los beneficios de la energía nuclear, aquí se entierran las promesas de salvación del neoliberalismo” (Beck, 2001), anunciando el redescubrimiento del primado de la política y el retorno del poder de cooperación de los estados. Otros van más lejos al afirmar la irreversibilidad de la globalización económica –aunque atenuada en los desvaríos ortodoxos neoliberales por obra de la vuelta de los estados para enfrentar dificultades de seguridad y de recesión económica– y prever la declinación o desaparición futura del movimiento social global contrahegemónico (Giddens y Dahrendorf, 2001). A todos esos argumentos habría que recordarles que mal puede retornar lo que nunca se fue –los estados son los principales responsables de la política de la globalización neoliberal, junto con las instituciones internacionales y el capital transnacional; asimismo, la configuración del dispositivo global de seguridad antiterrorista es la contrapartida necesaria de la continuidad de la política económica global neoliberal. Nada mejor, tal vez, que mirar hacia el “nuevo liberalismo intervencionista” posatentados del gobierno de Bush (desgravaciones fiscales a las grandes corporaciones, subvenciones a las compañías aéreas, contratos millonarios a la industria bélica y de inteligencia, etc.) (Frémeaux, 2001). O mejor aún, acompañar las enfáticas palabras del representante especial norteamericano para el comercio internacional, Robert Zoellick: “nuestra estrategia contra el terrorismo debe reconocer la interrelación entre seguridad y economía. Al promover la agenda de la OMC y, principalmente, una nueva negociación para liberalizar el comercio global, esas 142 naciones pueden contener la repulsiva destrucción contenida en el terrorismo”. Y advertir: “en caso de que la OMC dude, Estados Unidos conti-

nuará buscando la liberalización comercial, buscando alternativas regionales y de país a país. Ya estamos empeñados en negociaciones regionales como el ALCA” (*Folha de São Paulo*, 11/11/2001). Como se sabe, América Latina tiene una larga y penosa experiencia sobre el modo en que Estados Unidos consigue establecer relaciones íntimas entre seguridad y economía. Resta saber cómo y hasta dónde la impulsará en tiempos sombríos de terrorismo global y “nueva guerra”.

Entre dos fuegos, el movimiento social global contrahegemónico enfrenta difíciles desafíos en un contexto que, sin embargo, torna más necesario y urgente que nunca mantener la agenda de movilización y de convergencias contra el orden mundial neoliberal, ampliada después del 11 de septiembre hacia las cuestiones de seguridad y paz de los pueblos y la defensa multicultural de los derechos humanos y de las libertades democráticas amenazadas. O sea, contra el terrorismo y la guerra, a favor de un mundo más justo, democrático y seguro.

Bibliografía

- Aguiton, Christophe 2001a *Le monde nous appartient* (Paris: Plon).
- Aguiton, Christophe 2001b “Los movimientos de lucha contra la mundialización neoliberal después del 11 de septiembre de 2001”, en Internet, Informativo@Attac, 5 de octubre.
- Arrighi, Giovanni y Beverly J. Silver 2001 *Caos e Governabilidade* (Rio de Janeiro: Contraponto).
- Badinter, Robert 2001 “Après la victoire, la justice”, en *Le Monde* 28 de noviembre.
- Beck, Ulrich 2001 “El fin del neoliberalismo”, en *El País* 16 de noviembre.
- Bensaïd, Daniel y Willy Pelletier 2001 “Dieu, que ces guerres sont saintes!”, en *Le Monde* 30 de noviembre.
- Ceceña, Ana Esther 2001 “El encanto de Afganistán” en *Outras palavras*, <http://www.portoalegre2002.net>
- Cepik, Marco 2001 “Contra-terrorismo como guerra de coalizão: riscos sistêmicos”, en *Conjuntura Política*, octubre.
- Cox, Robert W. 1999 “Civil Society at the turn of the millenium. Prospects for an alternative world order”, en *Review of International Studies* N° 25.
- Della Porta, Donatella y Sidney Tarrow 2001 “Après Gênes et New York: le mouvement antimondialisation, la police et le terrorisme”, en *InforAttac* 5 de diciembre.
- El País* (España).
- Folha de Sao Paulo* (Sao Paulo).
- Frémeaux, Philippe 2001 “Le nouvel interventionisme libéral”, en *Alternatives Économiques* N° 197, noviembre.
- George, Susan 2001 “L’ordre liberal et ses basses oeuvres”, en *Le Monde Diplomatique*, agosto.
- Giddens, Anthony y Ralf Dahrendorf 2001 “Recuperaremos los valores de Occidente”, en *El País*, 18 de octubre.
- Gómez, José María 2000 *Política e democracia em tempos de globalização* (Petrópolis: Editora Vozes).
- Gómez, José María 2001 “Ativismo Transnacional e globalização contra-hegemônica. Seattle, Porto Alegre e depois”, en *Praia Vermelha* (Rio de Janeiro) N° 4.

- Hardt, Robert y Antonio Negri 2000 *Empire* (Paris: Exils Éditeur).
- Held, David *et al.* 1999 *Global Transformations* (Stanford: Stanford University Press).
- Held, David y Anthony McGrew 2001 *Prós e contras da globalizaçã* (Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor).
- Held, David y Mary Kaldor 2001 “Aprender de las lecciones del pasado”, en *El País*, 8 de octubre.
- Ignatieff, Michael 2001 “El problema de las guerras por delegación”, en *El País* 16 de noviembre.
- Jornal do Brasil* (Brasil).
- La Jornada* (México).
- Le Monde* (Francia).
- Le Monde Diplomatique* (Francia).
- Mittelman, James H. 2000 *The Globalization Syndrome. Transformation and Resistance* (Princeton: Princeton University Press).
- Petrella, Ricardo 2001 “Criminaliser la contestation”, en *Le Monde Diplomatique* agosto.
- Rouleau, Eric 2001 “Visages changeants de l’islam politique”, en *Le Monde Diplomatique* noviembre.
- Safire, William 2001, en *El País* (Madrid) 16 de noviembre.
- Scholte, Jan Aart 2000 *Globalization. A critical Introduction* (Londres: Macmillan Press).
- Seoane, José y Emilio Taddei 2001 *Resistências mundiales (de Seattle a Porto Alegre)* (Buenos Aires: CLACSO).
- The Economist* (Londres).
- Touraine, Alain 2001 “Aujourd’hui et demain”, en *Le Monde*, 28 de noviembre.

Notas

1 Tal afirmación remite a la inagotable discusión –que por cierto no se pretende abordar aquí– acerca de las transformaciones y el papel del Estado Nación en el cuadro del capitalismo globalizado y en la cambiante estructura de poder mundial, y desde la perspectiva del pensamiento crítico, la pertinencia de las nociones de imperialismo, imperio y sistema hegemónico a fin de ca-

racterizar la actual forma de la dominación en el plano mundial (Hart y Negri, 2000; Arrighi y Silver, 2001). Cabe señalar que el reconocimiento de la lógica del dominio imperial, constituyendo y atravesando el proceso actual de transición y cambio del orden mundial –y por ende, el propio unilateralismo hegemónico norteamericano, cuando asume el papel de vector principal del comando político–, no significa que el campo histórico del bloque de poder mundial no esté atravesado de contradicciones, conflictos y clivajes entre las fuerzas públicas y privadas, nacionales, internacionales y transnacionales que lo constituyen.

2 Ver la breve síntesis (textos y cartografía) de Vicken Cheterian y Philippe Rekacewicz 2001, “Du Golfe à la Chine, des conflits à haut risque”, en *Le Monde Diplomatique* noviembre.

3 Sobre la compleja y sinuosa historia del islam político a lo largo del siglo XX y sus relaciones con el antioccidentalismo y, en particular, el antiamericanismo, ver Rouleau, Eric 2001, “Visages changeants de l’islam politique”, en *Le Monde Diplomatique*, noviembre.

4 Para un desarrollo más pormenorizado de la posición rusa en el nuevo contexto geopolítico del Asia Central y del mundo, ver Bachkatov, Nina 2001 “Pourquoi Moscou a sassie la ball au bond”, en *Le Monde Diplomatique*, noviembre.

5 Según la apropiada expresión de Michael Ignatieff, en *El País* 16/11/2001.

6 Un capítulo aparte merecería la grotesca y cínica operación de “pan y bomba”, que deja en las mismas manos caer del cielo la ayuda humanitaria que alimenta y el bombardeo “inteligente” que destruye y mata. Sobre la magnitud del desastre humanitario en Afganistán y las dificultades y paradojas –entre ellas, el hecho que casi dos tercios de la ayuda oficial internacional a la población afgana provenga de Estados Unidos, o que la submunición de las bombas de racimo tuviese una “desafortunada” similitud con los paquetes de comida– enfrentadas por las organizaciones y el Programa Mundial de Alimentos, ver “De poco sirve la ayuda si no hay seguridad y accesibilidad”, en *El País*, 28/11/2001; ver también “Bombas con aspecto de comida”, en *El País*, 02/11/2001.

7 Cabe señalar que la propuesta inicial del Departamento de Justicia, suavizada por el Congreso, llegaba a admitir como prueba válida, grabaciones y confesiones obtenidas por medios ilegales –la tortura, entre otros–, a condición de que la ilegalidad ocurriese fuera de territorio estadounidense (*Jornal do Brasil*, 26/09/2001). De todos modos, la hipótesis de la tortura de sospechosos para salvar vidas inocentes continúa siendo discutida incluso en medios liberales (Safire, William 2001, “El poder dictatorial de Bush”, en *El País*, 16/11/2001).

8 A ocho semanas de los bombardeos contra Afganistán, 85% apoya el trabajo de Bush y 89% aplaude la campaña bélica contra el terrorismo, a tal grado que 74% respaldaría alguna acción contra Irak (*La Jornada*, 02/12/2001). A su vez, una de cada cuatro personas considera que no se actúa con dureza suficiente y que son necesarias más restricciones en los derechos civiles. Con relación al apoyo de los interrogatorios sistemáticos a residentes de origen árabe, el de la población negra es mayor que el de la blanca (75% contra 64%), (*El País*, 02/12/2001). Sobre la ineficacia de la estrategia de detenciones preventivas implementada por el Departamento de Justicia, la crítica más contundente proviene, sintomáticamente, del propio círculo del FBI (ver McGee, Jim 2001, "Ex-FBI Officials Criticize Tactics On Terrorism", en *Washington Post*, 28 de noviembre.)

9 Sobre el proyecto unificado de lucha contra el terrorismo en la Unión Europea y las amenazas que pesan sobre los derechos democráticos (de asociación, de huelga, de expresión, etc.), ver Collectif d'Avocats Européens 2001 "Le prétext antiterroriste de Bruxelles", en *Le Monde* 14 de noviembre; y Boumediene-Thiery, Alima, Alain Krivine, Giuseppe Di Lelle Finuolli, 2001 "Europe: vers l'État d'exception", en *Le Monde*, 28 de noviembre.

10 Sobre el interminable debate en torno a la definición, el origen histórico, las causas y los principales impactos, ver Held et al. 1999; Held y McGrew, 2001. En la línea interpretativa de esos autores, aquí se entiende por globalización el proceso de transformación multidimensional y multinivel en la organización espacial de las relaciones sociales, generando flujos y redes transcontinentales o interregionales de actividad, interacción y, sobre todo, ejercicio de poder (Gomez, 2000).